PENSASTE QUE ESTABA A SALVO. TE EQUIVOCASTE.

III

ROBADA

TESS STIMSON

MOTUS

Pensaste que estaba a salvo. Te equivocaste

Su hija de tres años desaparece de una boda en la playa. Alex, con la ayuda de un periodista, seguirá las pistas internacionales del caso para encontrarla mientras se pone en duda su responsabilidad como madre.

Alex sabe que Lottie nunca deambulaba sola por un lugar extraño. Entonces, cuando su hija de apenas tres años desaparece de esa idílica boda en la playa, Alex inmediatamente cree lo peor. La desaparición de Lottie se convierte, a los pocos días, en una búsqueda internacional, pero no pasa mucho tiempo antes de que las sospechas recaigan sobre su madre. ¿Por qué no estaba cuidando a su hija?

Alex sabe que no es una madre perfecta, pero ama incondicionalmente a Lottie. Y como todos la culpan, teme que nunca se descubrirá la verdad a menos que se ocupe ella misma de encontrarla.

Con la ayuda de Quinn, que fue corresponsal de guerra, seguirá las pistas que la llevarán de Florida a Dubai, y de vuelta a Inglaterra. Aunque va atando cabos, los meses pasan y su hija sigue perdida. ¿Quién se llevó a Lottie Martini? ¿Alguna vez volverá a casa?

ROBADA

Tess Stimson

Traducción: Carmen Bordeu

A mi hermana Philippa.
La guardiana de mis recuerdos y mi mejor amiga.

El presente

La arena caliente al borde del camino le quema los pies descalzos. Los pulmones le arden y tiene un fuerte dolor en el costado. Sus piernas parecen de gelatina. El pánico puro es lo único que la impulsa a avanzar.

Vio lo que le hicieron a su mamá; sabe lo que le harán si la atrapan.

No la encontraron porque estaba escondida detrás de la buganvilla del patio cuando llegaron, como solía hacer cuando era pequeña. “Vamos a jugar un juego. Quiero que estés callada como una tumba”. No emitió ni un sonido.

El camino delante de ella resplandece y no sabe si es porque hace mucho calor o porque está agotada. El sudor le entra en los ojos y se los enjuga. No tiene ni idea de dónde está. Nada le resulta familiar. No hay casas ni gente por ningún lado. Lo único que ve es arena y pastizales que se extienden por kilómetros en todas direcciones. No hay nada detrás de lo cual esconderse si la persiguen. No hay nadie a quien pedir ayuda.

El terror se apodera de ella. Sabe que su mamá está muerta. Ya tiene casi seis años. Ya entiende lo que significa la muerte.

Su mamá le dijo, “¡Corre! ¡No mires atrás!” y aunque no quería dejarla, obedeció. Pero ahora está *tan* cansada. Tiene los pies en carne viva y con ampollas, y las piernas le tiemblan tanto que se tambalea como una borracha de un lado a otro al borde del sendero. No sabe para qué la quieren, solo que no debe dejar que la encuentren.

“¡Corre!”

“¡No mires atrás!”

Ella corre.

Dos años antes:
Cuarenta y ocho horas antes de la boda

Capítulo 1

Alex

SI HUBIERA INTERRUMPIDO MI EMBARAZO, en estos momentos estaría girando a la izquierda mientras subo al avión.

En la pequeña mesa al lado de mi cabina privada, habría espacio para el expediente del caso y la libreta de papel de oficio en el que tomo notas a mano, a la antigua usanza, porque cinco años de práctica legal me han enseñado que es el mejor método para encontrar la laguna jurídica que todos los demás han pasado por alto. Rechazaría una copa de champán frío para mantener la cabeza despejada y me quitaría los zapatos, unos botines Grenson color crema y castaño claro, zapatos de negocios sobrios que dejan en claro que soy una mujer a la que hay que tomar en serio.

Pero no lo hice.

Así que me guían hacia la derecha, no hacia la izquierda.

Mis botines son de New Look, aunque habría que saber bastante de zapatos para detectar la diferencia. No puedo darme el lujo de hacerme reflejos en el pelo *y* pagar una guardería, así que mi media melena se acerca más a mi color pelirrojo natural que al castaño elegante que solía preferir. A los veintinueve años, sigo en la vía rápida para convertirme en socia del bufete de abogados de derechos humanos Muysken Ritter, pero cuando me levanto a las cuatro y media de la mañana estos días, no es para ejercitar una hora con mi entrenador personal antes de estar en la oficina a las seis. Me encantaban los fines de semana, porque significaba que podía trabajar sin parar, sin la interrupción de reuniones y conferencias con clientes.

Pero ya no.

La mujer en la fila de delante se gira cuando pasa el carrito y espía entre los asientos. Sonríe, pero la expresión de sus ojos es de crispación. No la culpo: llevamos menos de media hora de un vuelo de nueve.

—¿Podría pedirle a su niña que deje de dar patadas? —pide con amabilidad.

—Deja de dar patadas el asiento de la señora, Lottie —le indico en un tono que no deja traslucir que daría lo mismo que le estuviera ordenando al sol que se pusiese por el este.

Lottie se detiene al instante, sus piernecitas regordetas suspendidas en la mitad del movimiento. La mujer vuelve a sonreír, esta vez con más sinceridad, y vuelve a su posición.

Se ha dejado engañar por los rizos.

Mi hija de tres años ha sido bendecida con unos rizos rubio platino que le llegan a la cintura, el tipo de pelo de ensueño que solían tener las princesas de Disney antes de que se volvieran guerreras. Su cabellera desvía la atención de la mandíbula sobresaliente y belicosa y la postura obstinada de sus hombros. No es una niña bonita desde el punto de vista convencional: sus rasgos son demasiado peculiares para eso, y, luego, está su peso, por supuesto. Pero uno puede adivinar que va a ser llamativa cuando sea mayor: lo que la generación de mi madre habría llamado "bien parecida". Solo le tiene que crecer la cara, eso es todo.

Los rizos son un truco de prestidigitación de la naturaleza. Hacen que la gente piense en los ángeles y en Navidad, cuando sería mejor que afilaran estacas y buscaran balas de plata.

Lottie espera el tiempo suficiente para que la mujer se relaje.

—Por favor, querida, ¿podrías *parar* con eso? —insiste. Esta vez no hay sonrisa, ni crispada ni de ningún tipo.

Patada. Patada.

La mujer me mira, pero yo hojeo con atención la revista de a bordo. Hay que elegir las batallas. Todavía nos faltan ocho horas y media de viaje.

Patada.

La mujer prueba con otra táctica y empuja una bolsa de caramelos Haribo a través del espacio entre los asientos.

—¿Quieres unos ositos de goma?

—Eres una desconocida —responde Lottie. Patada.

—Sí, claro, tienes razón. —Otra mirada no correspondida en mi dirección—. No debes aceptar caramelos de desconocidos. Pero no seremos desconocidas si nos presentamos, ¿verdad? Soy la señora Steadman. ¿Cómo te llamas?

—Charlotte Perpetua Martini.

—¿Perpetua? Eso sí que es… inusual.

—Papá dijo que tenía que tener un nombre católico porque él es italiano, así que mamá buscó nombres de santos en Google y eligió el más feo que encontró.

Mi hija y yo no tenemos secretos.

—¿Y dónde está papá, Charlotte? ¿No se va de vacaciones con vosotras?

Patada.

—Papá se murió —afirma Lottie con toda naturalidad.

La opción nuclear. ¿Rizos dorados de princesa *y* un papá muerto? No hay vuelta atrás.

—Ay, querida. Vaya. Lo siento mucho, Charlotte.

—No pasa nada. Mamá dice que era un cabrón.

—Lottie —la regaño, pero no es en serio. Lo *era*.

La mujer se hunde en su asiento con esa peculiar combinación de vergüenza callada y curiosidad macabra con la que me he familiarizado en los catorce meses desde que Luca murió cuando se derrumbó un puente en Génova. Estaba visitando a sus padres ya ancianos, que dividían su tiempo entre su apartamento allí y la casa familiar ancestral de la madre en Sicilia. Fue una suerte que ese fin de semana le tocara a Lottie estar conmigo y no con él.

Me apiado de la mujer y le doy mi móvil a Lottie. Es bastante seguro: a nueve mil metros de altura no puede repetir la debacle de compras desde la aplicación que hizo el mes pasado.

Con mi hija distraída, abro el expediente de mi caso mientras trato de mantener mis papeles en orden en el reducido espacio.

Este viaje no pudo haber sido en un peor momento. La audiencia de asilo para una de mis clientes, una mujer yazidí que sobrevivió a múltiples violaciones durante su cautiverio por parte del Estado Islámico, se adelantó de manera inesperada la semana pasada, lo que significó que tuve que cedérsela a uno de mis colegas, James, el único abogado de la firma que no tenía causas que atender. Es un profesional muy competente, pero mi clienta tiene terror a los hombres, lo que dificultará que James pueda hablar con ella y asesorarla durante la audiencia.

El caso debería ser sencillo, pero me preocupa que algo salga mal. Si no fuéramos a la boda de mi mejor amigo, Marc, habría cancelado el viaje.

Estoy a medias de redactar un detallado correo electrónico de seguimiento a James cuando de pronto Lottie derrama un vaso lleno de refresco sobre mi mesa.

—¡Joder, Lottie!

Sacudo mis papeles con furia, viendo cómo caen riachuelos de refresco de las páginas.

Lottie no se disculpa. En lugar de eso, se cruza de brazos y me lanza una mirada fulminante.

—Levántate —le ordeno con brusquedad—. Vamos —agrego, pero ella se queda sentada, terca como una mula—. Tienes refresco por todos lados. Cuando se seque se va a quedar pegajoso.

—Quiero otro —declara Lottie.

—¡No vas a tomar nada más! Muévete, Lottie. No estoy bromeando.

Se niega a moverse. Le desabrocho el cinturón de seguridad y la arrastro fuera del asiento. Grita como si le hubiera hecho daño de verdad y llama la atención.

Sé con exactitud qué están pensando los demás pasajeros. Antes de Lottie, yo pensaba lo mismo cada vez que veía a un niño tener una rabieta en el pasillo de un supermercado.

Empujo a Lottie por el estrecho pasillo hacia el baño. Ella responde palmeando los apoyacabezas de todos los asientos a su paso.

—Mierda —dice con alegría con cada palmada—. Mierda. Mierda. Mierda.

Hace tiempo que dejé de avergonzarme por el mal comportamiento de mi hija, pero esto es demasiado, incluso para ella. La cojo de los hombros.

—Deja de hacer eso ya mismo —susurro en su oído—. Te lo advierto.

Lottie suelta un grito como si estuviera herida de muerte y, luego, se desploma en el pasillo.

—Santo cielo —exclama una mujer sentada cerca de nosotros—. ¿Está bien?

—No le pasa nada. —Me inclino y sacudo a mi hija—. Levántate, Lottie. Estás montando un escándalo.

—No se mueve —grita alguien más—. Creo que le pasa algo de verdad.

El zumbido de preocupación a nuestro alrededor se intensifica y algunas personas se incorporan un poco en sus asientos. Una azafata se apresura por el pasillo hacia nosotras.

—Esta mujer le pegó a su hija —acusa un hombre.

—*No* le pegué. Solo es un berrinche.

La azafata mira al hombre, se vuelve hacia mí y, luego, hacia Lottie, que aún no se ha movido.

—¿Necesita un médico?

—No le pasa nada —insisto—. Levántate, Lottie.

Una mujer mayor, a unos cuantos asientos de distancia, le da una palmadita en el brazo a la azafata.

—Son los terribles dos años. Todos pasan por eso.

—Lottie —reitero, con calma—. Si no te levantas ya mismo, no habrá Disney World, ni helados, ni televisión durante toda la semana.

En una batalla de voluntades, mi hija de tres años me iguala con facilidad. Pero no solo es testaruda: es inteligente. Es capaz de hacer un análisis de costo-beneficio en un instante.

Se sienta, y los susurros de preocupación a mi alrededor se convierten en murmullos exasperados de desaprobación.

—¡Te odio! —grita Lottie—. ¡Ojalá no hubiera nacido! —La pongo de pie.

—Lo mismo digo —respondo.

Capítulo 2

Alex

UNA RÁFAGA DE AIRE TROPICAL húmedo y espeso nos envuelve cuando salimos del avión, como si alguien hubiera abierto la puerta de una secadora en la mitad del ciclo. Mis gafas de sol se empañan al instante y el pelo de Lottie se encrespa como un halo platinado alrededor de sus hombros. Solo puedo imaginar cómo estará el mío con esta humedad.

Nos sumamos a la fila apretada y cansada que serpentea hacia el control de pasaportes. Cuando el guardia fronterizo estadounidense me pregunta si mi visita es por negocios o placer, estoy tentada de decirle que por ninguna de las dos cosas.

Si te gusta cenar a las cinco y media de la tarde y usar sandalias que se abrochan con velcro, Florida es para ti. Pero para los que no tienen menos de siete años o más de setenta, no es tan encantador.

Estamos aquí porque la novia de Marc es el tipo de mujer que quiere fotos de boda de océanos cerúleos y playas de arena blanca para subir a Instagram y no le importa los inconvenientes que eso signifique para los demás.

No puedo ser la única persona que piensa que la manía actual por las bodas de destino es el apogeo del narcisismo por derecho propio. Si lo que buscas es romance, fúgate y cásate. De lo contrario, ¿es justo esperar que un hermano con tres hijos pequeños, préstamos para estudios y una hipoteca tenga que pagar cinco billetes de avión o arriesgarse a convertirse en un paria familiar? Por no hablar de los parientes mayores que ya han dejado atrás los acontecimientos de su vida —el matrimonio, los hijos—, para quienes la boda de un nieto es uno de los pocos placeres genuinos que les quedan.

Para mí, volar más de seis mil kilómetros para que mi hija sea dama de honor en la boda de mi mejor amigo es un incordio muy caro. Para las personas solitarias y enfermas, que no pueden viajar,

estas celebraciones lejanas son un ejercicio de desamor.

Por eso, Luca y yo nos casamos dos veces, una en la iglesia ancestral de su madre en Sicilia para complacer a su extensa familia, y otra en West Sussex para la mía, bastante más pequeña. Tal vez una tercera boda habría servido para que el matrimonio durara más.

Recojo nuestra maleta de la cinta transportadora y Lottie y yo nos sumamos a otra fila, esta vez para un taxi. Las dos estamos acaloradas, cansadas y de mal humor cuando entramos en el taxi, pero por suerte, mi hija no tarda en dormirse con la cabeza apoyada en mi regazo.

Le retiro el pelo de la cara sudorosa y sonrío cuando arruga la nariz y me aparta la mano sin despertarse.

Ser la mamá de Lottie es lo más difícil que me ha tocado hacer. Es la única tarea, en toda mi vida, en la que he luchado por tener éxito.

Y en esto no cabe ningún final feliz del estilo de las tarjetas de felicitación, nada del tipo "pero nada ha sido más gratificante". La maternidad no me resulta satisfactoria ni placentera. Es tediosa, repetitiva, solitaria, agotadora. Luca era un padre mucho más natural. Pero mi amor por mi hija es visceral e incuestionable. Daría mi vida por ella.

Verifico mis correos electrónicos mientras avanzamos en el atasco sobre el puente que cruza Tampa Bay, con cuidado de no molestar a Lottie.

Lo que me temía: mientras yo estaba volando, a mi clienta yazidí se le denegó la solicitud de asilo más que nada porque no estuvo dispuesta a consultar con su abogado y a participar de forma plena y adecuada en la audiencia.

Envío varios correos rápidos en respuesta para poner en marcha las medidas necesarias para interponer un recurso de apelación. No estoy exagerando ni siendo una egocéntrica cuando digo que mi ausencia de Londres tiene consecuencias muy reales y que cada minuto que estoy fuera de la oficina cuenta.

Pero Marc interrumpió su vida entera cuando murió Luca. Sabe que su novia, Sian, no me cae demasiado bien; no asistir a su boda, por más vueltas que yo pueda darle, pondría a prueba nuestra amistad. Y solo estaré fuera seis días. James puede ocuparse del trabajo hasta que yo regrese. Una vez en casa, unas pocas noches en vela serán suficientes para volver a la normalidad.

Guardo el móvil y reacomodo con cuidado la cabeza de mi hija en mi regazo mientras tomamos la salida hacia St Pete Beach, con sus calles iluminadas con luces de neón y su aglomeración de hoteles, bares, cadenas de restaurantes y tiendas para turistas.

Nos desviamos de la calle principal y las multitudes y nos adentramos en un vecindario más residencial. Unos minutos más tarde, el taxi se detiene en una entrada al pie de un puente corto que

lleva a una diminuta isla barrera a menos de cien metros de la costa. El horizonte está dominado por el hotel Sandy Beach, un edificio almenado de seis plantas y color amarillo pálido que se eleva hacia el cielo como una tarta de bodas.

Nuestro conductor baja la ventanilla para hablar con el guardia de seguridad y, al cabo de un momento, la barrera blanca se levanta y cruzamos a una pequeña lengua de tierra que se adentra en el golfo de México.

Sacudo a Lottie para que se despierte mientras el taxi se detiene en el patio del hotel. Un botones se lleva nuestro equipaje y yo levanto a mi hija adormecida y me dirijo a la recepción.

Una enorme pared de vidrio da directamente a la playa de arena blanca y Lottie enseguida hunde su cara en mi hombro. Siempre ha sentido terror al mar; no tengo ni idea de por qué.

Hay varias habitaciones frente al mar reservadas para los invitados a la boda. Cambio la nuestra por una que da a la piscina, para que Lottie no tenga que despertarse y ver el océano. Un intenso atardecer rojo y naranja se extiende por el cielo y estoy a punto de llevar a mi hija cansada a la habitación arriba cuando Marc y Sian entran desde la playa.

Marc finge ignorarme por completo y le tiende la mano a Lottie.

—Doña Martini —dice con seriedad—. Es un placer verla de nuevo.

—*Señorita* —lo corrige ella.

—*Señorita.* Perdón.

Sian desliza su mano por el brazo de Marc. El gesto es más posesivo que cariñoso.

—Deberíamos volver con los demás —sugiere.

—¿Queréis venir? —pregunta Marc—. Paul estaba preparando otra ronda.

—Lo haría, pero Lottie necesita ir a la cama. Está rendida.

—¿Por qué no la acuestas y, luego, bajas y nos buscas? Estamos en el bar Parrot Beach, justo al otro lado de la piscina. Zealy y Catherine están también allí.

Así habla el hombre que aún no ha tenido un hijo y no ha aprendido lo que es pasar el resto de tu vida con el corazón en vilo.

—Tiene *tres* años, Marc —interpone Sian—. Alexa no puede dejarla sola en un hotel que no conoce.

Marc coge el asa de mi maleta con ruedas con mucha autoridad.

—Al menos deja que te ayude a subir esto.

—Nos están esperando —insiste Sian.

—Ve tú. Bajaremos en un minuto.

Su futura esposa sonríe, pero la sonrisa no llega a sus bonitos ojos. Nunca ha habido la más mínima posibilidad de una relación romántica entre Marc y yo. Nos conocimos cuando él empezó a

entrenar al equipo de fútbol femenino del University College de Londres, donde yo estudiaba Derecho; durante los tres primeros años, solo me vio sudada y salpicada de barro, con pantalones cortos de licra poco favorecedores y protector bucal.

Me han gustado algunas de sus novias. Pero ha dejado escapar a varias buenas por no haber aprovechado la oportunidad de proponerles matrimonio: cuando se daba cuenta de que eran perfectas para él, ellas ya se habían cansado de esperar y habían seguido su camino.

Marc tiene ahora treinta y seis años; es un acaudalado director de marketing con toda la parafernalia del éxito salvo una esposa y una familia, y lleva varios años deseando casarse. Y, como si del juego de las sillas se tratara, Sian simplemente resultó ser la última que se sentó en la silla vacía cuando la música se detuvo.

En el momento en que deslizo la tarjeta de acceso en la puerta de la habitación del hotel, suena mi móvil.

—Lo siento —me disculpo—. No contestaría, pero es James…

—Atiende, atiende —responde Marc—. Yo me ocupo de Lottie. A Sian no le importará que me quede un rato más.

Lo dudo mucho, pero necesito hablar con James y saber qué pasa con mi clienta, así que acepto la oferta de Marc de cuidar a Lottie y regreso al pasillo para atender la llamada en un lugar tranquilo.

Para cuando vuelvo a la habitación quince minutos después, Lottie ya está en pijama y acostada en una de las dos camas dobles. Marc está sentado junto a ella, leyéndole un cuento.

—¿Lista para bajar? —me pregunta, y deja el libro a un lado.

Tengo mis dudas. Estoy alterada después de mi conversación con James y muy despierta; un vaso de whisky lo arreglaría. Pero aunque soy muy consciente de que no nací para ser madre, hago todo lo que puedo para ser la mejor posible.

—No puedo dejarla —le explico.

Lottie cruza sus brazos gordezuelos sobre el pecho.

—Me leíste mal el cuento —le dice a Marc—. Te *saltaste* una página.

—No pasa nada —agrego—. Yo me encargo de esto, Marc. Vete. Nos vemos mañana.

Me siento en la cama, me apoyo contra el cabecero acolchado y atraigo a Lottie hacia el pliegue de mi codo. Ella me da el libro, *Búhos bebés*, y pasa las páginas de cartulina manoseadas mientras yo leo en voz alta la historia de tres búhos bebés posados en una rama del bosque que esperan a que mamá búho regrese.

Y lo hace: desciende en silencio por entre los árboles. “Sabíais que volvería”. Luego, añado la frase que no está en el libro, la frase que Lottie ha estado esperando, esa frase que Luca, para compensar mis

defectos, solía añadir siempre, con más fe de lo que mi historia merecía: “Las mamás siempre vuelven”.

Treinta y seis horas antes de la boda

Capítulo 3

Alex

LOTTIE SE DESPIERTA MUCHO ANTES del amanecer, todavía con el horario de Londres. Le lanzo mi móvil para ganarme otra valiosa media hora y me vuelvo a meter bajo las sábanas. De todas las pruebas de la maternidad, la falta de sueño es una de las peores.

Nunca quise tener un hijo. Eso no significa que no ame a mi hija con toda mi alma ahora que está aquí; Lottie es mi oxígeno, la razón por la que respiro. Pero no puedo ser la única mujer que no se imaginó a sí misma como madre hasta que ocurrió, y si he de confesar la dura verdad, durante bastante tiempo después de que hubiera nacido.

Para ser justa, tampoco me imaginaba mucho como esposa. Luca y yo nos conocimos hace casi cinco años, en marzo de 2015, unos meses después de que él se mudase a Inglaterra desde Génova, su ciudad natal en el norte de Italia, para dirigir la oficina del negocio familiar de importación de café en Londres. Por aquel entonces, yo vivía de alquiler con un par de amigas un apartamento en planta baja a una calle de la estación de metro Parsons Green en Fulham, y estábamos hartas de que los viajeros que dejaban sus coches en las calles cercanas antes de tomar el tren hacia el centro de Londres nos bloquearan la entrada del garaje del edificio.

Una tarde, cuando no pude ir a la fiesta del sesenta cumpleaños de mi padre en Sussex hasta que el dueño del coche que bloqueaba el mío regresó, me quedé esperando, echando humo y, luego, exploté en la cara del conductor.

Italiano hasta la médula, Luca estuvo a la altura. Según recuerdo, nuestra primera conversación consistió casi en su totalidad en insultos creativos en dos idiomas.

En algún momento mientras entraba en mi apartamento hecha una furia para coger un envase de helado que le unté en el parabrisas, me

di cuenta de lo guapo que era. Nuestro encuentro descendió al cliché de las comedias románticas: me invitó a cenar, acepté y terminamos en la cama.

En ese entonces, yo tenía veinticuatro años y acababa de empezar a trabajar a tiempo completo en Muysken Ritter. Hacía jornadas de dieciocho horas, seis y a menudo siete días a la semana. No tenía tiempo para una relación.

Pero Luca era encantador, había viajado mucho y era divertido. Me gustaba pasar tiempo con él. El sexo era excelente y me sentía renovada y más productiva después de una noche juntos. Era fácil creer que estaba un poco enamorada de él.

O tal vez lo estaba en realidad; desde la distancia, es difícil estar segura.

Unos cuatro meses después de aquella primera noche que me produjo una cistitis, descubrí, gracias a un episodio de intoxicación alimentaria y los consiguientes antibióticos, que estaba embarazada de seis semanas. Si no tenía tiempo para una relación, era obvio que no podía lidiar con un bebé. Pedí cita para interrumpir el embarazo y se lo conté a Luca porque me parecía deshonesto no hacerlo, no porque pensara que él tuviera nada que decir al respecto.

Para mi sorpresa, se arrodilló y me pidió que me casara con él. Herí un poco su orgullo cuando me reí.

Era italiano, por supuesto, y católico: para él, la idea del aborto era un anatema. Me rogó que siguiera con el embarazo y me prometió que él se encargaría de cuidarlo y que yo “ni me daría cuenta de que estaba allí”.

Era apasionado, y convincente.

Y yo era lo bastante joven, y arrogante, para creer que de verdad podía tenerlo todo… y ocuparme de todo.

Y, luego, estaba mi hermana Harriet. Le habían diagnosticado cáncer de cuello de útero a los diecinueve años, y aunque el agresivo tratamiento de quimioterapia le salvó la vida, la dejó estéril. Fue imposible no pensar en su tragedia cuando tomé la decisión.

La siguiente vez que Luca me propuso matrimonio, le dije que sí. Me casé con él, dos veces. Nos mudamos a Balham, a una casa adosada de dos habitaciones, convertimos una de ellas en un cuarto para el bebé y nos dispusimos a crear nuestra pequeña familia. Y, cuando todo se desmoronó, como ocurrió de manera inevitable antes del segundo cumpleaños de Lottie, lo asumí y puse el matrimonio y los hijos en la lista de experimentos que vale la pena probar una vez, pero nunca repetir, junto con los monos harem y los vestidos de tarde floreados.

Me despierto por segunda vez cuando Lottie me lanza el móvil a la cabeza. El golpe es brutal, me incorporo con brusquedad y me froto

donde me ha impactado.

—¡Mierda! —exclamo—. ¿Por qué lo has hecho?

—No me estás escuchando —replica Lottie.

—Joder, Lottie. Me has hecho daño.

—No quiero ser dama de honor.

Echo hacia atrás las mantas de la cama.

—Me importa un bledo lo que quieras. Dijiste que lo harías y lo harás.

—Mi mamá azul dice que no tengo que hacerlo.

No tengo ni idea de qué está hablando.

—Bueno, *esta* mamá dice que sí.

Necesito hacer pis, pero cuando trato de abrir la puerta del baño, está atascada. Me arrodillo y quito las docenas de pedazos de papel que Lottie ha metido por debajo, un hábito irritante que adoptó poco después de la muerte traumática de su padre. Lo hace con cualquier puerta que no cierre bien al ras del suelo, convencida de que los monstruos se van a deslizar por la rendija. Se niega incluso a entrar en la cocina de mis padres, porque la puerta que da al sótano tiene una rendija de casi dos centímetros que no puede bloquear.

—Por el amor de Dios, Lottie. Pensé que ya habíamos hablado sobre esto.

Ella se encoge de hombros, saca la mandíbula hacia afuera y me mira con expresión obstinada.

Entro en el baño y, cuando regreso, me siento en el borde de su cama.

—¿Qué pasa, Lottie? —le pregunto con tono enérgico—. Has estado esperando esta boda durante meses.

—Marc ya no me gusta.

—¿Desde cuándo?

Su gesto de enfado se intensifica.

—Me tocó.

Nada, pero *nada*, en más de diez años de amistad me ha dado motivo para dudar de Marc. Ni una mirada, ni una insinuación ni un cometario fortuito han dejado entrever que le gustan los niños. Pero cuando tu hija te dice que un hombre la *tocó*, te lo tomas en serio.

—¿Qué quieres decir? —inquiero con brusquedad—. ¿Cuándo?

—Anoche. No me gustó.

Se me seca la boca. *Jamás* hubiera creído que Marc sería capaz de algo así, pero siempre son los que una menos espera.

Lottie tiene muchos defectos, pero no es mentirosa. Por regla general, dice la verdad aunque duela. La idea de que alguien pueda haberla tocado, *herido*, es suficiente para despertarme una rabia asesina. Haría lo impensable por proteger a mi hija.

—¿Dónde te tocó? —pregunto con toda la calma de la que soy

capaz.

—No te voy a decir.

Tengo ganas de tomarla de los hombros y sacudirla hasta que me cuente todos los detalles, pero si la presiono, se negará a hablar. El silencio a modo de venganza más largo que mantuvo hasta la fecha duró tres días completos, cuando me castigó por tratar de averiguar lo que quería para su tercer cumpleaños. No fue ella quien cedió para poner fin al enfrentamiento.

—De acuerdo —respondo y me pongo de pie.

—Estuvo muy *grosero* —comenta.

—¿Grosero cómo?

—¡Me apretó!

—¿Te apretó? ¿Quieres decir que te abrazó?

—¡No! —Se toma un puñado de su amplia barriga en cada mano—. ¡Aquí! ¡Así! ¡Dijo que *me estaba poniendo gordita*!

Más tarde me ocuparé del puto tema de la vergüenza de la gordura. Ahora mismo, me siento aliviada de no tener que acusar a mi mejor amigo de abusar de mi hija el día de su boda.

—Lo dice porque se va a casar con una tabla de planchar —le digo.

—Es verdad, *se parece* a una tabla de planchar —coincide Lottie encantada.

—En realidad deberías sentir pena por él.

—Está bien. Seré dama de honor.

—Así me gusta —respondo con suavidad.

El ensayo de la boda comienza esta tarde a las seis, una hora antes de la puesta del sol, el mismo horario que la ceremonia de mañana. Todavía no son las siete de la mañana, así que tengo que llenar once horas sin que Lottie coma hasta sentirse mal, se ahogue, le dé una insolación o le corte el pelo a alguna de las otras cuatro damas de honor (algo bastante probable; tuvimos un incidente más bien desastroso con las tijeras en su primer trimestre en la guardería).

No soy optimista.

Capítulo 4

Alex

NUNCA HE LOGRADO ENTENDER EL miedo de Lottie al mar. No sufrió ningún trauma de la infancia que pudiera haberlo desencadenado, ni ningún incidente en el que haya estado a punto de ahogarse, y el agua en sí no es el problema; le encanta la piscina y hace casi un año que nada sin manguitos, incluso en la parte honda.

Pero esta es una boda en la playa y Lottie tiene que acostumbrarse a la cercanía del mar, de modo que después de almorzar, tomo fuerzas con un gin-tonic cargado (la pura verdad es que no es el primero del día) y la llevo a la playa.

Por fortuna, aunque baja la barbilla y encorva los hombros hacia adelante como un toro enano a punto de embestir, no explota como temí que hiciera. Caminamos despacio hacia una sección rastrillada de arena blanca fina, donde el personal del hotel está colocando hileras de sillas doradas adornadas con lazos frente a una pérgola con estrellas de mar y conchas de plástico entrelazadas. Guio a Lottie por el pasillo de arena que recorrerá en el ensayo de la boda dentro de un par de horas y le muestro en qué lugar de la primera fila se sentará mañana.

—Aquí no hay mareas —le explico, y me pongo en cuclillas junto a ella mientras observa el océano con expresión sombría—. Bueno, que no son gran cosa. El océano no se va a acercar más, te lo prometo.

Lottie da un paso firme hacia la orilla, que está a unos seis metros de donde nos encontramos. Confío en que mi niña afronte sus miedos, que los desafíe de frente.

Oigo la voz de Sian a mis espaldas.

—¿Vas a nadar, Lottie?

Sian y su mejor amiga y dama de honor, Catherine, se abren paso por la arena caliente con idénticas sandalias de plástico rosadas y el cabello mojado echado hacia atrás después del baño en el mar.

—Justo volvíamos al hotel para prepararnos —preciso.

—Pero el agua del mar está tan buena —señala Sian—. Y, además, hay tiempo de sobra antes del ensayo.

—Es un *océano*, no un mar —la corrige Lottie.

Sian se pone en cuclillas junto a ella.

—Espero que no te preocupe que la gente te vea en bañador, Lottie. A nadie le importa tu aspecto.

Siento ganas de abofetear la bonita cara de Sian. Pero no hace falta que me preocupe, Lottie tiene la situación controlada.

—¿Por qué habría de preocuparme? —pregunta sin rodeos.

—No importa —se apura a decir Sian—. ¿Tienes miedo de los tiburones?

—¡Por supuesto que no! —replica—. *Me gustan* los tiburones.

—No tiene motivos para tener miedo —interpone Catherine—. Le darían un mordisco y la escupirían.

Lottie parece tomar esto como un cumplido.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo mientras Sian y Catherine regresan al hotel. Me sorprende ver el nombre de mi hermana Harriet en la pantalla.

—Lottie, siéntate aquí y no te muevas mientras hablo con la tía Harriet —le indico, y señalo una tumbona cercana—. No tardaré más de cinco minutos.

Doy un par de pasos hacia la orilla, tentada por el mar. El agua tibia ondea sobre mis pies descalzos y de pronto deseo que Lottie supere su miedo; el agua está ideal.

—No esperaba tener noticias tuyas —le digo a mi hermana.

—¿Va todo bien? ¿Mamá y papá están bien?

—Que yo sepa, sí. ¿Por qué?

—¡Porque me *has llamado*!

—Mierda, lo siento. Debo de haber llamado sin querer.

Harriet suspira.

—Me pareció raro cuando vi la llamada perdida.

Me tomo el reproche implícito con calma.

Harriet y yo no hemos tenido una relación estrecha desde que éramos niñas: nos queremos, por supuesto, pero somos el día y la noche. A menudo pasamos meses sin hablar, a menos que haya una crisis familiar. Mamá solo tiene cincuenta y siete años, pero ha estado ingresada dos veces en los últimos tres años para que le extirparan tumores malignos del colon.

En ambas ocasiones, he sido yo quien ha tenido que comunicárselo a Harriet, que vive en las islas Shetland con su esposo Mungo, un ingeniero de plataformas petroleras. A pesar de las maravillas de la tecnología moderna, sé que con frecuencia se siente muy desconectada de la familia, sobre todo porque Mungo suele estar bastante tiempo

fuera en las plataformas. Harriet es una artista y trabaja desde su casa, así que tiene mucho tiempo para sentirse sola.

—Lo siento —me disculpo—. No quería preocuparte.

—No pasa nada. Falsa alarma.

Se produce una pausa un tanto incómoda.

—Lottie debe estar entusiasmada —comenta por fin.

Mi hija es el único punto de encuentro entre Harriet y yo. Adora a Lottie, y, aunque nosotras no hablamos con frecuencia, Lottie suele secuestrar mi iPad para llamarla por FaceTime.

Miro a Lottie, que no está sentada en la tumbona como le ordené, sino que corre por entre las ordenadas hileras de sillas doradas con los brazos abiertos como si fuera un avión, estorbando al personal del hotel.

—Es Lottie —contesto—. Es difícil de saber.

Me sorprende oír el anuncio de un vuelo en el trasfondo de la llamada.

—¿Estás en el aeropuerto? —pregunto—. ¿Adónde vas?

—Es el televisor —explica Harriet—. Escucha, tengo que colgar. Solo quería asegurarme de que todo estaba bien. Toma muchas fotos de Lottie para enviármelas, ¿quieres?

—Por supuesto —digo.

Vuelvo a guardar el móvil en mis pantalones cortos, me giro y echo a andar por la playa. Veo que mi hija está hablando con un hombre que no conozco.

Tiene su mano sobre el hombro de Lottie y algo en la forma en la que se inclina sobre ella hace sonar todas las alarmas maternales. Llamo a Lottie en voz alta y el hombre mira en mi dirección y se aleja enseguida. Para cuando llego donde está Lottie, ya ha desaparecido por un lateral del hotel.

—¿Quién era? —le pregunto a mi hija.

—No sé.

—¿Qué te he dicho acerca de hablar con desconocidos?

—No le estaba hablando. *Él* me estaba hablando a *mí*.

—¿Qué quería?

Lottie me mira con evidente fastidio.

—Dijo que no podía encontrar a su hija y me preguntó si la había visto.

Un escalofrío me recorre la espalda. Lottie es lista e inteligente y le he inculcado los peligros que suponen los hombres desconocidos, pero aún no tiene cuatro años. Estaba a menos de quince metros de ella; solo le quité los ojos de encima durante un instante.

La arrastro a la fuerza de regreso al hotel, indiferente los furiosos tirones de mi brazo. Debería haberla vigilado más de cerca: Florida tiene uno de los índices más altos de delincuentes sexuales de los

cincuenta estados norteamericanos. Su población, compuesta de un número importante de turistas y jubilados de otros estados, es transitoria y cambia todo el tiempo. Hay poco sentido de comunidad y es fácil perderse entre la multitud.

Soy abogada. Lo investigué.

Cuando llegamos al vestíbulo del hotel, Lottie logra liberarse de mí y sale corriendo para unirse al grupo de niñas que serán damas de honor con ella. Estoy a punto de ir tras ella cuando Zealy, la hermana de Marc, sale del ascensor.

—¡Alex! Me pareció que eras tú. Te has cortado el pelo.

En un acto reflejo, me toco la nuca. El mes pasado me corté unos buenos veinte centímetros de mi largo cabello, de modo que ahora me llega justo por debajo de los hombros; nunca tenía tiempo para peinármelo bien.

—Me estaba volviendo loca. ¿Te gusta?

—Me encanta. Te queda muy bien.

Zealy y yo somos amigas desde hace años, aunque no nos vemos tanto como nos gustaría; la culpa es mía, por supuesto. Las amistades que sobrevivieron a la sobrecarga de mi trabajo quedaron en el olvido después de que naciera Lottie. En realidad, Zealy es hermanastra de Marc, del primer matrimonio de su madre con un sudafricano negro. Cuando Sian la conoció, preguntó si podía tocarle el pelo y comentó que era increíble que “pareciera una blanca”.

Zealy enlaza su brazo con el mío.

—Acompáñame al bar a tomar una copa —dice—. Ayúdame a ahogar mis penas.

Me resisto a ir al bar, pero acepto un cóctel junto a la piscina, sin perder de vista la brillante cabeza platino de Lottie mientras ella y las demás niñas van y vienen a nuestro alrededor como libélulas.

No sé si denunciar a la policía el encuentro de Lottie con el hombre en la playa o al menos al gerente del hotel. Cuanto más lo pienso, más extraño me parece.

Pero no tengo nada concreto para ofrecerles. Si cada madre con un “mal presentimiento” presentara una denuncia en la policía, estarían hasta arriba de papeleo.

Acepto un segundo martini cuando Zealy me presiona y relego el incidente a un segundo plano.

Veinticuatro horas antes de la boda

Capítulo 5

Alex

LOTTIE SUPERA MIS EXPECTATIVAS Y se comporta a la perfección durante el ensayo de la boda, lo que me hace temer por mañana. Es una experta en el arte de dar gato por liebre.

Marc y Sian repiten sus votos tres veces antes de que la novia ruborizada quede satisfecha. Las jóvenes damas de honor se agitan en sus sillas doradas, muy aburridas, dándose codazos en las costillas y haciendo muecas. Solo Lottie se comporta, con las manos cruzadas en el regazo y aire remilgado. Es una mala señal.

Sian por fin se siente satisfecha y ella y Marc desandan el pasillo de arena.

Zealy y Catherine reúnen a las damas de honor y todas comienzan a caminar detrás de Marc y Sian, con Lottie en la retaguardia.

En cuanto el cortejo nupcial llega a la cancela que conecta la playa con el jardín privado junto a la piscina del hotel, donde tendrá lugar la recepción, las cinco niñas rompen filas y se apresuran hacia sus padres.

Lottie choca contra mis piernas radiante de orgullo.

—¿Lo hice bien, mamá?

—Lo hiciste fenomenal —respondo, y le agito los rizos, intentando no parecer demasiado sorprendida—. Espero que se repita mañana. No estaré junto a ti, así que confío en ti, Lottie. En que te portarás bien.

—¿Dónde estarás?

—Justo detrás de ti, por allí. —Señalo mi asiento reservado un par de filas detrás de las sillas de las damas de honor, junto con los otros padres—. Te veré en la fiesta en el hotel en cuanto termine la ceremonia.

—Tú solo sígueme, Lottie, y mantente cerca de las otras chicas —interpone Zealy mientras se une a nosotras—. Mamá estará justo detrás de ti, con todos los demás.

—Lo que tú digas —contesta Lottie.

—*Lottie* —la regaño.

—No te envidio cuando llegue a la adolescencia —me dice Zealy.

Lottie me tira del brazo.

—¿Puedo tomar un helado ahora? ¿*Puedo*?

—Después de la cena.

Entrecierra los ojos.

—Dijiste que podría *tomar todo el helado que quisiera* si me portaba bien.

Me tiene contra las cuerdas y lo sabe.

—De acuerdo —accedo—. Pero será mejor que te comas toda la cena, Lottie.

Dejamos el jardín y atravesamos el restaurante Patio de las Palmeras, donde se ha dispuesto una larga mesa para el ensayo de la cena, y, luego, llegamos al vestíbulo principal del hotel. Cerca de la entrada hay una pequeña tienda que vende las típicas baratijas turísticas: postales, camisetas, vasos de chupito con el nombre del hotel. Tiene una nevera con helados que Lottie descubrió nada más bajar esta mañana.

La levanto junto a la nevera para que pueda elegir lo que quiere. Elige una galleta de helado del tamaño de una rueda y Zealy y yo nos sentamos en un banco del vestíbulo mientras ella se la come.

Para cuando termina, y yo le he limpiado la cara y los dedos pegajosos, el resto del grupo de la boda se ha reunido en el Patio de las Palmeras para cenar.

Ocupamos los tres últimos asientos libres en la abarrotada mesa junto a Marc. Lottie toma enseguida su bollo de pan y el mío y se los devora en un par de bocados voraces.

—¿Dónde *mete* todo eso? —pregunta Zealy cuando Lottie se estira para tomar el bollo de Zealy.

—Va a comer hasta sentirse mal solo para fastidiarme —le aseguro.

Paul Harding, compañero de universidad de Marc y su padrino de boda, se inclina sobre la mesa y le entrega su bollo de pan a Lottie.

—Me gustan las chicas con apetito —dice, y le guiña un ojo—. Siempre paso hambre en las bodas. Nunca te dan de comer como es debido.

Zealy y Paul han sido pareja un par de veces a lo largo de los años, y aunque sé que a Zealy le gustaría que la relación fuera más formal, no creo que Paul sea de los que sientan cabeza. Consultor de arte internacional, de cabello oscuro y por lo menos un metro noventa de altura, su nariz grande le quita algo de brillo a su buena apariencia. Harían una atractiva pareja.

Flic Everett, madre de otra de las damas de honor, Olivia, le hace una señal al camarero para que le sirva otro cóctel.

—¿Estás segura de que no quieres que Lottie coma con Olivia y las otras chicas arriba? —me pregunta—. Será mucho más más divertido para ella.

—No pienso perderla de vista —contesto.

—Betty, mi hija mayor, está haciendo de niñera. Lottie estará bien, te prometo…

—No me refería a eso.

Flic me mira con extrañeza y, luego se vuelve hacia Eric, el padre de Marc, sentado al otro lado de ella.

Lottie toma otro panecillo más. Me doy cuenta de que no se los está comiendo, sino que se los mete en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Son para mi mamá azul —replica.

Es la segunda vez que menciona a su "mamá azul". Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, se produce un alboroto en el otro extremo de la mesa.

Un hombre apuesto que no reconozco ha entrado en el restaurante y Sian se levanta para saludarlo. Está claro que forma parte del grupo de la boda; debe de ser uno de los padrinos. Pero no hay un lugar libre para él en la mesa y me doy cuenta de que es probable que mi hija se haya sentado en su sitio.

—Lottie no debería estar aquí —me dice Sian—. Es solo para adultos. Hemos pagado solo por doce personas.

—No tengo problema…

—Es solo una niña —interviene Marc—. No es que vaya a comer demasiado.

Dejo pasar la expresión escéptica de Sian.

David Williams, el padre de Sian, toca el brazo desnudo de su hija.

—No pasa nada, querida. Lo arreglaré después con el hotel.

—No hay *sitio* —insiste Sian.

Catherine aparta un poco la silla de la mesa y se da unas palmaditas en el regazo.

—Puede sentarse en mis rodillas si quiere.

—¿Por qué no movemos todas las sillas un poco? —sugiere Penny, la madre de Sian—. Podemos apretarnos y hacerle sitio a Ian.

Sian parece querer negarse a hacerlo, pero vuelve a mirar la mesa y se calma. Marc le hace una seña a un camarero, quien acerca otra silla y todos se mueven para hacer sitio.

—¿Quién es? —le pregunto a Zealy.

—Ian Dutton —responde—. Es amigo de Marc. Fue tenista profesional durante un tiempo, aunque creo que ahora está retirado. Solía entrenar a Marc, así fue como se conocieron.

Sin duda, tiene todo el aspecto, la camisa de lino no logra ocultar sus abdominales marcados.

—Lamento haberme perdido el ensayo de la boda —se disculpa sentándose—. Mi vuelo se retrasó y acabo de aterrizar. ¿Hay algo especial que deba saber?

—La verdad que no. Paul te pondrá al tanto —dice Marc.

—Las pequeñas tienen un papel más destacado —agrega Penny—. Y Lottie estuvo genial, ¿no crees, Sian?

—Sí —conviene Sian de mala gana.

Dos camareros nos sirven los entrantes; Lottie ha elegido mejillones al vino blanco. No es lo que la mayoría de los niños de tres años elegiría, pero mi hija no es la mayoría de los niños.

—Buena elección —comenta Paul con admiración.

—No sé cómo puede comer esas cosas —intercala Sian, y se estremece.

Juguetea con su ensalada de rúcula sin aderezo y sin almendras, pero con parmesano rallado.

De improviso, uno de los mejillones sale disparado de la mano de Lottie, rocía vino blanco por todas partes y se desliza por la mesa antes de aterrizar frente al plato de Sian.

Un accidente, por supuesto.

Lottie se ríe y luego se tapa la boca con las dos manos bien abiertas.

Ian lanza una carcajada.

—Vaya bichos resbaladizos —exclama—. Anda. Deja que les quite la concha a algunos.

Lottie, por lo general reacia a separarse de su comida, le entrega su bol de mejillones sin rechistar. Ian les quita la concha a una docena con rapidez y se los devuelve.

—Aquí tienes. No te molestes en usar el tenedor para el resto; cómetelos con la mano.

Catherine se inclina hacia delante.

—Me acabo de dar cuenta —susurra—. Ahora que llegó Ian, somos trece. ¿No es mala suerte?

—No creo en la suerte —afirmo.

Capítulo 6

Desde mi punto de observación oculto, veo a la niña correr por la playa, con su pelo platino ondeando detrás de ella como una bandera descolorida. Finge ser un avión o un pájaro quizá: tiene los brazos extendidos mientras se lanza en picado y se zambulle en la arena.

No hay nadie con ella. Nadie la vigila.

Excepto yo.

La niña se detiene de pronto y se deja caer sobre su gordo trasero en la arena. Se quita las sandalias, las arroja al mar y ríe con deleite cuando la marea se las lleva enseguida. Es difícil no sonreír al verla. Aun es lo bastante joven como para estar libre de los debería *y los* tener que. *Es impulsiva, vive el momento. Salta con deleite por la playa con los pies descalzos, su falda húmeda aletea contra sus pantorrillas y, por un instante, me pregunto a qué edad dejamos de saltar y nos rendimos a la disciplina peatonal de caminar y correr.*

Me alegro de que se divierta ahora, porque sé que se asustará cuando me la lleve. No puedo evitarlo, pero me aseguraré de que todo acabe lo antes posible.

La niña se acerca más a la orilla, sin advertir mi presencia cuando emerjo de las rocas detrás de ella, y reprimo mi instinto de alejarla del borde del agua y decirle que tenga cuidado, que la marea es más fuerte de lo que parece. La vida es peligrosa. Si no lo sabe ya, pronto lo sabrá.

Y la mayor amenaza para ella no es el mar.

Soy yo.

El día de la boda

Capítulo 7

Alex

Como estaba previsto, Lottie come literalmente hasta sentirse mal en el ensayo de la cena. Me levanto tres veces por la noche con ella y, por lo tanto, las dos dormimos hasta después de las nueve. Parece estar bien cuando se despierta, pero no pienso arriesgarme. Pasamos una mañana tranquila en nuestra habitación y nos saltamos el almuerzo nupcial, aunque dejo que Lottie pida sopa de pollo al servicio de habitaciones cuando se queja de que tiene hambre. Cosa extraña, se muestra cooperativa y ve dibujos animados en mi iPad mientras yo trabajo un poco. Para cuando la peluquera la reclama a media tarde, ha recobrado el color y se ha recompuesto del todo.

En cuanto la peluquera termina de trenzarle el pelo en una atractiva trenza de espiga, la llevo a la habitación de Zealy, donde las pequeñas damas de honor se están preparando.

A pesar de que la última prueba del vestido fue hace menos de tres semanas, son necesarios algunos tirones fuertes de la cremallera para que el abullonado vestido rosa quede en su lugar. Y cuando por fin Lottie da una vuelta, se me hace un nudo en la garganta. Puede que no sea la idea de belleza del mundo, pero nunca me ha parecido más hermosa.

Le advierto a Zealy que tenga una bolsa de plástico a mano por si Lottie vuelve a sentirse mal y bajo a la playa para tomar asiento con el resto de los invitados.

Diez minutos más tarde, Zealy me envía un mensaje de texto con una foto de mi hija, de brazos cruzados y con el ceño fruncido hacia la cámara. Me río en voz alta. Refleja tan bien la esencia de Lottie que la convierto en mi fondo de pantalla.

Sian sigue la costumbre norteamericana de que las damas de honor la precedan por el pasillo de arena. Me siento muy orgullosa de Lottie al verla avanzar a la cabeza y esparcir puñados de pétalos de rosa con

un abandono salvaje y alegre que atrae las sonrisas de más de un invitado y provoca un resoplido por parte de Marc.Veo a mi hija ocupar su lugar al final de la primera hilera de sillas doradas junto a las otras damas de honor, de cara al océano con expresión decidida. Me gustaría estar lo bastante cerca para decirle lo hermosa que es.

La ceremonia es breve y pintoresca. Marc se emociona visiblemente cuando Sian recorre el pasillo sembrado de pétalos con su vestido de Vera Wang color marfil, su fría belleza entibiada por el genuino brillo de sus ojos. El sol se hunde en el mar como en una fotografía cuando los novios terminan de pronunciar sus votos y unos turistas dispersos, que observan desde una distancia respetuosa a lo largo de la orilla del agua, aplauden con emoción.

La suelta de dos palomas blancas cuando Sian y Marc echan a andar de regreso por el pasillo no es de mi agrado, pero es lo que nos acerca a mi primera copa de champán, que sin duda sí que lo es.

Me uno a la corriente de invitados que siguen a la comitiva nupcial de vuelta al hotel para la recepción. Nos entregan pulseras rosas antes de permitirnos pasar por una pequeña cancela al jardín privado junto a la piscina, donde circulan los camareros.

Tomo una copa de uno de ellos y me encuentro con Zealy y Paul.

—¿No estuvo genial Lottie? —comenta Zealy—. Aunque pensé que iba a sacarle el ojo a alguien con su cesta de flores.

—Y hablando de ella… —aventuro y miro a mi alrededor.

—Está junto al puesto de helados con las otras damas de honor —precisa Paul, y señala hacia una maraña de faldas de tafetán rosa casi invisible entre el gentío—. La vi hace unos minutos comiendo brownie de chocolate.

—En ese caso, esperemos que Sian no esté planeando reutilizar los vestidos.

—Jesús, ¿no son espantosos? —exclama Zealy tirando del suyo—. *Rosa*, por el amor de Dios. Parezco una salchicha cruda.

El apuesto tenista se acerca y se nos une, su atuendo formal realza sus trabajados músculos. No tuve oportunidad de hablar con Ian Dutton anoche, ya que estaba sentado en la otra punta de la mesa, pero es algo que tengo la intención de corregir ahora mismo.

Recojo una segunda copa de champán de un camarero que pasa. No tengo tiempo para relaciones, pero el sexo es otra cosa.

En la mayoría de los matrimonios que fracasan, el sexo es lo primero que desaparece. Entre Luca y yo, fue lo último.

No importaba lo mal que estuvieran las cosas entre nosotros, ni la intensidad de las discusiones interminables, siempre acabábamos en la cama, con la furia y el odio haciendo las veces de afrodisíacos, un reflejo de nuestro primer encuentro. En ese entonces, me consolaba pensando que nuestro matrimonio no podía estar en crisis, porque

ninguna pareja que lo estuviera podía ser tan buena en la cama.

De lo que no me di cuenta hasta el día en que lo eché por romper una vez más su promesa de fidelidad mientras cruzaba los dedos era que nos comunicábamos a través del sexo porque no teníamos otra cosa.

En los ocho meses que transcurrieron entre nuestra separación y la muerte repentina de Luca, me mantuve célibe, incapaz de imaginar que podría estar con otro hombre. Pero la muerte tiene una extraña forma de recalibrar tu perspectiva. Te hace aferrarte a la vida, y el sexo es la máxima expresión de ese instinto. No podía vivir con Luca, pero tampoco esperaba tener que habitar un mundo sin él.

No soy de divulgar mis actividades privadas, pero me niego a disculparme por ser una soltera de veintinueve años con un apetito sexual saludable.

Ian es ingenioso y encantador, y me resulta atractivo. A juzgar por el nivel de coqueteo entre nosotros a medida que avanza la noche, mis sentimientos son correspondidos. Sus frases no son especialmente originales y sus halagos son demasiado intensos, pero no estoy interesada en el largo plazo.

Para cuando el padre de Sian hace chocar su tenedor contra una copa de champán para indicar el comienzo de los discursos, ya nos hemos alejado de la multitud de invitados. Alcanzo a ver por encima del hombro de Ian el destello ocasional del vestido rosa de Lottie cuando vuelve a la mesa del bufé para servirse por segunda vez y, luego, por tercera.

Zealy y Paul están sentados en una mesa cerca de la cancela que da a la playa, los pies de ella en el regazo de él y una botella de champán vacía entre los platos sucios frente a ellos.

—¿Podríais vigilar un rato a Lottie? —les pido.

—Por supuesto —contesta ella, y dirige una mirada cómplice hacia Ian—. Divertíos.

Bajo mis pies descalzos, siento el frescor de los montículos de arena fina, y una vez que dejamos atrás la penumbra de luz del hotel, la oscuridad resulta sorprendente. El susurro de las olas en la orilla resulta erótico, y cuando Ian me dirige hacia una de las filas apretadas de tumbonas dobles para “recién casados”, no lo dudo.

—¿Sabes algo sobre las estrellas? —me pregunta con la vista clavada en el cielo nocturno.

—La Osa Menor —comienzo y la señalo—. ¿Esa W? Esa es Casiopea. Y Andrómeda, allí, mira. La estrella brillante.

—¿Cómo sabes todo eso?

Me encojo de hombros.

—Me interesa.

—¿De qué signo eres?

—No la astrología —aclaro—. La astronomía. Hay una diferencia.

La luna ha subido más en el cielo mientras hemos estado en la playa y nos baña con su luz fría e inquietante. Me doy cuenta de que nos hemos alejado más tiempo del que pensaba.

—Debería volver al hotel —digo—. Tengo que acostar a mi hija.

—No te volveré a ver, ¿verdad?

—No —asevero.

Sería un insulto fingir lo contrario. Me he vuelto experta en compartimentar mi vida separando a la madre de la abogada adicta al trabajo. Es un mecanismo de seguridad. No sé si es saludable, pero no conozco otra forma de ser.

Pero el comentario de Ian me molesta un poco. No soy la devoradora de hombres endurecida que él parece pensar. No puedo darme el lujo de involucrarme; incluso si tuviera tiempo, debo tener en cuenta a Lottie. Cualquier hombre con el que salga es un padrastro potencial. La responsabilidad de elegir al hombre adecuado para mi hija es abrumadora y no estoy preparada para afrontarla.

Muestro mi pulsera de seguridad rosa al camarero que está en la cancela y me reúno con el ahora más reducido número de invitados.

Los discursos han terminado; debo de haber estado ausente más tiempo del que pensaba. Zealy y Paul y otras parejas están bailando con las mejillas juntas al lado de la piscina y yo escudriño el jardín en busca de mi hija.

Al no encontrarla, me acerco a Zealy y le toco el hombro.

—Oye —le digo, todavía no asustada—. ¿Has visto a Lottie?

Capítulo 8

Alex

—Estaba aquí mismo —responde Zealy, y se aparta de Paul para echar un vistazo alrededor del jardín—. La vimos hace unos minutos.

—¿Viste a dónde fue?

—No, lo siento. Pero no puede estar muy lejos —añade.

Paul pasa el brazo por los hombros de Zealy.

—Iba hacia el puesto de helados con otros niños —precisa—. Fue hace tres o cuatro minutos, no más.

Les doy las gracias y me dirijo a las mesas del bufé. Como dijo Zealy, Lottie no puede haber ido muy lejos en un par de minutos. Si hubiera estado del lado del jardín que da al océano, la habría visto cuando entré.

El camarero que lo atiende se encoge de hombros cuando pregunto por Lottie y un rápido reconocimiento de las mesas me dice que tampoco se está sirviendo profiteroles.

Me vuelvo hacia el jardín, preguntándome dónde se habrá metido, y vislumbro unas faldas rosas que desaparecen por la esquina. Hay un pequeño apartado en la parte trasera del jardín dedicada a los juegos para niños: hockey de mesa, un billar, un *pinball* y una mesa de juego de golpea al topo. Lottie se pasó una hora aquí ayer, antes de que se me acabaran las monedas de veinticinco centavos y tuviera que sacarla a rastras. Sin duda, ha mendigado o pedido prestado dinero a Marc o a otro invitado, lo cual es bastante vergonzoso. Está claro que tengo que poner límites más firmes.

Pero cuando doblo la esquina, no hay señales de Lottie. Una de las damas de honor preadolescente está colocando las bolas en la mesa de billar; debe de haber sido su falda la que he visto.

—¿Has visto a Lottie? —le pregunto.

Me mira sin comprender.

—La dama de honor. La del pelo rubio.

—Ah, ¿la gorda?

“La inteligente, pedazo de almorrana con dientes de rata”. —Sí —contesto.

—No. Hace siglos que no la veo.

Una leve punzada de ansiedad me retuerce el estómago. Es probable que nos estemos cruzando entre la multitud y no nos hayamos visto, eso es todo. Pero hay mucha menos gente que antes; muchos ya han abandonado la fiesta y los camareros están empezando a quitar los platos.

Escudriño el jardín en busca de un atisbo de cabello rubio. Lottie tiene que estar por aquí. No puede haberse ido a la playa; hay un guardia en la salida que verifica las pulseras de seguridad, y la habría visto cuando entré por ahí.

Bordeo la piscina, negándome a reconocer la profundidad de mi alivio cuando compruebo que sus aguas turquesas están inalteradas y, luego, entro en el hotel. Hay tres recepcionistas detrás del mostrador y un portero en la entrada principal; alguno de ellos se habría dado cuenta si una niña de tres años hubiera salido sola del hotel. Pero cuando pregunto si alguien la ha visto, todos niegan con la cabeza. Uno de los recepcionistas se ofrece a ayudarme a buscarla, pero lo rechazo. Intensificar la búsqueda sería admitir que algo va mal. Y todo va bien.

No encuentro a mi hija, eso es todo.

COMENTARIOS
comparte lo que piensas 407 comentarios

Mariposa57, Florida, EE. UU.
No me puedo imaginar lo que está pasando esa pobre mujer. Dios bendiga a esa hermosa niña. Espero que vuelva a casa sana y salva y rezo por ello.

Champán_y_furor, Devon, Inglaterra
¿Por qué alguien dejaría sola a su hija solo porque está de vacaciones? ¿Por qué?

Sonrisafeliz, Edimburgo, Reino Unido
Si fuera mi hijo, lo buscaría hasta caerme muerta en el suelo…

Imparcial, Bretaña, Francia
Pobre mujer, debe de estar loca de preocupación.
Estaba en una boda, su hija debería haber estado a salvo.

gatolisto21, Londres, Inglaterra
Una buena madre no deja a una niña de tres años sola por la noche.

BienDespierto @gatolisto21
No la dejó sola, estaba en una boda con amigos. ¿Dónde está tu compasión?

Nada_que_ver_aquí, Gran Manchester, Inglaterra
¿Por qué este diario de mierda siente la necesidad de decirnos cuánto vale su apartamento? Su hija ha desaparecido, por el amor de Dios.

chicachocolate, Florida, EE. UU.
Espero que esta niña sea encontrada sana y salva. ¿Cómo puede ser que desaparezca una niña en medio de una boda?

RosaMosqueta @chicachocolate
Es como si ya ningún lugar fuera seguro.

Capítulo 9

Alex

El pánico no es inmediato. Doy otra vuelta al patio y reviso cada centímetro. Una vez que estoy segura de que Lottie no está allí, vuelvo a entrar en el hotel y busco en todas las áreas públicas que salen del vestíbulo, incluido el comedor —siempre la primera parada de Lottie— y los baños. Subo las escaleras y compruebo que no ha vuelto a la habitación, aunque no tiene tarjeta de acceso, así que no podría entrar. No está por ninguna parte.

De pronto me siento muy sobria.

—Piensa —me digo en voz alta—. No tengas un ataque de pánico.

Lottie no está en el jardín. No está sentada fuera de la habitación ni en ninguna de las áreas públicas del hotel. Nunca habría ido a la playa sin mí, y aunque lo hubiera hecho, el personal del hotel que vigila la cancela tiene instrucciones específicas de no permitir que los niños salgan solos. Eso únicamente deja una opción lógica: debe de haber ido a jugar a la habitación de alguna de las otras damas de honor.

En realidad, quedan dos opciones, pero me niego a poner la segunda sobre la mesa.

Vuelvo al mostrador de recepción y le pido a la joven servicial sentada detrás los números de las habitaciones de las otras cuatro damas de honor.

—No puedo dárselos —responde—. Pero puedo llamar, si quiere.

Lottie no está en ninguna de las habitaciones de las otras familias.

Han pasado veinte minutos desde que volví de la playa; veintitrés o veinticuatro minutos desde que Zealy y Paul vieron a Lottie. Imagino esa pequeña certeza —"Estaba yendo al puesto de helados con otros niños"— como el punto azul brillante en el centro de un círculo. Con cada segundo que pasa, el radio de posibilidades se amplía.

¿Cómo de lejos puede ir una niña de tres años en cinco minutos? ¿En diez? ¿En veinte?

¿Y si no está sola?

Ya no puedo seguir ignorando la segunda opción. Vuelvo corriendo al jardín, consumida por el miedo. Se está escondiendo, me digo. Tiene que estar escondida.

Sé que no está aquí, pero vuelvo a revisarlo todo: debajo de las mesas y detrás de los grandes maceteros de hormigón de las buganvillas, sin importarme que estoy empezando a llamar la atención. Me siento mareada, como si tuviera vértigo. Me duelen los ojos y tengo la garganta seca. Sé que, de alguna manera, mi búsqueda ya no es la misma.

Este será el momento que recordaré, una y otra vez. Las decisiones que tome ahora, si bajo a la playa, a pesar de que estoy segura de que no está allí, o salgo al aparcamiento frente al hotel por si se escabulló sin que el portero lo advirtiera; si recluto a los otros huéspedes para que me ayuden a buscarla y me arriesgo al caos o a la confusión o sigo buscando yo sola. Lo que haga a continuación será algo con lo que viviré el resto de mi vida.

—¿Todavía no la has encontrado? —inquiere Zealy mientras doy mi tercera vuelta por las mesas del bufé.

—No puede haber ido muy lejos —repito.

Excepto que eso ya no es cierto. En media hora, Lottie puede caminar un kilómetro y medio. Y eso suponiendo que se mueva por sus propios medios. Me imagino una mano que le tapa la boca y un brazo fuerte que la sujeta en el aire y tengo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

Zealy se recoge su ridícula falda rosa y se acerca a grandes pasos al DJ que está a cargo de la música. Un momento después, Elton John enmudece y la gente se vuelve, sorprendida.

—Atención, por favor —anuncia Zealy, y da unas palmadas para captar la atención—. Parece que hemos perdido a una de nuestras pequeñas damas de honor. No hay nada de qué preocuparse, pero si pudieran ayudarnos a buscarla, se lo agradeceríamos.

Transmite la nota justa de preocupación contenida. Cuando los invitados empiezan a mirar a su alrededor, Zealy reúne a un par de empleados del hotel y los envía a la playa, por si acaso.

Una parte de mí está segura de que, en unos minutos, cuando Lottie haya sido descubierta escondida detrás de un exhibidor de postales o profundamente dormida en el vestíbulo, voy a desear que Zealy no hubiera dado la alarma antes de tiempo. Lottie debe de haber subido a la habitación y se ha perdido. Es probable que esté atrapada en el ascensor o sentada en las escaleras, esperando que alguien la encuentre.

—Jamás se acercaría al mar —le aseguro a Zealy—. No quiero perder el tiempo buscándola allí.

—Podría haberlo hecho si pensó que tú estabas allí.

Si me vio salir con Ian.

La playa es el único lugar donde no he buscado. Zealy y yo corremos hacia allí ahora, y ya ni siquiera pretendo estar tranquila.

Grito el nombre de Lottie hasta quedarme ronca mientras giramos y corremos en direcciones opuestas. La arena, que parecía tan hermosa hace unas horas, se ha convertido en un pantano traicionero que solo sirve para demorarme. Es como una de esas pesadillas horribles en las que intentas correr, pero te encuentras atrapado en arenas movedizas y tus piernas se mueven a cámara lenta mientras un perseguidor sin rostro te da caza.

El sonido del mar es más fuerte en la oscuridad. Alumbro con la linterna de mi móvil entre las tumbonas, por si Lottie estuviera escondida allí, demasiado asustada para moverse. Debe de estar aterrada. A pesar de toda su valentía, sigue siendo una niña de tres años sola en la oscuridad.

No sé hasta dónde alejarme en la playa. El pánico estruja mi corazón. ¿Y si estoy yendo en la dirección equivocada? ¿Y si me estoy apartando de Lottie en lugar de acercarme?

Delante de mí, alcanzo a vislumbrar un catamarán sobre la playa. Corro hacia él. En mi mente, imagino a Lottie en cuclillas detrás de él, perdida y asustada, con las rodillas apretadas contra el pecho y el pelo rubio enredado por el viento. La visión es tan real que cuando me acerco a los flotadores de fibra de vidrio, no tengo duda de que Lottie está allí.

El grito "¡La encontré!" se muere en mis labios. Mi decepción es tan visceral que me apoyo en el catamarán y vomito en la arena.

Me paso el dorso de la mano por la boca y doy vueltas alrededor del catamarán. Hay tantos lugares en los que podría estar, tantas direcciones en las que podría haberse ido. A mi derecha está el mar oscuro; a mi izquierda, las luces brillantes de la calle principal de St Pete Beach. Delante y detrás de mí se extienden kilómetros de arena irregular cubierta de sombras. Giro en círculos, el pánico me ahoga. Podría estar en cualquier parte.

Con cualquiera.

Una voz grita mi nombre. Marc se acerca corriendo por la playa.

—¿La has encontrado? —pregunta.

—¿Dónde está, Marc?

Se detiene frente a mí y me aprieta los hombros.

—La encontraremos. No puede estar lejos.

—Había un hombre —menciono recordando de pronto.

—¿Qué hombre?

No puedo creer que se me haya olvidado.

—Ayer por la tarde, cuando estábamos en la playa, lo vi hablando

con Lottie. Tenía la mano en su hombro. —Con un gesto de concentración trato de recordar los detalles—. Cuarenta y tantos años y con entradas. Delgado. Vestido con elegancia, demasiado elegante para la playa. Había algo raro en él.

—Tenemos que llamar a la policía —dice Marc.

Llamar a la policía significará que esto es real. Que mi hija no está perdida ni escondiéndose de mí. Que está *desaparecida*.

—Más vale prevenir que curar —añade—. Para cuando lleguen, estoy seguro de que la habremos encontrado.

Ahora hay gente dispersa por toda la playa, gritando el nombre de Lottie. El ambiente en el hotel ha cambiado cuando Marc y yo regresamos, desesperados por alguna noticia. Los reflectores del patio están encendidos y han quitado las mesas. El gerente está hablando con el personal congregado en un apretado grupo junto al mostrador de la recepción. Les está dando instrucciones para que revisen el interior de cualquier lugar adonde un niño pueda arrastrarse, donde pueda esconderse, estar dormido o del que no pueda salir: armarios, montones de ropa sucia, electrodomésticos grandes, edificaciones anexas y espacios pequeños.

Ha desaparecido una niña. Hay que hacer todo a un lado hasta encontrarla.

Marc habla con el gerente. Ya ha pasado una hora. Si estuviera en el hotel, la habrían encontrado. Se ha dado aviso a la policía. Mi mundo ya se está dividiendo en un *antes* y un *después*.

Sé —todos lo sabemos— que cuando desaparece una persona, las primeras setenta y dos horas son cruciales. De esas preciosas horas, la primera es la más importante de todas. Ya la hemos perdido. Cada momento que pasa aleja más a mi hija de mí. Las posibilidades de que regrese sana y salva se irán reduciendo hora a hora, minuto a minuto, hasta que todo lo que quede sea la esperanza de un milagro.

Luca y yo solíamos bromear sobre un posible secuestro de Lottie. Si alguien se la llevara, solíamos decir, la devolvería enseguida.

Zealy me toma de la mano y no me la suelta. Nos sentamos en el sofá del vestíbulo del hotel a esperar que llegue la policía. Esto es Estados Unidos, me digo. La policía de aquí sabe lo que hace. Tienen el FBI y la tecnología más sofisticada del mundo. Si alguien se ha llevado a mi hija, lo atraparán.

Se oye un grito repentino desde el pasillo.

—¡La encontré! —grita Paul.

Nos levantamos de un salto. Todos corremos hacia él.

Lleva en los brazos un bulto de tafetán rosa. La cabeza rubia de una niña cae sobre su hombro.

Es imposible saber si está viva.

Capítulo 10

Alex

La niña que Paul ha encontrado no es Lottie.

Resulta que ha confundido a mi hija con una de las otras damas de honor, Olivia Everett, de cinco años, que se había quedado dormida en la sala de juegos del hotel. Tardo un momento en darme cuenta de la importancia de su error y, cuando lo hago, siento como si un abismo se hubiera abierto a mis pies.

—¿Fuiste tú o Paul quien vio a Lottie en el puesto de helados justo antes de que yo volviera de la playa? —pregunto a Zealy con urgencia.

Zealy mira a Paul y, luego, a mí otra vez a medida que ella también toma conciencia de la gravedad del error.

—Fue Paul.

Paul, que ha confundido a Olivia con Lottie. Ha estado confundiéndolas toda la noche. No se parecen: el pelo de Olivia es mucho más oscuro, un rubio más parecido al castaño claro, y es mucho más delgada que Lottie. Pero para un hombre de treinta años sin hijos, todas las niñas rubias con vestidos rosas se parecen mucho.

Lo que significa que no fue a mi hija a quien vio que "estaba yendo al puesto de helados con otros niños" hace una hora y diez minutos.

Era Olivia.

Para la secuencia con la que hemos estado trabajando, con el punto azul en el centro del círculo de posibilidades, ya no vale ni el dónde ni el cuándo que habíamos pensado. Todo debe ser recalibrado. Debemos volver sobre nuestros pasos hasta el principio.

El miedo corta el delgado hilo de esperanza al que me he estado aferrando. Lo sé, *lo sé*, Lottie ha sido secuestrada. La culpa es una sensación física, un constante y nauseabundo repiqueteo de dolor en mis oídos: dejé a mi hija y ahora ha desaparecido. Le he fallado en lo más básico y fundamental: no pude mantenerla a salvo. Y mi error se

ve amplificado por la espantosa revelación de que ni siquiera sé cuándo se la llevaron. He caído en la misma trampa que Paul, me han cegado las faldas rosas.

¿Cuándo fue la última vez que vi a Lottie con *certeza*? No un atisbo de tafetán rosa revoloteando entre las mesas del bufé o desapareciendo por las esquinas, sino a la propia Lottie.

Me doy cuenta, con un escalofrío, de que no la he visto con absoluta certeza desde la ceremonia de la boda en la playa, cuando estaba sentada en su silla dorada a unas cuantas filas delante de mí.

No hace una hora y quince minutos.

Hace *cuatro* horas.

Mi hija puede haber estado desaparecida desde hace cuatro horas y *yo ni siquiera me di cuenta.*

Incluso mientras reprimo mi pánico, fijo esa imagen en mi mente, sabiendo que puede que sea la última vez que haya visto a mi hija con vida: Lottie con sus ojos clavados con intensidad en el océano, la cesta de flores vacía aferrada en su regazo, y su trenza platino despeinada por la brisa.

Será la primera pregunta que haga la policía cuando llegue: ¿cuándo vio a su hija por última vez? Y, cuando les diga esta nueva verdad, afectará todos los aspectos de la investigación.

En cualquier caso como este, una desaparición o un homicidio, la primera persona bajo sospecha es siempre la más cercana a la víctima o la más querida por ella. Pero cuando la policía sepa que perdí de vista a mi hija hace cuatro horas, pasarán de considerarme una sospechosa rutinaria a una grave. Perderán el tiempo indagando en mi historia, en mis antecedentes como madre, cuando deberían estar ahí afuera, buscándola.

Le he fallado a mi hija doblemente.

—Por el amor de Dios, ¿dónde está la maldita policía?

—exclama Zealy justo cuando dos policías uniformados entran en la recepción del hotel.

La naturaleza acusativa del sistema jurídico significa que, como abogada que defiende a algunas de las personas menos favorecidas del mundo, estoy acostumbrada a ver a la policía como el enemigo. He visto las consecuencias de las redadas al amanecer: niños arrancados de los brazos de sus padres, personas decentes tratadas como delincuentes, propiedades destruidas. Pero nunca me había alegrado tanto de ver un uniforme de policía como ahora.

Una oficial se queda atrás, hablando por la radio que lleva en el pecho. El otro se presenta.

—Oficial Spencer Graves, señora. Tengo entendido que su hija ha desaparecido.

—Alguien la ha secuestrado —respondo.

—¿Fue usted testigo del secuestro, señora?

—No, pero hemos buscado por todas partes. ¡Sé que se la han llevado!

—¿Qué edad tiene su hija, señora?

—Tres años. Cumplirá cuatro en febrero.

—Estamos perdiendo el tiempo —interpone Zealy—. ¡Tienen que enviar una alerta y bloquear las carreteras antes de que sea demasiado tarde!

—Señora, solo tenemos que establecer algunos hechos —explica Graves—. ¿Es posible que se haya alejado por su cuenta?

—Ya la habríamos encontrado —replico—. La mitad del personal del hotel está buscándola. Tenemos un centenar de invitados registrando la playa. Solo tiene tres años, no podría ir muy lejos sola.

—¿Podría estar con otro miembro de la familia?

Mi frustración se intensifica. El tiempo no es mi aliado. Con cada segundo que pasa, quienquiera que se haya llevado a mi hija se aleja más, y el área que hay que registrar, el diámetro de posibilidades, se amplía de manera exponencial.

—No hay ningún otro familiar aquí. ¡Le digo que alguien la ha *secuestrado*!

—¿Y el padre, señora? ¿Es posible que esté con él?

—Está muerto —declaro con brevedad.

—Murió en el derrumbe del puente de Génova el pasado agosto —agrega Zealy.

—Lamento escuchar eso, señora.

Una de esas muertes fortuitas y sin sentido cuando te llega la hora. Luca estaba visitando a sus padres en Génova tras el reciente diagnóstico de demencia de su madre. Dio la casualidad de que estaba cruzando el puente Morandi, el puente principal que atraviesa la ciudad, cuando se rompieron los cables de los tirantes del sur. Fue una de las cuarenta y tres personas que murieron ese día. Su cuerpo quedó destrozado, pero su bello rostro no tenía ninguna marca salvo un corte pequeño y profundo sobre el ojo derecho.

Cuando lo vi tendido en su ataúd ante el altar en la misma iglesia donde nos habíamos casado, cerca del pueblo natal de su madre en Sicilia, recuerdo que pensé que parecía dormido. En cualquier momento abriría sus hermosos ojos y sonreiría por todo el lío que había causado.

No podía apartar los ojos de sus padres, rotos y hundidos en el dolor. Perder a un hijo. No se puede ni imaginar.

—Por favor —ruego—. Lottie no se ha alejado ni se ha perdido. Alguien se la *llevó*.

Graves me estudia fijamente y luego regresa con la oficial. Los observo durante unos minutos, cada vez más nerviosa. Está claro que

creen que estoy exagerando. Otra madre histérica convencida de que su hija ha sido secuestrada cuando la niña acaba de quedarse dormida en algún rincón. La parte racional de mi cerebro no los culpa: noventa y nueve de cada cien veces tienen razón.

La radio de la oficial crepita y la mujer vuelve a salir.

—Estoy seguro de que no hay nada de qué preocuparse —señala Graves, y se vuelve hacia mí—. En estos casos, casi todos los niños aparecen sanos y salvos. Pero su hija es muy pequeña. Es un poco tarde para que ande sola, así que vamos a pedir refuerzos a Delitos contra Menores.

"Tiene tres años", quiero gritar. "¡Es demasiado pequeña para andar sola, sea tarde o no!"

Reprimo las ganas de destrozar el hotel con mis propias manos, de volver corriendo a la playa y revisar debajo de cada grano de arena. Tengo que esperar, *esperar* a que los lentos engranajes del procedimiento se pongan en marcha.

Zealy se niega a dejarme sola, pero insisto en que Paul vuelva a salir y siga buscando con los demás. Cada par de ojos suma. No puedo quitarme el miedo de que estamos haciendo todo mal. Este es el momento que recordaré, los minutos cruciales cuando tuve la oportunidad de salvar a mi hija y que, sin embargo, dejé que se me escapara de las manos.

Es casi medianoche cuando llegan dos detectives más. Me lanzan siglas a la cara y luego, cuando Zealy exige claridad, explican que son de la división de Delitos contra Menores de la Oficina de Operaciones de Investigación de la oficina del comisario del condado de Pinellas. Una vez más, son una pareja hombre/mujer, pero esta vez, una mujer de unos cuarenta y tantos años es la oficial de mayor rango, una tal teniente Bamby Bates. Es un nombre ridículo, un nombre de estríper, pero parece astuta y eficiente, con unos ojos negros intensos que no pasan nada por alto, y siento que por fin alguien me toma en serio.

—Emitiremos una alerta de menor desaparecido —me informa—. Ya lo hemos notificado al DPF… el Departamento de Policía de Florida —agrega—. Debería activarse en unos minutos.

—¿En qué consiste? —pregunto.

—Significa que los datos de Lottie saldrán en los medios de comunicación —explica—. Se difundirán por radio y televisión y a través de alertas de mensajes de texto. También aparecerán en los paneles electrónicos de las autopistas interestatales. Esto no es Portugal —aclara—. Lottie no va a desaparecer por un fallo del sistema.

Esta mujer policía sabe el nombre de mi hija. Sabe lo que le pasó a Madeleine McCann y dónde. Me está diciendo que tiene experiencia y está bien informada; sabe lo que hace. Su departamento no pisoteará

pistas vitales ni permitirá que se pierdan rastros.

—¿Tiene alguna foto reciente en su móvil? —añade la teniente—. Podemos incluirla en la alerta de menor desaparecido.

Busco la foto que Zealy me envió esta tarde, la que convertí en fondo de pantalla, y se la reenvío a Bates. Lottie lleva puesto el vestido rosa con el que se la vio por última vez y mira a la cámara con su fiereza habitual y el pelo rubio rebelde que se escapa de su trenza francesa. No es una foto que la favorezca, pero es Lottie, la esencia misma de ella.

—¿Qué hay de los medios? —pregunto—. ¿Debería hacer un llamamiento público por televisión?

—No es el momento aún —responde Bates—. Sé que esto es muy difícil, Alexa, pero tiene que confiar en mí. Voy a encontrar a su hija.

Nada es reconfortante. Nada me hace sentir menos desesperada. Pero reconozco que esta mujer es la cuerda salvavidas de Lottie, y que sabe lo que está haciendo.

—No va a poder dormir —continúa Bates, y su voz se suaviza—. Y sé que quiere estar ahí afuera, buscando. Pero tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo.

Hay un repentino alboroto en el jardín. El anciano padre de Marc, Eric, se precipita en nuestra dirección tan rápido como puede. Lleva algo en la mano, pero no alcanzo a ver lo que es hasta que está casi encima de nosotros.

Un pequeño zapato rosa.

Capítulo 11

Quinn

QUINN TARDA UNOS INSTANTES EN darse cuenta de que no ha sido enterrada viva. Tiene la nariz pegada contra una tabla de madera astillada, pero también la mejilla izquierda, y, por lo que sabe, las convenciones exigen algún tipo de almohada para el descanso eterno.

Se pone de espaldas y observa la parte de abajo del techo de un porche. La pérdida de su ojo derecho el año pasado ha alterado su conciencia espacial, pero incluso ella puede ver que el techo se inclina hacia fuera en un ángulo precario. La última vez que se despertó en los escalones del porche de la casa de su exnovia tuvo intenciones de decirle a Marnie que lo arreglara.

Todavía no ha amanecido; la niebla matinal de octubre se extiende por los campos de rastrojos grises que rodean la granja. Quinn se pasa la lengua por los dientes que le quedan. Su boca parece el fondo de una cueva de murciélagos. Odia dormirse sin usar el hilo dental, aunque a estas alturas equivaldría a repintar las barandillas del *Titanic*.

Su teléfono vibra en el bolsillo trasero, pero lo ignora. Debe de ser de *News Desk*, y no tiene ninguna intención de interrumpir su resaca para volver a Washington. Que manden a uno de los corresponsales más novatos a rastrear la última carnada que el presidente acaba de lanzar al agua.

La mosquitera de la puerta se abre.

—Joder —exclama Marnie—. ¿Otra vez?

Quinn trata de sentarse haciendo fuerza con el brazo que aún tiene operativo.

—Tienes que arreglar el techo del porche.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Quinn?

—¿Vendiendo galletas de las niñas exploradoras?

Marnie tira de Quinn para que se ponga de pie.

—No estoy bromeando. Esto tiene que acabar.

No la invita a entrar, pero tampoco le cierra la puerta en las narices. Quinn la sigue al interior de la cálida cocina, se siente como un gato vagabundo al que han dejado entrar en la casa después de una noche en la calle.

—No puedes seguir emborrachándote y viniendo aquí —prosigue Marnie, y empuja una taza de café sobre la encimera hacia ella—. Vas a terminar en una zanja. Y para serte honesta, tienes un aspecto de mierda.

Quinn sonreiría si pudiera, pero ha perdido casi todos los músculos del lado derecho de la cara.

—Ya es tarde —contesta sin un rastro de autocompasión.

Le había pedido a una de las enfermeras que le llevara un espejo solo tres días después de que una bomba casera explotara bajo su jeep en Siria. No pudo decirle a la mujer lo que quería, por supuesto: su mandíbula aún estaba cosida. Tuvo que escribirlo con la mano izquierda en la libreta que le habían dado. El lado positivo de todo esto: el brazo que tiene paralizado es el derecho, y es zurda.

El deseo de ver su aspecto no fue provocado por la vanidad: Quinn es una reportera de *televisión*. Puede que los televidentes no esperen que sus corresponsales de guerra sean presentadoras rubias y atractivas, pero tampoco quieren que les quiten las ganas de cenar.

La gerencia de la INN le dijo todo lo que quería oír después de la evacuación médica que la trasladó de regreso a casa; le aseguraron que conservaría su puesto de trabajo y que le pagarían atención médica privada y una rehabilitación particular, pero en cuanto se miró al espejo, Quinn supo que su carrera había terminado.

Y tuvo suerte: su cámara, el mediador y el traductor habían muerto a causa de la bomba en la carretera, junto con los dos soldados estadounidenses que los acompañaban. Quinn “solo” perdió un ojo, la mandíbula inferior derecha y el noventa por ciento del uso de su brazo derecho. Los cirujanos plásticos la parchearon bastante bien, pero la INN no pensaba volver a sacarla al aire nunca más en el horario de máxima audiencia.

En cambio, el psiquiatra de la empresa la incluyó en la lista de reporteros con trastorno de estrés postraumático y la compañía le ofreció un puesto que no esperaba que aceptara como jefa de la oficina de Washington. En teoría, era un ascenso.

Quinn es consciente de que se ha convertido en un cliché: la periodista amargada que busca redimirse y regresar a la primera división, pero no piensa ser la primera en aflojar. La confrontación ha durado hasta ahora quince meses. La INN la envía a hacer notas de poca monta que solo aparecen en los boletines informativos de los cementerios. Quinn les devuelve las llamadas suficientes para que no

puedan despedirla.

Marnie se cruza de brazos y la observa beber café.

—Podrías haberte muerto congelada. Anoche hubo temperaturas bajo cero.

—El alcohol no se congela. Córtame las venas y sangraré bourbon puro.

—No es gracioso, Quinn.

Incluso con los ojos adormilados y las mejillas arrugadas por la almohada, Marnie sigue siendo la mujer más hermosa que Quinn haya visto jamás, con una antorcha de pelo rojo y una delicada estructura ósea celta. Se conocieron hace nueve meses en una estación de servicio en la zona rural de Maryland; Quinn había estado luchando con un solo brazo para cambiar una rueda pinchada y Marnie se había detenido para ayudar.

La conversación había llevado a la cena, y la cena a la cama.

Las lesiones que desfiguraban a Quinn no la habían desanimado. Lo que había puesto fin a la relación, después de poco más de seis meses juntas, fue la incapacidad de Quinn de mantenerse sobria durante más de ocho horas seguidas.

Quinn se estira para coger la jarra de café de la placa caliente y rodea la taza con su mano disfuncional mientras la rellena. Ha aprendido por las malas que añadir la señal no visual del sentido del tacto ayuda a su cerebro a juzgar la distancia y la ubicación con mayor precisión.

—¿Cuánto tiempo esta vez? —pregunta Marnie.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo.

Quinn tiene muchos defectos, pero decir la verdad cueste lo que cueste está en su ADN.

—Tres días —admite.

—Maldita sea, Quinn. Si quieres arruinar tu vida, hazlo. Pero no pienso sentarme a ver cómo lo haces.

Quinn era un desastre mucho antes del accidente con el explosivo. Sufrió un golpe de gracia cuando tenía siete años y sus padres se divorciaron y luego, pelearon para *no* tener la custodia. Obligada a pasar su infancia entre una casa en Londres y otra en Escocia, en ninguna de las cuales era bienvenida, no lo lamentó mucho cuando murieron de cáncer, con seis meses de diferencia, mientras ella estaba en la universidad. Quinn es una experta en desenterrar todo lo oscuro y feo en la naturaleza humana, porque es lo que conoce. Su teléfono vuelve a sonar.

—Contesta —la urge Marnie.

Quinn reprime las ganas de tomar un trago de Eagle Rare de la petaca que lleva en el bolsillo interno de su chaqueta y atiende la

llamada de *News Desk*.

Doce horas desaparecida

Capítulo 12

Alex

SIGO INTENTANDO EXPLICARLE A LA teniente Bates que mi hija le tiene miedo al mar, pero nadie me escucha.

—Jamás se acercaría al mar —repito una y otra vez.

El padre de Marc nos muestra la sección de la costa donde descubrió el zapato de Lottie flotando en la orilla del agua. Es obvio que la policía quiere que esto sea un ahogamiento y no un secuestro. Al fin y al cabo, Florida es un lugar muy turístico: su economía depende de su reputación como un sitio donde disfrutar de vacaciones llenas de diversión con familia y amigos. Praia da Luz tardó años en recuperarse del daño a su imagen causado por el caso McCann. Un ahogamiento sería una tragedia, sí, pero solo para mí.

Ahora hay reflectores a lo largo de toda la playa que la iluminan como si fuera de día. La integridad forense importa menos que localizar a Lottie, pero, aparte de ese único zapato rosa, no se encuentra nada más.

Sé que Bates quiere que me quite del medio y me quede en el hotel, pero no puedo estarme quieta. Al amanecer, Zealy, Marc y yo reanudamos la búsqueda juntos y recorremos cada centímetro de la pequeña isla barrera.

Además del hotel principal, el complejo cuenta con una docena de bungalows separados y construcciones para el personal, y una cancha de golf de nueve hoyos. Saltamos por encima de muros bajos y exploramos entre la maleza, registramos los desagües y las zanjas y debajo del puente que conecta la isla con St Pete Beach. Reina un silencio inquietante: la mayoría de los demás invitados se han ido a la cama y los buscadores uniformados se han trasladado a tierra firme. Estamos solos. Es como si nadie estuviera buscando a Lottie. Solo yo y mis dos amigos más queridos.

De pronto, alguien grita mi nombre desde el puente. Levanto la

vista y me encuentro mirando a un hombre que sostiene una cámara con teleobjetivo.

—¡Vete a la mierda! —grita Zealy.

Le apoyo una mano en el brazo para contenerla.

—No hagas eso. Podríamos necesitar a la prensa.

La teniente Bates me está esperando en el hotel.

—Queremos que hable con los medios —me comunica con un sentido de oportunidad perfecto.

Ya estamos aquí: el momento al que hace unas horas me dijo que no quería llegar. Cualquier última migaja de esperanza de que esto sea una falsa alarma, que haya estado a punto de ocurrir una desgracia, se desvanece.

Bates interpreta correctamente mi silencio como consentimiento. Me pondría de cabeza y escupiría monedas de una libra si pensara que eso traería de regreso a Lottie.

—Hemos hablado con las cadenas locales —continúa la mujer—. Haremos la conferencia a las seis de la tarde, para captar la audiencia de ese horario. No se preocupe por lo que va a decir. Le ayudaremos con eso.

—No está en condiciones de enfrentarse a los medios —objeta Marc.

—Sé que es duro, pero cuanto antes divulguemos esta historia, mejor.

—No necesita a Alex para eso.

—Un llamamiento de la madre siempre tiene peso —asegura Bates.

Ambos sabemos lo que en verdad quiere decir. Los medios de comunicación no se contentarán con una fotografía ni con un detective rígido pidiendo información. Eso no les va a dar los clics, los “me gusta”, los “compartir” y los “tuits” que buscan. Quieren lágrimas y dolor.

Me quieren *a mí*.

—¿Qué van a hacer mientras tanto? —exige saber Zealy.

—Les prometo que pondremos todo de nuestra parte —responde Bates—. Tenemos a mucha gente buscándola. Visionaremos las cámaras de los peajes y las estaciones de servicio. Tengo un equipo elaborando un cronograma de la fiesta: dónde estuvo cada uno durante la noche y cuándo. Nos ayudará a saber quién pudo haber visto algo. La gente a menudo no se da cuenta de la importancia hasta más tarde.

—Todos sacaron fotos —aventura Zealy—. Lottie debería aparecer en unas cuantas, al menos en el fondo. Tendrán la hora grabada…

—Ya hemos pedido a todos que nos den lo que tienen —confirma Bates—. Confíe en mí, Zealy, tenemos todo cubierto.

Su teléfono suena y se disculpa, luego se aleja hasta que ya no

podemos oírla.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos, exhausta y asustada más allá de lo imaginable. Lottie ha estado desaparecida toda la noche. Estoy tan cansada que casi no puedo mantenerme en pie y, sin embargo, me consume una inquietud que no puedo controlar. Siento mucho frío y mis manos no paran de moverse, una manifestación física de mi necesidad de buscar.

Me doy cuenta de que no puedo aplazar más la llamada a mis padres. Esto destrozará su mundo. Adoran a Lottie; es su única nieta y la luz de su vida. Desde que Luca murió, la he llevado a su casa la mayoría de los fines de semana. Me aterra pensar cómo les afectará esta noticia. Pero tengo que avisarles antes de que se enteren por otra persona.

El mero hecho de decírselo en voz alta a papá y a mamá convierte la pesadilla en realidad.

Cuando mamá empieza a sollozar, me derrumbo por completo y tengo que pasarle el teléfono a Zealy.

Le pide a papá que avise a mi hermana y a los padres de Luca, Elena y Roberto. Nunca he tenido una relación estrecha con mis suegros; desde el principio, dejaron claro que querían que su único hijo se casara con una buena chica italiana que se quedara en casa y tuviera hijos, no con una mujer profesional ambiciosa. Me toleraron mientras Luca y yo estuvimos juntos, pero después del divorcio, me convertí en persona *non grata*. No han hablado conmigo ni han visto a Lottie desde el funeral de su hijo. Pero ambos son viejos y frágiles: Roberto tiene problemas serios de corazón y Elena está en las primeras etapas del alzhéimer, una de las razones por las que Luca viajaba a verlos con tanta frecuencia. Se merecen que la familia les dé esta noticia y no que se despierten y la lean en los periódicos.

—Dice tu padre que saldrán en el próximo vuelo —me transmite Zealy.

—¿Y Harriet?

—Van a llamarla ahora.

—No deberían venir —comento—. Mamá no ha estado bien últimamente. Y para cuando lleguen, de todos modos Lottie ya habrá aparecido.

—Por supuesto que sí—asevera Zealy con firmeza.

Volvemos a bajar para buscar a Marc, pero Bates nos intercepta en el vestíbulo.

—Me gustaría que mirase algo —dice, y me entrega su móvil.

—¿De qué se trata? ¿Es Lottie?

—Por favor.

La pantalla está detenida en una imagen granulada en blanco y negro obtenida de una cámara de seguridad en una estación de

servicio. Es de anoche: la hora en la parte inferior de la pantalla indica 23.42. Bates reproduce la grabación. Un hombre de mediana edad con sobrepeso, vestido con pantalones cortos, chanclas y una camiseta sin mangas sale de la estación de servicio y se dirige a una camioneta pick-up. Se inclina en la ventanilla del lado del copiloto, como si hablara con alguien, y luego golpea su puño carnoso contra el techo del vehículo.

Miro a Bates.

—¿Qué es esto?

—Por favor, siga mirando.

El hombre rodea la camioneta y se sube al asiento del conductor. De pronto se abre una de las puertas traseras. Una niña empieza a salir; una niña con un vestido de falda abullonada que la cámara de seguridad ha teñido de gris. Está descalza.

Luego, la niña es empujada de nuevo al interior del vehículo y la persona que ocupa el asiento del copiloto —es imposible saber si es un hombre o una mujer— se estira hacia la manilla de la puerta trasera y tira de ella para cerrarla desde dentro. El vehículo se aleja.

Toda la escena no ha durado más que unos pocos segundos.

Capítulo 13

Cuando le hago señas, viene hacia mí, con los ojos brillantes de curiosidad. Debería haber aprendido que no debe hacerlo, pero es evidente que es una de esas niñas a las que les gusta romper las reglas.

Le cuento mi historia y me doy la vuelta como para irme; sé que la curiosidad será su perdición. Estoy en lo cierto. Me alcanza y desliza su mano en la mía, porque confía en mí. Caminamos juntas por la playa a la vista de todos, entre docenas de personas. Nadie intenta detenernos.

No puedo creer que sea tan sencillo. Este es el momento de mayor riesgo, el único espacio de tiempo en el que, a pesar de toda mi cuidadosa planificación, los acontecimientos escapan en gran medida a mi control. Si alguien la ve conmigo y nos pregunta, tengo mi excusa preparada. Pero nadie se da cuenta. Nuestra propia normalidad nos hace invisibles.

Camino deprisa. El tiempo apremia. Pueden notar su ausencia en cualquier momento. Cada segundo es clave.

Giro para tomar un camino pedregoso que se aleja de la orilla. La niña está descalza, aunque no se queja. Pero nos está retrasando con sus saltitos cautelosos con un pie y después con otro, así que la cojo en brazos y no protesta.

Llegamos al coche que he alquilado, que está en el aparcamiento de una iglesia que elegí porque no tiene cámaras de seguridad. El documento de identidad que le di a la empresa de alquiler de coches es falso, desde luego; te sorprendería la rapidez con la que se puede obtener un carnet de conducir falso en internet. La dark web no es un lugar lejano y siniestro en la Tierra Media; está ahí mismo, Mordor en la punta de tus dedos, a un clic de distancia.

Utilicé el mismo documento para alquilar una habitación de hotel barata. Ni siquiera tuve que tratar con un ser humano; me enviaron el código de una llave de seguridad a mi teléfono móvil de prepago.

La niña contrae el rostro por primera vez cuando abro la puerta del asiento trasero del coche.

—¿Dónde está mi silla de coche? —pregunta.

—¿No eres demasiado mayor para eso? —contesto, aunque por

supuesto no lo es.

—Sí —responde complacida.

No hace preguntas mientras nos dirigimos al hotel. He tenido cuidado de elegir una ruta con pocas cámaras de tráfico y sin peajes. Llevamos más de cuarenta minutos en el coche cuando pide ir al baño, pero le digo que ya casi hemos llegado. No pienso hacer paradas imprevistas en ningún sitio que no haya podido reconocer antes.

Aparco detrás del hotel. Pronto abandonaré este coche, pero antes tengo que hacer algo.

Abro el maletero y saco un bolso genérico de color azul marino.

En el interior hay un rollo de bolsas de basura de plástico negras, unos cables de alambre forrados de plástico y unas tijeras grandes.

Capítulo 14

Alex

OTRA FALSA ALARMA. LA NIÑA en la parte trasera de la camioneta en la estación de servicio no es Lottie. Se parece a ella. Tiene la misma edad, la misma contextura. Su cabello es largo y rubio como el de mi hija, pero incluso a pesar de la imagen gris y granulada del circuito cerrado de televisión, sé que no es el del mismo tono nórdico platino que el de Lottie.

Podría ser mi hija. Pero no lo es.

La teniente Bates me presiona para estar segura. La niña en el vídeo parece estar bajo algún tipo de coacción. Lleva una falda almidonada y elegante que se parece mucho al vestido de dama de honor de Lottie, una ropa inusual para un viaje a la playa. ¿Estoy absolutamente *segura*…?

Lo estoy.

La repentina esperanza y luego la cruel decepción me dejan destrozada. Mi miedo e impotencia llegan al límite; me siento como un animal enjaulado y enloquecido. Esto es, sin duda, la más cruel de las torturas. No soy consciente de que estoy gritando y descargando los puños sobre el mostrador de mármol de la recepción hasta que Marc me rodea con sus brazos y me sujeta físicamente para que no me haga daño. Me derrumbo contra él y libero mi agonía con sollozos roncos y salvajes. Es como si me hubieran arrancado el corazón. No me había dado cuenta hasta este momento de que la hija que nunca quise tener se ha convertido en mi razón de vivir.

Zealy y Marc me ruegan que suba a descansar, pero sé que dormir es imposible. Solo cuando Bates señala que debo tener la mente despejada para la conferencia de prensa de esta tarde acepto al menos intentarlo.

Zealy me ayuda a quitarme el vestido de cóctel azul pálido que llevo puesto desde ayer por la tarde. Está irreconocible: rasgado y

manchado por horas de búsqueda entre la maleza y los matorrales.

Lo tiro al cubo de basura y Zealy selecciona de mi armario una camiseta blanca limpia y unos pantalones de lino gris con cordón de mi armario. Intenta convencerme de que me duche antes de ponérmelos, pero me niego. No tengo paciencia.

Permanezco acostada en el dormitorio a oscuras mientras Zealy dormita en un sillón después de negarse a dejarme sola, pero no puedo dormir. No me imagino durmiendo de nuevo hasta encontrar a mi hija. Tengo que mantenerme en vela por mi hija.

Entro y salgo de una penumbra intermitente y agotadora, perseguida por imágenes angustiantes del cuerpo manchado de mi hija, frío e inmóvil sobre una mesa de mármol, con la cara ensangrentada y magullada. Me despierto con el corazón acelerado y la ropa empapada de sudor. Incluso cuando me levanto y me cambio de camiseta, no puedo librarme de las imágenes que bailan en el fondo de mi mente. No sé si podré volver a cerrar los ojos.

Bates y su colega, el sargento Lorenz, quieren hablar conmigo antes de la rueda de prensa. En las últimas horas, la policía ha ocupado el centro de negocios que da a la piscina. Dos pequeñas habitaciones están siendo utilizadas como salas de interrogatorios, mientras que en la sala principal de conferencias, la foto de Lottie que les di ha sido ampliada y pegada a una pared de vidrio.

Fotografías más pequeñas de los principales actores de este drama —yo, Marc, Sian, las damas de honor y los padrinos, incluso una vieja foto de Luca, que supongo que fue descargada de las redes sociales— están clavadas en un semicírculo alrededor de Lottie. Flechas codificadas por colores nos conectan de maneras que no puedo descifrar.

Están construyendo un cronograma detallado: rellenando los huecos, reconstruyendo los últimos movimientos conocidos de Lottie a partir de los relatos de los testigos presenciales y las fotografías de los móviles de la gente.

Mientras sigo a Bates a través de la sala de conferencias hasta una de las salas de interrogatorios, me dice que creen que la última persona que habló con Lottie fue la madre de Sian, Penny; varios invitados vieron a Lottie conversando con ella justo cuando todo el mundo subió de la playa al hotel. Pero Penny no tiene nada útil que añadir. Ni siquiera recuerda el encuentro.

Después de eso, el rastro se pierde.

La policía no puede encontrar una sola persona que recuerde haber hablado con Lottie después de la ceremonia. No hay ni una foto de ella en la recepción, a pesar de que muchos de nosotros la vimos —o *creímos* verla— yendo y viniendo entre el bufé y el puesto de helados.

Las náuseas me dan vértigo. Me he estado aferrando como un

ahogado a la esperanza de que Lottie *estaba* en la fiesta, aun cuando no la vi; de que no estuvo desaparecida durante horas antes de que yo diera la alarma.

Es posible, por supuesto, que no aparezca en ninguna de las fotos. Pero en vista del volumen que la policía ha obtenido de los teléfonos de docenas y docenas de invitados, por no hablar del fotógrafo oficial, las posibilidades de que no aparezca en el fondo de al menos algunas de ellas son muy escasas. Mucho más probable es la aterradora verdad de que la niña rubia de vestido rosa que algunos alegan haber visto no era Lottie después de todo.

Todos cometimos el mismo error que Paul: todas las niñas con vestidos rosas abultados se parecen mucho entre sí.

Incluso, de manera inexplicable, para su madre.

Mientras he estado arriba, intentando dormir, la policía ha secuenciado las fotos. La última que tienen de ella fue tomada a las 18.33, por Flic Everett, quien estaba fotografiando a Olivia.

Bates me la muestra: la empuja a través de la mesa de formica que hay entre nosotras. Lottie está sentada en su silla dorada al final de la primera fila en la playa, sin mirar a la cámara, como si algo —o alguien— hubiera llamado su atención fuera de cámara. Si supiéramos de qué o de quién se trataba, tal vez podríamos saber dónde se encuentra ahora. Están comparando todas las fotografías que tienen, dice Bates, para tratar de encontrar el objeto de la atención de Lottie, pero es un proceso lento y laborioso y mientras tanto, mi hija sigue desaparecida.

18.33.

Casi cuatro horas completas antes de denunciar su desaparición.

Antes de que me diera cuenta de que había desaparecido.

Ahora entiendo por qué el tono de las preguntas de Bates y Lorenz ha cambiado con sutileza y por qué estoy en una sala de interrogatorios y no sentada en el sofá de la recepción.

Comprendo la lógica: desde el punto de vista estadístico, soy la persona con más probabilidades de haber hecho daño a mi hija. Pero mientras sondean en busca de lagunas en mi historia y me preguntan cómo era Lottie cuando era bebé o si me resulta difícil sobrellevar la situación como madre soltera, no están ahí afuera, buscándola.

—¿Dejó que una niña de tres años volviera sola al hotel? —inquiere Lorenz. Es la tercera vez que ha hecho la misma pregunta, aunque de forma diferente—. ¿Le pareció bien?

—¡No estaba sola! Todas las damas de honor siguieron a Sian y a Marc por el pasillo y luego, todos los invitados volvieron en un gran grupo. ¡Era una *boda*!

—¿Pero no fue a buscarla cuando llegó a la fiesta?

—Es una niña muy inteligente —digo, e incluso para mis propios

oídos, sueno a la defensiva—. No necesita que la vigile cada cinco minutos.

Y entonces Bates me pregunta qué estaba haciendo yo en el momento decisivo de las 18.33, cuando Flic Everett tomó esa última foto de Lottie, y a las 22.28, cuando la policía registró la primera llamada telefónica que denunciaba su desaparición.

Le dije la verdad: estaba manteniendo relaciones sexuales en la playa con un desconocido.

No tardamos mucho: aprovechamos la intimidad que ofrecían las tumbonas con parasol y, además, Ian era un amante atlético. Tuve dos orgasmos, en una sucesión intensa y brusca, antes de que Ian tuviera el suyo con un gruñido. Veinte minutos, de principio a fin.

Pasamos otros veinte minutos, media hora a lo sumo, contemplando las estrellas y hablando. Estuve ausente de la fiesta menos de una hora.

No me avergüenzo del sexo: soy soltera, con tanto derecho como cualquier hombre a disfrutar de un encuentro sin ataduras.

Pero también soy madre, y está claro para todos los presentes en esta sala que me prioricé a mí misma sobre mi hija. No fui a buscarla una vez que terminó la ceremonia porque estaba demasiado ocupada bebiendo champán y coqueteando con un desconocido.

Aunque no haya tenido nada que ver con su desaparición, soy culpable.

—¿Qué sabe de Ian Dutton? —pregunta Lorenz.

—Es un amigo de Marc. Nunca había hablado con él antes de anoche.

—¿Fue idea de él ir a la playa?

—No, fue mía.

Clavo la mirada en la fotografía de Lottie que yace sobre la mesa entre nosotros.

—Ian no puede haber tenido nada que ver con esto —agrego—. Estaba conmigo cuando ella desapareció.

—Está suponiendo que hay un único responsable —interviene Bates.

Sus palabras evocan imágenes que no quiero en mi cabeza. Redes de trata de personas y de pedófilos, hombres que trabajan de común acuerdo para hacer desaparecer niños en sótanos oscuros y colchones manchados.

—Entiendo que tengan que hacer estas preguntas —concedo mientras trato de mantener la voz firme—. Pero yo no le hice daño a Lottie, ni tampoco ninguno de nuestros amigos. Les hablé acerca de ese hombre que vi hablando con ella en la playa. ¿Lo han investigado?

Lorenz se reclina en la silla.

—Estamos estudiando todas las posibilidades.

—Dice que Lottie es una chica inteligente —precisa Bates.

—Lo *es*. No se alejó caminando ni se perdió. Nunca se habría acercado al agua. Y no es el tipo de niña que se deja engañar por historias sobre cachorros perdidos. Alguien se la *llevó*.

—¿Un desconocido?

—¡Desde luego!

—Verá, esto es lo que me más confunde —continúa Bates—. Lottie desapareció en medio de una boda y, sin embargo, *nadie* parece haberse dado cuenta. Nadie vio nada, nadie escuchó nada.

La sangre me ruge en los oídos. De pronto entiendo lo que está diciendo y siento como si un tren se estrellara contra mi estómago a toda velocidad.

Si un desconocido hubiera tomado a Lottie por la fuerza a plena luz del día, habría atraído mucha atención. Mi hija tiene solo tiene tres años, pero el mero hecho de intentar meterla en la silla del coche es como luchar contra un caimán. Habría gritado, despotricado, creado tal escena que nadie podría haberla ignorado.

Secuestrarla en la fiesta al amparo de la oscuridad y la música alta podría haber sido más fácil. Pero el acceso habría sido mucho más difícil. La playa es pública, pero el área junto a la piscina donde se celebró la recepción estaba restringida a los invitados de la boda, y la seguridad del hotel estaba encargada de garantizar esa restricción. La falta de fotografías de mi hija en la recepción y el hecho de que nadie la haya visto con certeza allí refuerza la teoría de que nunca volvió al hotel.

—Es posible que haya dejado la playa por sus propios medios, por supuesto —reflexiona Bates—. De lo contrario, me parece más plausible que haya estado con alguien que conocía y en quien confiaba.

No sé si eso no es peor.

—La *vamos* a encontrar —afirma Bates.

Pero ambas sabemos que el tiempo se está acabando. Nadie ha visto a Lottie durante casi veinticuatro horas. No hace falta que me digan que si no la encuentran en las próximas cuarenta y ocho, tal vez no la encuentren nunca más.

Lottie, de tres años, secuestrada mientras su madre asiste a una boda

DAMA DE HONOR ROBADA

La angustiada madre de Charlotte Martini, la niña de tres años desaparecida, se aferraba anoche a la esperanza de que estuviera viva.

Mientras continuaba la búsqueda desesperada en Florida, su madre revivió el aterrador momento en el que descubrió que su hija se había esfumado de la recepción de una boda en el lujoso hotel Sandy Beach, situado en una isla barrera privada frente a la costa de St Pete Beach, mientras ella charlaba con los invitados a pocos metros de distancia.

Alexa Martini, de 29 años, abogada especializada en derechos humanos, ha revelado a familiares y amigos que cree que su hija fue secuestrada momentos después de ser dama de honor en la boda de un amigo de la familia, Marc Chapman.

Desesperada

La abuela de la niña, Mary Johnson, de 59 años, que voló con su esposo, Anthony, de 65 años, para estar con la señora Martini ayer describió la desesperada llamada telefónica que recibió después de que su hija descubriera que su pequeña había desaparecido alrededor de las once de la noche del sábado. “Es la llamada que ninguna madre quiere hacer ni escuchar. Me dijo: ‘Se han llevado a Lottie, se han llevado a Lottie’”. Estaba histérica. “Solo le quitó los ojos de encima durante una fracción de segundo. Era plena luz del día, estaban en una boda. Lottie es la niña de los ojos de su madre”. La policía de Florida acordonó ayer la playa y el jardín junto a la piscina donde se celebró la recepción de la boda y los especialistas forenses peinaron la zona en busca de pistas. Se activó una alerta de menor desaparecido —un llamamiento a nivel nacional para encontrar a la niña desaparecida— y se ha notificado a todos los aeropuertos y puertos.

Sin embargo, a pesar de una búsqueda masiva durante toda la noche en la que participaron policías, buzos y voluntarios, no se han encontrado rastros de Lottie, que llevaba un vestido rosa de dama de honor y unas bailarinas cuando desapareció.

El hombre delgado

La policía ha solicitado que “el hombre delgado” que fue visto llevando a una niña cerca del hotel en el momento de la desaparición de Lottie se presente a declarar de inmediato. La teniente Bamby Bates, de la oficina del comisario del condado de Pinellas, manifestó que necesitaban hablar “con urgencia” con el hombre para descartarlo de la investigación.

Anoche, mientras los helicópteros de la policía rastreaban el mar, la playa y los alrededores, la madre de Lottie emitió un comunicado. “Es un momento muy difícil para toda la familia y estamos desolados. En este momento, lo único que podemos pensar es en que Lottie regrese sana y salva y pedimos a cualquiera que pueda saber algo que se ponga en contacto con la policía”.Es la segunda tragedia que golpea a la familia en poco más de un año. El pasado mes de agosto, el esposo de la señora Martini, de origen italiano, Luca Martini de 38 años, murió en el derrumbe

del puente de Génova mientras visitaba la ciudad, donde su acaudalada familia posee un negocio de importación y exportación de café. La hermana del novio, Zealy Cardinal, de 32 años, declaró: “Alex acababa de empezar a recuperarse de la pérdida de Luca. Es una mujer fuerte, pero esto acabaría con cualquiera. Estamos rezando para que Lottie vuelva a casa pronto”.
Precisó que la niña era “lista e inteligente, con mucho carácter y determinación. Pronto cumplirá cuatro años y empezará la escuela el año entrante”.

Ambiciosa
Alexa Martini, considerada una joven promesa en la firma de abogados londinense Muysken Ritter, se había mudado hace poco a una casa adosada de 650 000 libras en Balham, al sur de Londres.
Un amigo de la familia, que pidió permanecer en el anonimato, comentó: “Se le ha dado un giro negativo a todo esto y la gente ha criticado a Alex por dejar que Lottie volviera de la playa por su cuenta. Alex es una mujer ambiciosa. Es una profesional y trabaja muchísimo, así que es razonable que se relaje un poco de vez en cuando. Pero es ridículo, ella estaba cerca y había docenas de personas alrededor. Estábamos todos muy atentos. Nadie estaba borracho”.

Veinticuatro horas desaparecida

Capítulo 15

Alex

La policía todavía no ha decidido si cree que soy culpable. Pero por si acaso mantienen la posibilidad sobre la mesa.

—Si le ha pasado algo a Lottie —sugiere Bates—. Si ha habido un accidente, Alex, y tuvo miedo, ahora sería el momento de contarlo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿*Que cuándo* fue este accidente? —pregunto con incredulidad—. Veinte testigos les dirán que fui directamente de la boda a la recepción junto a la piscina. Según sus propias pruebas, Lottie estaba viva y bien en ese momento. Otra docena de personas pueden confirmar que no estuve sola ni un segundo en la fiesta. ¿*Cuándo* podría haberle hecho daño?

—Nadie la está acusando de nada, Alex —aclara Bates—. Como le dije, tenemos que considerar todas las posibilidades, eso es todo.

—Hay un período de tiempo significativo en el que no aparece en ninguna de las fotos —acota Lorenz—. De hecho, más de una hora.

—¡Y ya les he dicho qué estaba haciendo entonces y con quién!

—Alex…

Empujo mi silla hacia atrás.

—No creo que deba continuar esta conversación sin un abogado.

No soy tan tonta para pensar que los inocentes no necesitan abogados; que los que no tienen nada que ocultar no tienen nada que temer.

Bates y Lorenz me siguen de regreso a la sala de interrogatorios principal, donde me espera Zealy. Un grupo de estudiantes universitarios está jugando al voleibol en la arena blanca fuera. Un catamarán surca el océano turquesa en la distancia. La vida ya está volviendo a la normalidad. “Detened todos los relojes”, pienso. ¿Cómo puede la gente navegar y jugar a la pelota mientras mi hija está

desaparecida?

Me imagino zambulléndome en el océano y nadando tan fuerte y tan rápido como pueda hasta estar tan lejos y tan agotada para permitir que el agua me hunda, y así poner fin a todo esto.

Una joven policía negra se acerca a Bates, demasiado concentrada en la urgencia de lo que tiene que decir para prestarme atención.

—Teniente, tenemos una testigo que cree haber visto algo —le comunica—. Un hombre que llevaba a un niño alrededor del momento en que desapareció la niña. Dice que tenía un aspecto raro.

—¿Qué significa eso?

—Solo le transmito lo que ella dijo.

—¿Quién es la testigo?

La oficial se da cuenta de mi presencia y vacila. Bates le hace un gesto para que continúe.

—Una invitada a la boda —responde—. La dama de honor, Catherine Lord.

—¿Y por qué no lo dijo antes? —inquiere Bates.

—Dice que no se había dado cuenta de lo que había visto hasta ahora.

—Por el amor de Dios. ¿Dónde está?

—En la sala de interrogatorios número dos.

Bates se vuelve hacia mí, pero me anticipo.

—Me dijo que no había visto a Lottie en toda la noche —digo—. Quiero escucharlo.

—Si es importante, será la primera en saberlo.

—Déjala hacer su trabajo —interviene Zealy—. Tienes que comer algo. Al menos ven a tomar un café. No le vas a hacer ningún bien a Lottie si no te cuidas.

Bates y Lorenz ya se dirigen a la sala de interrogatorios. Dejo que Zealy me guíe hasta un par de sillones de color verde bilioso con un estampado de flamencos rosados en el vestíbulo del hotel. Nos pide un par de sándwiches club tostados, pero después de los primeros bocados no puedo comer más y dejo el plato. Tengo un nudo en la garganta que casi no me deja tragar. Incluso con el beneficio de dos tazas de café en mi torrente sanguíneo, me siento mareada y como desconectada de mi entorno.

La verdad del comentario de la teniente no deja de rondarme la cabeza: Lottie conocía a su secuestrador. Alguien en quien *confiaba* se la llevó. Alguien aquí, en esta boda.

Alguien que, incluso ahora, está fingiendo ser mi amigo.

Capítulo 16

Alex

BATES VUELVE EN MENOS DE una hora para informarnos.

—La descripción que dio Catherine Lord es la de un hombre blanco de unos cuarenta años, delgado, de estatura media, cabello oscuro y con entradas —dice—. ¿Le suena a alguien que conozca?

Me suena exactamente como el hombre que vi hablando con Lottie en la playa, y se lo digo. Lorenz casi no puede mirarme a los ojos y, de pronto, vuelven a tratarme con guantes de seda. Pero cualquier justificación que pudiera encontrar es arrasada por un tsunami de culpa. Debería haber denunciado el incidente cuando ocurrió. Debería haber mantenido a Lottie cerca de mí, sabiendo que podría estar en peligro.

Debería haberlo hecho. Podría haberlo hecho.

Ojalá lo hubiera hecho.

Más fuerte que los redobles de la culpa es el ruido sordo del terror en mi corazón. Antes, el monstruo de mis pesadillas era vago: una sombra oscura y difusa. Ahora tiene un rostro. Por muy angustiante que sea no saber qué le ha pasado a Lottie, la idea de que esté en manos de ese hombre es peor. Un hombre que puede estar haciéndole cosas indescriptibles, impensables, mientras nosotros estamos de pie aquí.

—¿Qué más dijo Catherine? —pregunto.

—Alex, no sabemos con seguridad si esto…

—¡Dígamelo!

La teniente me mira a los ojos.

—La señora Lord vio a un hombre que llevaba en brazos a un niño entre el lateral del hotel y los apartamentos del personal unos veinte minutos después de que terminase la ceremonia. Había ido al baño a refrescarse y los vio a por la ventana.

—¿Por qué no dijo nada antes? —reclama Zealy.

—El niño iba envuelto en una toalla de playa —responde Bates—. No lo relacionó con Lottie porque no vio el vestido rosa. Y el niño que vio estaba descalzo. Catherine lo recuerda, porque los pies del niño estaban sucios, como si hubiera estado caminando descalzo por la acera. Lottie llevaba bailarinas cuando desapareció.

—Ella odia los zapatos —señalo—. Siempre se los está quitando.

Bates se vuelve hacia Lorenz, quien asiente como si tomara nota mentalmente.

Por mucho que quiera saber lo que le pasó a mi niña, no puedo soportar que sea esto.

—Ayer debió de haber muchos padres llevando en brazos a sus hijos de vuelta de la playa —comento con desesperación—. ¿Por qué cree que era Lottie?

—Dice que el hombre no parecía un turista —explica Bates—. Cree que el niño estaba dormido; no está segura de si era niño o niña. Pero dice que el hombre no parecía cómodo llevándolo, como si no estuviera acostumbrado. Lo llevaba en brazos en lugar de apoyarlo contra el pecho, como se hace con los niños un poco mayores. Según Catherine, le resultó extraño.

—Jesús —exclama Zealy—. ¿Y no pensó que podría haber sido útil saber esto antes?

No tengo energía para enojarme.

—¿De verdad creen que era Lottie?

—Es demasiado pronto para saberlo. De cualquier manera, necesitamos que declare.

—La señora Lord está con un retratista en este momento —añade Lorenz.

—¿Un retratista? ¿Qué hay de las cámaras de seguridad?

—No hay cámaras en los laterales del hotel. La tienda de licores de enfrente tiene un par de ellas, pero este sujeto, sea quien sea, ha sido muy hábil a la hora de esquivarlas.

Lorenz se encoge de hombros.

—Tampoco tenemos nada en el aparcamiento. Pero estamos descartando los vehículos de los huéspedes del hotel. Nadie vio al hombre que llevaba al niño cruzar el puente, así que debió de aparcar un coche en algún sitio. Lo encontraremos.

Cada vez que alguien dice eso, suena menos cierto.

—Entiendo lo difícil que es esto, Alex —dice Bates—. Pero hemos puesto a trabajar a un gran equipo. Hemos recibido muchas llamadas por la alerta de menor desaparecido. Es solo una cuestión de tiempo…

Alguien grita mi nombre a mis espaldas.

Aunque se supone que soy la fuerte, en cuanto veo a mamá en el vestíbulo del hotel corro hacia ella y me arrojo a sus brazos como una niña.

Papá nos rodea a las dos y nos abrazamos, sacando fuerzas de nuestro dolor compartido.

Siempre hemos sido así, un trío muy unido, casi inseparables.

Cuando papá nos suelta por fin, Marc y Sian están de pie, incómodos, a unos metros de distancia; es obvio que no quieren interrumpir.

Mamá los abraza a ambos.

—Siento mucho que os haya pasado esto —dice.

Sian parece sorprendida y complacida. Ni siquiera se me ha ocurrido pensar en una novia cuya boda le ha sido arrebatada de la manera más terrible. El dolor te vuelve egoísta. Pero Sian y Marc nunca podrán celebrar su aniversario sin recordar esto. Solo a mamá se le ocurriría reconocer la pérdida de ellos en medio de la nuestra.

—Queríamos estar contigo en la rueda de prensa —me dice Marc—. Algunos de los otros van a bajar también. Apoyo moral.

—Deberíamos buscar un abogado —sugiere papá—. No importa lo que la policía diga ahora, empezarán a investigarte, si no lo han hecho ya. Y también necesitarás a alguien que se encargue de la prensa. Después de la conferencia, la historia adquirirá vida propia. Necesitamos a alguien que te quite la prensa de encima para que puedas concentrarte en hacer lo que tienes que hacer.

—Yo lo haré —se ofrece Marc—. Tengo algunos contactos en los medios de aquí y en mi país.

—De acuerdo —convengo.

Mamá está observando a Lorenz y a Bates mientras hablan con sus colegas junto a la puerta de la sala de conferencias. Debajo de ese brillo de competencia maternal que he conocido toda mi vida, parece asustada y como si hubiera envejecido de pronto. Todavía no ha cumplido los sesenta, pero ha tenido dos roces con el cáncer y su querida nieta ha desaparecido. Tiene la piel amarilla y cerúlea, y bolsas grises bajo los ojos. Me alegraré cuando llegue mi hermana para cuidar de la persona que necesito que me cuide.

—¿A qué hora llega el vuelo de Harriet? —le pregunto a mi padre.

—Las Shetland quedan muy lejos, cariño —contesta—. Lottie estará en casa mucho antes de que Harriet pueda ni siquiera llegar aquí.

Tardo un momento en darme cuenta de que mi hermana no va a venir. Nuestra relación siempre ha sido compleja. Después de todo somos hermanas. Amigas y rivales en partes iguales. Siempre envidié la capacidad de Harriet para aprovechar las batallas que yo libraba como primogénita con nuestros padres sobre la hora de llegar a casa, los chicos y la escuela; ella se resentía porque nunca podía hacer nada primero. De niña, nunca se me ocurrió que pudiera sentirse excluida del triunvirato de autosuficiencia que mis padres y yo habíamos establecido antes de que ella naciera dos años después. Solo en

tiempos recientes me he preguntado si su retirada a las Shetland fue una retirada táctica, precipitada por un instinto de autopreservación.

También soy consciente de la crueldad del destino: la hermana que priorizaba el trabajo sobre la familia había tenido una hija que no había pedido, mientras que Harriet, que lo único que había querido siempre era un bebé, nunca tendría uno propio. Pero nos queremos mucho. Jamás lo he cuestionado.

Y ella venera el suelo que pisa Lottie; eso tampoco lo he dudado nunca. Harriet fue la primera que me visitó en el hospital después de que naciera Lottie y, a diferencia de mí, tenía un talento natural con el bebé. Lottie sufría de cólicos y a los pocos días de volver a casa, Luca y yo estábamos exhaustos. Nada de lo que hacíamos la tranquilizaba: le frotábamos la espalda, le poníamos una bolsa de agua caliente en la tripa, le dábamos agua de anís; incluso cambié mi dieta y suprimí toda la comida picante, por si algo en mi leche la irritaba. Pero no importaba lo que intentáramos, ella gritaba sin cesar, durante horas. A veces no sabía si era Lottie o yo la que lloraba.

Cuando tenía una semana, llamé a Harriet, que estaba en casa con mamá y papá, y le rogué que viniera y sacara a pasear a Lottie durante una hora para que pudiéramos dormir un poco.

En cuanto Lottie estuvo en los brazos de mi hermana, dejó de llorar. La llamábamos la encantadora de bebés. Lottie solo tenía que oír la voz de Harriet y se calmaba. Para sus destrozados padres, era como magia negra. Harriet nos ayudó durante las primeras seis semanas y estoy segura de que no fui la única que pensó que Lottie era hija de la hermana equivocada.

Después de la muerte de Luca, Harriet nos rescató de nuevo. A pesar de nuestras diferencias, creo que no hubiera podido arreglármelas sin ella. Ni Lottie ni yo estábamos preparadas para que yo fuera madre soltera a tiempo completo, y Harriet nos salvó a ambas.

Por eso no puedo creer que me haya fallado ahora.

Mientras mamá y papá suben a cambiarse después del largo vuelo, el grupo de la boda se reúne en el vestíbulo del hotel en una parodia inconsciente de las fotografías formales de ayer: Marc y Sian en el centro, con los padres de Sian detrás de ella y el padre de Marc, Eric, junto al hombro de su hijo. Catherine y Zealy los flanquean a un lado, y Paul e Ian al otro. Es la primera vez que veo a Ian desde nuestro encuentro en la playa, y cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, se sonroja y aparta la vista.

Solo faltan las pequeñas damas de honor en el cuadro viviente, una realidad que desciende como un golpe en mi pecho.

La teniente me toca el brazo.

—Antes de que hable con los medios —me advierte—, hay algo que

debe saber.

Me entrega una pequeña bolsa de plástico transparente para pruebas. Tardo unos instantes en comprender lo que tengo en las manos.

Pelo de mi hija.

Capítulo 17

Quinn

La madre no está dando una buena impresión. Pronuncia su declaración preparada como si leyera de una lista de la compra y parece casi aburrida de estar aquí.

La policía le habrá dicho que no muestre ninguna emoción, por supuesto. Le habrán explicado que, en casos como este, el secuestrador suele ver la cobertura de los medios y se excita con el dolor de la familia.

Pero el público espera que una madre desesperada reaccione de una manera determinada. *Quid pro quo*: danos tus lágrimas, tu dolor, tu trauma y te daremos nuestra empatía y comprensión. Al menos hasta que otra cosa llame nuestra atención.

"Muéstranos *algo*", piensa Quinn. "Lánzanos un hueso". Por supuesto, todo el mundo reacciona al trauma de diferentes maneras. Ha visto a una mujer enterrar a cinco niños muertos por la misma bomba en Siria sin derramar una lágrima y a otra sollozar desconsolada por un vestido roto. Pero cuando Quinn observa a su alrededor, se da cuenta de que la historia no está generando la compasión que debería. La noticia sigue siendo en gran medida local; la mayoría de los periodistas presentes son estadounidenses sentimentales. La fría discreción británica de Alexa no le está haciendo ningún favor.

Quinn hace una señal a su cámara, Phil, para que haga algunas tomas con gran angular de los abuelos de la niña desaparecida, que están sentados discretamente a un lado de la sala. Los *dos* están llorando, advierte, la abuela aferrada al brazo de su esposo. Así que este asunto de la compostura no es un rasgo familiar.

Odia las historias de interés humano como esta; son voyeristas e intrusivas y hacen de la tragedia personal un producto vendible. Ella se convirtió en periodista para cubrir acontecimientos que cambien el

curso del mundo, y la desaparición de un niño, por muy trágica que sea para la familia, carece de importancia en el panorama más general.

Pero Quinn intuye algo oscuro aquí que despierta su interés. Algo siniestro y feo; algo que ha derrumbado el mundo de esta familia.

Coloca una botella de plástico de Evian en el pliegue de su brazo derecho paralizado y desenrosca la tapa con la mano izquierda. Contiene vodka puro; no es su bebida preferida, pero no quedaría bien presentarse en una rueda de prensa con una petaca de bourbon.

Puede que este no sea el tipo de artículo de Quinn, pero es el trampolín perfecto para volver al horario de máxima audiencia. Es consciente de que le asignaron esta cobertura solo porque el resto del equipo de la INN en Washington estaba disperso por todo el país siguiendo a los candidatos presidenciales demócratas, lo que dejó a Quinn como última opción del editor a las siete de la mañana de un domingo. Pero esto va a ser importante. La INN es una cadena de noticias con sede en el Reino Unido y Florida es un destino popular para las familias británicas.

Si Lottie Martini no es encontrada sana y salva pronto, las repercusiones en su país se harán sentir. Es noticia de primera plana. Una niña inglesa de una encantadora familia de clase media que desaparece de una boda, y no en un país peligroso del tercer mundo como Tailandia o México, sino en *Estados Unidos*, a un paso de Disney World. La prensa sensacionalista se dará un festín.

Quinn observa a Alexa Martini mientras el vodka tibio baja por su garganta. ¿*Es* una encantadora familia de clase media? El padre de la niña desaparecida está muerto, falleció en el derrumbe del puente de Génova el año pasado; eso debería suscitar cierta compasión. Una viuda joven y bonita siempre cae bien. Sin embargo, es una pena que la niña no sea más fotogénica. Nadie va a querer poner *esa* cara en una camiseta que diga "¿Has visto a esta niña?".

Su móvil suena con una alerta de noticia y se inclina para hablar con Phil, cuyo ojo está pegado al visor de su cámara.

—¿Puedes quedarte hasta que terminen? Tengo que llamar a *News Desk*.

—¿Quieres que le haga alguna pregunta a la madre?

—No acepta preguntas. De todos modos, no tardaré mucho.

Quinn pulsa la marcación rápida antes de salir de la sala de conferencias.

—¿Has visto la noticia que acaba de entrar sobre Raqqa, Sandy?

—Olvídalo, Quinn. Se ocupará Terry.

—A la mierda con Terry. Yo debería estar ahí.

—Nadie va a ir allí mientras los rusos estén bombardeando el lugar —replica el editor—. Y mucho menos tú.

—Vamos, Sandy —presiona ella—. Terry no tiene los contactos sobre el terreno que tengo yo. Nunca entrará en la ciudad. Sabes que soy la persona adecuada para esto.

—¿Han encontrado ya a la niña desaparecida?

Quinn suspira con impaciencia.

—Puedo pasarle esta nota a Daryl o a Anya. No necesitan estar pendientes de Biden y Warren cada minuto del día. O puedes enviar a alguien de Londres. —Odia tener que rogar, pero ha dado literalmente su brazo derecho por esta historia—. Por favor, Sandy. Puedo volar directamente a Raqqa desde aquí, llevo encima todas mis pertenencias. Pasaré por la oficina de Beirut y recogeré…

—Olvídalo, Quinn. Christie me cortaría las pelotas.

Christie Bradley, la primera mujer editora en la historia de la INN y quizás la única persona, aparte de Marnie, a la que Quinn respeta. Ella ha sido la inspiración de Quinn desde que se incorporó a la INN como asistente hace catorce años, una reportera intrépida de un grupo de elite, como Christiane Amanpour y Christina Lamb, que abrió un camino para que mujeres como Quinn lo siguieran.

—¿Quieres que te firme una exención? —aventura Quinn—. Nadie te hará un juicio si me matan. Vamos, Christie estará de acuerdo…

—Estás en manos libres —interrumpe una voz—. Y no pienso estar de acuerdo, Quinn, así que deja de insistir.

Christie permaneció sentada toda la noche junto a la cama de Quinn en la unidad de cuidados intensivos después de que la evacuaran de Siria, esperando a que recuperara la conciencia, y lo primero que le dijo cuando Quinn volvió en sí fue: “Tu reportaje ha encabezado los informativos”. Quinn pensó que *Christie* lo entendería.

—Sabes que tengo razón —presiona Quinn—. Nadie conoce esa historia como yo.

—Y cuando crea que estás preparada para cubrirla, será toda tuya.

Quinn bebe otro trago de su botella. El vodka no le está cayendo bien. Tal vez saltarse el almuerzo fue una mala idea.

—Nadie te está dejando fuera, Quinn. Esta niña desaparecida es un suceso de primera plana. Quiero que se haga bien, sin atajos. Cuando haya terminado, *entonces* hablaremos de Raqqa.

Quinn echa humo mientras vuelve a guardar el teléfono en sus tejanos. Primera plana o no, Daryl o Anya podrían encargarse sin ningún problema. Es un desperdicio mantenerla aquí cuando podría estar en Siria.

Cuando regresa al centro de negocios, la conferencia de prensa ha terminado y todos, excepto los equipos de televisión, se han ido. La sala se oscurece con brusquedad cuando se apagan las potentes luces y Quinn se abre paso entre los realizadores, que enrollan cables y guardan sus equipos.

—¿Puedes salir y tomar algunas fotos de la playa? —le pide a su cámara—. No nos van a dejar acercarnos demasiado, pero deberías sacar algunas tomas largas desde la orilla. Y de la cancela de acceso de la playa al hotel. Dame algo sombrío. Tal vez también un plano de seguimiento a lo largo del callejón alrededor del hotel si puedes.

Sale a la terraza detrás de la sala de conferencias y enciende un cigarrillo. El área frente a la piscina donde tuvo lugar la recepción está acordonada con cinta policial, pero, aun así, puede hacerse una idea de los lugares clave de esta historia y de cómo se relacionan geográficamente entre sí.

Inhala una profunda bocanada de nicotina mientras camina del hotel a la playa. Lottie Martini desapareció más o menos a plena luz del día, ante las narices de un centenar de invitados a la boda. Es indudable que la niña habría gritado y chillado si un tipo raro que no conocía la hubiera arrancado de la playa. Incluso en el caos de una multitud, uno creería que alguien se habría dado cuenta.

Por supuesto, es posible que él —o ella— la haya engañado con alguna historia plausible, pero lo más probable es que se haya ido con alguien que conocía.

Quinn vuelve a abrir su botella de Evian. Todo es una pérdida de tiempo. Resultará ser la madre, o un novio. Siempre es así. Y ella podría estar de camino a Oriente Medio en vez de estar clavada haciendo de niñera en un sórdido drama doméstico.

Cuando inclina la cabeza hacia atrás para vaciar la botella, Alexa Martini sale al balcón, un piso por encima de ella. La joven mujer permanece un largo rato con las manos en la barandilla y la mirada fija en el mar como el mascarón de proa de un barco. Quinn no alcanza a verle la cara, pero su postura es muy erguida. Es como si estuviera tallada en hielo.

Alguien sale al balcón y se une a ella. Un hombre, demasiado joven para ser su padre. Quinn se adelanta para ver mejor. Es el novio. Marc o algo así. Un tipo guapo.

Rodea con su brazo la cintura de Alexa y ella se apoya en él. *Ahora* no está hecha de hielo. Parecen recién casados, salvo que esta no es la mujer con la que él se acaba de casar.

Interesante.

Quinn enrosca la tapa de la botella de plástico vacía y la tira en el contenedor de reciclaje más cercano. Su sentido arácnido se ha vuelto a activar.

Todo buen reportaje comienza con un cabo suelto.

Cinco días desaparecida

Capítulo 18

Alex

AL AMANECER DEL QUINTO DÍA completo desde la desaparición de Lottie, bajo a la playa donde vi a mi hija por última vez. La cinta policial ha sido retirada, el arco de la boda desmontado y las sillas doradas apiladas y guardadas. Es como si los últimos rastros de mi hija estuvieran siendo borrados deliberadamente.

A pesar de toda la actividad policial, de los helicópteros y buzos y de los buscadores sobre el terreno, a pesar de la alerta de menor desaparecido y de la conferencia de prensa, parecería que soy la única que sigue buscando a Lottie. El resto del mundo ya quiere seguir adelante.

Camino a lo largo de la costa y escudriño la arena frente a mí, como si buscara pistas. No estoy segura de lo que espero encontrar: ¿la bailarina rosa que falta, una cinta de su pelo, algún mensaje garabateado en la arena que solo yo pueda descifrar?

No hay un minuto del día en el que no recuerde el momento en el que vi a mi niña por última vez, y acuno la imagen en mi mente como si fuera porcelana fina. Lottie está sentada en su silla, con la cabeza girada. El pelo se le escapa de la trenza, un halo platino sobrenatural alrededor de su cabeza. Sus regordetes brazos están cruzados sobre su pecho.

Cada vez que evoco el recuerdo, hay una mayor claridad, un nuevo detalle que surge del subconsciente: una sombra alargada que desciende sobre la arena detrás de mi hija, un pico tijera negro que vuela sobre las aguas poco profundas en busca de peces. Lottie balancea las piernas y creo —no, estoy segura— que ya se ha quitado los zapatos rosas. Se ha encaramado al borde de la silla dorada, que es demasiado alta para ella, para poder hundir los dedos desnudos en la arena. Un minuto más y se deslizará de su asiento.

Excepto que *sé* que no podía ver sus pies desde mi asiento, cuatro

filas detrás de ella. El ángulo de visión desde mi silla me permitía tener una visión parcial de mi hija, de los hombros para arriba, nada más. Hurgar en mis recuerdos puede resultar tan inútil como mi búsqueda por la arena.

Bates ahora parece convencida de que se trata de un secuestro perpetrado por un desconocido, pero yo *sé* que mi hija jamás se habría ido con alguien en quien no confiara. Si el "hombre delgado" que Catherine vio está relacionado con la desaparición de Lottie, no estaba actuando solo. Alguien que Lottie conocía la convenció de dejar la playa y la llevó con este hombre delgado. Alguien con quien se sentía segura.

La teniente Bates fue la primera que lo señaló, pero ahora se ha apartado de su propia teoría.

Por el pelo.

No podían estar seguros de que fuera de Lottie, explicó Bates cuando me lo entregó. No habían tenido tiempo de hacer la prueba de ADN. Pero los mechones de pelo enredados en la bolsa eran del mismo color platino del de mi hija, del mismo largo y textura. Las puntas estaban dañadas donde se lo habían cortado.

Llegué al baño a tiempo. Vomité en el inodoro hasta que no quedó más que bilis, consumida por el pensamiento del terror que debió de haber sentido mi hija. Que debía estar sintiendo.

Si la intención de la teniente fue sensibilizarme para generar compasión en la conferencia de prensa, el tiro le salió por la culata. La diferencia entre la reacción inglesa y estadounidense a una crisis, supongo. He visto imágenes mías en la rueda de prensa, que tuvo lugar unos diez minutos después. Tengo claro que estaba bajo los efectos de la conmoción, casi no sabía lo que estaba haciendo. Leí el guion preparado por Bates como una autómata. Pero para cualquiera que me estuviera viendo, debió de parecer que no me importaba. Esto no es un concurso de popularidad: mi hija ha desaparecido y no debería importar si yo *caigo bien* o no. Pero si la gente sospecha de mí, si creen que tengo algo que ver con la desaparición de mi hija, no saldrán a buscarla.

Es como si Lottie se hubiera desvanecido en el aire. A pesar de las docenas de personas en todo Florida que notificaron haberla visto, nada ha llevado a una pista definitiva. Los equipos forenses han peinado cada centímetro de la habitación del motel donde se encontró su pelo, pero están buscando una aguja en un pajar. Hay cientos de huellas dactilares de huéspedes anteriores que tienen que descartar, y eso suponiendo que el secuestrador fuera tan descuidado como para dejar las suyas. Y, a menos que haya sido arrestado antes, de todos modos no estará en la base de datos de la policía.

Hace cinco días que me robaron a mi niña y la policía no está más

cerca de encontrarla que cuando empezó.

Llego al final de la playa, donde deja paso a una amplia alcantarilla, y doy la vuelta. El hotel almenado de color amarillo pálido se eleva como una tarta de capas contra otro cielo azul de Florida. Hoy está un poco más fresco, menos húmedo, y una brisa suave me levanta el pelo de la nuca. Un día perfecto de playa con niños.

La fotografía de Lottie ha aparecido en la primera página de los periódicos de Florida y el Reino Unido, y los canales de televisión locales llevan días informando de su desaparición como noticia principal. Pero la prensa ya está empezando a perder interés. Casi no hemos tenido respuesta de las cadenas nacionales, lo que significa que si Lottie ha sido sacada de Florida, nadie la está buscando. Sé que Bates y Lorenz creen que está muerta. Incluso mis padres están tratando de prepararme para lo peor.

Pero Lottie está viva. Mi hija está *viva*. Ella es tenaz, decidida, feroz. Su vida no podría apagarse sin crear una perturbación, un desgarro en el tejido del mundo que yo percibiría. No estamos buscando en los lugares correctos, eso es todo.

En algún lugar, enterrada en los callejones y pasillos remotos y oscuros de mis recuerdos, está la clave de todo esto.

Solo tengo que encontrarla.

Seis días desaparecida

Capítulo 19

Alex

ESTOY DE NUEVO EN LA playa, siguiendo lo que ya se ha convertido en una ruta conocida, cuando me llama mi hermana. Soy consciente de que me he convertido en una curiosidad local, como la viuda victoriana de un pescador que ronda el muelle; siento los ojos que me siguen mientras camino por la arena. Hay fotos mías en los periódicos locales: "La vigilia solitaria de una madre doliente". Pero no puedo estar lejos. Aquí me siento cerca de Lottie.

Observo cómo el sol flameante se hunde en el mar plateado y reluciente. La puesta del sol: la hora dorada, amada por los fotógrafos por su luz cálida y atractiva.

La hora en la que desapareció mi hija.

—¿Qué hora es ahí? —le pregunto a Harriet.

—No sé. Es tarde. O temprano, supongo. No he podido dormir. ¿Cómo estás?

—No muy bien.

—Me gustaría poder estar ahí —indica Harriet—. Pero no quiero molestar. Pensé que podría ser más útil aquí, tratando de mantener el interés de la prensa.

—Está bien —respondo, y casi lo digo en serio.

—¿Hay algo que pueda hacer? —se ofrece—. ¿Dinero? ¿Tienes…?

—Estoy bien. El hotel dice que puedo quedarme todo el tiempo que necesite. Mamá y papá también.

Lottie y yo deberíamos haber dejado el hotel hoy. Nuestro vuelo a casa está programado para esta tarde. Uno de los socios principales de Muysken Ritter me llamó al día siguiente de la rueda de prensa para decirme que los recursos de la firma están a mi disposición; solo tengo que pedirlos. No debo preocuparme por el trabajo. Han redistribuido mis casos a mis colegas y me han dado un permiso retribuido. Siento como si estuviera defraudando a mis clientes.

—Les he dicho a mamá y a papá que se queden todo el tiempo que los necesites —agrega Harriet—. Cubriré sus gastos mensuales hasta que esto termine. Mungo se lo puede permitir. *Queremos* hacerlo.

No puedo imaginarme otra semana sin saber dónde está Lottie, ni hablar de otro mes.

Mientras me despido de mi hermana y guardo el móvil en el bolsillo, veo a Marc que viene por la playa hacia mí. Mi cerebro procesa el hecho de forma reflexiva, como hago con todo ahora, a través del prisma de la desaparición de Lottie: "No está corriendo, así que no la han encontrado". Mis padres han hecho todo lo posible por cuidarme, pero acompañarlos en su propio dolor agota las pocas reservas que tengo. Marc es quien me ha sostenido.

No se ha apartado de mi lado desde que Lottie desapareció.

Marc es un hombre pequeño, bajo, delgado pero fuerte, como un jinete de carreras. Sus rasgos son irregulares, poco llamativos. Pero siempre está en constante movimiento, lleno de energía. Ha creado una página de internet y una cuenta de GoFundMe para Lottie y se ha convertido en nuestro enlace *de facto* con la prensa. No puede quedarse aquí para siempre, pero no se cómo me las arreglaré sin él.

Sé lo que piensa Sian. Ella ha sentido siempre que hay algo más en nuestra relación de lo que ninguno de los dos quiere admitir. Tal vez tenga razón.

Ahora Marc me tiende su teléfono, girado de lado para que yo pueda ver el vídeo en pausa en la pantalla. Por su expresión, no sé si son buenas o malas noticias.

—No te lo vas a creer—dice.

Por un momento, me pregunto por qué me muestra imágenes del presidente de Estados Unidos respondiendo a preguntas sobre China desde las escaleras de su residencia de Florida en Mar-a-Lago. Espero con impaciencia la siguiente noticia, sobre Lottie.

Y de improviso, el presidente interrumpe su propia rueda de prensa.

"El secuestro de Lottie Martini, ¿se han enterado?", comienza. "Aquí, en Florida, en este gran estado. ¿Se han enterado? Es una cosa horrible, una cosa horrible. Una niña, una niña pequeña, quiero decir, inglesa. Ella es inglesa. Me encanta Inglaterra. Tenemos una gran relación, me quieren allí. Mi madre nació en Escocia. Y, como saben, Stornoway es la Escocia profunda. No hay nada más escocés que eso. Mi madre amaba Escocia. Mi madre también amaba a la reina".

—Jesús —susurro.

—Esto va a cambiar todo —comenta Marc.

—Es bueno, ¿no? ¡Todo el mundo va a ponerse a buscarla después de esto!

—Sí, pero también significa que la policía va a estar desbordada de

llamadas sobre supuestas apariciones desde Alaska hasta Honolulú —señala Marc, mientras nos damos la vuelta y regresamos a paso ligero hacia el hotel—. Y van a tener que verificar cada una de ellas. Será como buscar una aguja en un pajar. No tienen personal para eso. Tenemos que ayudar a clasificar las llamadas para que puedan centrar su atención en las que podrían ser auténticas.

—¿Nosotros? ¿Cómo se supone que lo vamos a hacer?

—Es bastante fácil eliminar la información inútil con unas simples preguntas. Bates dice que al menos la mitad de las pistas que se notifican son de niños que ni siquiera se acercan a la edad adecuada. Algunos son adolescentes. Pero las llamadas colapsan las líneas. Eso es algo en lo que podemos colaborar.

Se detiene junto a la cancela que va de la playa al hotel. En los últimos días, se ha levantado un santuario improvisado allí: flores que se marchitan bajo el calor de Florida, osos de peluche baratos fabricados en China, globos de helio de *Frozen*. Quienes los dejan ahí tienen buenas intenciones, pero no puedo soportarlo; es como si Lottie ya estuviera muerta.

—Ahora esto va a explotar —pronostica Marc, y se vuelve hacia mí—. Vamos a tener a la prensa mundial en el umbral de nuestra puerta. Alex, se van a enterar lo de Kirkwood Place.

A TODAS NOS PUEDE PASAR
CRÓNICA de Lisa Jenkins

Una y otra vez en los últimos días hemos escuchado: “Jamás habría dejado a mi hijo solo de ese modo”. Negamos con la cabeza con rostro serio y nos aseguramos unas a otras que jamás podría ocurrirnos una tragedia así porque nunca correríamos un riesgo tan terrible.
Pero mientras sujetamos la mano de nuestros propios hijos e hijas con un poco más de fuerza esta semana, una voz incómoda en nuestro interior delata nuestra hipocresía.
Es mucho más cómodo pensar que alguien tiene la culpa y señalar con el dedo a Alexa Martini.
La verdad es que a todas nos puede pasar. La madre de Lottie solo hizo lo que todas nosotras hemos hecho de una forma u otra.
Alexa Martini vive ahora una pesadilla indescriptible y se culpa a sí misma por permitir que su hija caminara cien metros desde una playa hasta la recepción de una boda con otras cuatro jóvenes damas de honor en lugar de cogerla ella misma de la mano.

El azar
A veces, las cosas terribles suceden por azar. La madre que vimos esta semana suplicando a quienquiera que se haya llevado a su hija bien podrías ser tú o yo. Eso es lo que nos aterra y, en nuestro miedo, buscamos a alguien a quien culpar. ¿Cuándo es un niño lo bastante mayor para usar un baño público solo? ¿Para coger el autobús a la escuela? ¿A qué edad podemos dejarlos en casa solos cuando salimos por la noche? ¿A los diez? ¿Doce?
Todas hemos dejado a un niño en el coche mientras entramos en la oficina de correos o lo hemos dejado ir a la tienda de la esquina a comprar caramelos, diciéndonos que no pueden vivir entre algodones para siempre.
Sabemos que el riesgo de que les ocurra algo es estadísticamente bajo y, sin embargo, no podemos evitar dar un suspiro de alivio cuando vuelven sanos y salvos.
Es tentador culpar a la madre de Lottie porque queremos creer que podemos evitar que les ocurran cosas horribles a nuestros hijos. Tenemos una necesidad desesperada de sentir que podemos controlar nuestra vida.
Lottie no fue arrebatada de un barrio marginal mientras su madre soltera y drogadicta entretenía a su novio. Esto sucedió en un complejo turístico de lujo a una profesional con estudios superiores. Y por eso hemos estado tan ocupadas protegiéndonos a nosotras mismas diciendo: “Yo nunca habría hecho eso”. Alexa Martini no fue negligente ni desconsiderada. Tomó el tipo de decisión que todos los padres toman a diario. No debería ser condenada por ello.

No convirtamos esta tragedia en un referéndum sobre los cuidados maternales de otra mujer. En vez de eso, recemos y confiemos por el regreso seguro de Lottie.

Siete días desaparecida

Capítulo 20

Alex

MARC HA INSTALADO NUESTRO CUARTEL general de campaña en una oficina vacía en la iluminada calle principal de St Pete Beach, a unos diez minutos en coche del hotel. Un benefactor anónimo se presentó después del llamamiento público de ayer del presidente y ofreció ponerla a nuestra disposición mientras la necesitemos.

Al salir del coche, observo las ventanas empapeladas con carteles que piden el regreso a salvo de mi hija. Debajo de su fotografía hay un número de teléfono gratuito y las palabras: "¿Has visto a Lottie?".

Es la misma foto que le di a la policía para la alerta de menor desaparecido. No puedo imaginar que todavía lleve su vestido rosa de dama de honor. Su pelo también debe de estar diferente. El hecho de que el secuestrador se tomara tantas molestias para cambiar su aspecto es una buena señal, según Bates. Si la hubiera matado, no lo habría hecho.

Intento no pensar en los rizos de mi hija, precintados y etiquetados en una bolsa para pruebas.

En el interior de la oficina se han colocado mesas plegables equipadas con teléfonos y portátiles. Marc ha organizado turnos con los cientos de voluntarios que se han presentado para atender la nueva línea telefónica de denuncias Encontremos a Lottie.

A otros se les ha encomendado la tarea de colocar carteles. Marc ha entregado a cada uno de ellos un mapa del área de St Pete Beach, con cada sección asignada resaltada con marcador amarillo. Tiendas de comestibles, farmacias, salones de manicura, peluquerías. Cualquier lugar donde haya ojos. "Queremos que su rostro esté en la mente de todos", dice.

No puedo creer todo lo que ha logrado en solo veinticuatro horas. Cada poste de luz o de teléfono por el que he pasado en mi camino tenía un cartel pegado. Nuestro mayor problema ha sido gestionar el

gran número de personas que quieren ayudar.

El interés de la prensa se ha convertido en la locura que predijo Marc. El hotel nos ha mudado a mis padres y a mí a la habitación en el último piso, a la que solo se puede acceder por un ascensor privado, pero cada vez que salimos del edificio tenemos que enfrentarnos a un enjambre creciente de periodistas que nos gritan preguntas y nos empujan las cámaras en la cara. El gerente ha sido muy amable y el personal hace lo que puede, pero es cuestión de tiempo antes que la situación se vuelva insostenible. Docenas de huéspedes del hotel han cancelado sus reservas debido a la atención mediática, y no los culpo. Esto no puede durar mucho más.

Marc se aparta del grupo de gente que lo rodea cuando me ve.

—¿Qué te parece? —pregunta, y señala los puestos telefónicos que se alinean a los lados de la sala—. La mayoría de los voluntarios son residentes locales, pero también tenemos algunos turistas de nuestro país.

—Es increíble —exclamo.

—Muchas de las iglesias locales celebrarán servicios especiales para Lottie mañana —continúa—. Pensamos que sería bueno que asistieras a la misa dominical en la catedral católica del centro y que tal vez dijeras unas palabras después…

—No sé, Marc. La iglesia no es mi fuerte.

—La iglesia es importante aquí, Alex. Necesitamos mantener a la gente de tu lado.

De pronto me asalta el recuerdo de la última vez que estuve en una iglesia. También hacía calor entonces. El vestido negro que había comprado en Londres era demasiado caluroso para Sicilia, incluso en octubre, y tenía tanto calor que creía que me iba a desmayar. Los padres de Luca habían rodeado su féretro con tantas flores que ni siquiera podía acercarme a él, y el empalagoso perfume se mezclaba con el agrio olor a sudor de los cuerpos apretados en la diminuta capilla familiar. Los bancos de madera oscura estaban repletos de deudos vestidos de negro, oscuros como cuervos, que lloriqueaban. Nubes asfixiantes de incienso se arremolinaban en la nave mientras el sacerdote alzaba el incensario y lo hacía tintinear contra la cadena. Tuve que reprimir un repentino y violento impulso de arrastrar el cadáver de mi esposo inteligente y cosmopolita fuera de su ataúd abierto y alejarlo de la superstición y la momificación medievales. Él creía tan poco en eso como yo.

Luca era un pésimo esposo, pero un excelente padre. Nuestra hija nunca habría desaparecido bajo su mirada. Si existe en alguna dimensión paralela o en el más allá, espero que esté cuidando a Lottie ahora.

—Nada de iglesia —le digo a Marc—. Haré una declaración a la

prensa si crees que vale la pena, pero no puedo ir a la iglesia.

Una voluntaria de unos cincuenta años nos interrumpe, me toma la mano y la aprieta entre las suyas. La cara de mi hija me mira con fijeza desde la camiseta de algodón extendida sobre sus grandes pechos.

—Solo quería decirte que lo siento mucho, Alexa —aventura, como si me conociera—. Estamos rezando para que el Señor traiga a Lottie a casa sana y salva.

—Gracias —respondo.

Todo el mundo me mira, incluso mientras fingen estar ocupados con sus teléfonos y sus montones de carteles. Soy la zona cero de todo este carnaval, *la madre*, aquí, en persona. Estoy segura de que muchos de los voluntarios sienten un deseo sincero de ayudar a encontrar a mi hija, pero también hay un elemento morboso, una cierta excitación por formar parte de una noticia importante. Se irán a casa y les contarán a sus amigos que hoy me han conocido.

—Tengo que irme —declaro con brusquedad.

Marc se ofrece a acompañarme, pero de pronto estoy desesperada por estar sola.

Sin embargo, una vez fuera, entro en el coche sin la menor idea de adónde ir. Me fui del hotel porque también me sentía atrapada ahí. Hay demasiada gente que necesita mi atención; nuestro séquito está creciendo con rapidez y estoy abrumada.

La mayoría de los invitados a la boda han vuelto a casa, pero ahora hay otros amigos y familiares que han venido para unirse a la búsqueda: tía Julie, la hermana de mi madre; una amiga de la infancia a la que no he visto en quince años. Sé que solo quieren ayudar, pero la presencia de tanta gente luchando por contener su propia angustia y dolor es agotadora. Harriet hizo bien en no venir.

Mi teléfono suena. He personalizado el tono de la teniente Bates; las suyas son las únicas llamadas que me interesan ahora. Lo busco en el bolso y luego vacío su contenido en el asiento del copiloto, sin hacer caso a las monedas y los tampones que se desparraman en todas direcciones.

—No la hemos encontrado —me hace saber Bates para no alargar mi sufrimiento.

La esperanza desesperada se extingue. La decepción llena mis pulmones y casi no puedo respirar. Lottie no está muerta, me digo. Tampoco han encontrado un cuerpo. Debo aferrarme a eso.

—Necesito que venga a la comisaría, Alex —continúa Bates.

Algo en su tono me alerta.

—¿Por qué?

—Se lo explicaré cuando llegue…

—No. Dígamelo ahora.

—De acuerdo —concede Bates—. Ha surgido algo y nos gustaría hacerle un par de preguntas más, Alex.

—¿Sobre qué? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Sobre Kirkwood Place.

Capítulo 21

Quinn

A QUINN NO LE HA gustado la intervención del presidente en el caso Martini, ha echado por tierra cualquier posibilidad que pudiera haber tenido de convencer la editora de la INN de que la apartara de esta noticia. El interés del público se ha desbordado. Incluso Quinn tiene que admitir que es lógico tener un corresponsal con experiencia cubriendo la historia.

El editor de asignaciones ha enviado a Florida a uno de los nuevos becarios como ayudante. Su tarea consiste en hacer todo el trabajo sucio, como asistir a las reuniones informativas para la prensa o buscar la ortografía correcta de los nombres de los entrevistados para que Quinn pueda trabajar en la noticia como ella quiera.

Pero el chico se le pega como un maldito velcro. No puede cagar sin que él la siga al baño. Y ayer estuvo a punto de beberse un trago de su botella de Evian. Quinn no teme enfrentarse al *News Desk* por las decisiones editoriales, pero su reputación como periodista es primordial. Lo que significa que hoy *sí* hay agua en la maldita botella.

Timothy —"Por favor, no me llames Tim"— es inofensivo, supone Quinn. A pesar de ser pelirrojo. Y al menos ha averiguado dónde queda el Starbucks más cercano, lo que mantendrá contento a Phil, su cámara.

El chico vuelve ahora a la habitación del motel con una bandeja de cartón con cafés con leche y especias de tarta de calabaza y la apoya sobre la mesa grande donde Phil ha instalado el equipo de edición. La INN ha buscado lo más barato, como de costumbre, y les hizo reservas en el hostal Starlight de una estrella en la calle principal de St Pete Beach, a pesar de que la publicidad negativa significa que hay muchas habitaciones libres en el hotel Sandy Beach.

Quinn aparta su silla de la mesa de edición. La sobriedad forzada no está haciendo nada para mejorar su estado de ánimo.

—Esto es una mierda, Phil —exclama—. No podemos seguir mostrando imágenes del hotel y la misma puta foto de Lottie.

—No tenemos nada nuevo —replica Phil, y abre un poco la tapa de su café con leche para dejar escapar el vapor—. Todo lo que tenemos hoy es la llegada de Alexa a la sede de la campaña. Podemos incluir bustos parlantes de la rueda de prensa de ayer, pero por lo demás, todo lo que tenemos son imágenes generales.

No le recuerda que no pueden rellenar la noticia colocando al periodista ante la cámara, como harían la mayoría de los corresponsales. Quinn podría aparecer con su desenfadado parche en el ojo si informara desde Raqqa, pero no en una noticia tan delicada como esta. Teniendo en cuenta la magnitud que está tomando el suceso, le sorprende que la INN no la haya apartado y haya enviado a un reportero de Londres con mejor presencia. Los editores de los boletines informativos ya se están quejando de que no pueden utilizarla para las transmisiones en directo.

—Necesitamos imágenes de la niña en la puta boda —precisa Quinn—. ¡Joder! Estamos en el puto siglo xxi. Cada gilipollas con un teléfono se cree Stephen Spielberg. ¿Cómo es posible que *todavía* no tengamos imágenes de ella?

Phil ni se molesta en responder. Quinn se ha quejado de lo mismo todos los días desde que llegaron.

Es Timothy quien lo hace.

—¿No sería de mal gusto usarlas? —opina—. Quiero decir, podrían ser las últimas fotos de ella con vida. Sería un poco… sensacionalista.

—No, por supuesto, no querríamos que nadie se quedase con esas imágenes en la mente —replica Quinn con sarcasmo—. Podrían recordar algo.

—No seas desgraciada —acota Phil.

Quinn se reclina en su silla.

—¡Joder! ¡Está bien! ¡Está bien! Dame quince segundos de Alexa Martini llegando a las oficinas de la campaña —dice—. Y luego, la rueda de prensa de ayer con el pelo en la bolsa de pruebas. ¿En qué momento de la conferencia fue eso, Tim?

Tim hojea su cuaderno de notas.

—Minuto cinco veintiuno.

Quinn se siente como Rumpelstiltskin, transformando paja en oro. De algún modo, consigue elaborar una nota de dos minutos para las noticias del mediodía, uniendo fragmentos de entrevistas a la teniente y a Marc Chapman, quien parece ser el portavoz de Alexa Martini, junto con imágenes generales repetidas de los días anteriores. Es casi imposible ilustrar esta noticia con imágenes. La investigación policial se está realizando a puerta cerrada. Hasta que se encuentre a la niña, viva o muerta, todo lo que tiene Quinn son bustos parlantes y rellenos.

Observa cómo Phil dispone el fragmento de una entrevista a Marc. La parte más frustrante de todo esto es que tiene una gran noticia en su bolsillo trasero y no puede usarla. Las revelaciones de Sian Chapman son dinamita, pero Quinn no tiene suficiente para hacerlo público todavía.

Alexa Martini no le ha gustado desde el principio. Quinn no tiene problemas con las mujeres ambiciosas y exitosas; respeta a cualquiera que se haya labrado un lugar en el mundo. Lo que no le gusta son las mujeres que quieren tenerlo todo y luego esperan que se les hagan concesiones.

Ha perdido la cuenta de las veces que ha tenido que cubrir a madres que se tomaban tiempo libre para llevar a sus hijos a que les colocaran la ortodoncia o para asistir a las jornadas deportivas de la escuela. ¿Y por qué son las mujeres solteras las que siempre tienen que trabajar en Nochebuena? Si una mujer quiere un bebé *y* el trabajo, perfecto. Pero debería competir en igualdad de condiciones. Criar a la próxima generación de contribuyentes no confiere un estatus especial, como se empeñó en que lo fuese una vez una excolega suya. De todas formas, Quinn no va a durar lo suficiente para cobrar su jubilación.

Marnie dice que Quinn ve a todas las madres como el enemigo: fábricas de bebés que han defraudado al feminismo. Tal vez haya una pizca de verdad en eso. Pero tampoco es justo para los niños. Las mujeres no deberían tener hijos si van a abandonarlos en un internado antes de que cumplan ocho años. La guardería y la sala de juntas no son compatibles. Algunas mujeres no deberían tener hijos, así de simple.

“Esto no se trata de ti,” le reprochó Marnie ayer. “Y solo porque Alexa Martini no muestre lo que hay en su corazón, no significa que no tenga sentimientos profundos. ¡Su hija ha desaparecido!”

Excepto que esa es la cuestión: Quinn no está convencida de que Lottie Martini haya desaparecido.

Hace once años, cubrió la desaparición de una niña de nueve años en West Yorkshire. Veinticuatro días después, la madre, Karen Matthews, fue detenida por conspirar con un amigo de la familia para secuestrar a su propia hija. Durante más de tres semanas, Matthews había interpretado a la víctima llorosa y había suplicado por la liberación de su “hermosa princesa”, quien, resultó, había estado drogada y escondida en el armazón de un sofá cama en el apartamento de su amigo todo el tiempo.

Así que no, Quinn no se siente mal por ser cínica y suspicaz. Para eso le pagan.

Coge el bolso que está colgado en el respaldo de la silla.

—Suficiente con esta mierda —dice—. Es hora de empezar a ejercer presión. Tim, quiero que vayas a la comisaría y hagas nuevas

amistades. No me importa lo que tengas que hacer. Acuéstate con el jefe si es necesario. Pero quiero saber absolutamente todo lo que pasa allí, hasta lo que Bates pone en sus sándwiches.

—En realidad, es Timothy…

Quinn ya está a medio camino hacia la puerta.

—Averigua si están considerando a alguien más que no sea "el hombre delgado". Apostaría a que lo acusan a él porque no tienen ningún otro sospechoso. ¿Han conseguido relacionarlo con el motel donde encontraron el pelo de la niña? Y no quiero la mierda habitual sobre pistas prometedoras, bla, bla. ¿Están buscando un cuerpo? ¿Alexa Martini está involucrada o no?

—¿Qué quieres que haga yo? —inquiere Phil.

—¿Sabes cuántos niños hay desaparecidos en Florida? —lanza Quinn con brusquedad.

Phil no parece sorprendido por la falta de lógica. Ha trabajado con ella el tiempo suficiente para saber cómo funciona su mente. Se da cuenta de que Timothy está buscando la pregunta en Google y le quita el teléfono de las manos con suavidad.

—Trescientos cuarenta y cinco —responde Quinn—. Trescientos cuarenta y cinco niños desaparecidos solo en Florida. No estamos hablando de niños que se escapan de sus hogares ni de secuestros familiares…

—¿Dónde quieres llegar, Quinn?

—Si fueras la madre de uno de esos niños de Florida, ¿cómo te sentirías ahora?

Por eso Quinn es tan buena en lo que hace. Nunca tiene miedo de poner el dedo en la llaga.

—No entiendo —interviene Timothy.

—Tu presidente dedica tiempo a un llamamiento público para pedir el regreso de una niña inglesa blanca que está de visita en Estados Unidos durante unas vacaciones de lujo en el extranjero, pero a *tu* hijo, a tu hijo hispano o negro, ni siquiera los menciona —explica Quinn—. Estados Unidos puede darse el lujo de que desaparezcan unos cuantos cientos de niños pobres. ¿Quién se va a dar cuenta? Pero no te metas con nuestra industria turística. No dejes que desaparezca ningún niño *blanco*.

—Pero esto no tiene nada que ver con la raza —objeta Timothy.

—Esto es Estados Unidos—contesta Quinn—. Aquí todo tiene que ver con la raza.

Capítulo 22

Alex

KIRKWOOD PLACE. TARDE O TEMPRANO, sabía que me pasaría factura. Ojalá pudiéramos volver a la época en la que éramos rencorosos y críticos, pero solo a espaldas del otro. Ojalá pudiéramos dejar de reñirnos en público, aceptar que para algunas mujeres es posible amar a su cónyuge más que a su hijo, reconocer que, para algunas, un bebé no nos completa la vida, sino que la arruina.

Si hubiera espacio para mujeres como yo, ¿habría sido diferente?

Antes de nuestro divorcio, Luca era quien llevaba a Lottie a la guardería. Yo tenía que estar en el trabajo a las siete y media y la guardería Montessori a la que Luca había insistido en llevarla quedaba a veinte minutos en dirección contraria. Luca fijaba su propio horario y a menudo trabajaba desde casa, así que era lógico que fuera él quien la llevara. Y le *gustaba* llevarla. Si quería pasarse los atascos cantando *Baby Shark* cada mañana, allá él.

Yo era particularmente poco adecuada para ser la madre de nadie y mucho menos la madre de una niña como Lottie. Salió de mi vientre enfadada e indignada, como si hubiera absorbido mi ambigüedad hacia la maternidad como los nutrientes a través del cordón umbilical. Para Luca, fue amor a primera vista en cuanto la vio, pero para mí siempre fue más complicado. Estaba el impulso de protegerla, por supuesto; el llamamiento biológico de nutrirla, una ola hormonal que tiraba de mis pezones con anzuelos de plata cada vez que lloraba. Pero junto a eso estaba la persistente sensación de que cada vez que le daba de mamar, yo me reducía, me disolvía, como una pastilla de jabón.

Nunca me importó que Luca fuera la persona a la que Lottie acudía cuando necesitaba que le limpiaran la nariz o a quien le levantaba los brazos para que la cogiera cuando estaba cansada. Crecía en un hogar en el que una mujer desempeñaba un trabajo complejo, difícil e importante, y un hombre cocinaba raviolis caseros y la llevaba a clases

de natación. No podía pensar en un mejor ejemplo para ella.

Dos o tres veces al año, Luca tenía que visitar la plantación de café de su familia en Brasil, ya que la demencia de su madre y la frágil salud de su padre les impedían viajar. Por lo general, cuando él estaba fuera, una niñera con experiencia llamada Rachel me ayudaba con Lottie.

Pero cuando Lottie tenía unos dieciséis meses, Luca tuvo que hacer un viaje no programado de último momento a Río por problemas de producción en la plantación. Rachel estaba de viaje en un crucero por los fiordos noruegos con su hermana y mi madre aún se estaba recuperando de una cirugía después de su segunda experiencia con el cáncer.

Así que el bebé quedó, literalmente, en mis manos.

En ese momento, estaba atendiendo varios casos complejos. Pero como no había nadie más que pudiera cuidar de Lottie, no tuve más remedio que hacerlo lo mejor posible.

Hice malabares con mi horario para poder dejarla en la guardería a las siete en punto y lo arreglé para salir de la oficina antes de tiempo durante tres días hasta que volviera Rachel, para estar allí a tiempo de recogerla a las seis.

La noche que Luca viajó, no pude dormir. Nuestro matrimonio tenía en graves problemas y yo sabía que no podíamos seguir así. Luca no estaba solo en Río. Había tenido aventuras antes, pero ninguna había durado más de unas semanas. Juiliana era diferente. Para empezar, no se había preocupado por ocultar este desliz.

Nunca he sido una persona celosa y sé apreciar la distinción entre sexo y amor, pero la falta de respeto me dolía. Resultaba obvio que no podía seguir mirando hacia otro lado ante las infidelidades de Luca; tenía que tomar una decisión, y pronto. Lottie adoraba a su padre y yo odiaba la idea de tener que someterla a las idas y venidas del divorcio y dos hogares. Pero ¿qué clase de modelo feminista era si toleraba a un hombre que trataba así a su esposa? El argumento de mi madre sobre “la típica naturaleza italiana” se había agotado hacía tiempo.

Mi respuesta al estrés, como siempre, fue lanzarme de lleno al trabajo. A la mañana siguiente, estaba en mi oficina de Muysken Ritter, la cabeza gacha mientras trataba de encontrarle sentido a una respuesta risible de la Fiscalía de la Corona a nuestras objeciones sobre una deportación, cuando mi secretaria llamó a mi puerta alrededor de la hora de almorzar. Estaba cerrada; Jade sabía que eso significaba que solo se me podía molestar si el edificio estaba en llamas.

—Disculpa —dijo Jade—. Pero hay dos policías que quieren verte.

En retrospectiva, fue como un ensayo macabro de lo que sucedería más adelante. Un año después, casi el mismo día, dos policías

diferentes se presentaron en mi oficina para comunicarme la noticia de que Luca había muerto en el derrumbe del puente de Génova.

Cosa curiosa, en ninguna de las dos ocasiones, la repentina aparición de la policía en mi lugar de trabajo me hizo ser presa del pánico. Todavía no había aprendido a temer a la ambulancia que me adelanta de camino a casa ni a los golpes inesperados a la puerta.

No recuerdo qué pensé cuando levanté la vista y los vi de pie detrás de Jade, con semblantes serios. Supongo que imaginé que se trataba de algo relacionado con uno de mis clientes.

Nunca se me ocurrió que venían a detenerme.

Ocho días desaparecida

Capítulo 23

Alex

La sala es pequeña, gris y anodina. Hay dos sillas de plástico duro colocadas a ambos lados de una gran mesa cuadrada, sobre la que se encuentra una máquina rara y anticuada con indicadores, papel cuadriculado y un lápiz largo. El poligrafista está de pie frente a la mesa, con los brazos a los lados. Su postura tiene una estudiada neutralidad, ni alerta ni relajada.

—Ashton Hyatt —se presenta el poligrafista, y extiende una mano hacia mí—. Lamento conocerla en estas circunstancias.

—Los dejo ahora —nos dice la teniente Bates.

Hyatt cierra la puerta detrás de ella y me indica que tome asiento en una de las dos sillas. Es un hombre delgado, de unos cuarenta años, vestido de un color inespecífico que parece extenderse a toda su persona: el tipo de individuo que te costaría recordar cinco minutos después de haberlo conocido, si no fuera por la llamativa mancha de pelo blanco en el centro de sus rizos castaños recortados.

Me dice que apoye los pies en el suelo, con las manos en las rodillas. Lo hago, con los nervios agarrados al estómago. Me rodea el pecho con cables y me pongo rígida con timidez mientras me coloca almohadillas adhesivas en los puntos del pulso. La habitación es sofocante, a pesar del ruidoso aparato de aire acondicionado situado en una ventana solitaria en lo alto de una pared.

“Es solo rutina”, arguyó Bates ayer, cuando me pidió que fuera a la comisaría y me sometiera a una prueba del detector de mentiras. Como si fuera algo rutinario, cuando las dos sabemos que su descubrimiento de lo que pasó en Kirkwood Place lo ha cambiado todo.

He estado en contacto con abogados estadounidenses por varios casos de clientes a lo largo de los años y soy consciente de que los polígrafos son mucho más comunes en Estados Unidos, sobre todo en

situaciones como esta. Pero nunca es *rutinario* cuando te pasa a ti.

—No le voy a pedir que se relaje —señala ahora Hyatt—. Si esto *no* le resultara estresante, entonces nos preocuparíamos. Es probable que su ritmo cardíaco haya subido un poco. Es normal.

Toma asiento frente a mí y acerca un bloc de notas, luego hace un par de anotaciones antes de encender la máquina. De inmediato, la aguja empieza a trazar cuatro líneas azules en el papel cuadriculado.

—Algunas de estas preguntas parecerán obvias —continúa Hyatt—. Y es probable que repita algunas. No es mi intención confundirla, ¿de acuerdo?

Trago saliva. No debería tener nada que temer, pero me sudan las palmas de las manos y siento que el corazón se me va a salir del pecho.

—De acuerdo, entonces. Empezamos. ¿Se llama Alexa Martini? —pregunta Hyatt.

Asiento con la cabeza.

—Necesito que me dé una respuesta verbal.

—Lo siento. Sí.

Mira las marcas en el papel cuadriculado y toma nota.

—¿Su fecha de nacimiento es el 1 de enero de 1990?

—Sí.

Las preguntas triviales continúan.

"¿Nació usted en Estados Unidos?"

"¿Es Londres, Inglaterra, su lugar de residencia?"

"¿Tiene usted veintinueve años?"

"¿Trabaja usted como letrada?"

—No —respondo.

Las agujas saltan al instante a través de la página, un macizo de picos azules. Hyatt los observa y escribe algo en su bloc de notas.

—¿Trabaja usted en la firma de abogados Muysken Ritter de Londres?

—Sí.

—Repetiré la pregunta. ¿Es usted letrada?

—Soy abogada —aclaro.

Su expresión se distiende.

—Ah. Sí. Por supuesto. Dos países divididos por una lengua común.

El tono de sus preguntas empieza a cambiar cuando me pregunta por Lottie y me clavo las uñas en las palmas de las manos. No puedo apartar los ojos del lápiz que se mueve por el papel cuadriculado.

"¿Es Lottie su única hija?"

"¿Se ha arrepentido alguna vez de haber tenido hijos?"

"¿Alguna vez ha castigado físicamente a Lottie?"

"¿Alguna vez le ha hecho daño?"

Las agujas vuelven a atravesar el papel cuadriculado. Hyatt estudia

la página, escribe en sus notas.

—No —repito.

Para cuando terminamos, estoy empapada de sudor. Hyatt retira las almohadillas adhesivas y los cables y yo me esfuerzo por controlar la respiración. Ha reducido los infinitos y complejos matices grises de la maternidad a un esquema binario blanco/negro y me ha dejado desorientada y confundida.

Bates me dijo que me limite a decir la verdad, pero ya no estoy segura de qué es eso.

¿No desean todas las madres en algún momento, aunque sea por un instante fugaz y culpable, no tener hijos ni responsabilidades? ¿Significa eso que nos arrepentimos de haberlos tenido? Amo a mi hija hasta la médula, pero ha habido momentos en los que la carga de criar a una hija me ha resultado agobiante.

¿Y cómo se define el daño? El color de pelo de Lottie está determinado por la genética, pero la persona en la que se convierta —la carga emocional que lleve consigo al convertirse en adulta— depende de mí. Ni siquiera tengo a Luca para compartir la carga.

La responsabilidad es abrumadora.

Mis padres me están esperando en la recepción de la comisaría cuando salgo. Me he echado agua en la cara en el baño, pero veo por sus expresiones que mi angustia es evidente.

—Esto es *acoso* —exclama mi madre en voz alta—. ¡Esa teniente Bates está buscando un objetivo fácil porque se le han acabado las ideas!

—Mary —interviene papá.

—Por favor, mamá —le pido—. Solo quiero irme de aquí.

Tomamos precauciones para evitar a la prensa, pero en cuanto salimos, una jauría salvaje de al menos una docena de periodistas se abalanza sobre nosotros, nos gritan preguntas y empujan sus cámaras y micrófonos hacia mi rostro. Ni un solo policía sale a ayudarnos a lidiar con la atención mediática. Me doy cuenta de que me han echado a los lobos.

Papá se abre paso entre el gentío hasta nuestro coche alquilado y empuja con brusquedad una cámara de televisión mientras yo entro en el vehículo. Los paparazzi nos rodean, acercan sus cámaras a las ventanillas sin dejar de gritar sus preguntas. Cuando nos alejamos, corren hacia sus propios coches para poder seguirnos.

En los días posteriores a la desaparición de Lottie, me he vuelto casi insensible al implacable escrutinio de los medios, a la presencia constante de cámaras cada vez que pongo un pie fuera. Antes de que el gerente del hotel nos trasladara a la habitación en el último piso, una entusiasta periodista de escándalos se disfrazó de camarera y me tendió una emboscada al salir de la ducha. Pero la atención nunca

había sido tan hostil o agresiva. “¿Qué puede decirnos sobre Kirkwood Place?”

—Ignóralos —me advierte mamá—. Son buitres. No les importa Lottie. Solo quieren un buen reportaje.

Era ingenuo esperar que nadie lo descubriera. Lo único que me sorprende es que no haya salido a la luz antes. Al cabo de una larga investigación, la policía londinense retiró todos los cargos en mi contra, pero eso no significó borrón y cuenta nueva. Hoy en día, es casi imposible borrar todo tu historial de internet.

Y hasta yo puedo ver que, en este caso, mi historial es en especial relevante.

Capítulo 24

Alex

LOTTIE HABÍA ESTADO COMPLACIENTE ESA mañana, algo poco frecuente en ella. Era como si, en ausencia de su padre, se hubiera apiadado de mí.

Se comió su yogur y sus Cheerios sin protestar y por una vez, no se puso rígida como una tabla cuando intenté pasarle los brazos por las mangas de la camiseta. Hasta me dedicó una sonrisa tolerante cuando le puse las zapatillas de deporte azules con luces en el pie equivocado y tuve que quitárselas y empezar de nuevo. Tal vez la novedad de pasar más tiempo juntas había surtido efecto en ella, al igual que en mí.

Sin embargo, ya eran las siete y veinte para cuando la abroché en la silla del coche y yo tenía una reunión a las ocho en la otra punta de Londres a la que jamás llegaría a tiempo.

Le envié un mensaje de texto a Jade cada vez que nos deteníamos en un semáforo en rojo y conseguí retrasar la reunión hasta las ocho y media, pero luego tuve que dar dos vueltas a la manzana antes de encontrar por fin un sitio para aparcar a cuatro calles de la estación del metro y estuve sentada en un túnel durante veinte minutos en las afueras del puente de Londres, sin poder llamar ni enviar correos electrónicos a nadie.

Mis niveles de estrés estaban por las nubes cuando llegué al trabajo. Me encerré en mi oficina y le dije a Jade que no me molestara a menos que fuera un asunto de vida o muerte. Jade había trabajado el tiempo suficiente conmigo para saber que no estaba bromeando.

Pero no lo había dicho en un sentido literal.

“Exposición deliberada de un niño a un riesgo de daño significativo”. Eso fue lo que dijo el oficial de policía cuando me arrestaron. Como si me hubiera propuesto hacerle daño a mi hija a propósito.

Nunca he pretendido ser una madre perfecta, pero hasta ese día, siempre me había enorgullecido de ser al menos una madre competente. Comprobaba con frecuencia las correas de la silla de coche de Lottie y las ajustaba si se habían aflojado un poco, como se supone que hay que hacer. La ponía a dormir de espaldas cuando era un bebé e instalé protectores de plástico en todos los enchufes de la pared, a pesar de que eso significaba romperme las uñas para quitarlos cada vez que quería enchufar algo. Enroscaba los cordones de las persianas fuera de su alcance y coloqué puertas de seguridad en las escaleras, me aseguré de vacunarla conforme al calendario de vacunación, nunca cubría su comida con film transparente que contuviera bisfenol A, cortaba sus salchichas en trozos (en las raras ocasiones en que le permitía comerlas) para que no se atragantara y la untaba con factor 50 incluso en los días nublados. Cada vez que tomaba la autopista, bloqueaba las puertas del coche por si alguna de ellas se abría y succionaba a Lottie hacia afuera, como en una película en la que la puerta de un avión se abre en pleno vuelo.

Cuando Luca, despreocupado y eterno optimista, preguntaba: "¿Qué es lo peor que podría pasar?", yo siempre tenía una respuesta.

Nunca se me ocurrió que *yo* era el mayor peligro para Lottie. No tengo excusa para lo que pasó. Estaba cansada, sobrecargada de trabajo y estresada, pero también lo están docenas de miles de otras madres. Dudo que tampoco fuera la única preocupada por el hecho de que su esposo estuviera teniendo una aventura.

Fue el infalible mal tiempo del verano inglés el que salvó la vida de Lottie. Ese día, la temperatura era de solo dieciocho grados centígrados, fresca para ser agosto; pero, aun así, Lottie estaba sudando y deshidratada cuando un transeúnte la vio, olvidada donde yo la había dejado en el asiento trasero del coche.

La calle donde había estacionado se llamaba Kirkwood Place.

Doce días desaparecida

Capítulo 25

Alex

—No tienes que hacerlo —sugiere mamá—. No es demasiado tarde para que cambies de opinión.

—Estaré bien —le aseguro.

Mamá aprieta los labios y contiene las palabras con un esfuerzo visible mientras me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estás muy guapa, cariño. Buena suerte.

Estoy lejos de verme guapa: tengo el rostro ensombrecido y desencajado y esta camisa de lino color aceituna empalidece el color de mi piel. Pero de eso se trata. “Deja traslucir tu dolor”, me aleccionó Marc. “Muestra el aspecto adecuado”. A la gente no le interesa lo que de verdad siento. Mi dolor es tan intenso que se ha asentado en mi corazón como una capa de hielo, y me doy cuenta de que eso me hace parecer insensible. Pero no puedo evitarlo. Es tan intolerable ser yo, aunque sea por un momento, que me he desconectado de mis sentimientos porque es la única manera de sobrevivir. La mitad del tiempo siento como si estuviera fuera de mi propio cuerpo, como si me observara desde la distancia. Y, sin embargo, incluso de esa manera indirecta, el dolor me corta el aliento.

Tengo serias reservas acerca de conceder esta entrevista, pero como señaló ayer Marc, ahora ya no tengo muchas opciones.

—Tenemos que cambiar el relato —me explicó—. Es la única manera. Y tiene que ser en televisión. Es mucho más difícil que se tergiversen tus palabras en la televisión que en una entrevista a un periódico. De esta manera, nadie podrá falsear lo que digas. Tienes que conectar con la gente, ponerla de nuevo de tu lado.

Papá y Zealy están de acuerdo con él. Mamá es la única que se resiste. Según ella, no tengo que dar explicaciones. Todas las madres entienden lo que es cometer un error, fallar de vez en cuando: “A todas nos puede pasar”. Dice que es solo casualidad que esto tan

horrible me haya pasado a mí y no a otra. Cualquier otra madre podría haberse quedado dormida en la cama mientras daba de mamar y asfixiado a su bebé, o haber dejado una ventana del segundo piso abierta de manera fatal, o haberse olvidado que su hija estaba durmiendo en la parte trasera del coche.

No me importa que la gente piense que soy una mala madre. Solo necesito que crean que no tuve nada que ver con el secuestro de Lottie. Tengo que hacer que todos la busquen de nuevo.

La reacción negativa sobre Kirkwood Place ha dominado las noticias del caso durante cuatro días. Cada aspecto de mi maternidad ha sido juzgado a través de esa lente: el día que me olvidé de preparar el almuerzo de Lottie para la guardería; la vez que la dejé en el carrito del supermercado para ir al pasillo de al lado y regresé para encontrarla en brazos de un comprador preocupado. La gente está saliendo hasta de debajo de las piedras con sus historias, ávida por un momento de celebridad.

Una mujer que estaba en el avión cuando Lottie y yo volamos hace dos semanas se presentó y declaró que golpeé a mi hija cuando a ella se le cayó su refresco. Incluso tiene imágenes en su teléfono en las que estoy sacudiendo el hombro de Lottie, que yace acurrucada en el pasillo.

Las reproducen en todos los canales. Una y otra vez, me veo tirando de mi hija para que se ponga de pie y no veo a una madre nerviosa y exhausta que se esfuerza por adaptarse a la voluntad de su hija y ser una buena madre. Veo lo que todo el mundo ve: una mujer enfadada y violenta que parece no poder esperar a librarse de su hija; una niña que ahora está desaparecida.

¿Tuve la *intención* de dejarla al sol dentro del coche aquel día en Kirkwood Place? Para ser sincera, ya no lo sé. Tal vez abandoné a Lottie en ese coche porque *quería* que se la llevaran.

Tal vez todas esas personas que piensan que soy malvada tienen razón.

Es como si ya nadie estuviera buscando a mi hija, incluida la policía.

El caso sigue oficialmente abierto, por supuesto, pero ya no se habla del hombre delgado. Nadie se detiene a preguntar por qué demonios le cortaría yo el pelo a mi hija. Ahora soy la principal sospechosa. La oficina de turismo de Florida debe de estar encantada.

Esta entrevista televisiva es lo último que quiero hacer, pero Marc tiene razón: tengo que cambiar el relato.

—Sube el volumen —pide papá de pronto mientras señala la pantalla del televisor mudo en mi habitación del hotel.

Zealy coge el mando. Un hombre sudoroso y con sobrepeso, vestido con un traje blanco, está de pie en lo alto de los escalones de un

edificio de aspecto municipal, frente a un conjunto de micrófonos. Un texto en movimiento recorre la parte inferior de la pantalla: “El alcalde acusa a la madre en el caso de Lottie Martini”.

—Alcalde Eagleton, ¿la señora Martini será arrestada? —pregunta un periodista, fuera de cámara.

—Eso lo decidirá la policía —responde el alcalde.

—¿Pero *usted* cree que es culpable?

—Esta es una ciudad hermosa —contesta el alcalde, y extiende los brazos—. Es un lugar muy seguro. Un lugar muy seguro. Miles de familias visitan nuestra ciudad cada año y disfrutan de nuestras hermosas playas, y les digo que es un lugar seguro.

—¿O sea, que usted cree que la señora Martini mató a su hija? —grita otra voz.

—Escuchen. Todo lo que digo es que tenemos una niña desaparecida en medio de una boda y ninguna de las personas presentes vio ni oyó nada, lo que me parece muy extraño. —El alcalde mueve la cabeza—. Muy extraño. Mi niña gritaría como una loca si alguien que no conoce intentara llevársela a un lugar al que no quiere ir. —Apunta con un dedo regordete al aire—. Y tenemos a una señora que dejó a su bebé en un coche al sol, una *profesional* que asistió a sus reuniones *importantes* en Londres y quién sabe qué más mientras su bebé se *cocía al sol*. Han visto el vídeo de su agresión a esa inocente niña en el avión. Vamos a encontrar la verdad y vamos a encontrar a esa pobre niña. Ahora, si me disculpan…

Zealy apaga el televisor con una exclamación de desagrado.

—Cielo santo. ¿Qué es esto?

—*Esto* es la mentalidad pueblerina norteamericana —acota Marc—. Por eso tienes que ir a esta entrevista, Alex.

Me acompaña al segundo piso, donde el equipo de televisión de la INN se ha instalado en una de las habitaciones del hotel.

Me pareció más inteligente recurrir a una cadena inglesa; como dijo Marc, tienen menos en juego desde el punto de vista político que las cadenas estadounidenses, que no pretenden ser imparciales.

Quinn Wilde es la reportera que hace la entrevista. Conozco su reputación por mi trabajo legal en derechos humanos: ha cubierto numerosos conflictos en lugares como Siria, cuyos refugiados han sido representados por mi bufete. La he visto en conferencias de prensa durante las dos últimas semanas —es difícil no hacerlo con ese parche pirata en el ojo—, pero me sorprende un poco que esté cubriendo esta noticia. Pensaba que era una corresponsal de guerra; cuando oigo su nombre, me la imagino de pie frente a edificios bombardeados y con agujeros de bala. Tal vez perdió el coraje después de que le explotase ese artefacto casero hace uno o dos años.

Sea cual sea la razón, Marc cree que nos beneficia que ella haga la

entrevista; dice que le dará credibilidad y seriedad. Espero que tenga razón.

Un chico flacucho con una mata pelirroja me guía por la habitación de la INN hasta dos sillones situados en el centro de una red de cables y luces. Se han colocado tres cámaras sobre trípodes, una apuntando hacia cada silla y una tercera con una visión gran angular de toda la escena.

Un cámara controla cada uno de los visores y ajusta la altura de los trípodes. En una mesa detrás de las sillas hay dos pequeños monitores que muestran un arcoíris de barras verticales. Dos etiquetas los identifican como “vista previa” y “en vivo”.

El chico delgado señala el sillón más cercano.

—Estamos un poco justos de tiempo, así que si puede sentarse aquí, Phil le colocará el micrófono y comprobará los niveles —precisa—. Marc, ¿verdad? Puede esperar en la sala de edición de al lado si quiere. Hay un monitor, así que puede ver la entrevista en directo conmigo cuando salgamos al aire.

Una punzada de pánico me asalta.

—¿En directo?

—Se suponía que iba a ser en diferido —objeta Marc—. Nunca se habló de una entrevista en directo.

—El editor lo ha asignado al programa *PrimeTime* —explica el chico delgado—. Salimos al aire en cinco minutos. No hay tiempo para una grabación previa. No se preocupe, señora Martini, estará bien. Ni se dará cuenta cuando las cámaras empiecen a grabar. Quinn la ayudará. Y en máxima audiencia la verán muchos más televidentes. Todo el mundo estará mirando, que es lo que queremos, ¿no?

Marc frunce el ceño.

—Esto no es lo que acordamos…

—Está bien —digo.

El cámara me entrega un pequeño micrófono conectado a un cable delgado.

—Engáncheselo en la parte delantera de su blusa —me instruye—. Sujételo en la solapa. Sí, así está perfecto. —Se acerca a mí por detrás y coloca algo en la cintura de mis tejanos color caqui. He perdido tanto peso en las últimas dos semanas que se me caen, así que tiene que apoyar el dispositivo contra los cojines.

De pronto, la habitación se carga de una urgencia concentrada que me recuerda al quirófano cuando me extirparon el apéndice a los dieciséis años: la misma eficiencia activa de gente que sabe lo que hace y lo ha hecho mil veces antes. El cámara me pregunta qué he desayunado para poder comprobar los niveles de sonido, mientras el chico flaco se coordina con alguien por teléfono.

Quinn es la última en entrar en la habitación. Le susurra algo al

oído al cámara, se acomoda en el asiento frente a mí y conecta su micrófono con la mano izquierda. Su brazo derecho está rígido e inmóvil.

—Dos minutos para salir al aire —anuncia el chico.

Phil ajusta la cámara que apunta a Quinn y la inclina para que capte un perfil de tres cuartos de su lado bueno en el monitor de vista previa detrás de ella. Es difícil ver más allá del desafiante parche en el ojo, pero debió de haber sido hermosa antes del accidente. El ojo sano es de un azul violáceo intenso tipo Elizabeth Taylor y su pelo negro, cortado a la altura de la mandíbula, forma un pico de viuda pronunciado antes de caer en una gruesa cuña sobre su rostro dañado.

—¡Un minuto!

Quinn me clava como a una mariposa bajo su singular mirada. No ha perdido el coraje, me doy cuenta de pronto. Está dispuesta a buscar pelea.

El chico levanta la mano derecha.

—Al aire en cinco… cuatro…

Capítulo 26

Alex

QUINN NI SIQUIERA ME MIRA cuando el chico flaco cierra el puño en silencio para indicar que estamos en el aire. En su lugar, estudia el fajo de papeles que tiene en su regazo mientras, por encima de su hombro, el monitor en tiempo real muestra a Andrew Tait, el presentador de *PrimeTime* en Londres, presentando las noticias vespertinas de la INN.

"Una preciosa niña de tres años, Lottie, ha sido raptada durante una elegante boda de destino", comienza el presentador de noticias. "Su madre bebe y se divierte en la recepción a cien metros de distancia, y deja a la pequeña Lottie sola en la playa. Esta noche, el misterio continúa". Me pongo tensa. Esta es la entrevista que se supone que debe rehabilitarme y volver a centrar la atención donde debe estar, en Lottie. Tait acaba de hacer que suene como si mi hija debiera estar a cargo de los servicios sociales.

El locutor da paso un reportaje pregrabado de Quinn y su rostro es sustituido por imágenes de una playa de arena blanca.

"Este es el último lugar en el que se vio a Lottie Martini con vida, el complejo turístico Sandy Beach en St Pete Beach, Florida", relata la voz grabada de Quinn mientras la cámara se acerca a la cancela entre el área de recepción del hotel y la playa, que se ha dejado sombríamente entreabierto. "Lottie era dama de honor en la boda de un amigo de la familia. La madre de Lottie, Alexa, dice que su hija estaba deseando ser dama de honor". Quinn recapitula con eficiencia los hechos del caso. No hay nada antagónico en su informe y me pregunto si estoy imaginando su hostilidad. Me seco las palmas de las manos con disimulo contra los tejanos.

"Según la policía, la ceremonia de la boda terminó justo antes de la puesta de sol, que esa noche ocurrió a las 18.58", continúa la voz de Quinn. "Varios testigos vieron a Lottie hablando con diversos

invitados en la playa, incluida la madre de la novia, Penny, pero el rastro se pierde después. Alexa Martini ha admitido que dejó que su hija de tres años volviera sola al hotel. Y, en este clima tropical, oscurece con rapidez una vez que se pone el sol". La cámara se bambolea y se sacude mientras sigue el fatídico camino desde la playa hasta la cancela del hotel. Las imágenes han sido grabadas a un metro del suelo: la visión del mundo de un niño. Es asqueroso, y muy eficaz.

Quinn deja que el trayecto se desarrolle en tiempo real sin comentarios. No tenía ni idea de lo largos que podían ser cien metros. La habitación se me empieza a venir encima y puntos negros bailan ante mis ojos. ¿En qué estaba *pensando* al dejar que mi hija encontrara sola el camino de vuelta al hotel?

De pronto oigo mi propia voz, un fragmento de la conferencia de prensa del día siguiente a la desaparición.

"Lottie es una niña inteligente", digo. "No estaba sola. Había mucha gente alrededor". Incluso para mí, sueno despreocupada e indiferente. Estaba conmocionada cuando lo dije, pero nadie pensará en eso ahora. Solo verán a una mujer que se muestra desafiante y a la defensiva; una madre negligente e inútil.

Miro a Quinn, sintiéndome mal. Es una periodista seria y respetada. Solo está informando de los hechos. ¿Así es como me ve el mundo exterior?

¿Esto es lo que *soy*?

"Un camarero que estuvo en el hotel esa noche le dijo a la INN que Alexa Martini había bebido varios cócteles con amigos antes de que empezara la ceremonia de la boda", prosigue su voz en *off*. "Luego se la vio beber varias copas de champán en la fiesta. Hacia las siete y veinte de la tarde, la dama de honor, Catherine Lord, vio a un hombre delgado que se alejaba del complejo cargando a un niño pequeño envuelto en una manta. Alexa Martini insiste en que era el secuestrador, pero a la luz de las revelaciones de Londres, la policía local está cuestionando su versión". En el monitor de vista previa, al lado del que transmite en vivo, veo mi propio rostro, blanco y desencajado, cuando salgo de la comisaría después del polígrafo.

Mamá tenía razón: nunca debí haber aceptado hacer esta entrevista. Por el solo hecho de estar aquí estoy abriendo la puerta al debate, invadiendo mi propia privacidad y poniendo mi idoneidad como madre en el centro de la historia, cuando lo único que debería importar es encontrar a mi hija.

"A pesar de las extensas investigaciones policiales, no se ha podido confirmar que alguien haya visto a la niña desde que se tomó esta fotografía", la cámara corta y pasa a la foto de Lottie en la ceremonia, sentada en el extremo de la fila de sillas doradas, "a las 18.33. Pero Alexa Martini no dio la alarma hasta casi cuatro horas después".

Quinn hace una pausa para que los televidentes lo asimilen. “La policía recibió la primera llamada, que provino del personal del hotel, no de la madre de la niña, justo a las 22.28”. Me quedo helada al ver la cara de mamá que aparece de pronto en la pantalla. “Lottie no es el tipo de niña que se alejaría sola”, dice mamá. “Ella sabe que los desconocidos pueden ser peligrosos, se lo hemos inculcado. Nunca se iría con alguien que no conociera”. Cierro los ojos. No sabía que mamá había hablado con la prensa. Sé lo que quiso decir, pero no suena así. La insinuación es clara: *tuvo que ser alguien que conocía*. Y no puedo discutirlo, porque no *sé* cómo mi hija se ha desvaneció delante de docenas de personas sin que nadie viera ni oyera nada. Estoy empezando a dudar de mi propia versión de los hechos. Siento que me estoy volviendo loca.

“Casi dos semanas después, Lottie sigue desaparecida”, agrega la voz de Quinn. “Nadie sabe si está viva o muerta. La noticia ha captado la atención del mundo, del presidente de Estados Unidos, incluso ha recibido una bendición papal”. El tono de su voz cambia de improviso. “El nivel de interés en el caso no ha estado exento de controversia, sobre todo porque algunos líderes de la comunidad han sugerido que una niña de una familia pobre y no blanca no habría recibido tanta atención”. La cámara pasa a enfocar una pared repleta de fotografías de niños negros sonrientes y, a continuación, a un hombre sentado ante un escritorio cargado de expedientes gruesos y desbordantes.

Miro a Quinn, que está estudiando sus notas con esmero mientras se emite el reportaje en diferido. ¿Dónde quiere llegar con esto?

El cartel en la pantalla identifica al hombre como Terrence Muse, de la Fundación Niños Negros Desaparecidos. “Hay muchas familias de color que buscan con desesperación a sus seres queridos desaparecidos. Solo piden un par de segundos de cobertura mediática y eso puede cambiar su historia”, explica. “Pero los que toman las decisiones no son como nosotros. Estas búsquedas a gran escala siempre son para niños *blancos*”. La voz en *off* de Quinn se reanuda cuando aparece en pantalla una joven negra. Sostiene un retrato grande de un niño sonriente y de ojos brillantes.

“El hijo de Shemika Jackson, Jovon, desapareció en diciembre de 2016”, relata Quinn. “Solo tenía nueve años”. Reconozco la pena infinita en los ojos de la mujer.

“Me da rabia ver cómo informan sobre el hijo de otra persona”, dice Shemika. “Tuve que luchar para que Jovon saliera en las noticias locales y esta niña blanca aparece en las noticias nacionales con el FBI de un día para otro. Estoy cansada, frustrada y enfadada”. La cámara sigue a Shemika hasta el dormitorio de su hijo, claramente intacto desde su desaparición. Se sienta en el borde de la cama e inclina la cabeza en señal de dolor. Por primera vez desde que Lottie

desapareció, algo me arranca de mi propio sufrimiento. Esta mujer ha soportado el mismo infierno que yo durante casi tres años y ni siquiera tiene el frágil consuelo de saber que el mundo está ahí afuera buscando a su hijo.

Me he pasado mi vida profesional dando voz a quienes de otro modo no serían escuchados y, sin embargo, nunca pensé en madres como Shemika Jackson, que no tienen mis contactos y recursos y no pueden permitirse un permiso laboral indefinido. Me siento avergonzada.

He perdido la noción de lo que está diciendo Quinn y doy un respingo cuando vuelvo a oír mi nombre.

"Alexa Martini ya escapó de la tragedia una vez, cuando dejó a su hija en un coche al sol", continúa informando la voz en *off* de Quinn. "Insiste en que está siendo incriminada, que es víctima de una investigación chapucera. Los rumores abundan, los hechos escasean. Aquellas horas de la noche del 19 de octubre siguen siendo un misterio, excepto para la persona o personas que le hicieron daño a Lottie Martini". El monitor en vivo toma mi imagen con brusquedad, atrapada como un conejo bajo los faros de un coche en mi lujoso sillón del hotel. No tengo ni idea de si estoy a punto de ser destripada o si por fin tengo la oportunidad de aclarar la historia.

Quinn se inclina hacia delante, con su mirada azul encendida de malicia. Quiere sangre. Lo ha disfrazado de imparcialidad periodística, pero todo esto ha sido un montaje desde el principio. La entrevista con Shemika Jackson se incluyó a propósito para hacerme parecer aún menos digna de compasión, si eso fuera posible. Una mujer blanca privilegiada en su habitación de lujo de cinco estrellas, que en el mejor de los casos es culpable de negligencia imprudente y, en el peor, de algo mucho más siniestro.

—Se han filtrado detalles de los resultados del reciente polígrafo al que se sometió, Alexa, y han llegado a manos de la INN. ¿Le gustaría saber qué dicen?

Capítulo 27

Quinn

La situación ha dado un giro. La opinión pública puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos y Quinn tiene una habilidad espeluznante para percibir el punto de inflexión y mantenerse un paso por delante.

Como todo lo demás en estos días, el apoyo del público es un concurso de popularidad, y Alexa Martini es demasiado reservada y discreta para ganar algún premio. Podría estar desintegrándose por dentro, por supuesto, pero eso a la gente le importa una mierda. La generación que ha crecido con *La Isla de los Famosos* y *Love Island* está acostumbrada a una dieta de drama de alto voltaje y emoción subsidiaria. Quieren que el dolor de Alexa sea obvio y provocativo para poder disfrutar de su sufrimiento. Era solo cuestión de tiempo antes de que se volvieran contra ella por no darles lo que querían.

Quinn se pregunta en qué estará pensando la mujer mientras observa en la pantalla las imágenes del último recorrido conocido de su hija.

Phil hizo un trabajo magistral con la cámara: volver sobre los pasos de la niña desde una perspectiva infantil fue acertado, y filmó justo después de la puesta de sol, la hora en que Lottie desapareció, con las sombras inquietantes ya alargándose a través de la arena ondulada. Alexa tiene el rostro gris y la piel tensa en los pómulos y la mandíbula, como si le hubieran envuelto la cara en film transparente.

Esto no es personal. A Quinn solo le interesa la noticia.

Introdujo el punto de vista de Shemika Jackson porque la idea de que esta abogada de derechos humanos, consciente y bienhechora, se enfrentara a su propio privilegio de ser blanca apelaba a su sentido de la ironía.

Hay una jerarquía incluso para los padres de un niño secuestrado. En la cúspide de la pirámide están los padres blancos de clase media, elocuentes y bien conectados, como Kate y Gerry McCann y Alexa

Martini. Y, en la base, la gente como Shemika Jackson.

Mierda, ¿a quién está engañando? Por supuesto que es personal. Hay algo en Alexa Martini que la irrita sobremanera.

Cuando el reportaje en diferido llega a su fin, Quinn se inclina hacia delante. Este es el momento para el que vive, el pico de adrenalina que casi le hace olvidar las ganas de beber: cuando su presa está acorralada y ella se dispone a dar el golpe de gracia.

—Se han filtrado detalles de los resultados del polígrafo al que se sometió hace cuatro días, Alexa, y han llegado a manos de la INN —revela—. ¿Le gustaría saber qué dicen?

Alexa palidece.

—¿Cómo los consiguieron?

—Hemos verificado su autenticidad —afirma Quinn ignorando la pregunta—. ¿Sabía, Alexa, que *no* pasó la prueba del detector de mentiras?

Deja que el silencio se prolongue. Alexa se aferra a los brazos de la silla con los nudillos blancos y mira alrededor del estudio improvisado como si estuviera tentada de darse a la fuga.

—Los resultados arrojan una "mentira probable" en una o más respuestas —presiona Quinn—. ¿Puede explicárnoslo?

—No sé…

—¿*Mintió*?

Quinn se prepara para los alegatos de inocencia, las acusaciones de noticias falsas y parcialidad de los medios de comunicación.

—Tal vez —aventura Alexa.

No hay muchas cosas que sorprendan a Quinn, pero esta lo ha hecho.

—Creo que debería que explicarlo —sugiere.

Alexa se desploma en su asiento, como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

—Las preguntas del polígrafo eran muy confusas —admite—. Me preguntaron si le había hecho daño a Lottie, y no lo hice, no a propósito, pero dejé que ocurriera, ¿no? ¿Eso me convierte en una mentirosa?

—Dígamelo usted, Alexa.

—¿Qué preguntas fallé?

—Nuestra fuente no entró en detalles.

Hay un destello de desafío en los ojos de Alexa.

—Así que, por lo que saben, podría haber dicho una mentira piadosa sobre mi edad.

—¿Qué estaba haciendo cuando desapareció su hija, Alexa?

Alexa se mira las manos.

Quinn espera a que conteste. Tras veinte segundos de silencio, el becario se pone en su línea (única) de visión y le indica que avance.

Ella gira la cabeza y le muestra el parche en el ojo.

—Estaba manteniendo relaciones sexuales —responde Alexa por fin.

Quinn sabe *exactamente* qué estaba haciendo Alexa Martini cuando su hija fue secuestrada; la comisaría del condado de Pinellas es un colador.

—¿Estaba manteniendo relaciones sexuales? —repite para alargar el momento—. Entonces, ¿quién estaba cuidando a Lottie?

—¡Estábamos en una *boda*! ¡Pensé que estaba a salvo!

—¿Así que no pidió a nadie que la cuidara?

—Sé que no soy una madre perfecta —suplica Alexa—. Pero quiero a mi hija. Lo hago lo mejor que puedo. Nos mantengo a las dos, la cuido y me aseguro de que…

—La dejó en el coche —interpone Quinn.

—¡Cometí un error!

—Y luego, la abandonó para mantener relaciones sexuales con un desconocido. Podrá entender por qué algunas personas podrían cuestionar su capacidad como madre.

—¿Lo cuestionarían si yo fuera un hombre? —pregunta Alexa—. *No* la abandoné. Estaba en una boda con amigos. Ya se lo dije, ¡pensé que estaba segura! ¿No lo pensaría usted? ¿No lo pensaría cualquiera?

—Ese no es…

—Si yo fuera su padre, no su madre, ¿mi vida sexual sería un problema? —continúa Alexa. De pronto, se incorpora un poco en su asiento—. ¿Por qué se me exige más a *mí*? Si su padre se emborrachara y tuviera una aventura de una noche, todo el mundo aceptaría que fue un error y no una falta moral, ¿no? Dirían que perder a su hija fue su castigo. Pero como soy su madre, como soy una mujer, se espera que sea *perfecta*. Se me exige un estándar diferente. ¿Le parece justo?

Quinn se da cuenta de que la entrevista se le está escapando y no entiende bien por qué.

—No se trata de su vida sexual —aventura en un intento por encarrilarla—. Dejó a una niña de tres años deambulando en la oscuridad y está claro que prioriza su trabajo sobre su hija. ¿Qué clase de madre *es*?

Demasiado tarde; se da cuenta de que ha ido demasiado lejos.

Puede que Alexa Martini sea el ejemplo de la mala crianza de los hijos, pero, a menos que esté involucrada de manera activa en la desaparición de Lottie, sigue siendo una madre afligida que ha perdido a su hija.

Quinn está furiosa consigo misma. Se ha dejado llevar por sus prejuicios personales y acaba de darle a Alexa lo que necesitaba: la compasión del público.

—¿Cree que de alguna manera me *merecía* esto? —pregunta Alexa.

—Esto no es personal, Alexa.

—Por supuesto que lo es. ¿Cree que no debería preocuparme por mi trabajo porque soy madre?

—No si es a costa de su hija.

—Tengo una carrera profesional —explica Alexa—. En la mente de mucha gente, eso ya me convierte en una mala madre. Ya es bastante difícil cuando las madres que se quedan en casa me acusan de ponerme en primer lugar porque amo mi trabajo. Créame, muchas de ellas han tenido la amabilidad de compartir sus opiniones conmigo en las redes sociales durante las últimas dos semanas. Pero ¿sabe qué es peor, Wilde? —Su sarcasmo es intenso y resentido—. Cuando otras mujeres, mujeres de carrera como yo, también lo hacen.

El dardo da en el blanco. Quinn no sabe por qué ha atacado a Alexa de esa manera y no quiere indagar demasiado. *Este* es uno de los motivos por los que prefiere cubrir guerras. Recibir una bala es mucho menos complicado.

No se sorprende cuando su móvil vibra con una llamada de la editora de la INN menos de cinco minutos después de estar fuera de antena.

—¿Qué cojones ha sido eso? —exclama Christie Bradley.

—Mira, lo sé, pero…

—Acabas de montar un lío de la hostia —la interrumpe Christie—. El hashtag QuinnWildeDiscúlpateYa ya es viral en Twitter. ¡Tengo encima al presidente de la junta directiva de la INN! ¿Desde cuándo atacamos a la víctima, Quinn? Ni qué decir de atacar a las mujeres por intentar conciliar hijos y carrera. Joder.

—Fue ella quien abrió esa puerta…

—Entonces es una vergüenza como periodista que la hayas dejado fijar el guion.

La crítica de la editora duele, sobre todo porque Quinn sabe que tiene razón.

—Bueno, lograste lo que querías —prosigue Christie en un tono cargado de decepción—. Estás fuera. No te quiero cerca de Alexa Martini. He pedido a la sección internacional que te reserve un vuelo a Siria a primera hora.

Excepto que Quinn nunca ha abandonado una noticia en toda su carrera periodística.

Capítulo 28

La niña no acata mis reglas, a pesar de que le explico que son por su propio bien. Le he cortado ese pelo rubio brillante e inconfundible, pero sigo sin arriesgarme a sacarla en público, excepto cuando me veo obligada a salir a comprar comida. Es más difícil de lo que esperaba y me hace perder la paciencia con rapidez.

—¿Dónde está mi mamá? —exige saber cada vez con más frecuencia.

—Yo soy tu mamá —le digo.

Se pone furiosa, patea y muerde. Pronto tengo las piernas llenas de moratones y, al final, me veo obligada a hacer cosas que preferiría no hacer. Después de eso se queda más tranquila.

Nada de esto está saliendo como yo pensé. Esperaba que estuviera molesta al principio, pero sin duda a estas alturas supongo que se da cuenta de que lo hago por ella. Me duele que no pueda ver lo mucho que la quiero. Su preciosa "mamá" no era una madre de verdad. ¿En qué estaba pensando al dejar a una niña de esta edad vagar por la playa sola? Dudo que la mujer siquiera la eche de menos ahora que se ha ido.

Mientras que yo he demostrado mi devoción. He arriesgado todo por ella. Pero no se hace querer con facilidad. Es malhumorada y grosera, y tiene un berrinche cada vez que no obtiene lo que quiere.

Así que intento hacer concesiones. Ambas sufrimos de claustrofobia, atrapadas entre las mismas cuatro paredes día tras día. No esperaba estar aquí tanto tiempo. Había planeado escondernos durante unos días mientras se calmaba el alboroto, y luego empezaríamos nuestra nueva vida juntas.

Pero el alboroto no se calma. Su nombre está en boca de todos. Su fotografía está en todas partes.

Sigo la evolución de la noticia con obsesión y espero a que se duerma antes de entrar en internet y escudriñar los sitios de noticias y las redes sociales. La madre desfila por la televisión —como si eso sirviera de algo— y no sale bien parada. La prensa no tarda en ponerse en su contra. La policía necesita a alguien a quien culpar por su falta de progresos, y ella es un buen chivo expiatorio. Nadie cuestiona la incapacidad policial para encontrar una sola pista porque todo el mundo está ocupado culpando a la

mujer que debería haber mantenido a la niña a salvo en primer lugar.

Pero me preocupa que empecemos a llamar la atención si nos quedamos en este motel. Es el tipo de lugar donde la gente pasa una noche, tal vez dos. Nadie se queda más tiempo del necesario.

Es un riesgo moverse, pero más lo es quedarse.

Mis opciones son limitadas. No me puedo arriesgar con un lugar decente, así que pago en efectivo por una pequeña habitación en un hospedaje barato en una zona de paso de la ciudad. Huele a humedad y a moho, y la niña se queja de que las sábanas están pegajosas. Está muy rebelde y protesta por todo, y tiene hambre todo el tiempo, todo el tiempo. No tenemos dónde cocinar aquí, así que tiene que conformarse con patatas fritas y sándwiches, y no lo agradece. Este no es el comienzo de nuestra nueva vida que yo había previsto.

Estoy empezando a darme cuenta de que he cometido un error.

Esperaba no llegar a esto.

Capítulo 29

Alex

MANTENTE VIVA. ESO ES TODO lo que tienes que hacer, Lottie. Lo demás no tiene importancia.

Solo mantente viva.

Dondequiera que estés ahora, concéntrate simplemente en eso. Oh, Dios, debes de estar muy asustada. Te sigo buscando, Lottie, te lo prometo, y voy a encontrarte. Nunca dejaré de buscar, no importa cuánto tiempo me lleve. Solo tienes que ser valiente y esperarme. Sé que puedes hacerlo. Eres la persona más dura, valiente y obstinada que he conocido.

—Ay, mi niña, mi niña—

No más llantos. Yo no lloraré si tú no lo haces.

¿Alguna vez te hablé del día en que naciste? Te retrasaste casi dos semanas y, aun así, tuvieron que inducirme el parto, como si no quisieras nacer de ninguna manera. Estabas tan enfadada, tan *ultrajada*, por la indignidad de todo lo que estaba pasando. Papá se enamoró de ti en cuanto te vio, con tu carita roja y furiosa, pero todo lo que yo podía ver era a una extraña a la que no conocía y a la que se suponía que tenía que querer, y eso me aterrorizaba. Entonces tu pelo era oscuro. Se volvió rubio cuando tenías dos o tres meses. Solíamos bromear diciendo que habíamos traído a casa un bebé equivocado del hospital, pero la verdad es que eres igual que yo. A ninguna de las dos nos ha resultado fácil llevarnos bien con el mundo, ¿verdad? Tú eras una bebé difícil. No te hacías querer fácilmente. Pero como dijo papá, ¿por qué habrías de hacerlo? Tú no pediste nacer.

Tenías dos dientes de leche al nacer, ¿te lo he dicho alguna vez?

Dientes de leche, los llamó el pediatra. Muy típico de ti.

Hiciste de mi vida un infierno mientras te di el pecho.

Siento mucho no haberte protegido. Te prometo que cuando vuelvas, lo voy a hacer mejor; lo voy a hacer mejor todo. Incluso

dejaré de trabajar si eso es lo que quieres. Papá siempre fue mucho mejor en todo esto, ¿no? Siento mucho ser la única que te queda.

Nena, por favor, no tengas miedo. Solo tienes que encontrar la manera de seguir adelante, de seguir viva. Eso es todo lo que tienes que hacer. Seguir viva. Lo demás no importa, ¿me oyes?

No pueden dañar lo que eres. Voy a encontrarte. Aguanta, cariño.

Ya voy.

Cincuenta y dos días desaparecida

THE MORNING EXPRESS
Lunes 9 de diciembre de 2019

Transcripción/p. 4 Mesa redonda:

Carole Bucks
Pete Lee
Nasreen Qaisrani
Jess Symonds

JESS: Lo siento, no me lo creo. Hasta la hermana de Alexa Martini…
CAROLE: Ah, ya empezamos.
JESS: No, Carole, no, lo siento, no voy a aceptar eso. Ya has dado tu opinión, deja que otro hable. Hasta la tía de Lottie dice que es hora de terminar la búsqueda y de que Alexa vuelva a su casa.
CAROLE: Si fuera mi hija, no pararía de buscar, no importa cuánto tiempo me llevara.
PETE: Hay que ser realistas. Creo que es muy triste, pero la cruel realidad es que da la sensación de que esto se ha ido dilatando, que cada vez se gasta más y más dinero en la búsqueda, tanto en Estados Unidos como aquí, y que por muy trágico que sea, no parece estar cerca de resolverse.
CAROLE: ¿Puedo, puedo…?
NASREEN: Antes de continuar, y esta es una conversación dificilísima, soy madre de un niño de dos años, pero hay cuestiones de raza en esto…
PETE: Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de…

[*hablan todos a la vez]*
NASREEN: Creo… y debo decir que mi corazón está con la familia de Lottie y que es muy triste y lo siento por ellos, tengo que empezar por decir que…, pero al mismo tiempo, ya han pasado siete semanas desde que desapareció.
PETE: Cincuenta y dos días.
NASREEN: Y hay cuestiones de raza, y como mestiza, como la única persona no blanca aquí…
CAROLE: Creo que eso es tremendamente racista, estás insinuando que, como persona blanca, no puedo hablar…

[*hablan todos a la vez*]
NASREEN: Todo lo que estoy diciendo es que está el caso de Shemika Jackson, y ella es muy explícita sobre el hecho de que, por ser negra, no recibe atención. Alexa Martini tiene suerte, en cierto modo…
CAROLE: ¿Suerte?
NASREEN: De una manera perversa, la tiene, porque al menos su hija desaparecida…, ella sabe que todos los días alguien está ahí fuera buscándola. Todos estos padres de otros niños, esos niños han sido olvidados.
JESS: Nasreen tiene razón, pero creo que también hay algo más. Creo que sin ninguna duda hay una cuestión de raza, si Lottie hubiera sido mestiza o negra, esta no sería una de las investigaciones más caras y publicitadas

desde Maddie McCann, pero creo que hay algo más, y es que la historia de Martini es taquillera.
PETE: Vende periódicos.
JESS: Lexi la Sexy y todo eso.
NASREEN: ¿Podemos dejar…?
CAROLE: Si los medios han sido parte de eso, siento una gran…
PETE: Por supuesto que los medios han sido parte de eso.
NASREEN: Sí, pero no puedes dejar de lado el tema racial, espera, termino en un minuto; si fuera una madre pakistaní de Bradford la que hubiera dejado sola a su hija, no habría toda esta atención, el presidente de Estados Unidos, por el amor de Dios.
CAROLE: O sea, que la policía debería actuar según la raza, ¿es eso lo que estás diciendo?
NASREEN: Bueno, en este caso, sí, lo que estoy diciendo es, y voy a repetirlo de nuevo, si se tratara de una madre soltera de Bradford, no estaríamos aquí.
JESS: No quiero buscar culpables, pero algunas de las historias que han salido a la luz, además del hecho de que ella admitió haber estado manteniendo relaciones en la playa cuando su hija desapareció…
CAROLE: Por el amor de Dios. No estamos en 1950. Tiene derecho a una vida sexual.
PETE: Hashtag EquipoAlexa.
CAROLE: No estaríamos teniendo esta conversación si fuera un hombre.
NASREEN: La verdad es, y nadie quiere admitirlo, que se trata de biología pura. Lo siento, Carole, es cierto. Los niños necesitan a sus madres. Alguien tiene que ceder y son los niños los que sufren.
CAROLE: ¿Cuándo dejó esto de ser la búsqueda de una niña desaparecida para convertirse en un referéndum sobre si Alexa Martini es o no una buena madre?
NASREEN: Ella abrió camino con esa entrevista.
JESS: No es por tomar partido, pero no es la primera vez que deja a su hija sola. Y solo mirando las fotos de Lottie, y no estoy criticando su gordura, pero con solo mirar sus fotos…

[*hablan todos a la vez*]
JESS: No es culpa de la niña, los padres son los responsables de cocinar y alimentarla, ella sola no llega a ese volumen, no estamos hablando de una visita a McDonald's cada tanto, esto es abuso infantil.
PETE: Ah…. Acabas de meter la pata.
CAROLE: ¡Tiene tres años! ¡Estás llamando gorda a una niña pequeña!
PETE: Te lo dije.
NASREEN: Creo que nos estamos alejando de…
PETE: Así que crees que Lexi la Sexy es inocente, ¿verdad, Carole?
CAROLE: Sí, lo creo.
JESS: No estoy diciendo que no lo sea, aunque si yo fuera el FBI, me enfocaría en el novio de la boda, Marc, está demasiado involucrado, aparece en la televisión cada cinco minutos. Pero el tema es todos los recursos que se han puesto para encontrar a esta niña, aquí en Inglaterra y en Estados Unidos, por triste que sea, cuando un niño desaparece en el Reino Unido cada tres minutos. ¿Qué pasa con todos los otros niños que

nunca vuelven a casa?
CAROLE: No debería ser una cuestión de dinero. Si hay la más mínima posibilidad de encontrar a Lottie, tenemos que seguir buscando.
PETE: El problema es, y no quiero parecer insensible, pero el problema es que ha habido casos que han resuelto, y eso genera falsas esperanzas. Hubo un caso en Sudáfrica, en el que un bebé fue arrebatado de los brazos de su mamá…
NASREEN: Zephany.
PETE: Apareció diecisiete años después, pero no gracias a costosas búsquedas policiales. No se puede seguir gastando un dineral…
JESS: Hubo un caso en Austria, creo, la mantuvieron en un sótano durante ocho años. Natascha Kampusch. Se escapó, ¿no?
NASREEN: Y Jaycee Dugard, estuvo desaparecida durante dieciocho años antes de aparecer con vida.
PETE: Gracias, acabáis de demostrar mi punto de vista. Esos casos son noticia porque casi nunca suceden. A pesar de que sabemos que las posibilidades son casi nulas, la gente dice, ah…, Jaycee Dugard o lo que sea, la encontraron, no puedes perder la esperanza.
CAROLE: ¿Estás diciendo que deberíamos rendirnos?
PETE: Nadie quiere ser la persona que lo dé por finalizado, pero tenemos que ser realistas. El problema es, y me doy cuenta de la ironía de esto, que estamos manteniendo viva la noticia cada vez que hacemos un programa como este y hablamos de ella, y eso no le hace ningún favor a la familia a largo plazo. Necesitan seguir adelante.
CAROLE: ¡Cómo puede la madre de Lottie seguir adelante cuando su hija aún está desaparecida?
PETE: Nadie quiere decirlo, pero las posibilidades de que siga viva son…

[*hablan todos a la vez*]
PETE: Solo estoy siendo realista.
JESS: Todos sabemos que si un niño no es encontrado en las primeras setenta y dos horas, se acabó.
CAROLE: Me gustaría decir que el Fondo Lottie ya ha recaudado casi un millón de libras en internet. Y Jack Murtaugh, el candidato conservador de Balham Central…
PETE: Alguien se está subiendo al carro…
CAROLE: ¿Podemos dejar de lado la política partidaria durante cinco minutos?
PETE: No seas ingenua.
CAROLE: Ha prometido que si es elegido el jueves, va a plantear el tema de Lottie Martini ante el Ministerio de Asuntos Exteriores.
NASREEN: Aquí es donde todo vuelve a una cuestión de raza y de clase; no, lo siento, pero es así. Tienes a una abogada blanca de clase media que está recibiendo todo este apoyo de los miembros del Parlamento y los políticos. Si fuera pobre, no podría darse el lujo de quedarse en Florida durante meses.
JESS: Es una situación horrible, horrible y trágica, pero el hecho es que lo único que está haciendo al quedarse ahí es desviar la atención de gente como Shemika Jackson, que la necesita de verdad.
CAROLE: No es un tema de raza o dinero…

PETE: Por supuesto que lo es.
CAROLE: Los privilegiados somos nosotros. Nuestros hijos nos esperan en casa todas las noches. ¿Quién espera a Alexa Martini en su casa?

Capítulo 30

Alex

Me detengo en el lugar reservado frente a nuestra oficina de campaña y me preparo para enfrentarme a los grupos de manifestantes que acampan en la acera: #EquipoAlexa por un lado, #JusticiaPorLottie por el otro.

Llevan aquí seis semanas, desde que se emitió la entrevista de la INN. Su número varía según si es un día de pocas noticias, pero el núcleo de partidarios de cada grupo aparece cada mañana y agitan sus pancartas y gritan consignas cada vez que alguien entra o sale del edificio. Hace tiempo que dejé de preguntarme si tienen empleos y hogares adonde ir.

Ignoro los abucheos, me cuelgo el bolso al hombro y agacho la cabeza hasta estar a salvo dentro. Al menos, la violencia es solo ahora. Justo después de la entrevista, recibí amenazas de muerte y, en una ocasión, alguien me lanzó huevos.

Cuando Quinn Wilde me acorraló en la televisión en directo, me defendí lo mejor que pude con el único objetivo de cambiar el relato y volver a centrar el foco de la atención en la búsqueda de Lottie, pero todo lo que hice fue abrir un nuevo frente en la guerra mediática. Por supuesto que me preocupa la lucha de las mujeres en el lugar de trabajo y la hipocresía en torno a los roles del hombre y la mujer en la crianza de los hijos, pero el ruido que he creado casi ha ahogado la misión de encontrar a mi hija. Empiezo a preguntarme si estoy causando más daños que beneficios al quedarme en Florida.

Jon Vermeulen, el nuevo director de la campaña Encontremos a Lottie, me está esperando dentro. Cuando Marc regresó a Inglaterra hace tres semanas, contrató a Jon para que se hiciera cargo. Exproductor de la CNN, es un sudafricano de unos cincuenta años, recio y astuto, que guarda un parecido más que superficial a un tanque Sherman.

—Tu club de admiradores ha vuelto en bloque hoy —comenta mientras me tiende una taza de café colombiano tostado oscuro.

—El Canal 5 dedicó todo el *Morning Express* de ayer a Lexi la Sexy —digo.

—¿Siguen con esa mierda? —responde—. Qué hijos de puta.

El periódico londinense de encabezados rojos *Daily Post* fue el que inventó el humillante apodo al día siguiente de la emisión de la entrevista de Wilde. El tabloide hizo mucho hincapié en mi "polvo en la playa" con un "excitante galán tenista" y aunque los demás periódicos no fueron tan procaces, todos adoptaron el ridículo mote.

A nadie le importa que nunca me hayan llamado Lexi en mi vida o que utilizar la palabra "sexy" en el contexto del secuestro de una niña sea repugnante. Agradezco que al menos los medios no hayan conseguido localizar a Ian Dutton. Abandonó Florida la mañana siguiente a la primera rueda de prensa, junto con la mayoría de los demás invitados a la boda y, desde entonces, parece que se lo ha tragado la tierra. A pesar de las insinuaciones del *Post*, es la única persona que sé que no pudo llevarse a Lottie: estaba conmigo cuando ella desapareció.

Jon me entrega un montón de correspondencia abierta.

—He registrado las donaciones y he tirado a la basura las tonterías. Esto es lo que he pensado que querrías ver.

—Gracias. Te lo agradezco.

—*Aweh* —contesta Jon: un término afrikáans que puede significar todo y nada.

En más de una ocasión en las últimas semanas, he tenido motivos para sentirme agradecida por la protección de Jon. Hace diez años, su mujer y su hijo de cinco años fueron asesinados durante un robo fallido en su casa en Ciudad del Cabo cuando Jon estaba fuera cubriendo la guerra de Irak para la CNN. Nunca se lo ha perdonado, y ayudar a gente como yo es su forma de poder dormir por las noches. Ahora que todos los demás han vuelto a sus casas, es lo más parecido a un amigo que tengo aquí.

Me costó convencer a mamá y a papá de que se fueran. Pero el optimismo injustificado de mamá me sobrepasaba. Insistía en que Lottie nunca se habría ido con un desconocido, así que debía de ser una mujer la que se la había llevado; una madre afligida, tal vez, alguien que había perdido a su propio bebé y por eso se llevó el mío. Pero las madres afligidas de su imaginación arrebatan bebés, no niños pequeños. Mamá no paraba de repetir la idea de que Lottie estaba siendo mimada y colmada de amor, hasta que no pude soportarlo más y le rogué a papá que la llevara a casa.

Jon cruza sus musculosos brazos mientras yo reviso la correspondencia, irradiando desaprobación.

—¿Hay algo más? —pregunto.

—Llamó Simon Green.

Simon es otra de las personas que contrató Marc, un exagente del MI6 cuya empresa de investigación privada, Berkeley International, se especializa en la búsqueda de niños desaparecidos. Emplea a varios exinvestigadores de las fuerzas especiales y expertos en vigilancia y tiene conexiones con los servicios de inteligencia en ambos lados del Atlántico.

Jon es escéptico sobre incorporar gente de fuera, tiene miedo de que los estafadores se aprovechen de mi desesperación, y la empresa de Simon no es barata.

Pero en las tres semanas transcurridas desde que fue contratado, ya ha identificado varias pistas potenciales que la policía ha pasado por alto, incluido un segundo testigo que cree haber visto al "hombre delgado" y ha proporcionado un retrato robot que le entregamos a la teniente Bates. Hemos recibido miles de pistas a través de la Línea Directa Lottie que creó Simon, hasta de varios pedófilos convictos que dicen saber dónde está. Aunque la idea me revuelve el estómago, son las primeras pistas concretas que tenemos. Simon dice que no se trata de *si* encontramos a Lottie, sino de *cuándo*.

—¿Qué quería? —pregunto ahora.

Jon gruñe.

—Dinero, supongo.

Llamo a Simon, pero la llamada va directa al buzón de voz. Dejo un mensaje y sofoco la pequeña chispa de esperanza que se enciende a pesar de mis mejores esfuerzos por mantener la calma. Jon tiene razón. Es probable que sea una cuestión administrativa. Dos meses de callejones sin salida y pistas falsas me han enseñado que la esperanza es el enemigo.

Para distraerme, leo algunas de las cartas que Jon ha filtrado para mí. Cartas de apoyo de todas partes del mundo: el dibujo de un niño con la inscripción "para la mamá de Lottie", oraciones, poemas, una tarjeta firmada por los alumnos de toda una escuela primaria.

—¿Señora Martini?

Levanto la vista. Un hombre negro de unos cuarenta y pico años y vestido de forma conservadora está de pie junto a la puerta principal: el voluminoso cuerpo de Jon le bloquea el paso. Lo acompaña una mujer latina unos años más joven. No son policías, pero tampoco son civiles.

—Déjalos pasar —le digo a Jon.

—Mi nombre es Darius James —se presenta el hombre mientras Jon se hace a un lado—. Esta es mi colega, Gina Torres. Somos del Centro Nacional de Desaparición y Explotación de Niños de Lake Park, Florida. Hemos recibido un mensaje de la embajada británica en

Washington…

Ya estoy de pie.

—¿La encontraron?

—El embajador nos ha pedido que la llevemos a la embajada —concluye James.

—¿Ella está allí?

—Lo siento mucho, señora Martini. No es tan sencillo.

Capítulo 31

Alex

SIENTO NÁUSEAS Y LE GRITO al conductor de la embajada que se detenga. El hombre capta la urgencia en mi voz y da un volantazo hacia un lateral de la autopista de Washington, ignorando el furioso sonido de los cláxones de los vehículos que nos rodean mientras atravesamos tres carriles de tráfico intenso en hora punta.

Salgo del coche y me precipito al arcén; con las manos en las rodillas, me inclino y vomito sobre el césped ennegrecido y contaminado.

Gina Torres me toca el hombro.

—Puede que sean buenas noticias —señala—. Todavía no lo sabemos.

Me aparto con brusquedad.

—No me mienta.

—Alexa, me doy cuenta de lo difícil que es…

—No me venga con eso —exclamo con vehemencia—. ¡Resulta que aparecen de la nada y me dicen que tengo que tomar un avión a Washington *ahora mismo*, pero no pueden decirme por qué! No tienen ni idea de lo que me espera cuando llegue a la embajada. ¿Un vídeo de mi hija en un sótano? ¿Fotos de su cadáver pudriéndose en el bosque? ¿Cómo pueden decirme que *no lo saben*? ¿Cómo se supone que debo tomármelo?

—Entiendo cómo se siente —se defiende Torres.

—No puede ni…

—Mi hijo desapareció hace cuatro años.

Me limpio la boca con el dorso de la mano. Siento la acidez del estómago en la garganta. Todavía tengo náuseas, pero no me queda nada excepto bilis.

—Estaba compitiendo en una carrera de natación en Jacksonville —relata Torres con voz firme—. Es un gran nadador, ha estado en el

equipo de natación de la escuela desde tercero. Catorce niños subieron al autobús escolar, pero solo trece volvieron a casa. El entrenador no los contó antes de regresar, así que nadie se dio cuenta de que faltaba. Esa semana estaba en casa de su padre y mi ex supuso que había habido una confusión y que yo había recogido a Nicolás después de la competición. Nadie dio la alarma hasta la mañana siguiente.

Cuatro años. No puedo ni imaginarlo.

En cuatro años, Lottie tendrá casi ocho años. Lo bastante mayor para leer y escribir, ser una niña exploradora, montar en bicicleta. No puedo ni imaginar *cuatro años*. La única manera en la que logro seguir adelante es concentrarme en pasar la próxima hora sin ella. Y luego la hora siguiente. No puedo pensar en mañana, ni en la semana que viene. No sé cómo Torres sigue en pie.

—¿Qué edad tenía? —pregunto.

—Doce. Ahora tiene dieciséis.

No le digo "Lo siento" ni "Qué espanto". Le doy lo único que puedo: el tiempo presente.

—¿Cómo es?

Ella sonríe.

—Tiene mucha energía. Nunca está quieto, ni un segundo. Cuando era pequeño lo enviábamos al rincón cuando se portaba mal y se ponía como loco. También es muy exigente consigo mismo. Le cuestan las matemáticas, y cuando hace los deberes, rompe los lápices y el comedor acaba cubierto de lápices rotos. Se queja: "¿Qué sentido tiene, mamá? ¿Por qué tengo que aprender fracciones? ¿Quién se ha comido alguna vez cinco octavos de una naranja?".

Somos miembros de un club al que nadie quiere unirse. Todo se ve diferente desde nuestra perspectiva: hay una sombra que cubre el mundo. Perder un hijo —en el sentido más literal e insoportable— te cambia de un modo que nunca habrías creído posible.

Vivimos el peor temor de todos los padres. Su pesadilla es nuestra historia.

El conductor toca el claxon y se asoma por la ventanilla.

—¡Ey! ¿Vienen?

Un camión pasa zumbando y sacude nuestro vehículo mientras volvemos a entrar. Cruzamos el río Potomac y tomamos por la avenida Massachusetts, donde se encuentran media docena de embajadas nacionales. El coche se detiene frente a un bonito edificio de ladrillos rojos detrás de unas rejas altas.

Darius James sale del coche, habla con el guardia de seguridad en la puerta y al cabo de unos minutos de espera nos permiten entrar.

Estoy temblando tanto que Torres tiene que poner mi nombre en el registro de visitantes. Lottie no está aquí; si hubiera un niño vivo esperándome, las caras que me rodean no tendrían este semblante.

Una secretaria nos hace pasar a una pequeña sala de estar en el tercer piso y nos ofrece un café que rechazo. Siento que voy a vomitar otra vez. Gina Torres me toma de la mano mientras nos sentamos en el sofá amarillo y esta vez no me alejo.

La puerta se abre de nuevo. El hombre que entra parece aún más joven que yo.

—David Pitt —se presenta, y me estrecha la mano—. Soy de la Agencia Nacional contra el Delito del Reino Unido. Siento mucho haberla hecho pasar por esto.

—¿La han encontrado?

—La policía italiana ha recibido una llamada —explica Pitt, y gracias a Dios prescinde de más preámbulos—. Desde un teléfono móvil serbio. Un hombre que se identificó como Radomir dice tener información sobre Lottie, pero insiste en que solo hablará con usted. Tengo que advertirle, podría ser un engaño. Pero hemos hablado con la policía italiana y serbia y por razones que prefiero reservar por ahora, ambas fuerzas han llegado a la conclusión de que podría ser genuino.

La sala empieza a girar. Deben de estar bastante seguros o no me habrían traído hasta Washington. Esto podría ser…, oh, Dios, esto podría ser el vuelco que hemos estado esperando.

Incluso la policía ha admitido que la única manera de encontrar a Lottie ahora es a través de una pista proporcionada por alguien involucrado en su secuestro o cercano a quienes lo están. Lottie es demasiado pequeña para poder escapar por sus propios medios, a diferencia de otras víctimas de secuestro que han acaparado los titulares. Natascha Kampusch, la niña austríaca que fue secuestrada cuando tenía diez años, tuvo que esperar ocho años antes de tener la oportunidad de huir. En ocho años, si Lottie sigue viva, ni siquiera se acordará de mí.

—¿Rastrearon la llamada? —pregunto—. ¿Saben dónde está este Radomir?

—Usó un teléfono de prepago —contesta Pitt—. Pero ya ha llamado dos veces. La policía italiana le ha dado el número de un móvil que le vamos a dar a usted. Radomir dijo que llamaría a las siete de la tarde de aquí, eso sería… —añade, y consulta su propio teléfono—… dentro de tres horas y diez minutos.

“No esperes nada. Esto es solo otra falsa alarma. Y aun si resulta ser una pista genuina, no hay garantía de que nos lleve a Lottie”. Me lamo los labios secos.

—¿Qué quieren que haga?

—Vamos a estar aquí con usted —precisa Pitt, y de pronto ya no parece un universitario—. Estamos trabajando con la policía italiana y la serbia, por eso la hemos traído aquí, a la embajada. Vamos a estar a

su lado, Alex. Este Radomir podría ser un soplón o podría pedir un rescate. O podría no ser nada. Todo lo que necesita hacer en este momento es establecer contacto. Nosotros nos encargaremos a partir de ahí.

Pitt me explica lo que va a pasar a continuación, pero me zumban los oídos y me cuesta concentrarme. Si me equivoco, Radomir podría desaparecer, y con él, cualquier posibilidad de encontrar a mi hija.

No puedo dejar de temblar. Gina intenta que me coma los sándwiches que nos ha proporcionado el personal de la embajada, pero pensar en comida me revuelve el estómago. Casi no puedo tragar agua. Es probable que se trate de una falsa alarma. Otro provocador que busca atención y se divierte con mi desgracia.

Y, sin embargo…

Treinta minutos antes de la esperada llamada de Radomir, se nos unen dos agentes italianos especializados en secuestros, quienes deliberan con Pitt, Torres y James. Todo el equipo irradia profesionalidad y experiencia, y eso me sostiene mientras los últimos minutos pasan con lentitud. No puedo imaginar lo difícil que debe de ser esto para Gina, mantener esta esperanza conmigo, aunque sea remota, mientras ella espera su propio milagro.

6.58 p. m.

6.59 p. m.

Tengo las manos demasiado húmedas para sostener el teléfono que me dieron, así que lo dejo en la mesita de café que tengo delante y me seco las palmas en la falda.

7.00 p. m.

7.01 p. m.

—¿Están seguros de que no se han equivocado de hora? —pregunto—. ¿Están seguros de que dijo a las siete?

—Dele tiempo —me pide Gina.

Cinco minutos se convierten en diez. Los diez se convierten en quince. La pantalla del teléfono sigue apagada.

Pitt murmura algo a uno de los oficiales italianos, que asiente y sale de la habitación. De pronto deseo que Luca esté aquí. Puede que hayamos sido un desastre en el matrimonio, pero nos unía nuestro amor por Lottie. Por mucho que mis padres y Marc me hayan apoyado, no tengo nadie con quien compartir mi angustia en las horas más sombrías cuando me despierto en la mitad de la noche, torturada por la culpa. Estoy a la deriva, aferrada a personas casi desconocidas en busca de consuelo.

—¿Han tenido en cuenta la diferencia horaria? —insisto—. Radomir no…

—Vincenzo lo está verificando en este mismo momento —responde Pitt.

El italiano regresa unos minutos después.

—Las siete de la tarde, hora del este de Estados Unidos —confirma en un inglés con un marcado acento—. No hay duda.

Pasan otros diez minutos. Ahora me doy cuenta de que, a pesar de todos mis esfuerzos, he dejado crecer la esperanza en mi interior. La sensación de pesadez en el pecho se intensifica. Nadie va a llamar. No hay ningún milagro. El descenso al infierno es aún peor esta vez.

Y entonces, a las 7.52, el teléfono emite un zumbido.

Capítulo 32

Alex

El teléfono vuelve a vibrar.

Un texto. El remitente es anónimo.

—Es un vídeo —digo, y se lo muestro a Pitt—. No hay mensaje. ¿Lo abro?

Me quita el teléfono.

—Volveremos en unos minutos.

Me incorporo y camino por la sala, demasiado nerviosa para sentarme. Entiendo por qué se han llevado el teléfono, pero sea lo que sea lo que muestre el vídeo, no puede ser peor de lo que me estoy imaginando.

—Hay cosas que ninguna madre debería ver —susurra Gina—. Sé que cree que se ha preparado, Alex, pero no puede. Nadie puede. Si creen que necesita ver lo que Radomir le ha enviado, se lo enseñarán.

Parece una eternidad, pero Pitt vuelve en diez minutos.

—Hemos conectado el teléfono a una pantalla más grande —explica—. Nos gustaría que viniera a ver el vídeo.

—¿De qué se trata? ¿Es Lottie?

—No estamos seguros —responde—. Pero no son malas noticias. Quienquiera que sea, está con vida.

"Por favor, Dios, que sea Lottie. Por favor, Dios, déjanos encontrarla".

Bajamos las escaleras a una habitación que parece ser utilizada para monitoreo de seguridad, a juzgar por el conjunto de pantallas a lo largo de una pared. En una de ellas hay un vídeo en pausa. Es difícil distinguir lo que muestra: ha sido grabado de noche y la imagen es granulada y gris.

—No dura mucho —precisa Pitt—. Tal vez veinte segundos. Lo reproduciremos en tiempo real y luego, bajaremos la velocidad y lo veremos cuadro por cuadro.

El colega de Pitt reproduce el vídeo. Un hombre lleva a un niño pequeño desde una casa adosada hasta un coche aparcado en las inmediaciones; una farola de la calle a un par de metros de distancia los ilumina. Una segunda figura, una mujer, camina unos pasos delante de ellos. La grabación se ha realizado de forma encubierta: el ángulo es extraño, enmarcado por el borde de una pared de ladrillos, y el vídeo termina de manera abrupta, con la cámara que gira hacia el suelo.

—Pásenlo de nuevo —pido.

Me acerco a la pantalla y me centro en el niño. Él —o ella— lleva un gorro de lana, por lo que es imposible ver el color del pelo, y su cara está hundida en el hombro del sujeto. El niño parece tener unos tres o cuatro años, pero la grabación es de tan mala calidad que no puedo estar segura.

—Otra vez.

El colega de Pitt toca un par de teclas. Fuerzo la vista tratando de ver algo que no está ahí, pero todavía no puedo decir si es mi hija. Tampoco reconozco al hombre ni a la mujer. Ambos llevan gorras de béisbol, vaqueros y zapatillas de deporte unisex, y están de espaldas a la cámara. Podrían ser cualquiera. No se ve ninguna señal de tráfico ni de la calle; la matrícula del vehículo está oculta por el ángulo desde el que se ha grabado el vídeo. No podemos saber de qué país se trata ni si el coche tiene el volante a la izquierda o a la derecha. Esto podría haber sido tomado en cualquier lugar.

—Para —exclama Pitt mientras la cámara gira hacia el suelo por tercera vez —. Ahí. Vuelve atrás.

Esta vez, yo también lo veo. Mientras la grabación se inclina con violencia, durante un breve momento se alcanza a ver una parada de autobús en el extremo izquierdo del encuadre.

Pitt se estira por delante de su colega y detiene la grabación en la imagen de la parada de autobús. El anuncio publicitario que aparece en su extremo se ve con claridad, incluso en la oscuridad.

—Marmite*[1] —leo.

—Es en el Reino Unido —afirma Pitt—. En ningún otro lugar habría una publicidad de Marmite*[1].

—¿Cómo podría Lottie estar en *Inglaterra*?

—Todavía no sabemos si es Lottie —me recuerda Gina.

Pitt se inclina hacia adelante en el escritorio, con los ojos fijos en la pantalla.

—Echemos otro vistazo al niño, cuadro por cuadro —indica—. Veamos si hay *algo* que pueda reconocer.

¿Cómo no voy a reconocer a mi propia hija? Pero no hay nada que distinga a este niño de cualquier otro. Tal vez si estuviera caminando, podría haber algo que me resultara familiar: una forma de moverse,

quizás, o un gesto determinado. Pero así como está, en los brazos del hombre y con la cara vuelta hacia el otro lado, no hay nada que pueda hacer.

—Nuestros analistas lo revisarán —concluye Pitt por fin—. Buscarán reflejos, fragmentos, cosas que podríamos haber pasado por alto. Si hay algo ahí, lo encontraremos.

Su tono es optimista, pero siento como si hubiera fracasado una vez más.

—¿Qué es eso? —pregunta Gina de improviso y señala la pantalla, que está congelada otra vez al principio del vídeo—. ¿Es un tatuaje? ¿Allí, en el interior de su muñeca?

—Acércalo —pide Pitt.

Su colega ajusta el plano y enfoca la muñeca del hombre. Se ve un centímetro de piel por debajo del borde de la chaqueta, revelando parte de un tatuaje. Ampliada, la imagen es aún más borrosa. Pitt se inclina y pulsa algunas teclas. El enfoque sobre la imagen va cambiando y, de pronto, esta se aclara y revela una rosa de los vientos.

"Una rosa de los vientos. ¿Por qué me resulta tan familiar?"

La expresión de Pitt se agudiza.

—Alex, ¿lo ha visto antes?

Tengo la boca seca. Siento como si estuviera cayendo.

Una rosa de los vientos. Recuerdo dónde la vi.

—Sé quién es —respondo.

1* Marmite es una pasta comestible para untar y uno de los productos británicos más populares. *(N. de la T.)*

Dos años desaparecida

Capítulo 33

Alex

La reunión se celebra en un aula de una pequeña escuela primaria en Tooting Bec, a dos minutos a pie de la estación del metro. Llego media hora antes, así que me detengo a tomar un café para matar el tiempo. Edie, la mujer que lleva la cafetería, me trae el de siempre: americano, negro, sin azúcar. Lo deja delante de mí sin decir ni una palabra. Sabe qué día es hoy.

Un poco antes de las siete de la tarde, salgo de la cafetería y me dirijo a la escuela. Nunca tuve la oportunidad de ser una madre de escuela, pero huele tal como lo recuerdo de mis días escolares: a zanahorias hervidas, cera de suelo, gomas de borrar y rotuladores. Nadie parece haber considerado la ironía de celebrar las reuniones aquí, en una escuela primaria.

El conserje me hace pasar y me dirijo al aula de dos años. El pasillo está pintado de un amarillo brillante y alegre y un alfabeto ilustrado está fijado en las paredes a la altura de un niño de cinco años: la mudita "H", la señora "M" de la montaña, el trapecista "Q". A ambos lados de la puerta del aula hay una hilera de perchas y escudriño los nombres pegados debajo de ellas buscando el de Lottie. George, Taylor, Ava, Muhammad, Oscar. El de Lottie debería ser el tercero desde el final, pero no veo su nombre. Y entonces recuerdo que es octubre y que ha comenzado un nuevo año escolar desde la última vez que estuve aquí, con la entrada de nuevos alumnos de dos años. Lottie ha pasado a tres años y un niño llamado Noah tiene ahora su percha.

Es estúpido, por supuesto. No es *mi* Lottie. Pero había algo extrañamente reconfortante en ver su nombre allí, como si en algún mundo paralelo fuera de mi alcance, mi hija estuviera yendo a la escuela y colgara su abrigo en una percha con su nombre, hiciera muñecos de nieve con algodón y aprendiera a leer.

En el interior del aula, se han apartado las mesas para dejar espacio

a un círculo de sillas en el centro. La primera vez que vine aquí, poco después de regresar a Inglaterra, el grupo utilizaba las sillas del aula, diseñadas para niños de seis años. Fue necesario un pequeño motín para conseguir las sillas de tamaño normal que ahora se traen del salón de actos cuando el grupo se reúne cada mes.

Hace tiempo que no vengo a una reunión, pero reconozco todas las caras menos una. Nuestro jefe de grupo, Ray, está colocando tazas y platos de porcelana gruesa en una mesa debajo de la ventana. Sé por experiencia que el té será flojo y el café imbebible. Pero Ray fue pastelero en una vida anterior y sus petisús de chocolate y sus palmeritas de hojaldre se deshacen en la boca.

Me sirvo un par de palmeritas y me siento en el centro de tres sillas vacías, para que no tener a nadie a mi lado. No solía ser claustrofóbica; hasta que me robaron a Lottie, no tenía miedo de nada. Ahora, la lista es interminable. Las multitudes, los espacios abiertos, volar, la oscuridad. No tiene sentido: lo peor ya ha pasado, así que no debería tener nada que temer. “Es por la pena”, dice mamá. “Te ataca de las formas más imprevisibles”. La nueva a mi izquierda se aferra a su taza y al plato como si fueran lo único que la ata aquí. Le sonrío.

—Deberías probar una de estas —le sugiero mientras le doy un mordisco a mi palmera.

—No tengo mucha hambre.

Antes de Lottie, la empatía no era mi fuerte. Ahora, hago el esfuerzo.

—Me llamo Alex.

—Molly.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto.

—Trece días. ¿Tú?

—Dos años.

Palidece. El hijo de Ray, Evan, de siete años, llevaba seis años desaparecido cuando llegué al grupo. Recuerdo que me preguntaba cómo había podido sobrevivir tanto tiempo: seis Navidades sin su hijo, seis cumpleaños, seis aniversarios de la última noche que arropó a su hijo en la cama. Pero ahora sé que aprendes a existir en los espacios alrededor de tu dolor. Sigues viviendo, quieras o no.

—¿Hijo o hija? —le pregunto a Molly.

—Hija —responde—. Tiene dieciséis años. Dicen que huyó de casa, pero una lo *sabe*, ¿no?

—¿Cómo se llama?

—Mallory —contesta—. ¿Y tú?

—Una niña pequeña. Lottie. Cumplirá seis años en febrero.

Veo el súbito reconocimiento en sus ojos mientras se regaña a sí misma por no haberse dado cuenta antes de quién era yo. Baja la vista hacia la taza y el plato en su regazo y sé que ahora está deseando no

haber venido. Soy una celebridad en este nuevo y sombrío mundo de niños desaparecidos y padres afligidos: *la madre de Lottie Martini*. Si ella forma parte de un grupo que me incluye, significa que su pesadilla es real.

Cuando por fin regresé a Inglaterra hace veintiún meses, pensé que estar en casa me haría sentir menos sola. Pero pronto me di cuenta de lo contrario. Estaba viviendo en un país extranjero donde nadie hablaba mi idioma. Las mismas madres que antes habían invitado a jugar a Lottie y me habían convertido en su proyecto de compasión personal tras la muerte de Luca —la pobre viuda necesitada de amigos— ahora cruzaban la calle para evitarme. Yo era un recordatorio viviente de su peor temor.

Hasta mi vínculo con Zealy se ha vuelto tenso. Ella está en el consejo directivo de la Fundación, por supuesto, y sus esfuerzos de recaudación de fondos han sido heroicos, pero al final de cuentas, Zealy todavía tiene una vida, mientras que yo estoy suspendida en el limbo. Encontrar a Lottie es lo único que me importa, aparte del trabajo, y aunque Zealy nunca ha dicho nada, debe de echar de menos a la amiga que yo solía ser: la mujer que la llevaba a almorzar para consolarla después de una mala cita y le enviaba un mensaje de texto al instante si Sweaty Betty tenía rebajas. Hoy en día, casi no nos vemos, y cuando lo hacemos, por desgracia tenemos muy poco en común.

Me uní a un grupo de apoyo para padres de niños desaparecidos porque estaba desesperada por estar rodeada de gente que supiera lo que se siente, pero tardé un año entero en aceptar que era una de ellos. “Primero tienes que admitir que tienes un problema”.

Ray espera unos minutos a los últimos rezagados y cierra la puerta del aula. Nos presentamos, damos nuestros nombres y el de nuestros hijos desaparecidos. Algunos añaden ciertos detalles —Andrew tendría trece años ahora, a April le encantaba *Frozen*—, mientras que otros casi no levantan la cabeza. En verdad, Ray ya no pertenece al grupo: el cuerpo de su hijo fue encontrado unos meses después de que yo empezase a venir a las reuniones en el fondo de un pozo a menos de un kilómetro de la casa de su madre. Pero el asesino nunca fue encontrado y Ray no necesita explicar por qué sigue viniendo a las reuniones.

—¿Quieres empezar hoy, Alex? —me invita.

Echo un vistazo a la docena de personas que hay en el aula. Cuánto sufrimiento, cuántas vidas en suspenso.

—Hoy es el aniversario —empiezo—. Dos años desde que Lottie fue secuestrada. El año pasado, para el primer aniversario, volví a Florida para hacer un nuevo llamamiento público. La policía local hizo una reconstrucción que tuvo mucha cobertura. Es probable que algunos la

hayáis visto en la televisión.

Asentimientos y murmullos de confirmación en la sala.

—Recibimos muchas llamadas en la línea directa. Hubo una pista fiable en Sudáfrica, pero fue otro callejón sin salida. —Mi voz es monótona—. Siempre son callejones sin salida.

Sudáfrica. Marruecos. Nueva Zelanda, Bélgica, México, Honduras. Cada pista, no importa lo débil que sea, tiene que ser investigada. Durante el primer año después de la desaparición de Lottie, viajé por todo el mundo y me reuní con primeros ministros y secretarios de Asuntos Exteriores, figuras poderosas que, con los ojos del mundo sobre ellos, prometieron no escatimar esfuerzos para que mi hija regresara a casa. Y no estoy más cerca de encontrar a Lottie ahora que el día que desapareció.

En mis días buenos, imagino que está muerta. Cada uno tiene sus propios mecanismos de autoprotección, y para mí, eso es mejor que la alternativa. Ningún ser humano en su sano juicio querría tener en su cabeza las horribles imágenes que pasan por mi mente en mis horas más negras, imágenes de Lottie cautiva en algún lugar oscuro y sufriendo abusos de alguna abominable red de explotación sexual infantil. *Mejor muerta que así.*

Para mí, la esperanza es ahora el enemigo. La gente tiene buenas intenciones cuando me cuenta historias sobre niños que fueron encontrados con vida después de años, incluso décadas, en cautiverio, e insisten en que no debo perder la fe. Pero lo único que puedo pensar es en lo que esos niños sufrieron antes de ser encontrados. Las violaciones. Las palizas.

¿Cómo puedo tener esperanza de algo así? Es egoísta de mi parte querer que Lottie sobreviva a cualquier precio. Nunca dejaré de buscarla, pero cuando rezo ahora, le suplico a un Dios en el que ya no creo que no haya sufrido y que su muerte haya sido rápida. Que se encuentre su cuerpo, para que ella —para que *nosotras*— podamos descansar en paz.

Ya no me apresuro a recorrer miles de kilómetros a través de continentes ante cada noticia de un niño rubio en una estación de servicio en las afueras de El Cairo. He aprendido por las malas a dejar que Simon Green y el resto de su equipo de investigación hagan su trabajo. No puedo ayudar a Lottie, pero hay otros niños a quienes mi habilidad y mi talento *pueden* salvarles la vida.

Así que, hace diez meses, volví a trabajar. Este año, he considerado el segundo aniversario como un día más. He puesto mi móvil en silencio y he ignorado las llamadas perdidas de mamá. Esta mañana estuve en el tribunal y luché por mi cliente, un chico sirio de catorce años que el Ministerio del Interior insistía en que tenía dieciocho y que, por lo tanto, era objeto de deportación a un país que tal vez lo

mataría, y gané. Para mí, este es un día como cualquier otro: lleno de culpa y dolor y de la interminable angustia de no saber.

Y como todos los demás días, sobreviviré a él.

Al final de la reunión, apilamos las sillas y Molly me ayuda a llevarlas de vuelta al salón de actos.

—¿Vienes a la reunión todos los meses? —me pregunta.

—No siempre. Pero con frecuencia.

—¿Te ayuda?

—En realidad no. Pero al menos aquí, nadie espera que sigas adelante con tu vida. —La miro a los ojos—. Tienes que saber esto, Molly. Ojalá alguien me lo hubiera dicho a mí. Lo nuestro no es como un duelo. No hay un cierre, así que estamos atrapadas en nuestro dolor a mitad de ciclo. El tiempo no cura a la gente como nosotras. Nuestro dolor se acumula, como los intereses.

—¿Alguna vez sientes ganas de… rendirte?

—Todos los días.

Molly se retuerce y tira de un mechón de pelo. No es la primera vez: tiene costras en el cuero cabelludo donde se ha arrancado el cabello de raíz. La gente no se da cuenta de lo físico que puede ser el dolor.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Asiento con la cabeza. Sé lo que va a preguntar.

—¿Crees que lo hizo él? —inquiere—. Tu amigo. El del tatuaje.

Capítulo 34

Quinn

QUINN MERODEA POR EL PASILLO fuera del aula, esperando a que empiece la reunión antes de entrar. No quiere llamar la atención, aunque es difícil pasar inadvertida cuando llevas un parche negro —y con piedras strass, gracias, Marnie— en el ojo. Espera a que una mujer que está contando su historia en el centro del círculo rompa en sollozos ruidosos y, al amparo de la distracción, se desliza en una silla en el fondo de la sala.

Mientras se sienta, verifica su móvil con disimulo. Todavía no hay nada.

Los sollozos de la mujer se convierten en un llanto suave y el hombre sentado a su lado la rodea con su brazo y le palmea la espalda con impotencia. Otra mujer en el círculo, más joven, más delgada, toma el relevo, con una voz tan baja que resulta difícil de escuchar.

Quinn se pregunta con impaciencia cuánto tiempo va a durar esto. Lo suyo tiene fecha límite. En lo que a ella respecta, la terapia de grupo está a la altura de todas las demás gilipolleces de la Nueva Era como la sanación con cristales y los baños de sonido. Si estás muerto de hambre y te sientas en una habitación con otras personas que también están muertas de hambre y hablan de lo hambrientos que están todos, eso no te quita las ganas de comerte hasta la suela de los zapatos.

Se mueve con incomodidad. Es como si estas sillas estuvieran hechas para niños de seis años. Tiene problemas con la columna vertebral desde la explosión y, sin la ayuda de al menos media botella de Jack Daniel's, le duele bastante.

Su teléfono vibra y se le acelera el pulso, pero solo es una noticia rutinaria de Associated Press: "La familia conmemora el segundo aniversario de la desaparición de Lottie Martini".

Quinn no entiende la obsesión por los aniversarios y los

acontecimientos importantes, en especial los negativos como este. Nunca se ha molestado en celebrar su cumpleaños, siguiendo el ejemplo de sus padres, que consiguieron olvidar su séptimo *y* su octavo cumpleaños, momento en el que ella también dejó de intentar recordarlo.

Se desplaza por la nota de AP. Van a lo seguro, mantienen una cobertura neutral. “Amigos y vecinos rezan mientras la Fundación Lottie refresca la memoria de la gente con nuevos llamamientos públicos y un documental, bla, bla”. Tal vez sea una postura inteligente, dadas las circunstancias. El ánimo del público hacia Alexa Martini osciló de nuevo en su favor después de que la policía de Florida nombrase oficialmente al hombre tatuado del vídeo como el principal sospechoso. Alexa sigue teniendo sus detractores, pero en estos días, la mayoría de la gente muestra una compasión cauta hacia ella y la considera una madre inadecuada, más que malvada. Con el principal sospechoso prófugo y la niña aún desaparecida, la noticia ha dejado de figurar en las primeras planas.

Quinn sabe que ella también debería pasar la página. La editora de la INN le ha dejado muy claro que no debe acercarse a Alexa Martini. Pero no puede consigo misma. Es como uno de esos policías canosos y obsesionados con el único caso que nunca lograron resolver.

Puede que no quisiera cubrir el suceso cuando se lo asignaron, pero el hecho de que la hayan apartado la ha vuelto loca. Estaba atascada en Siria cuando se conoció la noticia del vídeo y tuvo que ver cómo uno de los chicos de la oficina de Washington se dedicaba a combinar repeticiones complacientes de los comunicados de prensa de la policía en lugar de investigar la historia real.

Incluso si el hombre del tatuaje de la rosa de los vientos es culpable —algo poco probable, ya que nadie puede probar que el niño en el vídeo sea Lottie—, eso no convierte en inocente a Alexa Martini. El hombre era su *amigo*. Podrían estar trabajando juntos. ¿Por qué nadie lo ha investigado?

Porque todos querían cerrar el caso, por eso. Es mucho más fácil para todos los involucrados acusar a un hombre cuya culpabilidad quizás no pueda ser probada en un tribunal. La policía se quedó satisfecha porque podía marcar la casilla de *resuelto*, aunque no hubiera atrapado al sujeto. El alcalde de St Pete se puso *muy* contento, porque el secuestrador era inglés, no local. Y la mafia de las redes sociales se sintió feliz porque la chica modelo de las madres trabajadoras había sido exonerada. Todo el mundo gana. Excepto Lottie, por supuesto, aunque nadie pensaba en serio que la pobre niña siguiera viva, de todos modos.

Sin embargo, Quinn no puede dejar de hurgar en la herida.

“Estás dejando que tu ego se interponga”, le reprochó Marnie

después de meses de escuchar sus teorías conspirativas. “En realidad no te importa qué le pasó a Lottie; te molesta que te hayan apartado de la noticia. Si estás tan interesada en saber dónde está la niña, ¿por qué no dejas de quejarte y haces algo al respecto?”

Así que logró que la trasladaran de nuevo a Londres, donde tenía acceso a las fuentes adecuadas, y siguió a la historia de Martini a su propio ritmo.

Quinn se ha cobrado todos los favores que le debían sus contactos, legales o no. Sus fuentes diplomáticas están bastante seguras de que el hombre está en Dubái, aunque no han podido encontrarlo. Incluso si ella lo localizara, no hay tratado de extradición con los Emiratos Árabes Unidos. Pero tiene que hablar con él. Necesita *saberlo*.

Ha vuelto a ver su entrevista con Alexa Martini tantas veces que la ha memorizado: cada cuadro, cada mínima expresión en el rostro de la mujer. Y *todavía* no está segura de si estaba mintiendo.

Quinn está tan absorta en su móvil que se sobresalta cuando alguien la llama por su nombre. Levanta la vista y descubre que todos los presentes la están mirando.

—¿Quinn? ¿Quieres compartir algo? —pregunta Leo, quien dirige el grupo esta semana.

Mierda.

—No estoy de mucho ánimo hoy —responde.

—Seis meses —destaca su padrino—. Es un logro, Quinn. Tómate un momento para sentirte orgullosa de ti misma.

Seis meses de sobriedad. Solo hay una forma de celebrarlo, pero eso malograría el objetivo de estar aquí.

Se adelanta a recoger su moneda y se siente como un fraude al regresar a su lugar. A diferencia de los demás, no tiene ninguna intención de mantenerse sobria. Echa demasiado de menos a su viejo amigo Jack. Pero va a seguir sobria el tiempo suficiente para resolver el misterio de lo que le ocurrió a Lottie Martini o morir en el intento, joder.

Cuando Leo pone fin a la reunión de Alcohólicos Anónimos, el teléfono de Quinn emite por fin el sonido con el mensaje que estaba esperando. Se salta la oración de la serenidad, ignora la mirada de desaprobación de Leo y se dirige directamente de la escuela a la cafetería de la esquina, donde Danny la está esperando.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta él mientras ella retira hacia atrás una silla.

Quinn le muestra la moneda.

—Seis meses sobria.

—Genial.

Danny todavía no ha cumplido los treinta, pero es el mejor investigador con el que ha trabajado. Le da cien vueltas a Simon

Green y a los idiotas de Berkeley International, el equipo de investigadores privados contratados por la Fundación Lottie. Lo último que escuchó Quinn fue que Green había cobrado casi medio millón de libras a la Fundación, y no había proporcionado ni una sola pista firme. Pero tal vez Alexa Martini lo prefiera así.

—¿Qué tienes para mí, Danny?

Danny desliza su teléfono por la mesa. Ella pasa el dedo por las fotos con su ojo sano entrecerrado.

—¿Qué estoy mirando?

—Las cámaras de inmigración en Abu Dabi. Tus fuentes tenían razón. Está en Dubái. Ha estado allí casi desde que se destapó toda la mierda con ese vídeo. Tiene sentido: ni el Reino Unido ni Estados Unidos tienen tratados de extradición con los Emiratos Árabes Unidos.

Quinn suspira con impaciencia.

—Ya lo sabíamos. Mierda, Dubái es una ciudad muy grande, Danny. ¿Lo has encontrado?

—Mejor que eso —responde Danny—. Los encontramos a los dos.

Dos años y dos días desaparecida

Capítulo 35

Alex

—¡Dios santo! —exclama Jack Murtaugh—. ¿Medio *millón*? Es una broma, ¿no?

Mira alrededor de la mesa. La tensión en la habitación se podría cortar con un cuchillo. Jack nos ha apoyado de forma abierta desde que fue reelegido parlamentario local por Balham Central en diciembre de 2019, dos meses después de que desapareciese Lottie. Pero esta es la primera vez que se involucra de manera directa con la Fundación, y la razón por la que lo hace ahora, a petición mía, es porque necesitamos que alguien de fuera aporte una visión lúcida sobre qué hacer de aquí en adelante.

La campaña original para encontrar a mi hija se transformó en la Fundación Lottie cuando regresé a Inglaterra. Nuestra misión no es solo buscar a mi hija, sino dar a conocer a niños desaparecidos que de otro modo pasarían inadvertidos: niños como Jovon Jackson, cuyos padres no tienen los mismos recursos y contactos que yo. Las restricciones legales impedían que la fundación se constituyera como una organización benéfica. En su lugar, la creamos como una empresa sin fines de lucro dirigida por un consejo directivo formado por amigos y familiares, entre ellos papá y yo, Paul y Zealy.

Y Marc, por supuesto.

Sin él, ya no tenemos a nadie en el consejo con experiencia en marketing. Una de nuestras mayores fortalezas —nuestra estrecha lealtad— se ha convertido en nuestra mayor debilidad. Con excepción de Jon Vermeulen, que sigue gestionando las cosas sobre el terreno en Florida, el resto de nosotros somos aficionados bien intencionados, no profesionales de recaudación de fondos. La fundación se ha manejado demasiado desde el corazón, no desde la cabeza, y por eso estamos casi en bancarrota.

Paul Harding, nuestro tesorero y el hombre que una vez confundió

a una niña con un vestido rosa con otra, tiene la delicadeza de parecer avergonzado.

—Ese dinero se fue gastando a lo largo de dos años —contesta.

Todos se mueven con incomodidad. En teoría, todos somos conscientes de lo costosa que ha sido la búsqueda de mi hija, pero ver las cifras en papel es inquietante.

—Este hombre, Simon Green, os está desangrando —sentencia Jack—. ¿Quién lo contrató?

—Marc Chapman —responde Paul. Se hace un silencio incómodo.

Jack suspira y lanza el libro de contabilidad sobre la mesa.

—Bueno, esto no puede seguir así —afirma—. La fundación está al borde de la insolvencia. Por lo menos Green va a tener una jubilación holgada.

—El hombre es un sinvergüenza —señala Jon con su acento sudafricano más pronunciado que nunca. Ha volado nada más que para esta reunión del consejo y es evidente que Jack y él están de acuerdo—. Medio millón de libras y todo lo que tenemos son imágenes de Google Earth y algunas fotos de un vendedor ambulante.

—El vendedor fue una línea de investigación legítima en su momento —protesta Paul—. Berkeley International solo pudo eliminarlo después de tres meses de vigilancia…

Jon resopla.

—Tres meses de abultados honorarios.

No creo que Simon Green sea un sinvergüenza, pero no podemos seguir gastando dinero como hasta ahora. Toda la vigilancia, los análisis de voz, los perfiles, las comprobaciones minuciosas de antecedentes…, simplemente no tenemos el dinero para eso. La gente ha perdido el interés en Lottie. Ha pasado demasiado tiempo desde que desapareció y sin una sola pista sólida que justifique los millones gastados en su búsqueda, la gente ha dejado de contribuir. Tenemos que retomar la misión principal de la fundación y centrarnos en otros niños desaparecidos si queremos atraer donantes nuevos.

—Discutir sobre lo hecho no va a servir de nada —aventuro antes de que la reunión se convierta en una recriminación—. Estamos aquí para hablar de cómo financiar la fundación en el futuro, no solo para la búsqueda de Lottie. Por eso Jack está aquí.

Jack se pasa una mano por su abundante cabello negro. Un hombre de unos treinta y tantos años, grandote y desgarbado como un oso, no es particularmente apuesto, pero tiene un atractivo peculiar. Domina la sala sin decir ni una palabra. Tiene un estilo de vestir que podría describirse como de una cama sin hacer: usa las chaquetas arrugadas y abiertas, las camisas que siempre asoman por debajo, los cuellos torcidos y las corbatas rara vez en su lugar. Pero despliega su desaliño de forma estratégica, como si el tema en cuestión lo apasionara

demasiado como para usar la plancha. En un mundo cada vez más retocado y filtrado, su estilo emana verdad y realidad sin tapujos. Tiene el encanto de la antinomia. No me sorprendería que le propusiesen un ministerio en la próxima restructuración de gabinete.

—Como dice Alex, ya no se trata solo de Lottie —dice Jack—. No se puede justificar el gasto de esta cantidad de dinero en un niño, lo siento, Alex, cuando hay tantos otros niños que necesitan ayuda.

—Pero una vez que la investigación de Yard obtenga más fondos… —comienza Paul.

—Yo no contaría con eso —lo interrumpe Jack—. No tienen el apoyo del primer ministro. Han herido demasiadas susceptibilidades.

Paul se irrita. De todos nosotros, es el que más tiempo ha dedicado al funcionamiento práctico de la fundación.

—No veo qué tiene que ver Downing Street —responde.

—Venga, es obvio. —Jack inclina su silla hacia atrás, con las manos detrás de la cabeza—. Mira, colega, cada vez que les recuerdas a los estadounidenses que han perdido a un ciudadano británico en su territorio, la "relación especial" recibe otro golpe. Después del Brexit, los necesitamos más que ellos a nosotros.

—Tenemos un precedente a nuestro favor. La investigación de McCann…

—Esa niña desapareció en Portugal. Estados Unidos es otro asunto completamente diferente. Estás comparando peras con manzanas.

—Jack y yo tenemos una reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores esta tarde —interpongo para dar por terminada la reunión —. Después de eso tendremos más información.

Cuando salimos de la sala, Jack se pone a mi altura y camina a mi lado.

—Me parece que no voy a ganar ningún concurso de popularidad entre tus amigos —comenta.

—Se les pasará —respondo—. No nos estás diciendo nada que no sepamos. Las donaciones públicas no serán suficientes. Necesitamos la financiación del Gobierno.

—Como dije, no te hagas ilusiones.

Llegamos a la calle.

—¿Quieres que cojamos un taxi? —pregunto.

—Me va bien el metro.

Estamos a solo dos minutos a pie de la estación de Stockwell, así que no tengo ninguna razón plausible para oponerme. Mientras Jack pasa su tarjeta de transporte, me trago un Valium con disimulo. El metro me produce claustrofobia: he tenido varios ataques de ansiedad aterradores estando bajo tierra. La primera vez que me ocurrió, no tenía ni idea de lo que era. Sentía como si me estuvieran sujetando bajo el agua y no pudiera salir a respirar. Estaba convencida de que

me estaba muriendo. Me sentí avergonzada cuando el médico me dijo que era “solo” un ataque de ansiedad.

Agradezco la tibia burbuja creada por el Valium mientras Jack y yo nos encontramos apiñados en la mitad del vagón, rodeados de turistas y adolescentes. Jack tiene que inclinar la cabeza para no rozarla con la curvatura del techo.

Cambiamos a la línea Circle en Victoria y el tren no está tan lleno. Retiro un ejemplar de *Metro* abandonado para hacer sitio para sentarme y miro con distracción por la ventanilla mientras un tren que va en la otra dirección entra en el andén opuesto. Una niña de pelo rubio brillante, sentada de espaldas a mí en el otro tren, llama mi atención. Sostiene la mano de una mujer que está de pie a su lado, e incluso a través de mi niebla de Valium, mi corazón se acelera. En otra vida, pienso, podríamos ser Lottie y yo.

No puedo ver la cara de la mujer, pero me fijo en el logotipo de su forro polar: “South Weald House”. Qué pequeño es el mundo. Cuando Harriet y yo éramos niñas, mamá y papá solían llevarnos de vacaciones allí todos los años.

Las puertas se cierran. Con lentitud, los dos trenes comienzan a moverse en direcciones opuestas. Mientras nos alejamos, veo la cara de la niña por primera vez.

Durante un breve momento, lo único que me separa de mi hija son dos paneles de vidrio.

Capítulo 36

Evitar las cámaras de seguridad es más fácil de lo que se cree.

No hace falta que te vuelvas loco con los trucos de las teorías conspirativas que encontrarás en internet: punteros láser, inhibición de frecuencias, gorras de béisbol que bloquean los campos electromagnéticos mediante jaulas de Faraday.

Solo hay que saber dónde buscar.

Hoy en día, internet te ofrece mapas de las cámaras de seguridad de la mayoría de las grandes ciudades. Te dirán qué esquinas debes evitar, qué cámaras son falsas, cómo moverte con discreción de un punto ciego a otro. Pero no puedes esquivarlas todas. Y he descubierto que la mejor manera de evitar llamar la atención es rodearte de gente que se parezca a ti.

Cuando me llevé a la niña, cometí el error de escondernos en una zona poco respetable de la ciudad, donde pensé que nadie haría preguntas. Pero enseguida me di cuenta de que con nuestro pelo limpio y nuestras caras blancas resaltábamos como como una mosca en un vaso de leche entre los recolectores de berberechos y los refugiados. En cuanto abríamos la boca, delatábamos nuestra identidad de clase media que se viste en Boden.

Tenemos que perdernos entre los de nuestra propia clase si queremos pasar inadvertidos.

La niña está encantada de abandonar los confines del húmedo alojamiento. Nos dirigimos en coche hacia el norte y nos alojamos en un hotel en una zona acomodada de la ciudad, donde nos confundimos con todo el mundo.

No puedo mantenerla encerrada todo el tiempo, no si quiero que las cosas funcionen entre nosotras. Es un riesgo sacarla en público, pero cuento con el hecho de que parecemos familia. Me toma de la mano y rebota con entusiasmo en su asiento del tren, ansiosa por nuestra próxima aventura.

Podríamos ser una madre e hija cualquiera. Incluso descubro a otra mujer que lleva el mismo forro polar, hasta con la misma costura de contraste en los puños. Es ese tipo de área.

De clase media, respetable.

El tipo de lugar donde las cosas malas solo ocurren a puerta cerrada.

Capítulo 37

Alex

El brusco frenazo que se produce cuando tiro de la palanca de emergencia lanza a los pasajeros unos contra otros. Los chillidos y los gritos de alarma resuenan por todo el vagón.

—¡Joder! —exclama Jack.

El tren se detiene con un chirrido, con la mitad ya dentro del túnel. Nuestro vagón queda fuera, todavía junto al andén, y golpeo las puertas mientras la gente en el andén corre hacia las salidas, sin duda temiendo un ataque terrorista.

—¡Abran las puertas! —grito—. ¡Abran las puertas!

—Alex, ¿qué coño te pasa?

—¡Acabo de ver a Lottie en el otro tren!

—¿Estás segura?

—¡Era ella, Jack!

No pierde el tiempo con más preguntas. Ya ha sacado el móvil para pedir ayuda, luego maldice al darse cuenta de que no tiene cobertura.

Una empleada del metro nos mira desde el andén, congelada en una aparente indecisión. Jack golpea el vidrio con fuerza y muestra su identificación de la Cámara de los Comunes.

—¡Abra las puertas! —exige.

La mujer retrocede. Una alarma del tipo de una sirena antiaérea comienza a sonar. Eso contribuye a la creciente sensación de pánico a nuestro alrededor. Un grupo de jóvenes se abre paso desde el vagón contiguo, que está en el túnel, y avanza por el pasillo hacia nosotros, apartando a la gente de su camino. Se alzan voces de protesta y un bebé empieza a llorar.

—Tiene que haber un dispositivo de emergencia para las puertas —exclamo mientras pulso todos los botones que veo—. ¿Y si hubiera un incendio?

Uno de los jóvenes me coge del brazo.

—¿Por qué mierda hiciste sonar la alarma, gilipollas?

—Tranquilo, tío —dice Jack. Su tono es desenfadado, pero su voz tiene un inconfundible aire de amenaza.

—Sí, bueno —murmura el vándalo, y me suelta—. Algunos tenemos prisa por llegar.

No me importa que la gente me grite ni que me grabe con los móviles. Mi hija se me escapa de las manos.

En tres minutos, Lottie estará en la próxima estación de metro. En seis, podría estar en un autobús o en un taxi; en diez, quién sabe dónde. El abanico de posibilidades se amplía con cada segundo que pasa.

La ansiedad me asfixia: *otra vez no*. Vuelvo a estar en esa playa de Florida y por muy rápido que intente correr detrás de mi hija, estoy atrapada en arenas movedizas, mis piernas se mueven a cámara lenta.

Mi niña estaba aquí y ahora la estoy perdiendo de nuevo.

Un anuncio público interrumpe el alboroto. "Señoras y señores, parece que habrá un pequeño retraso", informa una voz. "Estamos haciendo todo lo posible para retomar el normal funcionamiento lo cuanto antes. Por favor, abandonen los vagones y salgan del metro por el andén. Si la persona que ha activado la alarma de emergencia puede presentarse a un miembro del personal, haremos todo lo posible para ayudarla". La empleada del metro habla con dos agentes armados de la Policía de Transporte Británica. Se oye un siseo repentino y las puertas de los vagones que aún están fuera del túnel se abren.

La gente sale del tren en tropel hacia las salidas. La frustración me constriñe los pulmones, mi pánico aumenta. Lottie estaba casi lo bastante cerca como para tocarla.

Tengo que alcanzarla, antes de que sea demasiado tarde…

Jack pone una mano con suavidad en mi codo como para retenerme.

—No tiene sentido que vayamos tras ella nosotros, Alex —me previene—. Dejemos que la policía se encargue.

No puedo soportarlo, la idea de esperar, una vez más, a que otra persona encuentre a mi hija. El impulso de correr detrás de Lottie es casi abrumador. Pero Jack tiene razón. Necesitamos que la policía detenga y registre el otro tren, y que cierre las estaciones de las líneas District y Circle. Puede que ya sea demasiado tarde. Pueden haber cambiado de línea, o abandonado el metro.

Jack vuelve a mostrar su identificación y la policía lo escucha cuando explica quién soy y qué necesitamos.

Nos acompañan a una sala de control en algún lugar de las entrañas de la estación Victoria y un oficial de mayor rango me vuelve a hacer las mismas preguntas:

"¿Está segura de que era su hija?"

“¿Reconoció a la mujer que estaba con ella?”

“¿Alguna de ellas la vio?”

“Han pasado dos años, ¿está segura?”

—Dos años es mucho tiempo en la vida de un niño —me recuerda el agente—. Cambian muy rápido a esa edad. Usted misma ha admitido que solo vio su cara durante unos segundos y en un ángulo…

—Era Lottie —insisto.

Su cara era más delgada y se veía mayor, por supuesto. Pero conozco a mi propia hija. Reconocí la truculenta inclinación de su cabeza, la actitud combativa de su mandíbula. Sea lo que sea que le haya pasado en los dos años que ha estado desaparecida, sigue siendo Lottie.

—¿Hay cualquier *otra cosa* que puedas recordar, Alex? —pregunta Jack—. ¿Algo que puedas decirnos sobre la mujer, más allá de lo que llevaba puesto?

—Ya te lo dije. No le vi la cara.

—Dijiste que iba de la mano de Lottie. ¿Puedes recordar si llevaba alguna joya? ¿Era blanca o negra?

Cierro los ojos y evoco la breve imagen de la mujer en mi mente. Vuelvo a ver la mano de Lottie entrelazada con la suya, el delgado anillo de plata en el dedo índice de la mujer.

—Blanca. Y joven —añado—. Su piel era suave. Diría que tenía menos de treinta años.

—¿Algo más?

—Ni siquiera podría decirles de qué color era su pelo —me lamento, y la frustración se cuela en mi voz—. Estaba de pie; solo podía verla del pecho para abajo…

Me interrumpo cuando lo recuerdo.

El forro polar.

South Weald House.

El oficial transmite la información a alguien en el otro extremo de la línea telefónica.

—No puedo quedarme aquí sentada —exclamo—. No puedo quedarme *esperando*.

—Tenemos gente en todas las salidas entre aquí y Earl’s Court —explica el oficial—. Hemos hecho circular la foto de Lottie entre el personal de transporte. Estamos sacando las grabaciones de todo el sistema de la red y sometiéndolas a reconocimiento facial. Si ella está ahí fuera, la encontraremos.

“Ya estaba ahí afuera”, pienso. “Lleva setecientos treinta y tres días ahí afuera y ninguno de ustedes la ha encontrado todavía”. Me pongo de pie.

—Tenemos que ir a la reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores —le recuerdo a Jack.

—¿Qué, *ahora*?

—No puedo hacer nada aquí —respondo—. Tú fuiste el que dijo que no tiene sentido tratar de ir detrás de Lottie nosotros mismos. La policía puede hacerlo. Tenemos que asegurarnos de que Downing Street no ponga ningún obstáculo cuando la policía metropolitana solicite más fondos. No voy a fallarle a mi hija de nuevo, Jack.

—Alex…

—Lottie está *viva* —asevero—. No está enterrada en una tumba poco profunda ni encerrada en un sótano en algún lugar. ¡No la voy a abandonar de nuevo!

—No te estoy pidiendo que la abandones —precisa Jack. Algo en su tono me hace detenerme. Me empuja al pasillo, fuera del alcance del oído de la policía.

—Hay… cosas que puedo hacer —aventura—. Hay gente con la que puedo hablar. Pero primero, Alex, necesito saber con exactitud hasta dónde estás dispuesta a dejarme llegar.

COMENTARIOS
comparte lo que piensas 567 comentarios

ben_y_jerry, Vermont, EE. UU.
Nada en dos años y luego, una semana antes de que cancelen la investigación, la niña aparece “por arte de magia” en Londres. ¿Coincidencia? No lo creo.

Atodavelocidad, Cardiff, Reino Unido
¿De dónde demonios sacaron dos millones de libras? Si es de un fondo público deberían rendir cuentas al público. Está claro que la madre tiene problemas mentales y que ese político solo la está utilizando para impulsar su carrera.

Chicle_Frutal, Leicestershire, Reino Unido
¿Qué hay del tipo del tatuaje, qué pasó con él?

Enseguida, Londres, Reino Unido
Llamémoslo por su nombre: otro fondo de vacaciones soleadas para la poli.

ErikElVikingo, Luton, Reino Unido
Estoy de acuerdo, ¿qué pasó con el tipo del tatuaje? ¿Cómo puede haber visto a Lottie en Londres? Pensé que él había huido del país…, no tiene sentido.

EsteMinuto, Rhode Island, EE. UU.
Nunca se demostró que fuese él, inocente hasta que se demuestre lo contrario.

ErikElVikingo, Luton, Reino Unido
Los inocentes no huyen.

Mandz, Londres, Reino Unido
Por muy triste que sea, y espero que tenga un final feliz, ha pasado demasiado tiempo. La madre está viendo cosas, es imposible que haya sido su hija. Lo siento por ella, pero ¿por qué iba a estar su hija en Londres cuando desapareció a más de seis mil kilómetros de distancia?

Woody_802, Dorset, Reino Unido
Creo que es la hermana.

Dos años y nueve días desaparecida

Capítulo 38

Alex

SOUTH WEALD HOUSE CERRÓ HACE trece años, mucho antes de que Lottie desapareciera.

La mujer que estaba con ella no podía ser un miembro actual del personal del lugar. Y, cuando la policía por fin localiza a una empleada jubilada, descubre que nunca hubo ningún tipo de uniforme. Lo que sea que yo haya creído ver bordado en el jersey de la mujer no pudo ser el logo.

Otro callejón sin salida.

Quiero llorar de frustración. ¿Cómo podemos haber estado tan cerca de encontrar a Lottie, más cerca que en cualquier otro momento desde que desapareció, y estar de nuevo donde empezamos?

Durante dos años, ha habido muchas denuncias de personas que han alegado haber visto a Lottie que no hemos podido corroborar. No tenemos ni una sola prueba verificable que demuestre que no se esfumó de esa playa en una nube de humo. Y ahora por fin tenemos un hecho sólido, algo que sabemos con certeza: Lottie estuvo *aquí*, en Londres, hace solo siete días. Deberíamos estar ahogados en pistas nuevas, abrumados de información para investigar. Y no tenemos *nada*.

El Reino Unido es una de las naciones más vigiladas del planeta, con más cámaras de videovigilancia por habitante en Londres que en cualquier otra parte del mundo, excepto China.

Y la mujer que ha robado a mi hija se las ingenió para evitarlas *todas*.

En la última semana, la policía ha revisado cientos de horas de grabaciones del metro y no ha encontrado ni un solo encuadre de una niña rubia abordando un tren que coincida con mi descripción.

Ni en Victoria, ni en ningún lugar del sistema subterráneo. Ningún testigo la ha visto, ni a ella ni a la mujer del forro polar, a pesar de los

muchos llamamientos públicos. No tenemos pruebas de que ninguna de las dos estuviera en ese tren y mucho menos de que la niña que vi fuera Lottie.

Es evidente que la policía piensa que me imaginé todo el asunto, y estoy empezando a preguntarme si tienen razón. Tal vez el Valium jugó con mi mente y tomó fragmentos de memoria y de mis deseos y los mezcló. “Un espejismo. Si uno piensa en la tensión a la que ha estado sometida…”

Jack Murtaugh es la única persona que no cuestiona mi relato ni mi cordura.

—No empieces a dudar ahora —me advierte cuando nos encontramos en su oficina—. Confía en tu instinto. La mujer que has visto debía de saber dónde estaban las cámaras y las evitó, por eso no apareció en las imágenes. De lo contrario, nadie tiene tanta suerte.

—¿Por qué estaba en Londres con Lottie? —pregunto—. ¿Cómo llegaron aquí?

—Puede que pronto sepamos la respuesta a eso —me responde Jack.

Por improbable que parezca al mirarlo ahora, con su aspecto desaliñado y desarreglado, Jack estuvo en el Servicio Especial de Navíos antes de convertirse en un miembro del Parlamento. Su unidad de operaciones especiales era responsable de la recopilación de inteligencia y de operaciones antiterroristas marítimas, y todavía tiene amigos en lugares oscuros.

Manipula un poco su teléfono y luego gira la pantalla hacia mí. Está detenida en los primeros cuadros de un vídeo granulado en blanco y negro. Lo he visto mil veces desde que me lo enseñaron por primera vez en Washington, pero *todavía* no sé si es mi hija la que está en los brazos tatuados del hombre.

—Este hombre era tu amigo —dice Jack—. Necesito que estés segura de que quieres que haga esto, Alex.

—Nunca fue mi amigo —replico con frialdad.

Cuando el vídeo salió a la luz, mi *amigo* huyó de la jurisdicción de las fuerzas del orden británicas y estadounidenses sin siquiera intentar limpiar su nombre. Para mí, eso lo convierte en culpable hasta que se demuestre su inocencia.

Ya no me importan las sutilezas de la ley. No tengo ni idea de cuál es su conexión con la mujer de Londres, con Lottie, pero si sabe algo sobre mi hija, dónde está, quiero esa información.

Y me importa un bledo cómo la conseguimos.

Capítulo 39

Alex

JACK PUEDE CREER EN MÍ, pero yo no. Para mi propia tranquilidad, necesito probarme a mí misma que no estaba alucinando; que de verdad vi a Lottie en ese tren.

El fin de semana, voy a casa de mis padres. El logo que creí ver en el forro polar de la mujer me vino de *algún* lado. Tengo que averiguar de dónde.

—¿Por qué no dejas que la policía se encargue de esto, cariño? —sugiere mamá mientras me arrodillo junto a la biblioteca en la sala de estar de mis padres—. Ellos saben lo que hacen.

Saco otro álbum de fotos del estante inferior.

—Ya te lo dije, mamá, ni siquiera creen que estuviera en el tren.

—Alex, querida. No es que no te crea. Pero…

—Era Lottie —asevero.

—¿Estás segura? —interviene papá—. ¿Lo bastante segura como para desactivar el resto de la investigación y apostar todo a esto?

Hago una pausa. La memoria nos juega malas pasadas; lo sé mejor que nadie. En los dos últimos años, he perdido la cuenta de la cantidad de veces que he visto el reflejo de Lottie en un escaparate o he vislumbrado su cabeza rubia delante de mí en una multitud. *Una ve lo que quiere ver*.

—Ya no hay "investigación" —contesto—. A menos que consigamos más fondos del Gobierno, esto se acabó.

Mamá me observa con tristeza mientras hojeo las páginas del álbum. Cree que estoy al borde de una crisis nerviosa. Según ella, yo *creo* que vi a Lottie, lo que significa que ella no lo cree en absoluto.

—Cariño, lo que estás haciendo no tiene sentido —me dice.

—Nada de esto tiene sentido —replico.

Durante el fin de semana, mis padres intentan evitar el tema y se mueven con pies de plomo, claramente temerosos de hacerme estallar.

Dejo de lado mis convicciones agnósticas y voy a misa con mamá el domingo por la mañana porque ella me lo pide, pero no me da ninguna paz. Sentada en el banco, me siento vulnerable y expuesta, como si tuviera una diana en la espalda. Después, algunos feligreses se me acercan para transmitirme lo mucho que lamentan la "falsa alarma" en Londres.

Cuando llegamos a casa, papá me entrega una caja de zapatos llena de fotografías sueltas que no cabían en los álbumes.

—Es mejor estar seguro —dice.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Gracias, papá.

Me siento en la mesa del comedor y examino las fotos. Durante toda mi infancia, volvimos a Devon año tras año, y hay fotografías mías y de Harriet de todas las edades, de niñas hasta adolescentes. Durante esas vacaciones en South Weald House, cuando solo nos teníamos una a la otra como compañía, compartíamos una relación de hermanas que nunca se trasladó del todo a la vida normal. Solíamos ver la televisión juntas en la habitación del hotel cuando mamá y papá iban al pub cercano y se suponía que estábamos durmiendo. Nos turnábamos para vigilar la ventana, y en cuanto los veíamos subir la colina hacia el hotel, apagábamos el televisor y nos metíamos de nuevo en la cama. Esos momentos de complicidad fueron lo más cercano a la amistad que hemos tenido.

Coloco las fotos en una pila ordenada y las vuelvo a guardar en la caja. La mayoría de ellas han sido desechadas por estar desenfocadas o estropeadas por un dedo sobre el objetivo. Dios sabe por qué las guardó mamá…

Y entonces, ahí está.

Al oír mi grito, mamá se apresura a entrar desde la cocina, con las manos chorreando agua y espuma de jabón. Se inclina sobre mi hombro y mira la foto que tengo en la mano.

Harriet y yo estamos sentadas con las piernas cruzadas en el césped junto a otra niña, con cucuruchos de helado que se derriten en nuestras manos. Parece que tenemos unos siete y nueve años. Detrás de nosotras, una mujer de unos cuarenta años se ríe, con la mano levantada para protegerse los ojos del sol. Me resulta familiar, pero no puedo identificarla.

—¿Ves su camiseta? *Ese* es el logo que vi en el tren —exclamo.

—La señora Garton —dice mamá, recordando—. Era la encargada de la casa de South Weald House. Una mujer encantadora. Harriet era amiga de su hija; esa es ella, sentada a tu lado. —Se vuelve hacia papá, quien deja el periódico y se levanta de la silla—. ¿Cómo se llamaba la chica, Tony?

—Ni idea.

—Katie… No, Cathy, eso es. Pero la mujer que viste no puede ser la señora Garton, cariño. Murió hace años.

—No era ella —preciso con impaciencia—. Pero era el mismo logo. La mujer que vi llevaba un forro polar, no una camiseta, pero no hay duda de que el diseño es el mismo.

No eran imaginaciones mías. No me estoy volviendo loca.

El logotipo de South Weald House *existía*. El personal *usaba* algún tipo de uniforme.

Quienquiera que haya hablado con la policía, ese miembro retirado del personal que rastrearon, estaba equivocado.

O mintió.

La fotografía en sí misma no prueba nada. Puede que yo haya mezclado recuerdos de la infancia con algo que quería ver, algo que en realidad nunca estuvo allí. Pero esto dará a los detectives algo tangible con lo que trabajar. El hecho de que pueda demostrar que el logotipo *era* real le da al menos cierta credibilidad a mi historia.

—La policía debería ser capaz de rastrear al fabricante de esas camisetas —interpone papá—. Averiguar quién las compró. Ay, cielo.

No eran imaginaciones mías. *Era* Lottie a quien vi. Y, por primera vez en dos años, he hecho algo para ayudarla.

El timbre suena y me levanto de la mesa.

—Yo voy —digo.

—Debe de ser Wendy, la vecina —comenta mamá, que ya se dirige a la cocina—. Dijo que pasaría a buscar un poco de canela. Dile que ahora voy.

Meto la fotografía dentro de mi bolso sobre la mesa del vestíbulo para que no se pierda y abro la puerta principal.

—Hola, Alex —dice Marc.

Capítulo 40

Quinn

Danny aparca el coche pegado a la acera debajo una palmera y apaga el motor.

—Es el segundo bloque de la izquierda —le indica el investigador a Quinn mientras señala la hilera de edificios altos al otro lado de la calle—. Al Dhafrah 1. Vive en el cuarto piso, apartamento E.

—¿A qué hora suele llegar a su casa?

—Varía. Pero ya debería estar ahí.

—Quédate aquí —instruye Quinn a Danny—. No quiero que entremos en masa. Puede haber más de una salida, así que envíame un mensaje si lo ves salir. Phil, por ahora solo trae la cámara de mano. Si acepta una entrevista, podemos volver a buscar las luces.

Phil se coloca la bolsa de la cámara en el hombro.

—¿Cómo puede un maldito profesor de tenis darse el lujo de vivir en un lugar como este? —pregunta mientras cruzan la calle y esquivan los cuidados setos de boj. El edificio no es llamativo, pero es un barrio agradable y los coches aparcados en la calle son Mercedes y BMW.

—Estamos en Dubái —responde Quinn—. Recuerda que no hay impuesto sobre la renta. Y es probable que esté haciendo una fortuna con las amas de casa expatriadas y aburridas en el club de campo. Es un tipo apuesto.

—Estoy en el trabajo equivocado.

—Tú y yo, los dos.

Quinn toma la delantera a lo largo de un tramo de escaleras poco profundas que llevan al vestíbulo de mármol con aire acondicionado. No hay portero ni seguridad. Pulsa el botón del ascensor y la puerta se abre de inmediato, pero se vuelve a cerrar. Lo oprime por segunda vez y ocurre lo mismo. Hay algo atascado en el estrecho espacio entre el ascensor y el hueco del ascensor.

—Joder —maldice—. Tendremos que ir por las escaleras. Nos

vemos arriba.

El daño en su columna vertebral convierte las escaleras en todo un desafío. Cuando por fin llega al cuarto piso, Phil la está esperando con la cámara fuera y ya sobre el hombro.

Quinn se sorprende al ver la puerta del apartamento E entreabierta.

—¿Has llamado? —pregunta.

—Estaba abierta cuando llegué.

Quinn la empuja del todo.

—¿Hola? —llama.

No hay respuesta. Quinn lanza una mirada de advertencia a Phil. Un profesor de tenis y seductor de mujeres no parece una gran amenaza, pero lleva casi dos años huyendo del FBI. Quién sabe de qué es capaz si se ve acorralado.

Cuando entran en el vestíbulo, Phil señala un cochecito de muñecas rosa que está volcado de lado en el pasillo. Los latidos del corazón de Quinn se aceleran. Oficialmente, este hombre no tiene hijos, pero la información de Danny es correcta: *hay* una niña viviendo aquí.

La adrenalina fluye por el cuerpo de Quinn. Si encuentran a Lottie Martini será la mayor primicia de su carrera. Ya le ha pedido a Danny que ponga en marcha los preparativos para sacar a la niña del país con un pasaporte falso, vía Baréin y Chipre. No tiene ninguna intención de seguir las reglas y llevar a Lottie a la embajada británica solo para que algún funcionario quisquilloso del Gobierno aparezca con una orden judicial antes de que ella tenga la oportunidad de dar la noticia. Una vez que Lottie esté en suelo británico, a nadie le importará una mierda cómo llegó allí.

Avanzan con cautela por el pasillo hacia la sala de estar abierta, pero está vacía. Quinn se asoma al balcón y verifica un par de puertas que dan a la cocina, pero tampoco hay nadie en el baño ni en la despensa.

Toca una taza de café a medio beber que está sobre la encimera de la cocina: aún está caliente. Es obvio que alguien se ha ido deprisa, y no hace mucho.

—¿Crees que le avisaron? —pregunta Phil.

Ella se encoge de hombros.

—Es posible…

Se oye un ruido sordo en la parte trasera del apartamento. Phil está más cerca. Abre de golpe la puerta de un dormitorio que da al pasillo. Las persianas están bajadas y sus ojos tardan un momento en adaptarse a la penumbra.

Una figura surge de la oscuridad. Phil se inclina para esquivarla, maldiciendo, y se lanza sobre las piernas del hombre, dejando caer su cámara mientras lo derriba. Hay un breve forcejeo, pero Phil se ha criado en la parte más peligrosa de Moss Side en Manchester. Para

cuando Quinn encuentra el interruptor de la luz, ya tiene al otro hombre inmovilizado en el suelo debajo de él.

El hombre se resiste, pero su espíritu de lucha se ha agotado.

—Joder —exclama Phil—. Quédate quieto, coño, y me quitaré de encima.

El otro hombre deja de retorcerse. Phil lo suelta y el sujeto se menea con torpeza hasta quedar sentado contra la cama; respira con dificultad.

—¿Qué mierda le has hecho? —inquiere Quinn.

Phil resopla.

—Déjalo ya. No he sido yo.

Tiene razón: es imposible que el breve altercado que ella acaba de presenciar haya causado esas heridas. Está claro que alguien lo encontró antes que ellos. Su cara es una pulpa sanguinolenta. Tiene un ojo cerrado por la hinchazón y la nariz aplastada casi de costado contra la mejilla. No va a romper muchos corazones en el club de tenis en un futuro cercano.

Tose con dolor, y escupe sangre y trozos de dientes.

—La hostia —exclama Phil—. ¿Qué te ha pasado?

El hombre gira su ojo bueno hacia la puerta.

—No hay nadie más aquí —lo tranquiliza Quinn—. Estás bien, por ahora.

Phil recoge su cámara y la agita. Produce unos ruidos inquietantes.

—De puta madre. —Lanza una mirada furiosa al hombre—. Imbécil. ¿Segura de que es el tipo correcto, Quinn?

Ella se inclina junto al hombre y le toma la mano derecha, luego la gira para que ambos puedan ver el interior de la muñeca. Un tatuaje de una rosa de los vientos, idéntico al del tristemente célebre vídeo.

—¿Eres Ian Dutton? —pregunta Quinn.

El hombre inspira y asiente con la cabeza.

—¿Qué pasó? ¿Sabes quién hizo esto?

El hombre se vuelve otra vez hacia la puerta. Quinn se da cuenta entonces de que lo que le preocupa a Dutton no es que alguien pueda estar acechando en el vestíbulo: está mirando hacia el vestidor. Phil también lo advierte. En respuesta a un movimiento de cabeza de Quinn, abre de golpe la puerta del vestidor. En el suelo, enredada entre las zapatillas y las raquetas de tenis, hay una niña.

Capítulo 41

Alex

POR MUCHO QUE QUIERA, NO puedo dejar a Marc de pie en la puerta. Ya me han atrapado demasiadas veces los fotógrafos con teleobjetivos largos, y con la financiación de la fundación en juego, no necesito más escándalos.

—¡Ya voy, Wendy! —grita mamá desde la cocina—. No estaba segura de si querías la canela molida o…

Se detiene en seco al ver a Marc de pie en el pasillo.

—La verdad es que creo que le llevaré esto a Wendy ahora —agrega con rigidez—. Le ahorraré el viaje. Me alegro de verte de nuevo, Marc.

—Y yo a usted, señora Johnson.

No le dice que la llame Mary, como ha hecho cada vez que se han encontrado desde que dejé la universidad. De hecho, ni siquiera lo puede mirar a los ojos mientras cuelga su delantal en el pilar del pasamanos de la escalera y se dirige a la puerta de la casa vecina.

—Pasa al estudio —le indico a Marc. No quiero que papá sepa que está aquí. No es tan indulgente como mamá.

Marc se detiene en la puerta del estudio con actitud incómoda. Hago un gesto de impaciencia hacia el sofá.

—Ya estás aquí. Siéntate.

—Sé que no quieres verme —empieza—. Pero tenía que venir cuando me enteré de la noticia. Estaba en Sudáfrica la semana pasada, si no, habría venido antes.

—No deberías haberte molestado.

—¿De verdad crees que viste a Lottie?

—Sí.

—Eso es increíble, Alex —comenta—. Ahora es solo una cuestión de tiempo. La policía podrá rastrear…

—Ambos sabemos que tú no crees que fuera ella. Dejemos de fingir.

¿Por qué estás aquí?

Marc baja la vista hacia sus manos entrelazadas con flojedad entre sus rodillas. No lleva anillo de bodas, por supuesto. Advierto que ha perdido un poco de pelo en la coronilla y que está más delgado que la última vez que lo vi, hace casi un año. Sé que no es justo culparlo por todo lo que pasó, pero hace tiempo que perdí la capacidad de cargar con el dolor ajeno además del mío.

—Sabes por qué estoy aquí —responde.

—Nada ha cambiado —afirmo.

Levanta la mirada con expresión atormentada. Tiene bolsas debajo de los ojos y la piel pálida y grisácea.

—Solo fue un *beso*, Alex.

—Los dos sabemos que eso no es cierto —replico.

No soy una mujer tan delicada como para no poder lidiar con un hombre que se pasa de la raya y avanza sin que se lo pidan. Nado con abogados. Estoy acostumbrada a los tiburones.

Y fue "solo" un beso. Nunca estuve en peligro físico; Marc reculó en cuanto le di una bofetada. Si hubiera sido cualquier otra persona, ni lo hubiera notado. Pero no fue otra persona. Fue Marc.

Los dos habíamos estado trabajando hasta tarde en una nueva campaña de marketing en la fundación. El resto del equipo se había ido de la oficina y cuando por fin terminamos el trabajo, agotados y exhaustos, Marc se ofreció a llevarme a casa como tantas otras veces. ¿Por qué no iba a aceptar? Éramos amigos desde hacía más de una década. Y nunca se había planteado algo más entre nosotros. Marc estaba *casado*.

Y entonces, cuando aparcaba frente a mi casa, se había inclinado y me había besado. Mientras lo apartaba, me confesó que estaba enamorado de mí y que lo había estado desde hacía años. Como si eso *mejorara* las cosas.

Un beso impulsivo, una insinuación torpe: eso podría habérselo perdonado. Pero Lottie fue secuestrada en su *boda*. Y ahora me estaba diciendo que todo era un error, porque había estado enamorado de mí todo el tiempo.

Nunca debió casarse con Sian.

Lottie nunca debió haber estado en Florida.

Una foto del inoportuno beso de Marc, tomada por un vecino entrometido, había terminado en los periódicos ese fin de semana. Sian echó a Marc de la casa y yo sumé el epíteto de *rompehogares* a los de *madre inepta y puta*. Las donaciones a la fundación cayeron en picado, y aunque Marc dejó el consejo directivo, nunca se recuperaron.

Marc no podía saber el efecto mariposa que tendrían sus decisiones. Pero, que Dios me ayude, sigo sin poder perdonarlo. He tratado de

superarlo, pero no puedo. Cada vez que lo miro, veo una boda que no debería haber ocurrido, una mentira que me costó a mi hija.

No tengo una sola amistad que no se haya deteriorado por la pérdida de Lottie. Todos los que estuvieron en la boda cargan con la mácula de la sospecha, en particular los llamados “los doce apóstoles”: la docena de invitados que estuvieron en la “última cena” de Lottie la noche previa a la boda. Y los que no estuvieron allí tampoco están a salvo; los troles en internet han acusado a Harriet de arrebatarme a mi hija porque no podía tener un hijo propio.

La cercanía que antes compartía con mis padres se ha vuelto claustrofóbica. Se preocupan por mantenerme a salvo, cuando el cielo ya se ha desplomado. Y he perdido muchas amigas porque no saben qué decirme, cómo ser madres cerca de una mujer que ha perdido a su hija. El último tabú de la sociedad no es el sexo: es el duelo.

—Ha pasado un año, Alex —suplica Marc—. Me he alejado de ti, como me pediste. No sé qué más puedo hacer para demostrarte que lo siento.

—Sé que lo sientes —digo—. Pero es demasiado tarde.

—Por favor, Alex. Cualquier error que haya cometido, es solo porque te amo…

—No hagas eso.

—Lottie se ha ido —añade, y se pone de pie—. Me rompe el corazón, pero se ha ido, Alex. Todavía tienes el resto de tu vida. Ella no querría que la desperdiciaras. Querría que volvieras a ser feliz.

—Deberías irte —decido, y abro la puerta.

—Después de todo lo que he hecho por ti —dice Marc.

Un extraño escalofrío me recorre la espalda. Hay una sombra en los ojos de Marc, una oscuridad. “Después de todo lo que he hecho por ti”. ¿Qué quiere decir?

Mi teléfono suena y el número de Jack aparece en la pantalla. Se me seca la garganta al instante. Jack dijo que me llamaría en cuanto tuviera noticias sobre Ian Dutton.

—Tengo que contestar, Marc. Tienes que irte ahora. Por favor, no vuelvas.

Cierro la puerta principal detrás de él y respiro profundo. En los próximos segundos, sabré si…

—No la hemos encontrado —me comunica Jack sin rodeos—. Pero hay algo que tienes que ver.

Capítulo 42

Alex

—Está claro que a Ian Dutton le tendieron una trampa —me explica Jack.

Estamos sentados en su sede electoral menos de dos horas después de que haya recibido su llamada. Cualquier plan que tuviera para esta noche lo ha cancelado para poder reunirse conmigo de inmediato. Jack comprende que, aunque mi hija lleva desaparecida más de dos años, cada noche de *no saber* es tan brutal y atormentada como la primera.

—¿Qué quieres decir con que le tendieron una trampa? —pregunto.

Jack me pasa su teléfono. Miro con atención la foto de una atractiva morena de unos veintitantos años. Parece de Oriente Medio: siria, tal vez, o libanesa.

—Se llama Sanaa —cuenta Jack—. Es la novia de Ian Dutton. Es la mujer que estaba con él en el vídeo. Y *esa* —agrega mientras toma el móvil y desplaza la pantalla a otra fotografía antes de devolvérmelo— es la niña que Ian llevaba en brazos. La hija de seis años de Sanaa, Hala.

Estudio la pantalla. El cabello largo de la niña es rubio brillante, como el de Lottie. Tiene más o menos la misma edad que tendría mi hija, pero el parecido termina ahí. Pellizco la pantalla y amplío su rostro. De cerca, es obvio que es una niña diferente —el color de ojos equivocado, la nariz equivocada—, pero, por supuesto, lo único que se veía en el vídeo era la parte posterior de su cabeza.

—¿Por qué no se presentó y explicó quién era la niña? —pregunto, y le devuelvo el móvil—. ¡Su nombre y su fotografía estaban en todos los medios! ¡Podría haberse descartado como sospechoso con una sola llamada!

—Porque él y Sanaa se estaban fugando —precisa Jack.

—¿Y qué?

—Sanaa es libanesa y su esposo también. En el Líbano, las cuestiones relativas a la custodia de los hijos y el divorcio se deciden por lo general en los tribunales religiosos. Si el padre demuestra que la madre no es apta o carece de integridad moral, la mujer pierde todo derecho sobre el niño. —Se levanta del sofá de cuero y nos sirve a los dos una medida de whisky de la botella en un estante—. Escapar con otro hombre, en especial con un occidental, como Ian, es un caso bastante claro en ese sentido.

—¿Así que prefirió convertirse en el centro de una investigación de *secuestro*?

—No era solo que Sanaa no tendría una audiencia justa en el tribunal —continúa Jack—. La última esposa del hombre murió en circunstancias misteriosas. Sanaa le tenía terror. Sabía que si lo dejaba, tendría que desaparecer por completo, igual que Ian.

Esto explica sin duda por qué Ian se ha estado escondiendo en Dubái bajo un nombre falso, dispuesto a sacrificar su reputación y a huir para proteger a la mujer que ama.

Pero también sacrificó cualquier esperanza que yo tuviera de encontrar a mi hija.

Después de que la policía lo identificó como principal sospechoso, la búsqueda prácticamente se abandonó.

—¿Qué fiabilidad tiene esta información? —pregunto.

—Es fiable. —Jack toma un trago—. Mis muchachos no pierden el tiempo. Ian se mostró un poco reacio a hablar al principio, pero como te dije, mis muchachos pueden ser muy persuasivos.

No siento pena por Ian Dutton. Su silencio nos ha hecho perder el tiempo durante casi dos años. Me enferma cuando pienso en el dinero y los recursos humanos que se han asignado a la búsqueda del hombre equivocado. Cada hecho que hemos utilizado para orientar nuestra búsqueda desde que las imágenes salieron a la luz por primera vez se ha basado en una pista falsa. Si Ian no podía llamar a la policía, podría haberme llamado a mí, o enviado un mensaje. Podría haber hablado con *alguien*.

—Espera. Si era la hija de Sanaa la que cargaba Ian, ¿por qué alguien la filmaría? —pregunto—. ¿Por qué pensarían que era Lottie?

—Nadie pensó eso. Esto fue una maniobra malintencionada, Alex. Ese vídeo descarriló toda la investigación. Todo el asunto del teléfono de prepago serbio, la llamada a la policía italiana, alguien se tomó muchas molestias para tenderle una trampa a Ian y hacer que la policía diera vueltas en círculos. *Querían* que se perdieran tiempo y recursos, y lo consiguieron.

La crueldad sádica de todo esto me genera una rabia repentina.

—Quienquiera que lo haya grabado, se escondió en un portal de la calle, con el teléfono en la mano, y esperó para filmar la huida de Ian

a medianoche —deduzco con furia—. Te das cuenta porque el vídeo empieza antes de que ninguno de los dos salga por la puerta. El cabrón debió de haberlo sabido de antemano.

—Ajá.

—Tiene que ser alguien de una lista bastante corta de personas, Jack.

—Según Ian, ni siquiera se lo dijo a su familia. Por cierto, todavía no lo ha hecho. No tienen ni idea de que está en Dubái. Sanaa tampoco se lo dijo a nadie; sus padres habrían apoyado a su esposo antes que a su hija. Ian insiste en que los únicos que lo sabían eran ellos dos.

—¡*Alguien* lo sabía!

Jack se frota el pulgar en el labio.

—Quienquiera que envió ese vídeo era lo bastante cercano a Ian como para saber lo que estaba planeando. Eso nos da algunos parámetros.

—¿Quién podía saber que iba a desaparecer en mitad de la noche, si ni siquiera su familia lo sabía? —exclamo; la frustración se cuela en mi voz.

—Puede parecer que no hemos avanzado, Alex, pero créeme, estamos progresando —asevera Jack—. Cuando identificaste a Ian en el vídeo, la policía solo se concentró en encontrarlo por razones obvias. No se enfocaron en el círculo de personas que lo rodeaban, lo que significa que hay pistas que es probable que no se hayan investigado.

Quiero creer que tiene razón. Tener un nuevo foco de investigación *es* un gran paso adelante. Llevamos mucho tiempo dando palos de ciego, y esto podría ser el giro que necesitamos.

U otro callejón sin salida.

—Deberíamos averiguar si Ian tiene alguna conexión con alguien de South Weald House —sugiero—. Tal vez conocía a alguien que trabajaba allí.

—Se podría considerar, claro —responde Jack.

Me doy cuenta cuando alguien ningunea lo que digo.

—No pareces convencido —dejo caer.

Jack tira de su corbata hacia un lado para aflojarla. Una vez más, me sorprende la energía reprimida que transmite. Es imposible no dejarse llevar por esa contracorriente, y a pesar de mi desgarrador sufrimiento, saber que Jack cree que estamos llegando a algo me hace sentir un poco mejor.

—Mira, hemos establecido que Lottie debía conocer a quien la secuestró, ¿verdad? —contesta—. O que al menos se sentía cómoda con él, o de lo contrario habría gritado cuando se le acercó. O creado algún tipo de alboroto, lo que sea. Esa es una de las razones por las

que Ian encajaba para la policía.

—Sí.

—Y ahora sabemos que quien se la llevó también conocía muy bien a *Ian* —agrega mientras hace una pelota con su corbata y la arroja dentro de un cajón del escritorio—. Lo bastante bien como para haber descubierto sus planes con Sanaa y estar allí el día y la hora adecuados para grabarlo. O sea, que buscamos a alguien que conocía a Lottie *y* a Ian.

—Los doce apóstoles —concluyo.

Jack acerca un bloc de papel hacia él.

—Sí. Tiene que ser alguien que estuvo en el ensayo de la cena de la boda. Es la única oportunidad que habría tenido de conocer a Ian y a Lottie. Ian solo estuvo una noche en Florida y les dijo a mis muchachos que no habló con nadie más en la boda. Dame los nombres de todos los que estuvieron en esa "última cena" aparte de ti y de Ian.

—Paul Harding —empiezo—. Zealy. Marc y Sian, por supuesto, y los padres de Sian, Penny y David. Eric, el padre de Marc. Catherine Lord, la dama de honor, se casó con Paul unos meses después de la boda, así que ahora es Catherine Harding. Y Flic y Johnny Everett, los padres de una de las damas de honor, Olivia.

—¿Alguien más?

—Eso es todo —digo—. Pero la policía los ha investigado a todos, varias veces…

—La policía se pasó la primera mitad de la investigación pensando que eras tú y la segunda insistiendo en que era Ian —replica Jack—. No voy a confiar en nada de lo que digan.

Advierto que ha dividido los diez nombres en dos columnas separadas.

—Hombres y mujeres —precisa Jack—. Viste a una mujer en el tren con Lottie. Así que por ahí es por dónde empezaremos.

Dos años y catorce días desaparecida

Capítulo 43

Alex

ME DESPIERTA UN RUIDO EN el piso de abajo. Me siento en la cama; el corazón me late con fuerza. Los números rojos del reloj sobre mi cómoda marcan las 4.33 de la mañana.

Se oye otro golpe suave y el sonido inconfundible de alguien moviéndose en la cocina abajo.

Retiro las sábanas y me deslizo en silencio fuera de la cama. No estoy tan asustada como furiosa: el sueño es mi enemigo más acérrimo y solo me llega después de horas de dar vueltas en la cama cada noche. Ya sé que esta noche no volveré a perderme en el bendito alivio del olvido.

Otro golpe y, luego, un raspado extraño y sordo de metal contra metal.

Me han robado tres veces desde que se llevaron a Lottie; mi anodino adosado en Balham ha aparecido en los periódicos con la suficiente frecuencia como para convertirme en blanco tanto de maniáticos como de ladrones que parecen creer que tengo billetes de la Fundación Lottie escondidos bajo el colchón. Después del primer robo, instalé un sistema de seguridad de última generación, pero la tecnología es solo tan eficiente como su operador humano. Me he vuelto descuidada a la hora de activar el sistema cuando me voy dormir, sobre todo porque tiene tendencia a dispararse con una simple pluma que atraviese uno de los sensores.

Cojo el móvil de la mesita de noche, marco tres nueves y mantengo el dedo sobre el botón verde de llamada mientras bajo las escaleras. Una farola frente a la puerta de entrada proyecta un rectángulo de luz a través de la ventana semicircular en la parte superior de la puerta y refleja cuadros abstractos en colores turquesa y púrpura sobre las baldosas blancas y negras del vestíbulo.

El sonido de pasos en la cocina me hace detenerme en seco. No

tengo un arma, y aunque la tuviera, no tengo ni idea de cómo usarla. Cuando estaba en la universidad, hice un curso de defensa personal de seis semanas, pero la última vez que me enfrenté a alguien, mi oponente fue mi hermana de siete años.

Joder.

Con un grito, abro la puerta de la cocina con tanta fuerza que rebota en la pared y me golpea al volver. Una sombra delante de mí sale disparada hacia el pasillo.

Una sombra pequeña de cuatro patas.

El zorro se detiene al llegar a la puerta principal, acorralado. Doy un paso hacia él y me enseña los dientes con un gruñido feroz.

Me detengo y levanto las palmas de las manos como si se tratara de una negociación de rehenes.

—Ey, tranquilo —le digo—. Me has asustado tanto como yo a ti.

El zorro vuelve a gruñir. No puedo llegar a la puerta principal para dejarlo salir, así que vuelvo a la cocina y abro la puerta trasera. El zorro pasa junto a mí y se pierde en la oscuridad, cierro la puerta detrás de él.

La ventana batiente sobre el fregadero está abierta; debió de haber entrado por ahí. No recuerdo haberla abierto, pero mi memoria no es de lo más fiable estos días.

Cierro la ventana. El zorro ha volcado un paquete de café en grano que estaba sobre la encimera, ha roído un paquete de cartón con copos de cereales y ha roto la bolsa interior.

Ordeno el desastre y me pongo a barrer cuando el corazón me empieza a golpear el pecho con tanta fuerza que puedo oír la sangre en mis oídos. La escoba y el cogedor me tiemblan en las manos y mi visión se vuelve borrosa. Una ola de calor me eriza el cuerpo. Me quito la camiseta que uso para dormir y me echo agua fría en la cara. Mi corazón late aún más rápido, aún más fuerte. Respiro profundo para calmarme, pero mi respiración es corta y superficial. El pecho se me cierra hasta que siento que me ahogo y mi visión se oscurece y se restringe, y luego se vuelve caleidoscópica, como cuando cierras los ojos y te aprietas los párpados para ver estrellas. Me sujeto a la encimera con manos hormigueantes para mantenerme en pie.

Abro de un tirón el cajón más cercano y rebusco entre los folletos de reparto de pizza, manuales de instrucciones de electrodomésticos y filtros de café de repuesto para encontrar el envase de Valium que guardo allí. Consigo coordinar mis dedos temblorosos el tiempo suficiente para arrancar la tapa a prueba de niños y tragarme en seco dos comprimidos.

La medicación tarda veinte minutos en hacer efecto. Me dejo caer al suelo y me acurruco sobre las baldosas frías, y me digo que puedo superarlo. “Puedo superarlo. Ya he pasado por esto antes y puedo

superarlo”. Finalmente, el ataque de pánico amaina. Mi ansiedad empieza a disminuir y el sudor se enfría en mi piel mientras mi respiración vuelve despacio a la normalidad.

Me incorporo hasta sentarme y me apoyo contra el armario de cocina más cercano. Me siento completamente agotada, como si hubiera corrido una maratón. Y, en términos de la respuesta aterrada de mi cuerpo, lo he hecho.

Me pongo de pie y termino de barrer el resto del café y los copos de avena derramados, moviéndome como una anciana. Ya hemos tenido zorros urbanos por aquí, aunque es la primera vez que uno se atreve a entrar en la casa. Pero la culpa es mía por dejar la ventana abierta.

Me inclino sobre el fregadero y compruebo dos veces que he puesto el pestillo en la parte superior de la ventana. Y entonces veo que el cierre está roto. Hay unas muescas visibles en el marco. Alguien ha forzado el cierre, y hace muy poco. La madera expuesta es pálida y nueva. Alguien estuvo aquí, en mi casa, mientras yo dormía.

Capítulo 44

Alex

Mi caro portátil está donde debe estar, sobre el escritorio en mi estudio.

También lo están los pequeños pendientes de diamantes que, como una estúpida, dejé en el alféizar de la ventana el otro día porque había hablado tanto tiempo por teléfono con un cliente que me estaban irritando los lóbulos de las orejas. La ventana de la oficina está bien cerrada. Mis viejos expedientes están apilados ordenadamente en la estantería de debajo, con las esquinas perfectamente alineadas, intactos.

Pero el soporte que contiene mis bolígrafos está a la izquierda del teclado, no a la derecha. Siempre alineo el ratón con el borde de la almohadilla; eso también está en el lugar equivocado.

Ningún ladrón que se precie de tal deja detrás de él diamantes y aparatos electrónicos. Es evidente que quien entró en mi casa buscaba otra cosa.

¿Información?

He sorprendido a más de un periodista rebuscando en mis cubos de basura e interceptando mi correo, aunque ninguno de ellos ha irrumpido todavía en mi casa. Pero esto también podría estar relacionado con uno de los casos en los que estoy trabajando, lo que me preocupa más. Represento a varias mujeres que tienen mucho que temer. Una de ellas pidió asilo aquí en el Reino Unido después de que su acaudalado esposo e hijo paquistaníes asesinaran a su hija en un crimen de honor por negarse a casarse con el hombre elegido para ella. Otra joven yemení lesbiana vive en constante temor por su vida. Ambas están recluidas en casas de seguridad aquí en Londres. Soy su abogada defensora: alguien podría haber querido averiguar sus direcciones.

Pero todos los expedientes de los casos en los que estoy trabajando

siguen en su sitio en mi escritorio y no muestran signos de haber sido alterados.

Cuando verifico mi portátil, descubro que su sofisticado sistema de seguridad —instalado por mi bufete— tampoco ha sido vulnerado. Quizá quien haya registrado mi estudio no tuvo tiempo de encontrar lo que buscaba antes de que el zorro me sacara de la cama.

Saber que alguien estuvo en mi casa, revisando mis cosas, debería asustarme más de lo que lo hace. Ahora sería el momento lógico para un ataque de pánico, pero soy inmune a la sensación normal de violación que la mayoría de la gente siente después de un robo: desde hace más de dos años, soy propiedad pública. No hay ningún rincón de mi vida que no haya sido revelado y expuesto al juicio ajeno.

No me queda privacidad que invadir.

La falta de miedo deja espacio a la curiosidad llana. ¿Quién ha entrado y qué esperaba encontrar?

No tiene sentido llamar a la policía. Supongo que un allanamiento de morada en el que no se han llevado nada no justifica ni siquiera un número de caso, mucho menos una investigación. Tampoco me interesa la publicidad que conllevaría la inevitable filtración a la prensa. Lo resolveré yo misma. Tengo la corazonada de que si logro descubrir qué se han llevado, eso me conducirá a *quién* lo hizo.

Me siento a mi escritorio y reviso con cuidado cada uno de mis expedientes y carpetas. No encuentro que falte nada, ni una página fuera de lugar, en ninguno de ellos.

Excepto en una.

Es casi seguro que no habría advertido la discrepancia si no hubiera estado en alerta máxima, centrada en encontrarla. Pero en cuanto abro la carpeta, me doy cuenta de que los clips que sujetan mis notas están colocados en la esquina izquierda de las páginas, donde los pondría la mayoría de la gente, en lugar de en la derecha, como es mi costumbre. O sea, que el allanamiento no ha sido por trabajo ni por conseguir una noticia. Ha sido por Lottie. Siempre es por Lottie.

Paso las páginas de notas con rapidez hasta llegar a la parte posterior de la carpeta donde guardé la fotografía de mi hermana y yo comiendo helados sobre el césped con laencargada de South Weald House.

No está.

Se me acelera el pulso. Reviso la carpeta de nuevo y luego, miro alrededor del escritorio por si se me ha caído, pero no hay duda de que no está. He enfadado a tantos y he buscado debajo de tantas piedras que he forzado a alguien a salir de su escondite.

Puede que Jack no crea que hay una conexión entre Lottie y South Weald House, pero yo estoy segura de que sí.

Y solo hay una persona que puede ayudarme a encontrarla.

No me sorprende cuando el móvil de Harriet desvía mi llamada directamente al buzón de voz. Mi hermana siempre ha sido madrugadora, sobre todo desde que se mudó a las Shetland, pero nuestras comunicaciones en los últimos dos años han sido, como mucho, esporádicas. Cuando hablamos, parece que no sabemos qué decirnos.

Si es que alguna vez lo supimos.

—Soy yo —digo en cuanto termina el saludo grabado—. Mira, he estado pensando que podría ir para allá y quedarme unos días contigo. Sería agradable pasar tiempo juntas.

Hago una pausa. ¿Es suficiente?

—Estaré allí mañana por la tarde —añado—. Te enviaré un mensaje cuando llegue a Orkney.

Guardo el móvil en el bolsillo de mis pantalones de deporte, me dirijo a la cocina e introduzco una cápsula de café en la cafetera. “Uno”, pienso.

Un flujo de rico tueste oscuro colombiano cae en mi taza. “Dos”. Me acomodo en un taburete de la cocina.

“Tres…”

Capítulo 45

Alex

Mi teléfono vibra.

—Hola —digo.

Parece que a Harriet le falta el aliento. Me la imagino escuchando mi mensaje y siendo presa del pánico ante la idea de que yo aparezca en su puerta. Dudo que yo esté entre sus contactos de marcación rápida. Habrá tenido que buscar mi número y teclearlo a la antigua usanza. No me extraña que esté sin aliento.

—No es un buen momento para que vengas —empieza mi hermana—. El tiempo ha sido horroroso y Mungo acaba de volver de las plataformas hace dos días. Ya conoces su humor cuando se está adaptando. Me encantaría verte, pero…

—Relájate —la tranquilizo—. No pienso ir las malditas Shetland. Solo te lo dije para que me llamaras.

—Ah.

—Aunque una persona más sensible podría sentirse un poco ofendida por tu afán por disuadirme.

Lo digo en broma, pero suena como una acusación.

Sé que mi hermana me quiere, igual que yo a ella, pero cuando pienso en la cercanía que Zealy comparte con Marc o en la amistad que muchos de mis amigos tienen con sus hermanos, tengo una sensación de pérdida. Hay una extraña desconexión entre Harriet y yo que nunca he terminado de entender. Ella se aisló de mí emocionalmente mucho antes de poner esa distancia literal entre nosotras.

—¿Mamá está bien? —pregunta mi hermana por fin.

—Parecía estar bien el fin de semana —respondo—. Un poco cansada, tal vez.

En realidad, ahora que lo pienso, mamá no era la misma. Papá dijo que dormía mal, pero debería llamarla para asegurarme de que está

bien.

—Me enteré de lo que pasó —dice Harriet con brusquedad—. En Londres, quiero decir.

Es como si le incomodara mencionar el nombre de Lottie. *Me enteré de lo que pasó. Ya sabes. Cuando viste a tu hija desaparecida en un tren a más de seis mil kilómetros de donde desapareció.*

Lo entiendo muy bien: la incomodidad. Ya nadie sabe cómo lidiar con el dolor. No hay un modelo a seguir y por eso, cuando ocurre una catástrofe, celebramos vigilias con velas y levantamos santuarios al borde de la carretera y lanzamos campañas de GoFundMe y luego pasamos enseguida a otra cosa, antes de tener que hacer frente al caos de las emociones reales.

Los victorianos sabían lo que hacían con la ropa de luto de las viudas y los brazaletes negros. La etiqueta para el duelo de un ser querido era estricta, y hoy puede parecer risible que el ancho de un brazalete negro estuviera dictado por la relación con el fallecido, pero todo el mundo sabía cuál era su posición. Sabían lo que se esperaba de ellos. Y cuando una viuda se despojaba del luto, de sus vestidos y su crespón negros, enviaba una señal al mundo de que estaba lista para reincorporarse a él.

La gente cruza la calle para evitarme porque no sabe qué decir. Es extraordinario cómo muchos de ellos ni siquiera mencionan a Lottie "porque no quería volver a sacar el tema", como si la pérdida de mi niña fuera algo que yo pudiera *olvidar*.

Echaré de menos a mi hija con cada aliento que tome durante el resto de mi vida, pero sigo siendo humana. A veces anhelo tanto la normalidad que me duele: que alguien haga una broma y no me mire como disculpándose, como si acabara de tirarse un pedo en la iglesia.

Sé que Harriet se preocupa por Lottie casi tanto como yo y que ella también sufre. Pero si yo puedo soportar mi pérdida y seguir levantándome por las mañanas, ella debería reconocer mi dolor y pronunciar el nombre de mi hija.

—Tengo que pedirte algo, Harriet —comento de pronto—. ¿Recuerdas ese lugar en Devon donde solíamos ir cuando éramos niñas? ¿South Weald House?

—Por supuesto —contesta, sorprendida—. ¿Por qué?

—Eras muy amiga de la hija de la encargada, ¿verdad?

—¿Cathy?

—Sí.

—Eso fue hace años —refiere Harriet—. No la he visto desde que dejé Londres. Estaba en el UCL2* ya sabes, igual que tú.

—Vi una vieja foto de ella el otro día cuando estaba revisando los álbumes con mamá —explico—. Comiendo helado con nosotras en el césped. Necesito hablar con ella. ¿Todavía estáis en contacto?

—¿Por qué no le pides el número a Marc? —sugiere Harriet.

—¿Por qué habría de tenerlo *Marc*?

El aire muerto entre nosotras se carga de tensión. En el silencio, puedo oír el viento azotando su pequeña granja a miles de kilómetros de distancia.

—¿En serio no lo sabes? —pregunta Harriet, por fin.

Se me erizan los pelos de la nuca. No soy supersticiosa. No creo en la intuición ni en el sexto sentido femeninos.

Sujeto el teléfono con más fuerza.

—¿De qué estás hablando, Harriet?

—Marc Chapman entrenó a Cathy cuando ella estaba en el equipo de fútbol del UCL, así fue como ella y Sian se hicieron amigas. Pensé que lo sabías, Alex.

—¿Qué sabía *qué*?

—Catherine Lord —responde—. *Cathy*. Fue la dama de honor de Sian.

2* Siglas de University College of London o Universidad de Londres. *(N. de la T.)*

Capítulo 46

Ya nadie nos mira dos veces cuando nos aventuramos fuera, aunque todavía mantengo nuestras salidas al mínimo. Aquí en la ciudad nos fusionamos con una multitud de millones de personas, aunque solo hace falta una para reconocerla.

Excepto que a la niña no le hace bien estar siempre encerrada en una habitación de hotel. Hace demasiado tiempo que no tiene con quien jugar. Está inquieta, aburrida, llena de energía contenida que se manifiesta en rabietas y ataques de furia. Requiere atención constante, entretenimiento constante.

Me preocupa que sea mentalmente inestable, que todo lo que le ha pasado la haya dañado de manera irremediable.

O tal vez sea solo yo. Nunca he sido una madre práctica. De cualquier manera, no puedo mantenerla encerrada todo el tiempo. No es saludable para ella pasar horas mirando una pantalla y está empezando a ponerse pálida.

Necesitamos salir de la ciudad, ir a un lugar donde pueda estar al aire libre y correr. Un lugar rural, donde la gente sea reservada pero que no esté tan apartado como para que los desconocidos atraigan la atención. Un lugar acostumbrado a los turistas y a las caras nuevas en la tienda del pueblo.

Alquilo una casa en la costa y pago tres meses por adelantado en efectivo, aunque ni por asomo tengo previsto quedarnos allí tanto tiempo. El chico joven de la agencia inmobiliaria no me pide el documento de identidad, aunque tengo preparado mi pasaporte falso. Está demasiado ocupado contando billetes.

La foto de la niña ya no aparece en las portadas, y en este remoto páramo, su nombre no está en boca de la gente. No creo que nadie la busque aquí después de todo este tiempo, pero no puedo estar segura.

Tengo cuidado cuando salimos, porque podrían estar buscándome a mí también.

Todos los días, cuando busco en internet, me pregunto si hoy es el día en que veré mi propia cara devolviéndome la mirada.

No puedo creer que nadie haya hecho la conexión. A pesar de toda mi precaución y planificación, no pude atar todos los cabos sueltos. Un tirón en el lugar correcto y mi mundo construido con tanto cuidado se desmoronará.

Pero con cada día que pasa, me siento un poco menos ansiosa de ser descubierta, un poco más segura de que nadie vendrá a por la niña.

Ya ha dejado de preguntar dónde está su "mamá". Ya no pide volver a casa.

Sabe que me molesta mucho.

Capítulo 47

Quinn

QUINN ADMIRA EL CULO FIRME de Zealy mientras la sigue hasta una luminosa sala de estar abierta con una espectacular vista de millones de dólares sobre el Támesis. Debe de haber dinero familiar aquí o tal vez un viejo rico; Zealy Cardinal es una profesora de danza con un estudio con apuros económicos en Islington, y no hay forma de que pueda permitirse la escultura en vidrio de Chihuly en la biblioteca o esas sillas Barcelona de Mies van der Rohe sin estar financiada por alguien.

Zealy se acomoda con elegancia en una de las sillas de cromo y cuero y coloca sus pies descalzos debajo de ella. Los ojos de Quinn se desvían a sus pezones, claramente visibles debajo de su túnica blanca de cachemira.

—Tiene quince minutos —le anuncia Zealy.

Quinn apoya su móvil en la mesita de café de vidrio entre ellas.

—¿Le importa si grabo? —Indica su brazo paralizado—. Me resulta difícil tomar notas.

—De acuerdo.

—¿Qué puede decirme sobre Catherine Lord?

Zealy parece desconcertada.

—¿Catherine? Dijo por teléfono que tenía información sobre mi hermano.

—Tenga paciencia. Ya llegaré a eso.

Zealy juega con el delgado brazalete de plata en su muñeca. Sus dedos son largos y elegantes, como el resto de ella.

—No puedo decirle nada —contesta por fin—. En realidad no la conozco.

—¿Pero su hermano tiene relación con ella?

—La verdad es que no. Marc la entrenó en la universidad. Es amiga de Sian, no de él. Él las presentó, eso fue todo.

—¿Ha visto a Catherine desde la boda? —pregunta Quinn.

—No.

—¿Y su hermano? ¿La ha visto?

—No lo sé. Lo dudo. Ya se lo dije, era amiga de Sian, no de él. No creo que la haya visto desde el divorcio. —Se aparta el pelo de la cara y enlaza las trenzas en un nudo flojo en la nuca—. Mire, no veo qué tiene que ver todo esto con Marc.

Está a un paso de decirle a Quinn que se vaya.

—No le gusta mucho Catherine, ¿verdad? —insinúa Quinn con ligereza.

Zealy se levanta con brusquedad de la silla de dos mil dólares y se abraza con sus brazos delgados como si una ráfaga ártica hubiera barrido la habitación.

Bingo.

—Hay algo *raro* en ella —admite—. Todo el tiempo que estuvimos en Florida, siempre estaba… *ahí*. Cada vez que te dabas la vuelta. Escuchando en los rincones, observándote. Era extraño. Y se pasaba el tiempo adulando a Sian, aunque creo que en el fondo como que la *odiaba*. Una de esas mujeres a las que no les gustan otras mujeres, ¿entiende?

Quinn sospecha que Zealy ha conocido en su vida a muchas mujeres así.

—¿Y Alexa Martini? —inquiere ahora—. ¿Cómo se llevaba Catherine con ella?

Zealy se encoge de hombros.

—Solo hablaron un par de veces.

—¿Alguna vez sospechó que Catherine podría haber tenido algo que ver con la desaparición de Lottie?

Zealy se frota la parte superior de los brazos con nerviosismo.

—No. Tal vez. No sé.

Quinn apaga el grabador de su teléfono.

—Mire, esto es extraoficial. Solo entre usted y yo. Lo que diga no saldrá de esta habitación.

Zealy se muerde el labio.

—No tengo ninguna prueba.

—No le estoy pidiendo pruebas. ¿Qué le decía su instinto, Zealy? —La ambivalencia de la otra mujer se refleja en su rostro. Regresa a la silla y se posa con intranquilidad en el brazo como un pájaro listo para emprender el vuelo.

—Al principio creí que Catherine estaba tratando de encajar, ya sabe, como hace la gente cuando está como al margen —explica—. Casi no conocía a nadie en la boda. Sian dijo que la había elegido como dama de honor porque necesitaba una fea. Sé que lo dijo en broma, pero nunca fue muy amable con Catherine, la verdad. —Zealy

aparta la vista, con un feo rubor en su piel color caramelo—. Supongo que yo tampoco lo era.

La fea. Quinn siente el conocido cosquilleo a lo largo de sus terminaciones nerviosas.

Así fue como Ian Dutton describió también a Catherine. En Dubái, Quinn y su cámara, Phil, habían curado a Ian Dutton lo mejor que pudieron.

Dutton se había negado a que lo llevaran al hospital, así que le hicieron beberse un cuarto de botella de whisky y lo acomodaron en el sillón con una bolsa de hielo.

Quienquiera que lo hubiera golpeado había sido muy profesional. Buscaban información, igual que Quinn. En particular, querían saber a quién le había contado sus planes de fugarse con Sanaa.

Dutton se mantuvo firme en que no había dicho ni una palabra a nadie. Le habían roto la nariz y varias costillas antes de creerle.

—¿Estás seguro de que Sanaa tampoco se lo dijo a nadie? —había insistido Quinn—. ¿Ni siquiera a sus padres?

—Habrían corrido a contárselo al esposo de Sanaa —argumentó Ian.

—¿Quizá alguien os siguió? ¿O escuchó algo?

—Tuvimos cuidado. Nadie sabía dónde estaba Sanaa. No hay manera…

Se interrumpió de pronto.

—¿Qué?

—Una de las damas de honor en Florida. Era una maldita mirona. —Sus palabras estaban distorsionadas por su nariz rota: *maggdita miggona*—. Lo había olvidado hasta ahora. La vi merodeando un día mientras hablaba con Sanaa por teléfono. Supongo que es posible que me haya escuchado.

—¿*Cuál* de las damas de honor?

Ian frunció el ceño, seguido de una mueca de dolor.

—La fea. No me acuerdo el nombre.

Quinn tenía sus sospechas entonces, pero ahora está segura: Catherine Lord es la mujer que grabó el vídeo de la fuga de Ian y Sanaa y lo envió a la policía.

O bien odiaba a Dutton lo suficiente como para hacerlo sufrir solo por diversión, lo cual, dado que ni siquiera lo conocía antes de la boda, parece poco probable.

O estaba protegiendo a alguien más.

Al llamado “hombre delgado”.

¿A quién vio Catherine *de verdad* llevando a un niño por el callejón lateral del hotel esa noche?

Dos años y diecisiete días desaparecida

Capítulo 48

Alex

JACK SE INCLINA SOBRE LA mesa para rellenar mi copa de vino y, luego, vuelve a llenar la suya. Mañana tengo que madrugar para una llamada por Zoom con un cliente en Estambul y esta será mi tercera copa de un tinto italiano muy embriagador, pero no lo detengo.

—Para responder a tu pregunta, Alex, no, no creo que estés paranoica —asegura Jack—. Pero creo que estás cansada y bajo una increíble cantidad de estrés.

—En otras palabras, que estoy paranoica.

—Puede ser. Pero en tu lugar, ¿quién no lo estaría?

Sus dedos rozan los míos sobre el mantel. Jack tiene un poco de ganas de meterse en mi cama. No soy tan tonta como para tomarlo como algo personal. Es uno de esos hombres a los que simplemente les gustan las mujeres; querer meterse en la cama es su configuración por defecto.

Muevo la mano.

—Parafraseando a Oscar Wilde, tener un amigo con un secreto oscuro puede considerarse una desgracia. Tener tres me hace pensar que necesito amigos nuevos.

—No son secretos oscuros —me contesta Jack siguiendo con la idea, y se reclina en la silla de modo que pone cierta distancia entre nosotros—. A lo sumo gris claro. Primicia de último momento: tu mejor amigo platónico está enamorado de ti. ¿Quién lo hubiera pensado? Y resulta que Catherine Lord fue a la misma universidad que tú y conoció al mismo entrenador de fútbol. En comparación con otras teorías de conspiración, no está exactamente a la altura del asesinato de JFK.

—Ah, pero te estás olvidando de Ian Dutton.

—Sí, de acuerdo. Te concedo a Dutton. Eso fue bastante extraño.

—Estoy planeando una charla TED para esta semana: “Falta de

criterio o por qué elegimos hombres que se fugan con otras mujeres”. Le seguirá una sesión de preguntas y respuestas sobre “La ciencia de no acostarse con sociópatas”.

Sonríe como un lobo.

—Es que no te has acostado con los adecuados.

Si Jack no combinara su confianza sexual suprema con una buena dosis de autocrítica, sería insufrible. Tal y como es, es difícil resistírsele.

En los últimos dos años he llevado un hombre a mi cama en algunas ocasiones, cuando la soledad ha sido insoportable. Los encuentros han sido físicamente satisfactorios, pero sin compromiso emocional: es más seguro así.

Jack, en cambio, es una propuesta demasiado arriesgada. Es un hombre atractivo en muchos niveles y no tengo tiempo para una relación, ni aun cuando la tenga servida. Tengo que concentrarme en la búsqueda de Lottie y no puedo permitirme distracciones, por muy cosmopolita y encantador que sea.

—Todo el mundo tiene secretos, Alex —comenta con seriedad repentina—. El de Dutton era más operístico que el de la mayoría, pero todos cargamos equipaje. Si te zambulleras en profundidad en las historias de todos los asistentes a esa boda encontrarías algo sospechoso en todos ellos: aventuras, malversación de fondos, fraude fiscal…

—Joder —exclamo—. ¿Qué clase de amigos tienes?

—Políticos —responde él con voz seca.

—¿Y tú? —pregunto. El vino se me ha subido a la cabeza: mi tono es más pícaro de lo que querría—. ¿Qué oscuros secretos guardas, Jack?

—Estoy casado —dice.

Me río. Jack Murtaugh es famoso por su soltería, una estrella permanente en el firmamento de los solteros más codiciados de las páginas de chismes.

Jack no se ríe conmigo.

—Se llama Amira —continúa—. Nos conocimos en Libia hace unos nueve años. Ella necesitaba salir del país a toda prisa, así que la traje a Inglaterra. Un matrimonio totalmente falso. Hace al menos seis años que no la veo.

Una sombra atraviesa su rostro.

—No estás bromeando —afirmo—. ¿Cómo lograste mantenerlo en secreto?

—Te lo dije, tengo amigos en las bajas esferas. —Hace girar el vino en su copa, pero no se la lleva a los labios—. Perdió a toda su familia después de la Primavera Árabe. No podía dejarla ahí.

Puede que el matrimonio sea fraudulento, pero es obvio que Jack

siente algo por su esposa falsa o no habría arriesgado su carrera para ayudarla. Tengo curiosidad por saber cómo se conocieron, pero sospecho que, aunque se lo preguntara, no me lo diría.

El camarero retira nuestros platos.

—No sé cómo lo has mantenido fuera de los periódicos —insisto—. ¿Lo sabe el partido?

—Ni siquiera el jefe de grupo. Aparte de Amira, tú eres la única. —Me dedica una ancha sonrisa y las nubes se disipan de manera tan repentina como aquella en la que llegaron—. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Úsalo con inteligencia, Alexa-san.

Nuestro camarero vuelve con dos cafés y un pequeño plato con pastas de almendras. Tomo una, la desenvuelvo y aliso el fino envoltorio sobre la mesa.

—A Lottie le encantaban —recuerdo—. Luca le hacía el truco ese, ya sabes, le prendía fuego. Le decía que pidiera un deseo. —La emoción se ha colado en mi voz—. Lottie siempre pedía un cachorro. Yo le explicaba que no era justo, que un cachorro estaría solo todo el día en casa mientras ella iba a la escuela…

De golpe, no hay suficiente aire en la habitación.

Jack me quita el envoltorio y lo enrolla formando un cilindro, luego, acerca un extremo a la vela que arde en la mesa entre nosotros. La vista se me nubla cuando el papel se prende fuego y sube flotando hacia el techo. ¿Por qué no dejé que tuviera el condenado perro?

—Malditas viudas —dice Jack—. Siempre tratando de conmoverte con sus historias de bebés secuestrados. No había necesidad de añadir el cachorro.

Suelto un sonido que es mitad risa, mitad sollozo.

Su mano cubre la mía, y esta vez el gesto es sincero y directo, el consuelo de un amigo.

—Aguanta, Alex. Si no estuviéramos cerca, no habrían entrado en tu estudio. No sé cómo cojones se filtró nuestra información, pero lo averiguaré. Algo va a saltar pronto, lo presiento.

Yo.

De pronto me inunda un maremoto de dolor tan intenso que me deja sin aliento. El tiempo no cura. Tampoco se detiene: la vida sigue, por mucho que parezca un insulto. El dolor solo nos acompaña. La herida está tan abierta ahora como el día en el que se llevaron a Lottie, un latido constante de angustia y congoja.

Lottie fue —es— mi mayor logro. No he hecho nada más importante, nada de verdadero valor, no en comparación con ser su madre. Mi tragedia es que no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. Entregué mi maternidad a Luca, a sus abuelos, a desconocidos en la guardería, sin saber a qué estaba renunciando.

Estoy tan enfadada, tan celosa de todas las madres que siguen

teniendo a sus hijos a su lado. Estoy triste *todo el tiempo*. La gente cree que estoy bien, que estoy mejorando, avanzando, y hay momentos en los que yo misma casi me lo creo.

Pero estos sollozos y convulsiones agónicos no son los relapsos. Son mi nueva normalidad; esta soy yo ahora todo el tiempo.

La Alexa que lo sobrelleva, que trabaja y sonríe y habla y come, es una fachada. Recuerdo cómo era la Alexa normal de antes, así que la imito y la gente se lo cree. Pero no estoy bien.

Nunca voy a estar bien.

—Salgamos de aquí —declara Jack, y arroja un fajo de billetes de veinte.

Fuera, llama a un taxi negro y le da mi dirección al conductor, luego sube al asiento trasero después de mí. No dice nada mientras yo aúllo como un niño, con hipo y mocos, espantoso. No intenta calmarme ni tocarme. Solo permanece conmigo en mi oscuridad.

Por fin, paro de llorar, más que nada por el cansancio. Cierro los ojos y apoyo la cabeza de lado en el vidrio frío, con el cuerpo dolorido, como si hubiera corrido una maratón.

—Tuve un hijo —revela Jack—. Murió.

Estoy demasiado agotada para sentir nada, ni siquiera sorpresa. En lugar de eso, hay como una silenciosa sensación de que las piezas encajan en su sitio. Cuatro palabras pueden contar la historia de toda la vida de un hombre. “Tuve un hijo. Murió”. No hago ninguna pregunta porque al final, ¿qué más necesito saber?

—No soy el mismo que era antes de Ramzi —prosigue—. Tengo que recordarme quién solía ser y actuar como tal. ¿Y qué he aprendido, Alex? —Su voz está cansada—. Lo que he aprendido es que no importa. Todos actuamos, todo el tiempo.

Viajamos en silencio mientras el taxi recorre el corto trayecto hasta mi casa y se sacude sobre los badenes de las oscuras calles residenciales. El taxista se detiene en doble fila y Jack se baja y me tiende la mano para ayudarme a salir. Por un momento, me pregunto si espera que lo invite a entrar, pero entonces vuelve a subir al taxi.

—Todavía tienes esperanzas, Alex —concluye, y se estira para coger la manilla de la puerta—. Aférrate a ellas. Créeme, no siempre es mejor saber. —El taxi permanece en marcha hasta que llego a la puerta de mi casa, el rugido constante resuena en la calle. Observo cómo desaparecen los faros traseros y casi tropiezo con una caja de Amazon cuando abro la puerta.

Me inclino para recogerla. Es la única razón por la que veo el movimiento repentino en las sombras detrás de mí.

Me doy la vuelta con el brazo levantado como defensa personal. Mi antebrazo hace contacto con carne y hueso y se produce un crujido desagradable.

El sensor de movimiento de la casa de al lado se dispara de improviso e ilumina la maleza que cubre mi jardín delantero.

—Por el amor de Dios —exclamo al ver la cara de quien me agrede.

Capítulo 49

Alex

—¡Hostia puta! —grita Quinn Wilde y se tambalea hacia atrás—. ¡Mierda! ¡Me has roto la nariz!

No me da nada de pena. Se ha abalanzado desde las sombras en el corazón del sur de Londres casi a la medianoche. ¿Qué creía que iba a pasar?

Con frialdad, recojo la caja de Amazon de los escalones.

—Vete a la mierda, Quinn —digo mientras abro la puerta de mi casa.

—¿Me vas a dejar aquí?

—Eso parece.

La mujer intenta detener la hemorragia con su mano sana, pero le cuesta mantener el equilibrio.

—¿Podrías ayudarme a entrar, joder? —pide.

Incluso en las mejores circunstancias, no soy muy amable con los periodistas, en especial con la desgraciada que me destripó en la televisión en vivo. Pero le sale sangre de la nariz y no puedo dejarla desangrándose en la calle.

Le indico con un gesto seco que entre.

—Cinco minutos y luego te vas.

Pasa a mi lado con un empujón. Cierro el pestillo de seguridad, me quito el abrigo y me reúno con ella en la cocina, donde está sentada a mi pequeña mesa de desayuno como si fuera la dueña del lugar, con la cabeza inclinada hacia atrás.

—¡Necesito hielo! ¡Rápido!

—Por el amor de Dios —murmuro, pero le llevo una bolsa de hielo del congelador.

—¿Qué coño te pasa? —exclama mientras me clava una mirada maligna con su único ojo y se lleva el hielo a la cara—. ¿Siempre practicas esos putos movimientos ninja cuando alguien llama a tu

puerta?

—Déjame en paz. No deberías haberte acercado así. —Cojo una botella de whisky del armario de la cocina y me sirvo un buen chorro sin preguntarle si quiere uno. Me bebo un tercio de un solo trago—. ¿Por qué estás aquí?

—En primer lugar, no he venido por ninguna mierda tuya —advierte—. No soy tu persona favorita, lo entiendo. Y créeme, a mí tampoco me caes bien.

—Es bueno saberlo.

Se mueve en la silla de la cocina, con evidente dolor. Podría preguntarle si quiere pasar a la sala de estar, a una silla más cómoda, pero no lo hago.

—Llevo cubriendo esta noticia desde el principio —explica—. No uso los canales oficiales. Tengo un chico que trabaja para mí, Danny. Es investigador privado y es brillante en lo suyo. Mucho mejor que el tipo que ha estado desplumando a tu fundación durante los últimos dos años.

—Tienes el listón muy bajo —espeto.

—No me jodas, Alex.

Me encojo de hombros, pero tomo otro trago y la dejo terminar.

—Danny localizó a Ian Dutton en Dubái, donde ha estado viviendo desde que se fue de la ciudad. —Su mirada azul se agudiza de golpe—. Pero tú lo sabías, ¿no? Alguien lo encontró antes que nosotros y apuesto a que sabes algo sobre eso.

—¿Dónde quieres llegar, Quinn?

—Catherine Lord. Bueno, Catherine Harding ahora, por supuesto.

Ahora tiene mi atención.

De por sí, el hecho de que la amiga de la infancia de Harriet fuera a la misma universidad que yo y conociera al mismo entrenador de fútbol no es tan sorprendente. Todos estamos conectados por seis grados de separación. Podría ser solo una coincidencia que Cathy se hiciera amiga de la prometida de mi mejor amigo y acabara siendo dama de honor en la boda de Marc.

Pero hace dos semanas, vi a Lottie en un tren con una mujer que llevaba el logotipo de la residencia de vacaciones donde Cathy creció. Eso ya me parece demasiada coincidencia.

Tomo un segundo vaso del armario y le sirvo un whisky a Quinn.

—Te escucho —la aliento, y le acerco el vaso.

Duda un momento y lo coge.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué Paul Harding se casó con Catherine? —pregunta.

Todos nos lo hemos preguntado. En teoría, Paul y Zealy eran mucho más compatibles. Pero Paul era un mujeriego, con una chica en cada puerto; incluso Zealy, la hermosa, sexy y codiciada Zealy, no

logró oficializar la relación. Y entonces, solo tres meses después de la boda de Marc y Sian, Paul se casó de golpe con *Catherine*, una chica a la que nunca había mirado dos veces.

—Dilo de una vez, Quinn —le insto.

Acuna su vaso contra el pecho, pero no bebe.

—No creo que el hombre delgado haya existido nunca —aventura—. Creo que Catherine se lo inventó para proteger a Paul y que él se casó con ella para mantenerla callada.

—Espera. ¿*Qué*?

—Creo que Catherine sabe qué clase de hombre es Paul —prosigue Quinn—. Creo que siempre lo ha sabido, pero no le importa. Se pasó toda la boda escuchando detrás de las puertas y escudriñando a través de las cerraduras, esperando su oportunidad. Y, cuando Lottie desapareció, inventó todo ese cuento del hombre delgado para despistar a todo el mundo.

—¿Qué clase de hombre es Paul? —repito.

—¿En serio necesitas que lo deletree?

Mi primer instinto es defenderlo. Paul Harding ha sido uno de los colaboradores más leales de la fundación desde un principio. Jamás he oído a nadie insinuar que a Paul le gustan las niñas. Le gustan las *mujeres*. Si Quinn me hubiera dicho que le ponía los cuernos a Catherine, lo creería. ¿Pero niñas? Paul no es esa clase de hombre.

Si los últimos dos años me han enseñado algo, es que no existe eso de *no es esa clase de hombre*.

Paul y Catherine.

Lottie habría confiado en ambos.

Capítulo 50

Alex

—¿En qué basas todo esto, Quinn? —exijo saber—. ¿En una corazonada o tienes pruebas sólidas?

—Mi investigador, Danny, es bastante bueno con la tecnología —explica Quinn—. Sabe moverse por la dark web. Solía trabajar para el grupo de operaciones en línea de la Agencia Nacional contra el Delito y se infiltraba en las redes de pedofilia y trata de personas. Tiene el tipo de contactos que el dinero no puede comprar.

Me he familiarizado con el tipo de sitios web a los que se refiere. Ojalá no supiera que hay sitios oscuros en los que puedes buscar imágenes obscenas de niños en un catálogo, como si estuvieras comprando zapatos. Incluso puedes usar un filtro por edad o color de pelo. Cerca del dos por ciento son sitios de pedofilia, pero representan más del ochenta por ciento del tráfico en la dark web.

¿Cuántos hombres están ahí afuera conectados a internet en este momento, en este mismo instante, buscando una niña con trenzas rojas o un niño de cuatro años con ojos azules? ¿Cómo podemos vivir en un mundo en el que permitimos que esto ocurra?

Si las cuatro quintas partes del tráfico en la dark web fueran terroristas y no pedófilos, estaríamos destinando miles de millones de libras al problema. Estaríamos colaborando en forma global como lo hacemos cuando la seguridad nacional está en juego. En vez de eso, todo lo que tenemos son unos cuantos frikis tecnológicos que intentan sacarlos, uno por uno, de sus habitaciones del fondo.

—Este tipo informático que usas. Danny. ¿Está en contacto con esta gente? —pregunto.

—Sí. Lleva años haciéndolo. —Hace una mueca—. No sé cómo tiene el estómago de hacerlo. Tiene que construir una relación con ellos y ganarse su confianza. Es la única manera de acceder a sus sitios web.

—¿Cómo?

Hace girar el whisky alrededor de su vaso.

—Tiene que proporcionar imágenes de niños que nadie haya visto nunca.

Se me revuelve el estómago.

—¿De dónde las saca?

—Se queda con parte del material que encuentra en otras investigaciones y lo usa como moneda de cambio en las nuevas —explica Quinn—. Joder. Las cosas que ha visto, no sé cómo puede dormir de noche.

Tengo la boca seca. Me aterra la respuesta, pero tengo que hacer la pregunta.

—¿Ha… ha visto…?

—Durante los últimos nueve meses, ha estado preguntando por Lottie —se adelanta a contestar Quinn—. Si alguien tiene fotos, si han oído hablar de algún vídeo. Hasta ahora, la respuesta ha sido siempre no.

—¿No?

—No creo que esté ahí —admite Quinn—. No en ese mundo.

La presión alrededor de mi pecho se afloja, solo un poco. Desde que vi a Lottie en el metro y me di cuenta de que todavía estaba viva, he estado atormentada por la idea de que esté siendo pasada de mano en mano en una de esas horripilantes redes de explotación sexual, víctima de la trata entre monstruos como si fuera una mercancía humana.

—Si estuviera con esta gente, Danny habría oído algo —asegura Quinn con sorprendente amabilidad—. Lottie es un premio de alto perfil. No sé qué le ha pasado a tu hija, Alex. No digo que esté viva. Pero no creo que haya sido víctima de trata.

—¿Entonces crees que Paul la tiene?

—No sé si él se llevó a Lottie. Pero *es* parte de una red de pedófilos en la que Danny se infiltró. —Deja su vaso, intacto—. Harding es hábil cubriendo sus huellas digitales, pero no lo bastante. Danny ha entregado a la policía suficientes pruebas sobre él y otros veintidós de esos hijos de puta como para arrestarlos. Hasta podrían encontrar a algunos niños y rescatarlos.

—¿Qué hay de Lottie?

—Lo siento, Alex. No lo sé. Ojalá pudiera decírtelo. Los Harding son los únicos que podrían saberlo.

El whisky se solidifica en mis entrañas. Confié en ese hombre. Lo recibí en mi casa. Compartí comidas con él, dejé que me abrazara y lloré en su hombro, literalmente. ¿Cómo pude *no saberlo*?

—¿Y qué me dices de Catherine? Si ella sabía… si siquiera *sospechaba*… que él se había llevado a Lottie, ¿cómo pudo no decir

nada? ¿Cómo pudo *protegerlo*?

Si ella hubiera hablado, tal vez habríamos encontrado a mi pequeña a tiempo. Quizás la pesadilla habría terminado antes de comenzar.

Consigo subir y llegar al baño justo a tiempo. Cuando he vomitado hasta que ya no queda nada excepto bilis, me balanceo sobre los talones y me limpio los mocos y las lágrimas de la cara.

Hasta ahora, no he perdido el tiempo odiando al monstruo que se llevó a mi hija, no quería darle espacio en mi cabeza. Tenía que concentrarme en encontrar a Lottie. La venganza podría venir después, una vez que mi hija estuviera a salvo en mis brazos.

Pero antes el hijo de puta no tenía un rostro.

Dos años y dieciocho días desaparecida

Capítulo 51

Alex

DUERMO MEJOR DE LO QUE lo he hecho en semanas. He tomado la decisión, y aunque sé que no habrá vuelta atrás, saber que no tienes nada que perder es extrañamente liberador.

A las 6.30 de la mañana me despierto, justo cuando amanece. Aparto las sábanas con una energía nueva, me quito la ropa arrugada de ayer, entro en la ducha y abro el agua fría. El agua helada me corta el aliento, pero necesito estar atenta y concentrada.

No voy a esperar a que las ruedas de la justicia giren con lentitud, si es que lo hacen. La policía ha tenido dos años para encontrar a mi hija. No voy a arriesgarme a dejar que lo estropeen y lo echen a perder con su torpeza. Ahora depende de mí.

Me pongo unos tejanos y un jersey, me siento en la cama para atarme las zapatillas y me hago una trenza con el pelo mojado para quitármelo de la cara. Envío un mensaje rápido para cancelar la llamada de Zoom que tenía programada con mi cliente y otro a mi colega, James, para pedirle que se haga cargo del caso por mí.

Cuando bajo las escaleras, me sorprende encontrar a Quinn Wilde sentada en el suelo de mi sala de estar, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas estiradas.

—¿Qué? —exclamo—. ¿Has estado aquí toda la noche?

No levanta la vista.

—Obvio.

Está mirando con una intensidad desconcertante el vaso de whisky intacto que le serví anoche, colocado en el suelo entre sus pies.

—¿Por qué sigues aquí?

—Porque si me hubiera ido, habría ido directa a la tienda de licores y me habría comprado una botella de Jack Daniel's que ahora mismo estaría vacía. —Por fin, levanta la mirada—. Créeme, una vez que sepa lo que le pasó a tu hija, me tomaré esa botella y no pararé

durante todo un mes. Pero he estado sobria doscientos tres días y hasta que no consiga esta noticia permaneceré lejos del alcohol.

Ella no es mi responsabilidad. Es una adulta, capaz de tomar sus propias decisiones, y yo no le pedí que se presentara en mi casa en medio de la noche. No le dije que dejara de beber ni que se obsesionara con esta historia.

—Vete a casa —le indico.

—Ayúdame a levantarme.

Con incomodidad, le tiendo la mano y se pone en pie a tropezones.

—Tienes que llevarme a una reunión —añade.

—¿Qué?

—A una reunión de Alcohólicos Anónimos —aclara con impaciencia—. Hay una dentro de treinta minutos en la escuela primaria al final de la calle. Lo he buscado.

—No voy a…

—Me lo debes —afirma Quinn.

—¡Y una mierda!

—Entonces estoy segura de que no te sentirás mal cuando acabe muerta en una zanja.

—De acuerdo —cedo—. Si con eso me libro de ti. Sube al coche.

—Me vendría bien un café primero… —arriesga.

—No te pases de la raya, joder.

Me sigue afuera hasta el coche. No le ofrezco ayuda cuando forcejea con el cinturón de seguridad y no intento iniciar una conversación. No quiero que nada de lo que yo diga ahora sea usado en mi contra más tarde, cuando todo salga a la luz.

—¿Adónde vas? —pregunta Quinn cuando tomamos Tooting Bec Road.

—Te estoy llevando a tu maldita reunión.

—¿Y después?

—No es asunto tuyo.

—No te acerques a él —me advierte.

No insulto a nuestra inteligencia fingiendo que no sé a quién se refiere.

—El desgraciado se merece que lo cuelguen de los huevos con una cuerda de piano —asevera Quinn—. Pero es tu última y mejor esperanza de encontrar a Lottie. Tienes que ser inteligente, Alex. No te apresures y lo estropees.

El tráfico está atascado delante de nosotras y nos obliga a detenernos.

—Hablo en serio, Alex. No tendrás otra oportunidad si lo fuerzas a desaparecer.

No quiero escucharlo. Paul Harding sabe dónde está Lottie. Quiero derribar su puerta y sacudirlo hasta que me lo diga.

—Deja que la policía haga su trabajo —insiste Quinn—. Si todavía está viva, la rescatarán.

—¿Qué quieres decir con “si”?

Quinn se encoge de hombros, pero no responde mi pregunta.

—¿Crees que todavía está viva? —pregunto.

—Existe la posibilidad de que la tenga escondida en algún lugar —contesta Quinn—. Una segunda casa en algún lugar de Gales…

—En realidad no lo crees, ¿verdad?

—No —confiesa, sin rodeos—. Creo que está muerta. Creo que murió a las pocas horas de robarla.

El aliento se me escapa de los pulmones.

—Pero yo la *vi*…

—Me preguntaste qué pensaba.

El coche que nos precede se pone en movimiento. Ni Quinn ni yo volvemos a hablar hasta que detengo el coche frente a la escuela primaria y aparco.

—Vas a ir a su casa de todos modos, ¿no? —pregunta ella—Mierda. *Mierda*. De acuerdo. Iré contigo.

—Bájate, Quinn. Esto no tiene nada que ver contigo.Quinn se gira en el asiento. Su único ojo azul transmite desprecio e irritación a partes iguales.

—Joder, por supuesto que sí —exclama—. Yo te conté lo de Harding. No tardarán en saber que fui yo. ¿Crees que voy a dejar que vayas allí y me conviertas en cómplice de agresión u homicidio? —Se golpea la cabeza contra el reposacabezas—. Maldita sea. Nunca debí contártelo hasta que lo arrestaran.

—Me lo contaste porque querías una buena noticia —le recuerdo—. Bueno, aquí la tienes.

—Joder. Eres capaz de llevar a cualquiera a la bebida.

—No te pedí que te involucraras. Ve a tu reunión, Quinn.

Quinn se queda donde está en actitud obstinada. Me encojo de hombros e introduzco la dirección de Paul en el navegador. Si cree que va a detenerme con su sentada improvisada, se equivoca.

Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que Quinn Wilde.

Mi mundo se ha reducido a un único impulso primario: llegar a Paul Harding y encontrar a mi hija.

No puedo pensar más allá de eso.

No puedo pensar en absoluto.

Capítulo 52

Alex

EN CUANTO COGEMOS LA CALLE de Paul, me doy cuenta de que he llegado demasiado tarde. El camino está bloqueado por tres vehículos de la policía, todos con sus luces parpadeantes encendidas. Los vecinos observan boquiabiertos desde las aceras. Un agente de pie en el medio de la calle delante de nosotros, con el brazo levantado y la palma de la mano hacia fuera, está deteniendo el tráfico.

—Mierda —masculla Quinn—. No pensé que llegarían tan rápido.

La brillante puerta negra de Paul se abre de golpe. Dos policías lo acompañan por los empinados escalones hasta la calle. No está esposado, pero está claro que no va con ellos de manera voluntaria. Uno de los policías le protege la cabeza cuando entra en el coche de policía que los espera, como si se tratara de un descarnado drama de televisión.

Catherine aparece en lo alto de los escalones, todavía en bata. Observa, con el rostro ceniciento, cómo la policía se lleva a su esposo. Advierto con sorpresa que está embarazada de siete u ocho meses. Hace tiempo que no la veo y Paul nunca lo mencionó.

—Busca un lugar para aparcar —indica Quinn.

—¿Qué sentido tiene? —Golpeo el volante con la mano—. ¡Por el amor de Dios, Quinn! ¿No podías haber esperado antes de dar aviso a la policía?

—¿Y dejar a los niños que salen en esos vídeos donde están un día más?

Tiene razón. Lottie no es el único niño que importa, aunque sea la única que me importa a *mí*.

—Me voy a casa, Quinn —digo, cansada—. Es evidente que no puedo hablar con Paul ahora.

—Todavía puedes hablar con *ella*. Vamos, Alex. Ponte las pilas. Tenemos que hablar con ella antes de que se ponga en contacto con

un abogado.

Doy marcha atrás unos metros y entro en una calle lateral. Conduzco despacio entre los coches aparcados hasta que veo un espacio libre.

Quinn se baja en cuanto el coche deja de moverse, pero yo vacilo. La mujer que vi con Lottie en el tren no estaba embarazada. No puede haber sido Catherine.

La certeza que me trajo aquí se desvanece de pronto. Tal vez Catherine no está involucrada después de todo. Está *embarazada*. ¿Qué clase de madre tendría un hijo con un pedófilo a sabiendas de que lo es?

Quinn ya se dirige por la calle hacia la casa de Paul.

—¡Espera! —grito.

Quinn se da la vuelta.

—No te pongas compasiva ahora.

—No creo que Catherine tenga nada que ver con…

—Sé realista, Alex —la regaña Quinn con dureza—. Incluso si Harding no se llevó a tu hija, Catherine *pensó* que lo había hecho. Se inventó al hombre delgado por si acaso. Lo *protegió*. Y luego redobló la apuesta y grabó ese vídeo de Ian Dutton. Se tomó muchas molestias para tenderle una trampa y desviar la investigación. —Su expresión es despectiva—. ¿Y ahora quieres mirar para otro lado porque está embarazada?

Sigue caminando. Cuando la alcanzo, ya casi estamos en la casa de Paul. Catherine me ha visto y baja deprisa los escalones del frente de su casa, con la bata aleteando con flojedad.

—¡Alex! —exclama—. Gracias a Dios que estás aquí. No puedo creer lo que está pasando, tienes que… —Se interrumpe cuando Quinn aprovecha la distracción para colarse en la casa—. ¿Quién es esta mujer? —pregunta, insegura—. ¿Está contigo?

—Por desgracia sí —respondo—. ¿Qué dijo la policía, Catherine? ¿Por qué han detenido a Paul? ¿Te lo han dicho?

Catherine contempla los grupos de personas que siguen curioseando en la calle. La acompaño al interior, lejos de las miradas indiscretas y las cámaras de los teléfonos.

—Es ridículo —contesta—. Sin duda se trata de un terrible malentendido. Paul ya llamó a su abogado para que se encargue. *Conoces* a Paul, ¿cómo podría alguien pensar…?

—¿Mencionaron a Lottie? —exijo saber sin rodeos.

—¿A Lottie? —Catherine se muestra cautelosa—. ¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Por favor, Catherine. ¿Dónde está?

—Señora Harding, no diga ni una palabra más.

Una mujer con un traje gris oscuro sube la escalera frontal y entra

por la puerta principal, que nadie ha pensado en cerrar. Pasa junto a mí con un empujón y se detiene frente a Catherine, como si estuviera dispuesta a recibir una bala por ella.

—Señora Harding, me envía su esposo —continúa—. Soy Rebecca Miller, abogada penalista.

—No necesito…

—Por favor, señora Harding. Déjeme hacer mi trabajo. No sé quiénes son ustedes —añade, mientras Quinn aparece al final del pasillo detrás de nosotras—, pero tienen que irse.

—Catherine, por favor —le ruego—. Si sabes algo de Lottie…

—*Ahora*.

Estoy a punto de protestar, pero las palabras mueren en mis labios. Salgo de la casa sin decir más.

Quinn no tiene más remedio que salir conmigo. Pero en cuanto llegamos a la calle, me toma del codo y me hace girar hacia ella con furia.

—¿Vas a rendirte así como así?

Me suelto.

—Ya te he dicho que esto no tiene nada que ver contigo. No eres mi amiga, Quinn. Eres un maldito chacal. Llama a un puto Uber y vete a tu casa.

La dejo de pie en la calle y regreso al coche. Quinn grita algo a mis espaldas, frunce el ceño y saca su móvil. Espero a estar segura de que no me está mirando y le doy la vuelta al marco de plata que acabo de robar de la mesa del vestíbulo de Catherine.

Con cuidado, quito el cartón aterciopelado del fondo para extraer la foto. Hay una nota garabateada con bolígrafo en el reverso de la foto: “Ellie y yo, bahía de South Weald, verano de 2019”.

Es la mujer del tren.

Nuestro corazón está de tu lado tras la detención de tu amigo, pero la verdad es que es hora de encontrar algo de paz…

Por Hannah Foster para el *Sunday Post*

Querida Alexa:

¿Han pasado de verdad dos años desde que tu pequeña hija Lottie desapareció? ¿Desde que su carita de tres años empezó a atormentarnos?

¿Quién puede olvidar su expresión feroz que nos miraba desde los carteles que aparecían en todas partes, desde los aeropuertos hasta las tiendas de los pueblos?

¿Podría estar viva todavía? ¿Está prisionera de algún degenerado? Sé que ese debe de ser tu temor más profundo y, por cierto, es insoportable pensarlo.

El hecho de que la enfermedad perversa de la pedofilia haya llegado a tu círculo íntimo debe de haberte conmocionado hasta la médula.

Un hombre en quien confiabas, que trabajó junto a ti en la búsqueda de tu hija, resulta ser un monstruo.

Ha de ser devastador.

El escándalo que ahora envuelve a la Fundación Lottie pasará, por mucho que ahora parezca desmoralizador.

Tienes el mérito constante de haber sido muy optimista, de haber reafirmado en cada oportunidad tu inquebrantable creencia de que, de alguna manera, un día, Lottie volverá contigo.

A lo largo de los años, hemos compartido tu esperanza y tus pesadillas. Nos hemos obsesionado contigo por los acontecimientos de esa noche fatal en la que desapareció. Debes de haber revivido esas horas un millón de veces y nosotros también.

Así que espero que no suene demasiado insensible sugerir que, dos años después, el mundo ha seguido su curso. No porque hayamos olvidado a Lottie, sino porque el tiempo nos ayuda a sanar y olvidamos, lo queramos o no.

Sin duda, eso fue lo que te motivó a dar tu improvisada conferencia de prensa en los escalones de tu casa ayer. Para hacernos recordar. Para sacudirnos y que nos volvamos a preocupar.

Está claro que sigues atormentada por no saber qué le pasó a tu hija y es obvio que tu agonía está causada no solo por la pérdida, sino por la culpa, por no haber estado ahí cuando ella más te necesitaba.

¿Cómo explicar de otro modo lo que ocurrió en la estación Victoria de Londres hace dos semanas?

Nadie te culpa por dar palos de ciego, pero aquellos que se preocupan por ti se han dado cuenta con gran pena de que tu dolor se ha vuelto demasiado grande para soportarlo.

Viste lo que querías ver.

La terrible verdad es que la posibilidad de que Lottie esté viva —y mucho menos en Londres, a más de seis mil kilómetros de donde desapareció— es ínfima. Pero, aun así, anhelas saber lo que le pasó y ¿quién puede culparte por eso?

Tal vez, si se encontrara su cuerpo, podrías alcanzar por fin un atisbo

de paz y ser capaz de seguir adelante con tu vida. Quizás si supieras la verdad, por muy trágica que fuera, podrías soportarlo mejor.

No estás sola. Los padres que han perdido a sus hijos me han dicho lo importante que es tener algo, incluso un cuerpo, en el que concentrar su dolor.

Pero tras dos años de la trágica desaparición de Lottie, no tenemos más idea de lo que pasó con ella hoy que la que tuvimos entonces.

La fascinación del público con la historia ha estado a la par de la cantidad de tiempo y dinero exorbitantes que se gastaron en tratar de resolver el misterio.

Primero hubo una investigación policial a nivel nacional en Estados Unidos que puso a tu disposición todos los recursos del país más poderoso del mundo, sin ningún resultado.

Luego vinieron detectives privados como Simon Green, quien no pudo localizar a Lottie a pesar de haber cobrado honorarios por más de quinientas mil libras.

Entonces, a instancias de tu parlamentario local, el infatigable Jack Murtaugh, se llamó a Scotland Yard.

Se ha gastado la astronómica suma de tres millones de libras del dinero de los contribuyentes en la búsqueda, sin señales de progreso.

Cada declaración de un testigo y cada dato han sido verificados varias veces, cada teoría ha sido considerada, sin importar lo improbable que fuera. Cada novedad suscita nuevas esperanzas y entusiasma a los medios, pero hasta ahora todo ha quedado en nada.

Todo ello explica por qué el jefe del cuerpo, Ben Rich, ha sugerido que podría haber llegado el momento de dar por terminada la investigación.

Las declaraciones del señor Rich han provocado un debate inevitable y acalorado. El #EquipoLottie insiste en que la investigación debe continuar a cualquier precio, pero otros han elogiado al oficial por tener el valor de expresar la verdad indecible.

Con mucho dolor, debo decir que estoy de acuerdo con el señor Rich. Como abuela de tres querubines como Lottie y de alrededor de su misma edad, me aterra imaginar lo que se debe de sentir al vivir en el purgatorio como tú.

Si, Dios no lo permita, estuviera en tu lugar, querría, exigiría y suplicaría que se hiciera todo lo humanamente posible para encontrar a mi hija o, al menos, para descubrir qué fue de ella.

Como tú, yo también me aferraría a la esperanza de un milagro.

Nadie te culpa, Alexa.

Por el contrario, la organización benéfica que creaste, la Fundación Lottie, ha hecho mucho por concienciar al público sobre los niños desaparecidos. Te has convertido en una embajadora mundial extraoficial de la causa.

A pesar de todo lo que ha pasado, nada puede quitártelo.

Pero después de dos años de falsas alarmas y persecuciones épicas, he llegado a la misma conclusión que Ben Rich: ya es suficiente.

Cuando te vi en la televisión esta semana, me sorprendió lo vulnerable e infeliz que parecías. No es de extrañar.

Ten la seguridad de que no nos hemos olvidado de Lottie ni de ti.

Pero el dolor, el duelo y un sentido monumento a su memoria pueden traer la sanación.

Y aunque no quisiéramos que perdieras tu compromiso, esperamos que encuentres consuelo en saber que el nombre de Lottie seguirá vivo en la fundación que creaste.

Que seas feliz,

Hannah

Dos años y diecinueve días desaparecida

Capítulo 53

Alex

SOSTENGO LA FOTO CONTRA LA ventanilla del coche y la comparo con el paisaje que se extiende debajo de mí.

Estoy en el lugar correcto: es la misma roca característica, con forma de joroba de camello, que surge del mar a unos pocos cientos de metros de la costa. En la instantánea, que debió de haber sido tomada desde este mismo mirador sobre el acantilado, Catherine rodea con su brazo a la otra mujer, Ellie, y ambas sonríen a la cámara.

Arrojo la foto al asiento del copiloto y regreso al camino.

El pueblo de South Weald es un lugar pequeño. No conozco el apellido de Ellie, pero si vive en la zona, la encontraré. Y es muy probable que sea así, ya que Catherine creció aquí.

Empieza a caer una ligera llovizna de noviembre mientras conduzco por el sinuoso camino en la cima del acantilado hacia el pueblo. Escudriño a través del parabrisas mojado por la lluvia, buscando la salida hacia South Weald House. Aunque la casa de hospedaje ha pasado a manos privadas, sigue siendo un lugar tan bueno para empezar como cualquier otro. Y creo recordar que está a pocas puertas de la tienda del pueblo. Alguien de allí podría reconocer la foto.

Pero cuando me detengo en el camino de grava circular fuera de South Weald House, la casa está en total oscuridad. Es obvio que no hay nadie. Y entonces recuerdo que es domingo por la tarde: la tienda del pueblo también estará cerrada. Debería haber pensado en eso antes de viajar hasta aquí desde Londres.

Cansada, aparco a un lado del camino y me bajo para estirar las piernas, agarrotadas tras cinco horas al volante. Me pongo la capucha del jersey para protegerme de la lluvia, que está cayendo con fuerza, y echo a andar por el camino, preguntándome qué hacer a continuación.

Jack tenía razón: esto es una pérdida de tiempo. Anoche me

advirtió que no saliera corriendo hacia aquí. Debería haberle hecho caso. La policía tiene a Paul bajo custodia; con todas las pruebas que hay en su contra, me imagino que le interesará hacer un trato y revelar dónde está Lottie.

Suponiendo que lo sepa, por supuesto.

Por fin me enfrento a una verdad que me he estado negando a admitir: es probable que después de haber terminado con mi hija, Paul la haya pasado a uno de los otros hijos de puta en su red de pedofilia. ¿Quién sabe por cuántas manos ha pasado mi hija desde que me la robaron? Tal vez Paul no tenga ni idea de dónde está ahora.

Una furgoneta de reparto atraviesa los charcos y me empapa los vaqueros. Todavía no son las tres de la tarde, pero ya está oscureciendo. Debería volver al coche e irme a casa, pero no puedo tolerar la idea de marcharme del pueblo sin obtener algunas respuestas.

¿Y si Paul *no fue* quien se llevó a Lottie?

Dadas sus inclinaciones, es lógico suponer que es culpable, pero no puedo evitar las dudas. La mujer que vi en el tren con Lottie era Ellie, y Ellie es amiga de *Catherine*. Tal vez Catherine fue quien se la llevó, aunque es difícil creer que Paul no lo supiera.

Las preguntas pululan en mi cabeza como abejas furiosas. "¿Quién es Ellie para Catherine?".

"¿Por qué Ellie tendría a Lottie? ¿Cómo hicieron Catherine y Paul para traer a mi hija a Inglaterra sin ser detectados?"

Y siempre *siempre*, la única pregunta que realmente importa:

"¿Dónde está Lottie ahora?"

Paso una curva en el camino, con los hombros encorvados contra la lluvia, y veo la furgoneta de reparto aparcada frente a un pub de piedra a la izquierda con una vista imponente al mar. Es el mismo pub al que venían mis padres todas las noches cuando Harriet y yo veíamos la televisión a escondidas. Nunca he estado adentro, pero mi imaginación me hace pensar en una acogedora posada de pueblo con jaeces de bronce, un fuego crepitante y un aire anacrónico cargado de humo de tabaco que se arremolina bajo el techo. Me vendría bien calentarme un poco y comer algo.

Empujo la puerta y la abro. Hay una chimenea, pero no está encendida. Las antiguas vigas están pintadas de blanco y la austera decoración se parece más a la de una gélida novela policial escandinava que a *Los asesinatos de Midsomer*.

Hay poca gente. Muestro la foto de Ellie a los pocos clientes que toman pintas en las mesas de roble lavado, pero ninguno la reconoce. Tal vez mi idea de una estrecha comunidad de pueblo en la que todos se conocen es tan anticuada como mis suposiciones sobre la decoración de los pubs rurales.

—Podrías probar en la cafetería —me sugiere la chica detrás de la barra. Tiene un fuerte acento europeo y un tatuaje de serpiente zigzaguea desde su hombro hasta su muñeca—. Louise conoce a todo el mundo. Está allí todos los días. Sigue por el camino que bordea el acantilado durante un par de kilómetros y la verás.

Le doy las gracias y vuelvo al coche, sin deseos de quedarme en el poco atractivo pub. Ha dejado de llover, y mientras conduzco hacia el café, el sol bajo de invierno proyecta una inquietante luz monocromática sobre el paisaje.

La playa debajo está casi desierta, excepto por algunas almas tenaces que pasean sus perros por la orilla del agua. Un viento cortante encrespa las olas con coronas de espuma y las hace corcovear contra el cielo plomizo.

No tardo en encontrar la cafetería, que, a juzgar por el único coche estacionado afuera, está tan desierta como el pub. South Weald es un pueblo de verano; su población se multiplica por diez en los meses de julio y agosto, durante los cuales obtiene suficiente dinero de los veraneantes para mantenerse durante todo el año. En un domingo húmedo de noviembre, los únicos clientes son locales.

Lo prefiero fuera de temporada, barrido por el viento y desolado. Coincide con mi estado de ánimo.

A diferencia del pub, el café es cálido y acogedor. Sofás y sillones desparejados pero tentadores ocupan la mayor parte del espacio, con una pequeña sección infantil en un rincón llena de estantes con libros ilustrados maltrechos y cajas de Lego. Un niño pequeño arrodillado en el suelo junto a dos mujeres que comparten un mullido sofá color canela escribe su nombre con el dedo en la ventana empañada.

Detrás del mostrador, un joven con cabello de surfista está haciendo algo complicado con un vaporizador de café repleto de tubos cromados y espuma de leche. Llena dos tazas de borde grueso con líquido espumoso y se las lleva a las dos mujeres.

No hay más clientes, y de regreso al mostrador, le pido una ración grande de pastel casero de queso cheddar y espárragos, más por lástima que por hambre.

No reconoce la foto de Ellie, ni tampoco las dos mujeres.

—Deberías preguntarle a Louise —sugiere una de ellas—. Conoce a todos. Ahora está nadando, pero volverá pronto para cerrar.

Echo una mirada hacia el mar color peltre. La mujer se ríe.

—Le da igual el tiempo que haga. Yo creo que esa mujer es mitad foca.

Cosa sorprendente, el pastel está muy bueno y lo devoro. Para cuando termino, ya ha oscurecido. No me imagino nadando con este tiempo. Espero que Louise aparezca pronto. Tengo un largo viaje de vuelta a Londres.

La campanilla de la puerta suena cuando entra una mujer con su perro. El joven surfista se inclina junto al animal, un precioso setter irlandés, y juguetea con él durante unos instantes, para evidente deleite del perro.

La mujer mantiene la puerta abierta, dejando entrar una corriente de aire helado. No cabe duda de que es otra clienta y no Louise, la nadadora amazónica; tiene el pelo seco y no está sola.

—¡Anda, Flora! —le grita a la niña que está detrás de ella—. Deja de perder el tiempo. Compraremos otro peluche.

—¡Pero yo quiero a Henry! ¡Tenemos que encontrarlo!

Una niña de unos seis años entra en la cafetería. Lleva un gorro de punto con pompón color púrpura, de esos anticuados que te tejen las abuelas para Navidad. No puedo verle el pelo, pero no me hace falta.

Se detiene en seco cuando me ve.

—¿Mamá? —dice.

Capítulo 54

Alex

La niña retrocede hasta la mujer que sostiene la puerta abierta de la cafetería y se refugia en la seguridad de su falda.

—¿Mamá? —repite, y tira de la mano de la mujer—. ¿Vamos a casa ahora?

La he asustado. La intensidad de mi anhelo debe de reflejarse en mi cara, pero no puedo apartar la mirada. Necesito de todo mi autocontrol para no correr hacia ella y estrecharla entre mis brazos.

El mundo está lleno de niñas que se parecen a Lottie. Mil niñas, un millón de niñas: niñas de la misma edad, de la misma altura y peso. La mente te juega malas pasadas, lo sé; la mente no es de fiar; como me dice todo el mundo, ves lo que quieres ver. Ves a una niña que dobla la esquina del pasillo en el supermercado y se te cae el frasco de vidrio de mayonesa que tenías en la mano y ni siquiera te das cuenta de que se estrella contra el suelo. Apartas a los compradores de tu camino mientras corres hacia ella, desesperada por alcanzarla antes de que desaparezca como un espejismo. Y entonces se da la vuelta y te das cuenta de que no es ella. Sientes un puñetazo en el estómago y respiras con dificultad mientras retrocedes, murmurando disculpas. *No es ella*.

Está a unos tres metros de distancia. Es ella. Está tan alta y *delgada*. Ahora se le marcan los pómulos, y sus piernas son largas y flacas. Lleva puestos unos tejanos y unas botas de lluvia azul marino con pequeños corazones rojos.

Sus ojos azules se encuentran con los míos y sé que es Lottie. No es un espejismo, ni un sueño, ni una chica que se parece a ella.

Es la mismísima Lottie.

Real, de carne y hueso.

La devoro con la mirada. Tengo miedo de parpadear, no sea que este milagro se desvanezca. Lottie. Mi Lottie.

No un sueño de ella. *Ella*.

—Ve a sentarte con Toof —indica la mujer, y le da un pequeño empujón a la niña—. Te traeré un chocolate caliente.

—Quiero una galleta.

—¿*Podría* comerme una galleta? Y no te he oído decir *por favor*.

—Por favor —repite la niña.

Está lo bastante cerca para que yo pueda estirarme y tocarla cuando se acerca al perro. Se arrodilla junto a él, rodea el cuerpo castaño rojizo con sus brazos y apoya su mejilla en la parte superior de la cabeza del animal.

Hay algo en ella que no me resulta familiar, algo diferente que no recuerdo y que no logro identificar; la inclinación de su mandíbula, quizás; la expresión de sus ojos. Han pasado dos años, me recuerdo a mí misma. Por supuesto que ha cambiado.

Sé que no se acordará de mí. La memoria es plástica, incluso en los adultos; los recuerdos explícitos, el recuerdo consciente asociado a un momento y a un lugar, a una *persona*, no empiezan a formarse hasta que un niño tiene seis o siete años. Antes de eso, la memoria es implícita, una reminiscencia emocional inconsciente. Lottie tenía tres años cuando se la llevaron; ha pasado un tercio de su vida, el más reciente y vívido, sin mí. Pero soy su *madre*. En el fondo, sin duda ella lo reconoce, ¿no?

—Siéntate bien, Flora —le ordena la mujer—. En una silla, por favor.

La niña suspira y se sienta en una silla. Se quita el gorro púrpura y veo que le han cortado el pelo a la altura de los hombros. Es más oscuro que antes; más oscuro, incluso, de lo que recuerdo del tren.

La mujer a la que llamó mamá no es la misma que vi en el metro. Esta es al menos treinta años mayor y lleva el pelo entrecano muy corto. Desde un punto biológico, no puede ser la madre de esta niña. Es demasiado mayor. No tengo ni idea de quién es ni de cuál puede ser su relación con Ellie.

Saco el teléfono del bolsillo y finjo estar revisando mis correos electrónicos mientras tomo con disimulo una fotografía de las dos. La policía tendrá que creerme ahora. Podrán usar el reconocimiento facial para identificar a la niña como Lottie y eso será suficiente para que consigan una orden de ADN que lo demuestre. Le envío la foto a Jack, junto con nuestra ubicación.

El chico surfista les trae las consumiciones —chocolate caliente y un gran plato de galletas para la niña, café negro para la mujer— y pone un bol de agua en el suelo para el perro.

Lottie rodea con ambas manos la taza de porcelana gruesa, pero la mujer le advierte que está caliente y le indica que espere. Lottie baja la taza. *Eso* es lo diferente, me doy cuenta de golpe. La antigua Lottie

habría ignorado la indicación y se habría quemado la lengua.

Me mira otra vez. Es evidente que hay algo en mí que la inquieta. Su ceño se arruga, su nariz se arruga. Me conoce, pero no sabe por qué.

La mujer se da cuenta de que la niña me está observando y se gira hacia mí. Tomo conciencia de que si me llega a reconocer, si se da cuenta de quién soy, será el fin. Yo podría coger a Lottie, aquí y ahora, pero no puedo escapar físicamente con ella. Si lo intento, la mujer y el joven surfista me detendrán y llamarán a la policía y no importa lo que yo diga, existe el riesgo de que devuelvan a Lottie a esta mujer mientras desentrañan la verdad.

No me queda ninguna credibilidad después de lo que pasó en Londres.

Para cuando la policía establezca que Lottie es mía, mi hija se habrá ido. La mujer huirá con ella y puede que nunca la encuentre de nuevo.

Pero la mujer no me reconoce.

—Termina tu chocolate caliente, Flora —dice, y se vuelve hacia la niña—. Tenemos que volver a casa.

Dejo un par de monedas de una libra en la mesa junto a mi plato y me dirijo al coche. Espero a que salgan, agradecida por el escondite que ofrecen la oscuridad y la intensa lluvia. Jack todavía no ha respondido mi mensaje y no pienso perder de vista a Lottie. Dormiré fuera de su casa si es necesario.

Quince minutos más tarde, la puerta de la cafetería se abre y derrama un triángulo de luz dorada sobre el aparcamiento de grava. Doy por sentado que entrarán en el único otro vehículo en el aparcamiento, un Volvo viejo, pero pasan junto a él en dirección al camino principal y, con una punzada de alarma, me doy cuenta de que regresarán caminando. No sé por qué supuse que habían llegado hasta aquí en coche y lo habían aparcado antes de dar un paseo por la playa. ¿Cómo voy a seguirlas ahora?

Después de dudar unos instantes, salgo del coche y voy tras ellas. No quiero acercarme demasiado, pero no hay luces en este tramo del camino costero y no puedo arriesgarme a perderlas. Hago todo lo posible por cobijarme en las sombras, aterrorizada de que el sonido de mi respiración me delate.

En pocos minutos estoy empapada hasta los huesos, con los pies chapoteando en mis zapatillas de deporte. Alcanzo a oír a Lottie más adelante, chapoteando y saltando en los charcos, disfrutando a las claras de las inclemencias del tiempo.

Hay un momento peligroso en el que casi me choco con ellas al doblar una esquina, donde se han detenido para esperar a que el perro termine de hacer sus necesidades. Retrocedo detrás del seto, con el

corazón que se me sale del pecho, pero la lluvia y el sonido de las olas que rompen en la orilla tapan cualquier ruido que haga.

Menos de cincuenta metros después, se detienen frente a una pequeña casa de piedra junto al camino. La mujer abre la puerta principal y enciende la luz del porche. Lottie se sienta en el grueso escalón de piedra y empieza a quitarse las botas de lluvia. Se detiene a medio camino y clava la mirada en la oscuridad, y por un segundo creo que me ha visto.

La mujer grita su nombre. Lottie se sobresalta y termina de quitarse las botas, antes de entrar corriendo.

Me acerco a la casa y, desde el otro lado del camino, observo que se enciende una luz en la cocina y la mujer pone a hervir agua en una tetera. Me quedo allí incluso después de que ella corra las cortinas y me bloquee la vista.

No puedo creer que la haya encontrado. No puedo confiar en la realidad de este momento, porque es demasiado increíble para ser cierto. Mi hija. En una cafetería en Devon, a más de seis mil kilómetros de donde la dejé ir. Lottie, chapoteando en los charcos con sus botas de lluvia. Lottie, *viva*.

Hay tantas cosas que quiero saber. ¿Ha estado aquí todo el tiempo? ¿Cree que esta mujer es su madre?

¿Se acuerda de mí?

Veo algo rosado tirado en el suelo al lado del camino y lo recojo entre el pulgar y el índice. Es un muñeco: el peluche que Lottie perdió.

Con el pulso acelerado, cruzo el camino y dejo el juguete rosado en el escalón del frente. Está mojado, pero limpio; unas horas en una cocina tibia y estará como nuevo.

Cuando me alejo del umbral, veo un movimiento por el rabillo del ojo.

Es ella. Ha corrido una esquina de la cortina y está arrodillada en una silla de la cocina, y me mira con fijeza.

Sin atreverme a respirar, me llevo el dedo a los labios: *chsss*. Durante un largo momento, Lottie permanece inmóvil. Luego, con lentitud, se lleva el dedo a los labios también.

Capítulo 55

Quinn

QUINN NO CREE EN DAR a la gente el beneficio de la duda. Nueve de cada diez veces, en un caso como el de Lottie Martini —secuestros, asesinatos— el autor es alguien cercano a la víctima. Fue dura con Alexa Martini al principio porque estaba tratando de llegar a la verdad. Y ahora no se va a sentir mal por eso.

De acuerdo, tal vez un poco mal.

Pero eso no tiene nada que ver con la razón por la que está comprometida con esta historia. *Obsesionada*, según Marnie. Algo que a Quinn no le preocupa: puede vivir con la obsesión. Con lo que no puede vivir es con el fracaso.

Lanza su moneda de seis meses de Alcohólicos Anónimos al aire y la atrapa, luego, la palmea sobre el dorso de su mano. Cara, gano yo; cruz, pierdes tú. Dios, quiere un trago.

Prepara una cafetera de café panameño Hacienda La Esmeralda (90 libras la libra, pero una tiene que tener algunos vicios) y se acomoda con su portátil en un sillón grande y cómodo. Ha reservado el fin de semana para releer todas las transcripciones originales de las entrevistas policiales a los invitados de la boda a la luz de todo lo que sabe ahora.

Todo el mundo miente en una investigación policial. Sobre con quiénes estuvieron, qué estaban haciendo, cuánto habían bebido. Esto rara vez tiene alguna relación con el caso. Pero de vez en cuando, una pequeña mentira piadosa tiene el poder de cambiar el curso de una investigación. Si Ian Dutton no hubiera mentido por omisión, tal vez la policía no habría estado corriendo en círculos durante los últimos dos años.

Comienza con las transcripciones de las entrevistas a quienes participaron de la fiesta anterior a la boda: los “doce apóstoles” de la prensa sensacionalista. No tiene ni idea de lo que busca, pero lo

reconocerá cuando lo vea.

Dos horas después, lo único que ha aprendido es que Alexa Martini tiene un pésimo ojo para la gente. Aparte de Dutton, está claro que tampoco se puede confiar en Paul Harding y Catherine Lord, y Marc Chapman no es mucho mejor, enamorado de otra mujer el día de su boda. Alexa necesita elegir amigos mejores.

Muele un poco más café de selección y prepara otra cafetera. Está aquí, en alguna parte, puede sentirlo. La clave de todo, enterrada en páginas de detalles banales sobre recuerdos de boda y quién se sentó dónde.

Varios invitados mencionan haber visto a Lottie hablando con la madre de la novia; de hecho, es la última ocasión verificada en la que Lottie fue vista, pero cuando Quinn llega a la transcripción de la entrevista a Penny Williams, se sorprende al ver que la mujer no menciona la conversación.

La señora Williams relata palabra por palabra la discusión que tuvo con el estilista de su hija y el pánico de último momento sobre si el esmalte de uñas verde azulado en las uñas de los pies de la novia contaba como "algo azul". Y, sin embargo, ni siquiera menciona su conversación con una niña que desapareció menos de una hora después de que hablara con ella.

El sonido del móvil sobre la mesa auxiliar interrumpe a Quinn.

"Mierda".

Por mucho que quiera ignorar la llamada, cuando la editora de la INN te llama desde su móvil personal un domingo por la tarde, la atiendes.

—¿*Dubái*? —exclama Christie—. ¿Qué cojones está pasando, Quinn?

—Antes de que te vuelvas loca, todo esto es culpa mía —anticipa Quinn—. Phil no tenía ni idea de que el viaje no estaba autorizado por *News Desk*…

—Dejemos de lado que hayas pasado del *News Desk* para dedicarte a tu propia agenda personal —la interrumpe Christie—. ¡Eres nuestra corresponsal sénior en el Reino Unido, Quinn! Te fuiste sin decir nada a nadie y dejaste a un maldito principiante para que te cubriera, y nos atraparon con la guardia baja. La explosión de Cambridge fue la noticia central de los informativos del viernes y tuvimos a un chico de veintidós años que tartamudeaba en las entrevistas en las noticias de la noche. A la mierda con tu profesionalidad.

—Lo siento, pero si te hubiera dicho lo que estaba haciendo…

—Sé por qué no me lo dijiste, Quinn. Te aparté de la noticia por una razón. Ahora te lo digo, de una vez por todas, como tu jefa y amiga, *aléjate*.

Quinn sabía que tendría que pagar un alto precio por jugar al lobo

solitario, pero no había esperado esto. Christie tiene razón: había sido más que poco profesional dejar la oficina del Reino Unido sin la debida cobertura. Debería haber hablado con Christie hacía semanas, cuando estuvo claro que su investigación estaba avanzando. Christie la habría dado de baja de la plantilla y le habría hecho ver hasta dónde podía llegar con la historia. Ahora es demasiado tarde.

Ya ha recibido más advertencias finales que todo el resto de los reporteros juntos. Si la despiden, no podrá ni poner un pie en la puerta de un periódico local gratuito y mucho menos de una cadena de noticias internacionales. Su reputación la precede y digamos que no para su beneficio. Consigue resultados y tiene un Emmy para demostrarlo, pero el periodismo es un mundo pequeño e incestuoso y Quinn no ha hecho amigos en su progreso hacia los niveles más altos.

No habrá muchas manos para cogerla cuando caiga.

Lanza su teléfono contra la pared con furia y frustración. Se estrella contra el suelo, con la pantalla hacia abajo, y rebota dos veces antes de aterrizar a sus pies.

Quinn se lo guarda en el bolsillo, coge su cazadora tejana y se encamina a la puerta.

El muchacho que está detrás de la barra es una novedad desde la última vez que estuvo aquí. Parece tener unos dieciséis años.

Quinn apoya su moneda de Alcohólicos Anónimos sobre la barra y toma asiento en un taburete.

El chico mira la moneda y luego, a ella.

—¿Seguro que deberías estar aquí? —pregunta.

—Jack Daniel's —dice Quinn—. Solo. Sin hielo.

El muchacho se encoge de hombros y le sirve una sola medida.

—Doble —agrega Quinn.

Se lo termina antes de que él haya devuelto la botella al estante.

—Otro —pide, y golpea la barra con su moneda de Alcohólicos Anónimos.

El móvil vibra en su bolsillo. Quinn lo apaga sin siquiera mirar la pantalla.

Capítulo 56

Alex

Es imposible vigilar la casa desde el camino. La casa está en una curva, con vistas ininterrumpidas en ambas direcciones, y no hay donde ocultarse: el camino se ciñe a la costa aquí, y en el lado opuesto del camino frente a la casa hay una pared de roca escarpada, sin árboles para esconderse, sin setos ni muros de piedra. En cuanto amanezca, cualquiera que se asome a la ventana me verá.

Sopeso el riesgo. ¿Me voy ahora y confío en que pueda lograr que la policía actúe antes de que esta mujer desaparezca con Lottie? No tengo idea de si esta es una casa de vacaciones alquilada; podrían irse mañana.

¿O me quedo y me arriesgo a que me reconozcan y huyan de nuevo?

La puerta principal se abre de golpe y retrocedo en las sombras, con el corazón que me martillea y agradecida por la oscuridad que me envuelve. La mujer deja salir al perro, que olfatea el aire y sale corriendo hacia mí de inmediato, ladrando.

—¡Toof! Ven aquí, chico.

La mujer sale al porche y su silueta queda recortada contra la luz del vestíbulo. El perro deja de correr y vuelve a ladrar. Está a menos de dos metros de mí. Debí haberme ido cuando tuve la oportunidad. Si me ve ahora, sabrá que las he seguido desde la cafetería. Sabrá que yo sé…

—¡Basta, Toof! ¡Es solo un conejo!

El perro lanza un último ladrido y se da la vuelta de mala gana. La mujer lo deja entrar en un pequeño jardín al lado de la casa, donde al parecer hace sus necesidades, y luego, los dos vuelven a entrar.

No me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración hasta que la puerta se cierra detrás de ellos. Cierro los ojos y suelto el aire mientras mis latidos vuelven con lentitud a la normalidad.

Mi coche sigue aparcado fuera de la cafetería. Saco mi teléfono mientras camino de regreso hacia allí y llamo a Jack. Necesito que contacte con la policía y ponga las cosas en marcha. Si llamo yo, no me tomarán en serio, no después de la debacle de Londres. Dirán que estoy "viendo lo que quiero ver". Delegarán el asunto en la policía local, que puede, o no, encontrar tiempo para acercarse hasta aquí esta semana. O tal vez la próxima. Se sentarán con los secuestradores de mi hija a tomar una taza de té y una galleta y admirarán las vistas del mar. "Como usted entenderá, tenemos que verificar estas cosas. Bueno, me encantaría otra taza, si está segura de que no es molestia".

Maldita sea, ¿dónde *está* Jack? Todavía no ha respondido mi mensaje y ahora no contesta al teléfono.

No puedo *irme* así como así, no sin mi hija. Mañana es lunes: por lo que sé, la mujer podría haber alquilado la casa para el fin de semana. Me sentiría un poco menos desesperada si supiera que ellas viven aquí, pero sin los recursos de los que dispone Jack, no hay forma de averiguarlo. No conozco a nadie más que pueda…

Quinn.

Me guste o no, la mujer tiene una extraña habilidad para averiguar información. Tal vez tener una periodista involucrada me sea útil por una vez y sirva para presionar a la policía para que se ponga las pilas. Quinn Wilde se ha convertido en parte de mi historia tanto como yo me he convertido en parte de la suya. Tengo su número: mi teléfono lo guardó de manera automática la última vez que me llamó.

Pero ella tampoco contesta al móvil.

Capítulo 57

Alex

El impulso de derribar la puerta de la casa y recuperar a mi hija es casi tan difícil de resistir como el de empujar durante el parto. Me obligo a quedarme en el coche y contemplo la oscuridad a través de la lluvia torrencial mientras pienso con detenimiento. No puedo precipitarme como un elefante en un bazar. Solo tengo una oportunidad. Tengo que hacerlo de la manera correcta, la manera legal, o la mujer se llevará a Lottie y desaparecerá de nuevo.

Mi teléfono suena y lo cojo. Pero no es ni Jack ni Quinn.

—Alex, tienes que venir a casa —suelta papá sin preámbulos.

—Papá, no puedo…

—Estamos en el hospital —explica—. Tu madre no está bien. Estamos esperando que la atiendan. No sabremos qué tiene hasta que la vea un médico, pero tiene muchos dolores. Es como si tuviera apendicitis, pero en el otro lado.

Se me hace un nudo en el estómago. Mamá ha tenido cáncer dos veces; está en remisión, pero todos sabemos que puede volver en cualquier momento.

—¿Se va a poner bien?

—Cariño, estoy seguro de que estará bien, pero creo que le gustaría verte.

No suena como si creyera que se va a poner bien.

—Estoy fuera de la ciudad —argumento sin querer que papá sepa que estoy en Devon. Ya tiene suficientes preocupaciones como para pensar que estoy persiguiendo fantasmas otra vez—. Regresaré mañana a lo largo del día. Iré a verla en cuanto pueda. ¿Puedes llamarme mañana por la mañana para ver cómo está?

—No hay prisa —responde papá—. Hay mucha gente esta noche. Creo que tendremos que esperar mucho.

—Papá, tienes que insistir —acentúo—. Asegúrate de que sepan

que ha tenido cáncer. No dejes que la atiendan última.

—Me ocuparé de eso, Alex. Mira, tengo que irme. Te veré mañana.

No se ocupará de eso.

Mis padres son personas decentes, buenas personas. Esperan su turno, juegan limpio, pagan su parte, no montan escándalos. Papá nunca se acercará a quien dirija el área de urgencias y exigirá que mi madre sea atendida. Se sentará con paciencia a esperar que la llamen por su nombre mientras una niña maleducada con un golpe en un dedo del pie causa tanto alboroto que la hacen pasar la primera solo para librarse de ella. A papá jamás se le ocurriría molestar.

Yo no tengo tantos escrúpulos.

Pero no puedo dejar a Lottie. ¿Y si la mujer desaparece con ella de nuevo? Tengo que esperar aquí hasta que Jack movilice a la policía. No puedo perderla de vista.

Consulto los tiempos de espera reales en el Hospital Mid-Surrey. Seis horas. ¡Mamá no puede estar seis horas en una camilla! Papá nunca pedirá que la atiendan antes. Y con su problema de inmunodepresión, una espera así podría matarla.

Nadie debería tener que elegir entre su madre y su hija. Golpeo con furia la palma de la mano contra el volante y me sobresalto cuando suena el claxon. Se enciende una luz en la cafetería y me quedo quieta hasta que se apaga de nuevo. No quiero llamar la atención.

Tengo que tomar una decisión. ¿Me quedo o me voy?

Lottie no está en peligro inminente; es obvio que está bien cuidada. Mi madre está enferma y cada vez lo está más. Mamá me diría que me quedara con mi hija, pero si no voy al hospital y lucho por ella, podría morir en una camilla esperando a que la atiendan.

Creo que nunca me he sentido tan sola. Estoy tan *cansada*. Cansada de tener que ser fuerte, de no permitirme dudar nunca, de apoyar a los demás sin importar lo derrotada y abatida que me sienta. Mis padres han hecho todo lo posible por cuidarme y no habría sobrevivido los dos últimos años sin el apoyo de todos en la fundación, pero al fin y al cabo, cuando todos los demás han vuelto a casa y han retomado sus vidas con sus familias, yo estoy sola con mi dolor. Luca fue un pésimo esposo en muchos aspectos, pero era un padre maravilloso. No coincidíamos en casi nada, pero nos unía el amor por Lottie. Sin importar nuestras diferencias, si él hubiera estado aquí, al menos habría tenido a alguien con quien compartir la angustia de los últimos dos años, alguien que lo entendería.

Alguien que me hiciera sentir un poco menos sola.

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante y, al leerlo, me doy cuenta de que la decisión se me ha escapado de las manos.

Capítulo 58

Tenemos que volver a mudarnos pronto. Ya hemos estado en un único lugar más tiempo del que me gustaría. Pero la niña parece más feliz aquí y estoy cansada de pelear con ella.

Ya se ha acostumbrado a mí y ha aceptado su nuevo nombre, incluso me llama mamá. Confío en ella lo suficiente como para dejarla jugar sin mí en la playa debajo de nuestra nueva casa y a veces la llevo a una cafetería en el pueblo. Se hizo amiga del perro del dueño y de vez en cuando el hombre nos deja llevarlo a la playa con nosotras para retozar en las olas. Es la única vez que veo sonreír a la niña.

Pero un día una mujer nos mira con demasiada intensidad cuando estamos en el café y estoy segura de que la veo vigilarnos de nuevo más tarde, cuando volvemos caminando a casa. Tal vez esté siendo paranoica, pero no he conseguido ganarle la delantera a la policía por correr riesgos.

Me he acomodado aquí. Es hora de seguir avanzando.

A la niña no va a gustarle cuando se lo diga. Nuestra tregua es frágil y me culpará por arrastrarla a un lugar nuevo, justo ahora que se ha asentado. Pero solo estoy tratando de protegerla. Ella me pertenece. No puedo dejar que se la lleven.

Prefiero morir.

Por la tarde, mientras ella juega en la playa, empiezo a hacer las maletas. Viajamos ligeras: unas pocas mudas de ropa, algunos juguetes, mi iPad. No se tarda mucho en meter todo eso en un bolso. Podemos estar listas para partir mañana a primera hora.

Estudio el folleto que me dieron en la cafetería para ver los horarios de los autobuses locales hasta la estación de tren más cercana. Al anochecer de mañana, estaremos a cientos de kilómetros de distancia. No importará entonces si la mujer nos reconoció.

Ya nos habremos ido.

Capítulo 59

Alex

PAPÁ ME DICE EN SU mensaje que a mamá la tienen que operar de urgencia, pero no dice por qué. Cuando llego al Hospital Mid-Surrey poco después de medianoche, la recepcionista me informa de que mamá sigue en cuidados intensivos, pero no puede, o no quiere, decirme qué ha pasado.

Mi miedo se intensifica mientras sigo las indicaciones de la mujer hasta la unidad de cuidados intensivos en el tercer piso. Creí que había asumido la mortalidad de mamá después de que le diagnosticaran el cáncer, pero lo repentino de todo esto me ha tomado por sorpresa. La han operado, se ha sometido a quimioterapia y radiación, ha perdido el pelo y ha envejecido diez años en menos de dos, pero nunca, ni por un momento, he creído que podría perderla de verdad hasta ahora.

El mensaje de papá no me dejó otra opción. Mamá podría morir; por supuesto que tenía que estar aquí. Solo le pido a Dios que Jack reciba mis mensajes y movilice a la policía antes de que la mujer deje la casa. No he podido encontrar la casa en ningún sitio web de alquiler de propiedades como Airbnb, así que tal vez ella y Lottie viven allí después de todo. Y volveré mañana a primera hora, cuando mamá esté fuera de peligro.

Eso espero.

Papá está de pie junto a su cama cuando suena el zumbido que me permite el acceso a la UCI. Sus ojos están asustados por encima de su mascarilla. Mamá está inconsciente en la cama y más pálida de lo que nunca la he visto, más pálida de lo que nunca he visto a nadie con vida. Me digo a mí misma que los cables, los tubos y los monitores que rodean su cama hacen que la cosa parezca más alarmante de lo que es.

Me coloco otra buena dosis de desinfectante de manos y cojo la mano de mamá.

—Aquí estoy —susurro—. Soy Alex. Aquí estoy, mamá.

No abre los ojos. Con ternura, le aparto el pelo de la frente.

Su piel está fría, casi pegajosa al tacto. Al menos no tiene fiebre. Eso tiene que ser bueno, ¿no?

—¿Qué ha pasado, papá? —pregunto—. ¿Qué tiene?

—Vamos a tomar un café —sugiere papá—. Debes de estar cansada después del viaje. Hay unas galletas bastante decentes en la sala de espera.

No quiero separarme de mamá, pero reconozco que papá necesita un descanso. Lo sigo hasta una pequeña sala de espera justo fuera de la UCI. Somos los únicos aquí; a esta hora de la noche, los familiares de visita están sentados junto a sus seres queridos, velando por ellos.

Papá inserta una cápsula de café en la máquina y me sirve una taza, luego prepara otra para él.

—Empezó a quejarse de dolor de estómago ayer por la mañana —me cuenta—. Y fue empeorando a lo largo del día, pero ya conoces a tu madre, no le gusta llamar la atención. Luego, por tarde, comenzó a vomitar como yo nunca había visto. No quería venir, pero la obligué. Le dolía tanto que no podía ni hablar.

Pongo en palabras el miedo que nos acecha a ambos.

—¿Es cáncer de nuevo?

—El médico dijo que la tomografía mostraba que el intestino está perforado. Puede ser bastante grave, así que la llevaron enseguida a cirugía. El doctor Terpsichore dijo que salió todo bien, pero es evidente que le va a llevar un tiempo recuperarse.

—Pero ¿qué lo causó? ¿La quimio?

—No lo saben. Lo importante es que lo han atajado a tiempo.

Papá forma parte de una generación que cree a pie juntillas a los hombres de bata blanca y no le gusta desafiar su autoridad haciendo preguntas. No culpo a los médicos por intentar proyectar optimismo, pero quiero saber la verdad, por muy difícil que sea de escuchar.

—Me gustaría hablar con el cirujano —digo—. Averiguar qué está pasando con exactitud. ¿Harriet está viniendo para acá?

—Ay —exclama papá.

Siento una breve punzada de compasión por mi hermana.

—No te preocupes. Yo la llamaré.

—Gracias, cariño. Volveré con tu madre —agrega papá—. No quiero que se despierte y no me vea allí.

—¿Por qué no te vas a casa y duermes un poco? Yo me quedaré…

—Estoy bien, cariño. De todos modos, no podría dormir.

Cuando volvemos a la UCI, nos encontramos con una doctora. Parece cansada y ansiosa. Tiene pelo muy oscuro, con un corte bob asimétrico. Lleva un par de pendientes de oro con forma de herradura.

—Señor Johnson, iba a ir a buscarlo.

—¿Está despierta Mary?

—¿Es de la familia? —me pregunta la médica.

—Soy su hija —contesto—. Alexa Martini.

—Naomi Todd. Lamento conocerla en estas circunstancias. —Suspira—. Me temo que su esposa ha empeorado un poco, señor Johnson. Su ritmo cardíaco ha aumentado y su temperatura ha empezado a subir. No queremos preocuparlo, pero nos gustaría llevarla de nuevo al quirófano.

—¿Más operaciones? —interpongo—. ¿Seguro que es necesario?

—Los médicos saben lo que hacen, querida —acota papá.

—Su madre nos tiene un poco preocupados, Alexa —precisa Todd—. Su intestino debió de haberse perforado bastante tiempo antes de llegar a urgencias. Había una cantidad considerable de materia fecal en el abdomen, lo que hizo que todo tipo de suciedad llegara al torrente sanguíneo. Nos gustaría anticiparnos para que no vuelva a suceder, si podemos.

—¿Puedo verla primero? —pregunta papá.

—Solo un par de minutos.

—Enseguida voy, papá —le aviso.

Espero a que las puertas de la UCI se cierren detrás de él.

—¿Cuál es el pronóstico? —exijo saber.

—Todavía es muy pronto…

—Doctora Todd, le agradecería cualquier dato que pueda darme.

Sus ojos grises me evalúan.

—Su madre está muy enferma —admite después de un momento—. El mayor peligro es la sepsis. El doctor Terpsichore va a intentar estabilizar su estado con un lavado abdominal y también le pondrá un drenaje. Puede que tenga que extirpar algo más de intestino grueso. Me temo que después de eso, será una cuestión de paciencia.

El suelo se mueve bajo mis pies. He pasado de “lo han atajado a tiempo *a* una cuestión de paciencia” en unos pocos minutos.

—¿Se va a morir?

—Vamos a hacer todo lo que podamos.

—Mi hermana vive en las Shetland —le digo.

Se produce un compás de espera.

La voz de Naomi Todd se suaviza.

—En una paciente por lo demás sana, la tasa de mortalidad general, en un caso como este, es de alrededor del treinta por ciento —explica—. Su madre tiene un cáncer metastásico y la infección ya estaba muy avanzada antes de que pudiéramos operar. Si hay miembros de la familia que quisieran despedirse, ahora sería el momento de llamarlos.

Dos años y veintiún días desaparecida

Capítulo 60

Alex

HARRIET NO VIENE.

No viene cuando le digo que mamá está en coma inducido, luchando por su vida. No viene cuando los órganos de mamá empiezan a fallar, uno por uno: los riñones, el hígado, el corazón. No viene cuando los médicos intentan una medida desesperada y obtienen una licencia de emergencia del Consejo Médico General para probar un nuevo medicamento que aún no ha completado sus ensayos clínicos, pero que parece prometedor.

Ni siquiera viene cuando eso fracasa y Naomi Todd nos informa que ya no hay nada más que puedan hacer.

La hermana de mamá, Julie, ha viajado veintiséis horas sin escalas desde Nueva Zelanda para estar a su lado. Su amiga más antigua, Sharon, a quien conoce desde la escuela primaria, hace el largo viaje desde Newcastle. Pero para Harriet es demasiado *angustiante*.

—No podría soportar verla así —confiesa cuando vuelvo a llamarla para decirle que si no viene ahora, será demasiado tarde—. Me rompería el corazón, Alex. No soy tan fuerte como tú. Quiero tanto a mamá, ver cómo se apaga me mataría.

Ignoro la insinuación de que, por lo tanto, yo debo de querer *menos* a mamá.

—Papá quiere que estemos todos juntos —suplico—. Te necesita. Se está desmoronando, Harry. Todavía se niega a aceptar que esto está pasando de verdad.

—No serviría de nada —se excusa Harriet—. Papá te necesita a ti, no a mí. Sabes que se apoya en ti.

—¿Y qué hay de mí? —espeto—. ¿Y si *yo* te necesito?

—Tú no necesitas a nadie, Alex. Nunca lo has hecho.

El hospital nos ha asignado nuestra propia suite familiar, la que reservan para la familia cuando ya no hay esperanza. Tiene una cama

con sábanas limpias, una cocina pequeña, incluso una ducha diminuta. En la sala de estar adyacente hay un sofá y un par de sillones, y un jarrón con flores frescas en la mesita del café: “De los amigos de Mid-Surrey”, reza una pequeña tarjeta junto a ellas. A pesar de todos los detalles, el dolor y la pérdida se filtran como la humedad por las insípidas paredes color beis.

Solo se permite la presencia de dos personas en la UCI con mamá, así que nos turnamos. Solo la dejamos cuando los médicos entran para realizarle más pruebas.

Papá está sentado en el sillón con la tía Julie y Sharon mientras yo me paseo por la sala con inquietud. No he fumado desde que estaba en la universidad, pero ahora tengo ganas de un cigarrillo.

—Vamos a tener que hacer un horario con turnos —señala papá de golpe—. Cuando Mary salga del hospital, necesitará un período de recuperación. Estaré más que feliz de cuidarla yo la mayoría del tiempo, pero no quiero que se aburra. Tendremos que mantenerla animada con visitas una vez que esté preparada para recibir gente.

Mi tía y yo intercambiamos una mirada. Todo coraje me abandona; no puedo ser yo quien le diga a mi padre que mamá no va a volver a casa.

—Tony —comienza mi tía con voz suave—. Creo que debes estar preparado para lo peor.

—Ya lo sé —responde papá—. Sé que Mary podría estar en coma durante bastante tiempo. Y la doctora Todd me advirtió que podría tener secuelas significativas cuando despierte. Necesitará rehabilitación, e incluso entonces puede que nunca vuelva a ser la misma. Todo eso lo sé. Pero la sacaremos adelante.

Asiente varias veces con la cabeza, como si quisiera convencerse a sí mismo.

Me siento a su lado.

—Papá, tal vez no se despierte —insinúo.

—Claro que sí. Es solo una cuestión de tiempo —replica.

Cuando Naomi Todd regresa y nos dice que mamá está cerca del final, papá sigue negándose a aceptarlo. La tía Julie es quien le pide al párroco de la iglesia católica local de mis padres, el padre Jonathan, que venga a darle la extremaunción.

Han pasado menos de cuarenta y ocho horas desde que mamá llegó a urgencias.

Papá no es el único que no puede entender lo que está pasando. Yo estoy bajo los efectos de un tremendo impacto emocional: por fin he encontrado a mi hija, solo para perder a mi madre.

Estoy desesperada por volver con Lottie, pero ni siquiera sé si todavía está en la casa. Y no tengo manera de averiguarlo: Jack está en una misión de investigación sobre el cambio climático en Alaska y

no regresará hasta dentro de dos días, y ni siquiera he tenido noticias de Quinn. No puedo llamar a la policía, que me tachará de loca o cometerá el error garrafal de ir a hablar con la mujer y la hará huir de nuevo en cuanto le den la espalda. Creo que nunca me había sentido tan impotente.

Los médicos han levantado el límite de personas que pueden estar con mamá, así que nos reunimos todos junto a su cama. Fuera está oscuro. Las enfermeras han bajado las luces y han corrido las cortinas alrededor de la cama.

El padre Jonathan abre una pequeña vasija de aceite y unge la frente y las manos de mamá con la señal de la cruz.

—Por esta santa unción, que el Señor en su amor y misericordia te ayude con la gracia del Espíritu Santo para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad —murmura.

No soy religiosa. Mientras que mamá buscaba el consuelo y la ayuda de un ser superior arrodillada en una iglesia, para mí, la desaparición de Lottie fue la prueba final de que si existía un dios, era un dios duro y vengativo que no merecía nuestra atención.

Pero hay algo tranquilizador en las suaves cadencias de las oraciones del padre Jonathan, en la fe tangible de más de dos milenios de historia que él representa. Es difícil no encontrar cierto consuelo en las creencias de los demás, aun cuando no pueda sumarme a ellos. Sentí su poder cuando me casé con Luca en la antigua capilla de su familia materna en Sicilia y avancé por un pasillo desgastado por el paso de miles de pies. Volví a sentirlo dos años más tarde, cuando estuve de pie frente al mismo altar, a escasos metros de su ataúd, mientras el sacerdote movía el incensario dorado y las nubes de incienso se elevaban a nuestro alrededor. Una calma extraña, como si me hubiera puesto en manos de algo más grande e incognoscible. No fe, exactamente. Pero sí una especie de rendición.

Papá y yo nos colocamos uno a cada lado de la cabecera de la cama de mamá y le sostenemos las manos.

Las enfermeras han apagado los monitores, así que no hay pitidos ni alarmas. El padre Jonathan y la tía Julie están a los pies de la cama, uno a cada lado, con Sharon entre ellos. Mamá está rodeada de amor.

No sé si es consciente de nuestra presencia, pero Naomi Todd nos ha dicho que la audición es el último sentido en desaparecer.

—Todo va bien —le susurro al inclinarme junto a su almohada—. He encontrado a Lottie. La traeré a casa, te lo prometo. Puedes irte ahora. Yo cuidaré de papá.

Una pequeña lágrima aparece en la comisura de su ojo. La limpio y guardo el precioso pañuelo en mi bolsillo.

Su respiración es tan superficial que casi no puedo distinguir el ascenso y el descenso de su pecho. No puedo creer que mi madre me

deje. Solo tiene cincuenta y nueve años. Nunca podrá ver a Lottie volver a casa. Nunca celebrará otra Navidad con nosotros.

Trato de recordar la última conversación que tuvimos, pero no lo logro. Debió de haber sido sobre Lottie. Siempre todo era sobre Lottie. Creo que no he visto, no he *visto* de verdad, a mi madre desde el día en que se llevaron a mi hija. Necesito disculparme con ella por eso…

Naomi Todd me toca el hombro con suavidad.

—Se ha ido, Alex.

Mamá parece dormida. Y, sin embargo, me doy cuenta al instante de que ya no está aquí. La esencia de ella, lo que es, lo que amaba, se ha ido.

Papá aprieta la mano de mamá contra su mejilla y apoya la cabeza en la almohada junto a ella. Se ve destrozado.

—Vamos, querida —sugiere la tía Julie—. Deja que tu padre pase un rato a solas con ella.

—Alguien debería avisar a Harriet —digo.

—En un minuto —responde la tía Julie.

En la sala de espera, Sharon me pone una taza de té caliente en la mano. No sé por qué estoy tan abatida. Me siento atontada. Tengo treinta y un años. No he necesitado a mi madre desde hace tiempo. No estoy segura de poder recordar siquiera cómo respirar.

La tía Julie se sienta a mi lado y me frota la espalda.

—Tranquila, cariño. Tranquila.

—Alguien debería avisar a Harriet —repito.

—¿Quieres que la llame yo?

Debería ser yo quien se lo dijera a mi hermana, pero no confío en mí misma.

—Te daré su número —accedo.

—Ya lo tengo, querida. Me lo dio cuando la vi en el aeropuerto.

Tengo la mente embotada. No le encuentro sentido a nada. Mi tía sale al pasillo para hacer la llamada. El té se está enfriando y cojo la taza con las dos manos, como si fuera lo único que me ancla al suelo.

—Harriet saldrá de las Shetlands mañana por la mañana —anuncia la tía Julie cuando regresa—. Nos dará los detalles de su vuelo en cuanto los tenga.

—¿Cuándo? —pregunto.

—¿Cuándo qué, cariño?

—¿Cuándo la viste en el aeropuerto?

—El día que desapareció Lottie —responde con paciencia—. Me encontré con ella en Heathrow. Ahora deja de preocuparte, amor. Nos ocuparemos de todo.

Termino mi té, aunque ya está frío. Tengo muchas cosas que hacer, pero mis pensamientos son inconexos y desordenados. Es como si cada uno de ellos hubiera sido escrito en un trozo de papel y lanzado al aire

sin ton ni son.

Un hombre que se parece a mi padre se une a nosotros en la suite familiar. Lleva la ropa y las gafas de papá, pero este hombre está hueco, vacío, es el esqueleto de una persona. Se sienta en el sofá, con las manos colgando inútiles entre las rodillas, y no puedo soportar el dolor de verlo encogido y reducido a esto.

No puedo dejar que mi padre se derrumbe. Si no hago algo, se hundirá sin dejar rastro. Soy la única que puede devolverle el corazón a esta familia.

Y le hice una promesa a mi madre.

Dos años y veinticinco días desaparecida

Capítulo 61

Quinn

La farra de Quinn dura seis días enteros. Un récord incluso para ella.

La echan del pub cuando está tan borracha que literalmente no puede mantenerse en pie. El chico detrás de la barra la empuja a la calle, le arroja la moneda de Alcohólicos Anónimos en la cara y le dice que resuelva sus mierdas. Así que pasa por la tienda de bebidas alcohólicas camino a su casa y compra una caja de Jack Daniel's.

Mierda resuelta.

Recupera la sobriedad solo después de haberse bebido las seis botellas de whisky y de que no quedase alcohol en la casa. Hasta se ha bebido el puto licor de menta que encontró en el armario bajo el fregadero cuando se mudó al apartamento hace dos años, después de finalizada su estancia en Washington.

Por las manchas mentoladas en su camisa, supone que en algún momento se vomitó encima. Lleva casi una semana con la misma ropa; ella misma puede oler el hedor que desprende. Tiene que asearse o no la dejarán entrar en la licorería.

Se desnuda, se mete en la ducha y se apoya contra los azulejos con la mano sana mientras el agua fría se desliza por su espalda. Su estómago está casi cóncavo, porque no ha comido en cerca de una semana. La comida absorbe el alcohol, lo que la convierte en una forma ineficiente de emborracharse.

Cuando está borracha, se pone sensiblera. Cuando se pone sensiblera, llama a Marnie, quien se compadece lo bastante de ella para responder las llamadas, aunque hayan pasado dos años desde que se separaron. Quinn se da cuenta de que tendrá que hacer un cierto control de daños mientras esté lo bastante sobria como para ser coherente, así que después de ponerse una camisa nueva y un par de tejanos limpios, registra el apartamento en busca de su móvil.

La batería está agotada, por supuesto. Enchufa el cargador, espera un minuto para que se carguen las llamadas y los mensajes recientes y luego se desplaza por ellos, entrecerrando los ojos para leer a través de la pantalla rota. No hay llamadas a Marnie durante la borrachera, gracias a Dios. La batería debió de haberse agotado antes de que tuviera la oportunidad de hacerlas.

Pero hay un mensaje de voz de Alexa Martini de hace seis días. Debería borrarlo. Esa mujer no le ha traído más que problemas. Si abre la puerta de nuevo, volverá a caer en una vorágine sin fondo. Perderá su trabajo.

No va a borrarlo. Por supuesto que no lo va a borrar.

Reproduce el mensaje. “La encontré. Sé dónde está. Estoy vigilando su casa ahora mismo. Si quieres tu maldita noticia, Quinn, llámame”. Joder.

Han pasado seis días. Si han encontrado a Lottie Martini y *ella* se lo ha perdido, se cortará las putas venas.

Quinn coge su portátil y lo enciende, su resaca se disipa mientras la adrenalina completa el trabajo que empezó la ducha fría. Pero una búsqueda del nombre de Lottie no revela ningún avance en la noticia de Martini desde que Alexa tiro del freno de emergencia en el metro hace tres semanas. No hay nada nuevo en AP ni en Reuters, nada en ninguna parte.

Su ritmo cardíaco vuelve a la normalidad. Alexa Martini está loca o está tratando de jugar con su cabeza. Nunca debió recuperar la sobriedad. Necesita un trago.

Pero hace clic en el sitio web de la INN solo para estar segura.

Su puta madre.

No puede creer lo que está leyendo. Justo cuando pensaba que el caso de Lottie Martini no podía complicarse más.

Quinn pulsa la marcación rápida en su teléfono.

Capítulo 62

No partimos a la mañana siguiente como había planeado. La niña está enferma y tiene fiebre. ¿Qué clase de madre sería si la sacara ahora, con el frío y la lluvia, y la arrastrara por medio país en un autobús? La mujer que nos miraba en el café no ha regresado. La niña necesita descansar, dormir y tomar mucho líquido. Podremos irnos en un día o dos, cuando se sienta mejor.

Pero no mejora. Se pone peor.

Siempre ha comido con voracidad, pero ahora no tiene apetito. Está desganada, acurrucada en el sofá, con la mirada perdida en de la ventana cubierta de lluvia hacia la playa gris que hay más abajo. No quiere que le lea, ni siquiera quiere ver la televisión. Esta niña difícil y testaruda de pronto se muestra dócil y complaciente, y eso me aterra.

Le preparo su sopa de tomate favorita, pero se come una cucharada y luego aparta el bol. Tiene los ojos hundidos y su piel está pálida, húmeda y fría. No puedo creer la transformación que ha sufrido en un par de días. Parece casi consumida. Tal vez sea una gripe. Ha estado enferma antes, pero no así, nunca así. Ni siquiera tengo Apiretal para bajarle la temperatura y no puedo dejarla para ir al pueblo a comprarlo. Lo único que puedo hacer es intentar que esté cómoda.

La mañana del cuarto día desde que enfermó me cuesta despertarla.

Grita cuando abro las cortinas y la luz le hace dar un respingo.

Se me hace un nudo en el estómago.

Le levanto la parte superior del pijama rosa y advierto el sarpullido revelador en su pecho. Con el corazón en la boca, tomo el vaso vacío que hay junto a su cama y lo aprieto contra la erupción. Las manchas no desaparecen.

Meningitis.

—Me duele la cabeza —gime.

¿Puedo arriesgarme a llevarla al hospital? Incluso si doy un nombre falso, harán muchas preguntas. No habrá una historia clínica suya en el sistema. Querrán internarla y con cada momento que pase en el hospital, aumentará la posibilidad de que alguien la reconozca.

Podría dejarla allí. Podría llevarla a urgencias y dejarla allí.

Pero si lo hago, no podré volver. La perderé para siempre.

Lo superaremos. Tengo algo de penicilina que compré por internet. Está caducada, pero las fechas de caducidad son una mentira. Me aseguraré de que tome mucho líquido y le daré unos comprimidos de paracetamol triturados y mezclados con una cucharada de mermelada para aliviarle el dolor de cabeza. Y si logro que coma algo, eso ayudará, aunque los líquidos son lo más importante. Y tenemos que bajar la temperatura.

Le preparo un baño tibio —no frío, eso sería un choque demasiado fuerte para el cuerpo, ese es el error que todo el mundo comete— y la ayudo a quitarse el pijama con cuidado. Me deja que le pase la esponja sin quejarse y luego, la saco de la bañera y la envuelvo en una toalla blanca suave y esponjosa.

Apoya su cabeza caliente en mi hombro.

—Te quiero, mamá —dice.

Es la primera vez que me lo dice.

Capítulo 63

Alex

DESDE MI PUNTO DE OBSERVACIÓN escondido, veo a Lottie correr por la playa, su pelo rubio ondea como una bandera desteñida detrás de ella. Finge ser un avión, o tal vez un pájaro: tiene los brazos extendidos mientras se lanza en picado por la arena.

No hay nadie con ella. Nadie la observa.

Excepto yo.

Lottie se detiene de golpe y deja caer su trasero gordo en la arena como si fuera una niña mucho más pequeña. Se quita las sandalias y las arroja al mar frío y gris, luego se ríe con deleite cuando la marea las arrastra con rapidez. Al verla, es difícil no sonreír. Incluso con casi seis años, es lo bastante pequeña como para no dejarse dominar por los *tengo que* y los *debería*. Es impulsiva, vive el momento, tal como yo lo recuerdo. Salta con alegría por la playa helada con los pies descalzos, su falda húmeda golpea sus pantorrillas y por un momento me pregunto a qué edad dejamos de saltar y nos rendimos a la disciplina peatonal de caminar y correr.

Me alegro de que se esté divirtiendo tanto ahora, porque sé que se asustará cuando la coja para llevarla conmigo. No puedo evitarlo, pero me aseguraré de que la parte del miedo termine lo antes posible.

Lottie se acerca a la orilla, sin darse cuenta de mi presencia cuando salgo de las rocas detrás de ella y reprimo mi instinto de apartarla del borde del agua y decirle que tenga cuidado, que la marea es más fuerte de lo que parece. La vida es peligrosa. Si no lo sabe ya, pronto lo sabrá.

Y la mayor amenaza para ella no proviene del mar. Viene de alguien como yo: una desconocida que acecha en las sombras.

Mi pulso se acelera cuando salgo de detrás de las rocas. Estoy a punto de cruzar una línea y poner en marcha una cadena de acontecimientos de la que no habrá vuelta atrás.

El primer año que trabajé en Muysken Ritter, uno de los socios representó a una mujer francesa a quien le habían arrebatado a su hijo del cochecito cuando tenía diez meses. Cuatro años más tarde, lo encontraron en Johannesburgo; estaba viviendo con una pareja que lo había adoptado con ingenuidad después de que hubiera sido víctima de tráfico de niños hasta Sudáfrica. El Tribunal Superior de Pretoria resolvió que lo mejor para el niño era permanecer con los únicos padres que había conocido. La madre biológica podría ver a su hijo una vez al mes, e incluso esas visitas estarían supervisadas, por si intentaba recuperarlo.

Hace cuatro días le prometí a mi madre moribunda que llevaría a Lottie a casa. No voy a esperar a que la policía actúe, a que los tribunales sigan sus procesos rutinarios para emitir un fallo que pueda entregar a mi bebé a otra mujer. Ahora no tengo nada que perder.

Estoy harta de seguir las reglas.

Es una mañana fresca y soleada, con un calor inusual, uno de esos raros días de noviembre que parecen más bien de principios de otoño. La playa está salpicada de paseadores de perros y familias locales que aprovechan el sol tenue. Esperé a propósito hasta el sábado para hacerlo con la esperanza de que hubiera gente alrededor y Lottie y yo pudiéramos pasar inadvertidas con más facilidad, pero he tenido más suerte de la que me atreví a imaginar. Elijo tomarlo como un buen presagio. Un último regalo de mi madre.

Lottie levanta la vista de su juego y me ve. Duda un segundo y se lleva un dedo a los labios: *chsss*.

El corazón me da un vuelco. Se acuerda de mí.

En realidad, no tiene ni idea de quién soy, por supuesto. Para ella, solo soy la señora de la cafetería, la que le devolvió su juguete. Pero cuando le hago señas, viene hacia mí con los ojos brillantes de curiosidad.

Mi hija, a un metro de distancia.

Debería haber aprendido que no debe acercarse de tan buen grado a un desconocido, pero siempre ha sido una de esas niñas a las que les gusta romper las reglas. Lucho contra el impulso de estrecharla. Más que nada, quiero tocarla, saber que de verdad está aquí, pero me contengo.

—¿Y el peluche? —pregunto.

—No lo traigo a la playa. No quiero que se moje otra vez.

—Por supuesto. Qué tonta soy.

Se ríe.

—Tengo una niña de tu edad —le digo—. No vas a creer la cantidad de peluches que tiene. Y algo aún mejor.

—¿Aún mejor?

—Aún mejor.

—¿Cómo qué?

Me encojo de hombros.

—Ah, tendrías que verlo.

—¿Puedes enseñármelo?

—Podría. No está muy lejos —respondo—. Pero no creo que te den permiso.

Frunce el ceño mientras reflexiona. Luego vuelve a llevarse los dedos a los labios, *chsss*, con los ojos llenos de picardía.

Sonrío y me doy la vuelta como para irme; sé que la curiosidad será su perdición. Me alcanza y desliza su mano en la mía, porque confía en mí.

La mano de mi hija en la mía.

Caminamos juntas por la playa a la vista de todos, entre docenas de personas. Nadie intenta detenernos. No puedo creer que sea tan sencillo. Este es el momento de mayor riesgo, el único espacio de tiempo en el que, a pesar de toda la planificación de los últimos días, los acontecimientos escapan en gran medida a mi control. Si alguien la ve conmigo y nos cuestiona, tengo mi excusa preparada. Pero nadie se da cuenta. Nuestra propia normalidad nos hace invisibles.

Camino deprisa. El tiempo apremia. Pueden notar la ausencia de Lottie en cualquier momento. Cada segundo es clave.

Giro para tomar un sendero pedregoso que se aleja de la orilla. Lottie está descalza, aunque no se queja. Pero nos está retrasando con sus saltitos cautelosos con un pie y después con otro, así que la cojo en brazos y no protesta.

Mi hija en mis brazos.

Frunce el ceño por primera vez cuando abro la puerta del asiento trasero de mi coche alquilado. No quise arriesgarme a usar mi propio vehículo, por si hubiera alguna cámara de seguridad que se me haya escapado, aunque creo que he conseguido evitarlas. El documento de identidad que le di a la empresa de alquiler de coches es falso, desde luego; te sorprendería lo rápido que se puede conseguir un permiso de conducir y un pasaporte falsos por internet. Gracias a Simon Green y a Berkeley International sé cómo moverme por la dark web.

—¿Dónde está mi silla de coche? —pregunta.

—¿No eres demasiado mayor para eso? —contesto, aunque por supuesto no lo es.

—Sí —responde, complacida.

No hace preguntas mientras nos dirigimos a un hotel barato situado a cuarenta minutos del pueblo de South Weald, excepto porque me pide ir al baño, algo a lo que me niego, ya que para entonces ya casi hemos llegado. He elegido adrede un lugar cercano para no asustarla con un viaje en coche largo, pero no parece preocupada en absoluto. No dejo de mirarla por el espejo retrovisor, sin poder creer que de

verdad está aquí. Está aquí, conmigo. Estamos escapando. Esto no es un cuento de hadas, esto no es mi imaginación: esto es real. Lottie es real.

Me obligo a concentrarme en la carretera. He tenido cuidado de elegir una ruta con pocas cámaras de tráfico y sin peajes. No creo que la mujer que me robó a mi hija sea tan estúpida como para montar un escándalo, pero por si acaso, he tomado medidas para cerciorarme de que no nos encuentren, hasta que esté segura de que la mujer haya regresado al mismo agujero oscuro del que salió. No me interesa la venganza ni el castigo. Tengo a mi hija de vuelta.

En un par de días, podré llevarla de regreso a casa, a Londres. No importará cómo la encontré. No es un crimen rescatar a tu propia hija.

La pesadilla ya casi ha terminado.

Capítulo 64

Quinn

NADIE MÁS ESTABLECE LA CONEXIÓN, excepto Quinn.

Un logotipo en un jersey.

Una niña desaparecida en Devon.

“La encontré. Sé dónde está. Estoy vigilando su casa ahora mismo”.

—¿Qué cojones has hecho, Alex? —murmura Quinn mientras su llamada al teléfono de la mujer se vuelve a desviar al buzón de voz.

Deja otro mensaje y se guarda el móvil en el bolsillo de los tejanos. Nada le gustaría más que volver a meterse en una botella de Jack, pero eso no la va a ayudar a encontrar a Alexa y a Lottie Martini. Eso no va a darle una solución a esta maldita y jodida historia. Tiene que seguirla hasta el final y a la mierda con las consecuencias.

Quinn haría bien en admitirlo: no se trata solo de la historia. Está perdidamente enamorada de Alexa Martini. La mujer es difícil y está afectada y tiene una maldita fijación con llegar a la verdad, y eso es suficiente para enganchar a Quinn. Alexa ha sido sometida a la clase de destrucción de reputación que ningún hombre en su lugar habría tenido que soportar, pero ella sigue adelante, intacta e impávida, y levanta los dedos hacia el mundo con la señal de la V: “Tú eres la casa sobre la arena. Yo soy el tornado”.

Quinn arroja las botellas de whisky vacías en el cubo de reciclaje y limpia los charcos de vómito en el sofá y al lado de la cama. Hace una mueca mientras restriega las manchas. Por Dios, esta vez sí que se le fue de las manos.

Cuando termina, se prepara un tazón de gachas de avena —la única comida que hay en el apartamento— y muele los últimos granos de café panameño. Vuelve a sentarse frente al ordenador y mientras piensa con atención, rodea la taza de café con su mano buena.

No tiene ni idea de si Alexa Martini ha encontrado de verdad a su hija perdida o si está loca de remate y se ha llevado a una niña

inocente de la calle. La foto de la niña desaparecida se parece lo bastante a Lottie como para que *pueda* ser ella, pero es difícil estar segura: las fotos más recientes de Lottie ya tienen dos años de antigüedad y los niños cambian muy rápido a esta edad. Pero en este momento, la verdad es que no importa. Está claro que Alexa *cree* que ha encontrado a Lottie. Es una mujer inteligente. Debe de tener un plan. Sabe que no puede esconderse para siempre, así que ¿cuál será su jugada final?

Quinn se regaña a sí misma por enésima vez por no haber contestado el teléfono hace seis días cuando Alexa la llamó. Podría haberla convencido de que desistiera. O al menos, haberse involucrado en lugar de estar intentando ponerse al día. A estas alturas, Alexa podría estar en cualquier parte, aunque Quinn apuesta a que no ha abandonado el país.

¿Adónde irías si estuvieras huyendo con una niña pequeña?

Quinn baja la taza de café. Lo está mirando desde el ángulo equivocado. Intentar encontrar el hotel o el alojamiento en el que se ha escondido Alexa es como buscar una aguja en un pajar de agujas. La experiencia le ha enseñado que localizar a alguien es como jugar al tenis: no te centras en donde *está* la pelota, sino en donde *estará*.

Si Quinn estuviera en el lugar de Alexa, antes de hacer una maniobra como esta, querría una prueba incontrovertible de ADN de un laboratorio de confianza.

Si encuentra el laboratorio, encontrará a Alexa.

Solo hay una docena de centros de estudios de ADN reconocidos y acreditados por el Gobierno en Inglaterra. Eso implica un proceso lento y tedioso, pero es el tipo de trabajo en el que Quinn se especializa. Le cuesta tres días y quinientas libras en sobornos a los mal remunerados encargados de los registros, pero al final obtiene lo que busca.

Como todo lo demás en esta historia, viene con un giro más jodido de lo que ella habría podido imaginar.

Capítulo 65

Alex

AL PRINCIPIO, LOTTIE CREE QUE es una aventura. Se emociona cuando le cuento que vamos a jugar a un juego y a escondernos de todo el mundo hasta que mi sorpresa especial para ella esté lista. Le digo que tenemos que cortar su precioso y característico pelo rubio y, en lugar de oponerse, me pregunta si puede hacerlo ella misma. Le entrego las tijeras y se corta un mechón grande y lo arroja al suelo, entre risas.

—¿Cuándo vamos a ver la sorpresa? —pregunta.

—Pronto —contesto.

Mi plan era quedarme en el hotel unos días y luego explicarle a Lottie quién soy en realidad y llevarla a casa conmigo.

Pero para mi sorpresa, la mujer que se hace llamar la madre de Lottie *va* a la policía. Se llama Helen Birch y alega haber adoptado a Lottie —la llama Flora— en Polonia hace dos años, cuando la niña tenía cuatro.

No sé si está mintiendo o si de alguna manera mi hija fue vendida a un intermediario y Helen Birch es una víctima, igual que yo.

Esto lo cambia todo. Aunque en teoría sabía que podía pasar, nunca pensé que llegaría a esto.

La enormidad de lo que he hecho me impacta por primera vez. En lo que respecta al mundo, he arrebatado a una niña inocente de su madre. Me he convertido en el monstruo de mis propias pesadillas. No puedo llevarme a Lottie a casa hasta que pueda probar, fuera de toda duda, que es mi hija.

Me conecto a internet y selecciono un centro de análisis de ADN acreditado por el Ministerio de Justicia que cumple con procedimientos estrictos para mantener la cadena de custodia, lo que significa que sus resultados son aprobados por los tribunales y aceptados por los juzgados de derecho de familia.

Coloco en una bolsa el cepillo de dientes que le compré a Lottie,

junto con el mío, y los envío por correo al centro, con la dirección de la oficina de Jack como remitente. Debido a trabajo atrasado, los resultados tardarán dos semanas en llegar, pero quiero que sean de dominio público. Es la única manera de demostrar que estoy diciendo la verdad.

Sigo la evolución de la noticia con obsesión y espero a que Lottie se duerma antes de entrar en internet y escudriñar los sitios de noticias y las redes sociales. La policía hace desfilar a Helen Birch por la televisión y no sale bien parada. La prensa no tarda en ponerse en su contra, como lo hizo conmigo.

Una parte de mí siente pena por ella. Sé lo que es culparse a una misma. Sé lo que es decirse a una misma que solo apartaste los ojos de tu hija durante un segundo, que le podría haberle pasado a cualquiera, aunque sabes que no es cierto. No le pasó a cualquiera, te pasó a ti, porque *tú* miraste para otro lado.

Pero lo mío tampoco es un lecho de rosas. A medida que la novedad de nuestra aventura va decreciendo, Lottie empieza a resistirse a mis reglas, a pesar de que le explico que son por su propio bien. No me arriesgo a sacarla en público, excepto cuando me veo obligada a salir a comprar comida. Es más difícil de lo que esperaba y me cuesta establecer un vínculo con ella. Estoy estresada y confusa, y me hacer perder la paciencia con rapidez.

—¿Dónde está mi mamá? —exige saber cada vez con más frecuencia.

Se me parte el corazón. Sé que es demasiado pronto, que todavía no está preparada para que le diga la verdad, pero al final no puedo evitarlo.

—Yo soy tu mamá —le digo.

Se pone furiosa, patea y muerde. Pronto tengo las piernas llenas de moratones y al final le doy mi iPad para calmarla. Se conecta a YouTube y ve vídeos de Minecraft durante horas. Nunca le gustó ver la televisión; siempre tuvo demasiada energía para quedarse quieta.

Esto me hace darme cuenta de nuevo de lo mucho que me he perdido, de lo mucho que me han robado. La niña que conocí no existe. Esta niña es una desconocida para mí.

Nada de esto está funcionando como pensaba. Esperaba que Lottie estuviera molesta al principio, pero sin duda a estas alturas se da cuenta de que lo hago por ella. Sé que es una tontería esperar que se acuerde de mí, pero me duele que no pueda ver lo mucho que la quiero.

Su querida “mamá” no era una madre de verdad. Las observé a las dos durante varios días antes de llevar a cabo mi jugada. Helen Birch no le prestaba ninguna atención a Lottie, la dejaba jugar sola en la playa durante horas. Dudo que siquiera la eche de menos ahora que se

ha ido.

Mientras que yo he demostrado mi devoción. Lo he arriesgado todo por ella.

Pero Lottie no lo pone fácil. Es malhumorada y grosera, y tiene un berrinche cada vez que no obtiene lo que quiere. Se comporta como la niña de tres años que era cuando me la quitaron, en lugar de como una niña de casi seis, y me pregunto si al llevármela no le habré causado una regresión. Parece bien cuidada, pero no tengo ni idea de por lo que ha pasado en los últimos dos años. Y ambas sufrimos de claustrofobia, atrapadas entre las mismas cuatro paredes día tras día.

Así que intento hacer concesiones, pero cuando cedo un centímetro, ella exige un metro. Siento que le estoy fallando de nuevo. Nunca he sido una madre práctica; Luca era quien cuidaba de Lottie. Estoy aprendiendo a pilotar un avión en el aire.

Ahora tomo conciencia de que he construido una visión color de rosa de mi hija que está chocando con la dura realidad. Me digo a mí misma que esto es *bueno*. Esto es lo que significa ser madre, y esta vez no voy a huir.

Jack y Quinn siguen llamando, pero dejo que las llamadas sean desviadas al buzón de voz. Ambos son bastante inteligentes como para haber establecido la conexión entre yo y una niña desaparecida en South Weald. Estoy apostando por su lealtad —hacia mí, hacia la historia— para evitar que acudan a la policía hasta que yo tenga la oportunidad de explicarme. Necesito mantenerlos a raya un tiempo.

Pero me mantengo en contacto constante con papá. Quiere que vuelva a casa, pero le he dicho que necesito un tiempo a solas para procesar la muerte de mamá. Harriet está con él; ya es hora de que haga su parte. Papá ha insistido en una autopsia porque todavía se niega a aceptar que no haya habido nada que pudiera haberse hecho para salvar a mamá, y aunque esto me rompe el corazón, me sirve para ganar tiempo, porque el funeral no puede celebrarse hasta que se realice la autopsia. Lottie y yo estaremos en casa antes de eso, una vez que el alboroto se calme y tenga los resultados del ADN.

Pero el alboroto no se calma.

El nombre de Flora Birch está en boca de todos. Veo su fotografía en todas partes. Nos mudamos a una casa de huéspedes en una zona deteriorada de Barnstaple y pago en efectivo. Nuestra habitación huele a humedad y a moho, y Lottie se queja de que las sábanas están pegajosas. Está rebelde y protesta, y tiene hambre todo el tiempo, *todo* el tiempo.

Me doy cuenta de que he cometido un error: con nuestro pelo limpio y nuestras caras blancas, sobresalimos como una mosca en un vaso de leche en esta parte de la ciudad. Tenemos que mezclarnos con la gente que se parece a nosotras.

Nos dirigimos en coche al norte, a Manchester, y nos alojamos en un elegante hotel de Didsbury. Nadie nos mira dos veces, pero Lottie está inquieta y se aburre encerrada todo el tiempo. La llevo a pasear de día por la ciudad, arriesgándonos a las multitudes y el anonimato del tren, pero no es suficiente. Si queremos que esto funcione, necesita estar al aire libre todos los días, en un lugar donde pueda correr y jugar. Está empezando a ponerse pálida.

Así que la llevo a Anglesey y alquilo una casita cerca de Traeth Mawr, en la costa, en el medio de la nada, y pago tres meses por adelantado en efectivo. El chico joven de la agencia inmobiliaria ni siquiera me pide el documento de identidad. Está demasiado ocupado contando billetes.

La foto de la niña ya no aparece en las portadas y en este remoto páramo, su nombre no está en boca de la gente. No creo que nadie la busque aquí, después de todo este tiempo, pero no puedo estar segura.

Lottie parece un poco más feliz aquí, pero hace demasiado tiempo que no tiene con quien jugar. Requiere atención constante, entretenimiento constante. Me preocupa que todo lo que le ha pasado la haya dañado de manera irremediable.

Me preocupa que yo haya empeorado el daño.

Después de diez días juntas, por fin se ha acostumbrado a mí; incluso me llama mamá. Pero hay un miedo en sus ojos, una inquietud, que ningún niño debería tener. Algo va mal entre nosotras y, a pesar de mis mejores esfuerzos, crece con cada día que pasa. Quiero demostrarle que confío en ella, así que la dejo jugar sin mí en la playa debajo de la casa, y a veces la llevo a una cafetería en el pueblo donde se hace amiga del perro del dueño.

Pero un día una mujer nos mira con demasiada intensidad cuando estamos en el café y estoy segura de que la veo vigilarnos de nuevo más tarde, cuando volvemos caminando a casa.

Decido que iremos a Escocia por la mañana. Conozco bien Edimburgo; será fácil perdernos allí. Solo falta una semana más o menos para que lleguen los resultados del ADN. Entonces Quinn podrá publicar su noticia y será seguro llevar a Lottie a casa. Nadie me quitará a mi hija de nuevo.

Pero a la mañana siguiente, Lottie tiene fiebre. Está cansada y desganada, demasiado enferma para viajar. Necesita descansar, dormir y tomar mucho líquido. Podremos irnos en un día o dos, cuando se sienta mejor.

Excepto que no mejora. Se pone peor.

Dos años y treinta y cinco días desaparecida

Capítulo 66

Alex

CUANDO LOTTIE ME DICE QUE me quiere, es como si me echaran un cubo de agua helada en la cabeza que me espabila en un instante.

¿Qué importa si me arrestan? Prefiero que el tribunal devuelva a Lottie a Helen Birch y perderla para siempre antes de que le pase algo. No importa si me meten en la cárcel. Salvar a mi hija es lo único que importa.

Estamos a menos de cuarenta minutos del hospital en Bangor, pero son los cuarenta minutos más largos de mi vida.

No puedo creer lo rápido que Lottie empeora. Ha estado decaída y con fiebre durante varios días, pero en la última hora la fiebre se ha disparado a 41 °C. Mientras le abrocho el cinturón en el coche, vomita una bilis oscura, de color verde alga, que me llena de terror. Su piel pálida tiene un brillo enfermizo que le confiere una luminosidad escalofriante, y su corto pelo rubio está pegado al cráneo por el sudor. No puede soportar la luz del día, así que la envuelvo en una manta y conduzco tan rápido como me atrevo.

¿En qué estaba *pensando* cuando le di penicilina caducada y paracetamol triturado? Necesita cuidados profesionales: antibióticos especializados, líquidos intravenosos, oxígeno, esteroides, ¡no baños tibios! No debí haber esperado tanto para buscar ayuda. *Conozco* la meningitis; un niño de la guardería de Lottie casi se muere de ella.

Una de las maestras reconoció los síntomas y llamó a una ambulancia; su rapidez mental salvó la vida del niño, pero la sepsis hizo estragos en su pequeño cuerpo y le costó los dos pies. Si mi demora priva a Lottie de sus extremidades, si le pasa algo, Dios no lo quiera, nunca podré perdonarme.

Estoy a pocos minutos del hospital cuando miro a Lottie por el espejo retrovisor; veo que se pone rígida de pronto y su cuerpo se agarrota como el de una marioneta. Luego empieza a convulsionar y a

sacudirse contra el coche. Me doy cuenta de que está teniendo un ataque.

Cada segundo cuenta.

Me meto en el carril contrario con la mano en el claxon y el pie apretado contra el suelo. Debo de haber sabido transmitir mi urgencia: los coches se apartan al arcén en ambas direcciones y me dejan pasar. Conduzco sin parar hasta la zona de ambulancias a la salida de urgencias e ignoro las líneas amarillas entrecruzadas que me indican que no debo parar allí. Salto fuera del coche y abro de un tirón la puerta del asiento trasero.

—¡Mi hija está teniendo una convulsión! —grito mientras un paramédico sale de una ambulancia cercana aparcada y corre hacia mí.

Desabrocho a Lottie y la levanto. Me sorprende lo ligera que parece de pronto.

—Creo que es meningitis —explico, con el pánico que me quita el aliento—. Tiene cuarenta y un grados de fiebre y una extraña erupción púrpura en todo el pecho.

El paramédico le levanta la manga del jersey.

—Se ha extendido a los brazos —afirma. Incluso mientras observamos, aparecen más puntos en el interior de las muñecas, el sarpullido se está esparciendo literalmente ante nuestros ojos.

—Está ardiendo —agrega el paramédico y me la quita de los brazos —. Hizo bien en traerla tan rápido.

Ya está entrando en urgencias y yo corro para seguirle el paso. Lottie está inerte en sus brazos, con los ojos en blanco. Hay un repentino estallido de actividad cuando el personal médico de uniforme converge hacia nosotros desde todas direcciones. El paramédico deposita a Lottie en una camilla y un médico ya le está dando golpecitos en el interior del antebrazo para insertarle una vía intravenosa mientras se la llevan por un pasillo y a través de un par de puertas corredizas.

Intento ir detrás de ella, pero el paramédico me detiene con una mano en el hombro.

—No puede pasar allí, cielo —indica—. Intente no preocuparse. Está en buenas manos. Las mejores que hay. Alguien la llevará con ella en cuanto esté estable.

Cuando el paramédico se encamina de regreso a la zona de ambulancias, las puertas se abren de nuevo y aparece una enfermera con una bata amarilla y una tableta en las manos.

—¿Es la madre?

—Sí. ¿Se va a poner bien?

—Está en excelentes manos. —La enfermera golpetea la pantalla de la tableta—. Solo necesito algunos datos. ¿Cómo se llama su hija?

Dudo un instante.

—Charlotte. Lottie.

—¿Apellido?

Hay una repentina conmoción a nuestras espaldas: gritos que piden ayuda, llantos, pies que corren.

El sonido de vidrios rotos, de sillas volcadas.

Se ha desatado una pelea en la sala de espera. Dos hombres de poco más de veinte años, en actitud agresiva, están en posición de guardia uno frente al otro, ambos sangran por sus labios partidos y narices rotas. Cada uno está respaldado por un grupo de dos o tres amigos, algunos con heridas propias, todos gritando insultos y alentando la confrontación. Un par de mujeres jóvenes con pendientes de aro dorados idénticos, tacones altos y tejanos ajustados intentan calmarlos sin éxito.

De golpe suena una alarma ensordecedora que interrumpe toda conversación. Dos guardias de seguridad fornidos se entrometen en la riña y separan por la fuerza a los muchachos.

—Lo siento —grita la enfermera, por encima del ruido—. Es la alarma de seguridad. Ocurre siempre. ¿Puede repetirme el apellido de su hija?

Podría mentir. Usar el nombre y la fecha de nacimiento del documento de identidad falso, inventar una dirección. En este caos, tal vez pasaría inadvertido. Por ahora. Pero tarde o temprano, el hospital descubrirá que la niña con el nombre ficticio que les he dado no tiene historia clínica ni un número de la seguridad social asociado a su fecha de nacimiento. Estoy cansada de huir. Lottie es mi hija. La prueba de ADN lo demostrará. ¿Por qué tengo que ocultarlo?

La alarma se detiene con brusquedad.

—Martini —contesto, y mi voz suena fuerte en el repentino silencio.

La enfermera ni siquiera levanta la vista. Si el nombre de Lottie significa algo para ella, no muestra ninguna señal.

—¿Alguna alergia? —pregunta—. ¿A la penicilina o algo parecido?

—No —respondo—. No tiene ninguna alergia.

Pide detalles de las vacunas de Lottie, cuánto tiempo ha estado enferma, cuándo comió por última vez. ¿Ha visitado alguna granja en las últimas dos semanas? ¿Ha estado expuesta a algún producto químico? ¿Ha viajado al África Subsahariana?

Respondo a todas las preguntas, tratando de ocultar mi frustración creciente.

—¿Cuándo podré ver a mi hija? —pregunto por fin.

—El médico se lo dirá pronto.

El orden se ha restablecido en la sala de espera y los dos jóvenes están sentados en lados opuestos de la habitación, lanzándose miradas

feroces. Tomo asiento como sugiere la enfermera, pero enseguida vuelvo a ponerme de pie y a pasear por el pasillo. Mi hija está luchando por su vida ahí adentro y no tengo ni idea de lo que está pasando.

Suena mi móvil.

—Nada de teléfonos aquí —señala la recepcionista desde el otro lado de la sala.

Saco el móvil para silenciarlo. El nombre de Quinn aparece en la pantalla. Un mensaje de texto.

Solo se ven unas pocas palabras: ¡Llámame YA! Flora…

Pero antes de que pueda leer el mensaje completo, oigo que alguien me llama por mi nombre.

Dos policías uniformados vienen hacia mí. Delante de ellos camina la enfermera de bata amarilla que anotó los detalles de Lottie.

O sea que *sí* reconoció el nombre.

—¿Señora Martini? —repite uno de los policías—. Nos gustaría hablar con usted.

Y entonces leo el texto de Quinn.

Dos años y treinta y nueve días desaparecida

JESS: Creo, y no hace falta decirlo, que acompañamos a ambas mujeres y que es de verdad triste, lo siento por ambas pero, al mismo tiempo, tenemos leyes, por algo existen los procedimientos.

ZEALY: Es muy triste, sí.

JESS: Como la mejor amiga de Alexa Martini, debes de estar destrozada por ella.

ZEALY: Sí, todos lo estamos.

JESS: Tú eras una de los llamados "doce apóstoles", ¿no es así? De hecho, estuviste en la última cena la noche antes de que Lottie desapareciera.

ZEALY: Ojalá la gente no nos llamara así.

JESS: Para que nuestros espectadores lo entiendan, los otros apóstoles en esa cena eran tu hermanastro, Marc Chapman, y su novia, Sian, los padres de ella, Penny y David Williams, y el padre de Marc, Eric Chapman, además de los padres de una de las pequeñas damas de honor, Felicity y Jonathan Everett. Ian Dutton también estaba allí…, bueno, a él lo conocemos todos. Y las dos últimas personas en la cena eran Catherine Lord, la dama de honor de Sian, y Paul Harding, con quien Catherine se casó más tarde, ¿es así?

ZEALY: Sí.

JESS: Y que ha sido acusado de abuso sexual de menores.

ZEALY: Sí.

JESS: A lo largo de los años, se ha hablado mucho de ti y de los otros apóstoles, ¿no es cierto? Ha habido mucha especulación. ¿Puedes decirme, Zealy, qué se siente al tener el dedo de la sospecha apuntando hacia ti?

ZEALY: No es nada comparado con lo que ha pasado Alex.

JESS: Zealy, hasta ahora has hecho lo posible por evitar llamar la atención, si no me equivoco, esta es la primera entrevista que concedes a los medios, ¿no?

ZEALY: Sí.

JESS: ¿Puedes decirme por qué sales a hablar ahora?

ZEALY: Porque alguien tiene que aclarar las cosas. Es fácil juzgar a Alex, pero con lo que ha pasado, ha sido increíble…, es la peor pesadilla de una madre, ninguno de nosotros sabe lo que haría en su lugar.

JESS: Pero es una pesadilla que *ella* infligió a otra madre, ¿no es así?

[*pausa larga*]

JESS: Helen Birch.

ZEALY: También lo siento por la señora Birch.

JESS: El secuestro de Flora ha estado en todas las noticias durante semanas, ¿verdad? Incluso el primer ministro la mencionó en una entrevista el otro día. Como persona de color, ¿eso te enoja?

ZEALY: ¿Qué?

JESS: Que otro niño blanco reciba toda esta atención, todos estos

recursos.

ZEALY: No, por supuesto que no…

JESS: ¿Crees que si Flora Birch hubiera sido negra, el primer ministro habría hecho un llamamiento público para que volviera sana y salva?

ZEALY: Lo que creo es que a ti te da igual. Estás usando el tema de la raza para conseguir audiencia.

JESS: Lo que hizo Alexa Martini fue imperdonable, ¿no crees?

ZEALY: La policía no estaba haciendo nada…

JESS: ¿Estás diciendo que apoyas la decisión de Alexa de convertirse en una justiciera?

ZEALY: ¡No es una justiciera!

JESS: Si de verdad pensaba que Flora Birch era su hija, podría haber acudido a la policía.

ZEALY: Acudió a la policía después de que vio a Lottie en el metro y no hicieron nada.

JESS: Pero fue a *Flora* a quien vio en el tren, con su *au pair*, no a Lottie.

ZEALY: Sí, pero Alex no lo sabía.

JESS: O sea, ¿que crees que no fue maldad, sino que se confundió?

ZEALY: [*pausa*] Pensó que la niña era Lottie. Son tan parecidas…

JESS: Pero las pruebas de ADN demostraron que la niña *no* era su hija. Si Alexa Martini hubiera dejado que la policía hiciera su trabajo, le habría ahorrado a Helen Birch diez días de infierno, ¿no te parece?

ZEALY: La madre de Alexa acababa de morir. Estaba desesperada, no estaba pensando con claridad…

JESS: ¿Estás diciendo que carece de estabilidad mental?

ZEALY: No, no he dicho eso.

JESS: Flora estuvo a punto de *morir*.

ZEALY: Y tan pronto como Alex se dio cuenta de lo enferma que estaba Lottie… Flora… la llevó al hospital. Nunca la habría puesto en peligro.

JESS: ¿Dirías que Alexa Martini es una buena madre?

ZEALY: ¡Por supuesto!

JESS: ¿Crees que una buena madre deja sola a su hija en un coche al sol?

ZEALY: Cometió un error. Estaba trabajando demasiadas horas, ella…

JESS: ¿Crees que una buena madre tiene sexo con un desconocido en lugar de cuidar de su hija?

ZEALY: Lo estás tergiversando todo. Aun cuando Alex fuera una pésima madre, no se merecía que le robaran a su hija. ¡No hizo nada malo!

JESS: Secuestró a una *niña*.

ZEALY: No me refería a eso…

JESS: Mucha gente piensa que Alexa no debería haber salido bajo fianza después de lo que ha hecho. ¿Crees que se le ha dado un trato especial por ser quién es?

ZEALY: ¿De qué serviría que la enviaran a la cárcel?

JESS: Eso es algo que debe decidir un jurado.

ZEALY: Después de todo lo que ha pasado, merece algo de compasión, ¿no? Helen Birch recuperó a su hija, pero la hija de Alex sigue desaparecida. ¿Puedes imaginar lo que está sintiendo ahora mismo?

JESS: ¿Crees que Lottie Martini sigue viva?

ZEALY: Creo que Alex nunca dejará de buscarla.

JESS: ¿No es hora de que, como su amiga, la apartes a un lado y le digas que se detenga?

[*silencio*]

JESS: ¿Crees que debería dejar de buscarla, Zealy?

[*pausa larga*]

ZEALY: Si fuera tu hija, ¿lo harías?

Capítulo 67

Alex

Me tiemblan las manos de los nervios. Las meto debajo de los muslos y respiro profundamente para calmarme. No puedo creer que haya aceptado verme. Yo no sería tan indulgente en su lugar.

Nos reunimos en el despacho de Jeremy, mi abogado, por insistencia de él. La policía ha dejado claro que tiene la intención de pasar mi caso a la Fiscalía de la Corona, con la recomendación de presentar cargos. "Conforme a la Ley de Sustracción de Menores de 1984, es un delito que una persona se lleve o retenga a un niño menor de dieciséis años de tal modo que lo sustraiga del control legal de cualquier persona que tenga el control legal sobre él o que lo mantenga fuera del control legal de cualquier persona con derecho a ejercer el control legal sobre él sin autoridad legal o excusa razonable". No tengo ni idea de si la Fiscalía de la Corona resolverá procesarme, pero Jeremy parece pensar que es probable que lo haga. Hay mucha presión pública para que me condenen y eso sirva como elemento disuasorio para otros posibles justicieros tentados de tomarse la justicia por su mano cuando crean toparse con su hijo secuestrado. Porque somos muchos ahí fuera.

Llaman con suavidad a la puerta.

—¿Estás lista? —pregunta Jeremy.

Me pongo de pie y me seco las palmas de las manos en la falda.

Helen Birch es más joven de lo que recordaba. Cuando la vi en la cafetería, supuse que andaría en torno a los cincuenta, pero ahora me doy cuenta de que tal vez tenga una década menos. De cintura gruesa, piernas cortas y pecho caído, su mayor atractivo son sin duda sus sorprendentes ojos verde hoja, bordeados de pestañas largas y oscuras. Los habría notado antes, pero solo estaba prestando atención a Lottie.

A *Flora*.

Helen extiende una mano y luego la retira.

—Lo siento —dice.

No sé si se refiere a su gesto o a la incómoda situación en la que nos encontramos.

—Por favor, ¿quieren tomar asiento? —interpone Jeremy, y señala las dos sillas al otro lado de su escritorio—. ¿Desean las señoras un té?

Jeremy no tiene más de treinta y cinco años, pero por sus modales y su forma de hablar parece de setenta.

—Gracias —responde Helen.

Sale del despacho para ocuparse del té y nos deja solas por un momento. Helen sigue sin sentarse.

—¿Cómo está? —pregunto sin poder evitarlo.

—Flora está mucho mejor, gracias —contesta Helen—. Los médicos dicen que podrá volver a casa mañana.

El énfasis en el nombre de su hija es sutil, pero inconfundible.

—Gracias por haber accedido a verme —aventuro—. No te habría culpado si…

—¿Por qué estoy aquí?

Su tono no es en particular hostil, pero los ojos verdes son fríos.

No sé qué decirle. Esta reunión fue una sugerencia de Jeremy: dice que es menos probable que la fiscalía resuelva procesarme directamente si Helen no anda reclamando justicia retributiva a los cuatro vientos. La mujer no tiene ninguna razón para solidarizarse con mi causa y, en cuanto a mí, no me importa mucho si voy a la cárcel o no.

Pero si estoy entre rejas, nadie buscará a Lottie. La policía metropolitana ha advertido que cuando se agote la partida actual de fondos, no solicitará más. En lo que a ellos respecta, esto ha pasado a ser un caso sin resolver. Y la Fundación Lottie está en serios problemas: el doble golpe del arresto de Paul Harding y ahora el mío ha hecho que nuestros donantes salieran corriendo. Incluso Jack se ha visto obligado a distanciarse de nosotros en público, aunque su apoyo en privado es la única razón por la que estoy en libertad bajo fianza.

—Necesito pedirte disculpas en persona —comienzo por fin—. Sé que eso no puede ni empezar a compensarte por lo que te hice pasar. Pero necesitaba mirarte a los ojos y decirte cuánto lo siento.

Helen guarda silencio. Pero cuando Jeremy vuelve con el té en una bandeja con tazas y platos de porcelana con flores, la mujer toma asiento.

—Estaba tan *segura* —prosigo—. Ahora me doy cuenta de que no es Lottie; sus ojos ni siquiera son del color correcto. Pero en el momento, la miré y de verdad *vi* a mi hija.

No era solo que se pareciera a una niña que podría ser mi hija. Yo vi a *Lottie*. Estaba tan segura de eso como de la gravedad del suelo bajo mis pies. Y sin embargo, me mentí a mí misma. Soy la narradora

poco fiable de mi propia historia. Y si he mentido sobre esto, entonces nada de lo que diga merece confianza.

—Estaba tan segura —repito—, y entonces se murió mi madre, y yo le prometí que llevaría a Lottie a casa. No estoy pidiendo compasión —añado—. Solo quería explicarlo. Nunca quise herirte, ni a ti ni a Flora. Pensé que la estaba *rescatando*.

Se produce un largo silencio. Bajo la vista hacia mis manos. He hecho ni más ni menos lo que dije que no haría: he apelado a su compasión.

—No hace falta que te diga lo que me hiciste —responde Helen mientras hace un esfuerzo visible por mantener la emoción bajo control—. Cuando bajé a la playa y ella no estaba allí. El terror. El pánico. Sentí que me ahogaba. La presión en el pecho… —Vacila, se recompone—. No necesito decírtelo.

—Lo lamento mucho…

—Todas esas noches en las que no podía dormir —continúa—. Cuando me imaginaba lo que le había pasado a Flora, quién podría habérsela llevado. Los *hombres*. —Se detiene de nuevo al recordar a quién le está hablando—. Rezaba para que fuera alguien como tú quien se la hubiera llevado. Una mujer que hubiera perdido a su propia hija y necesitara la mía. Alguien que la cuidara; que la amara, incluso. Recé y le prometí a Dios que si me devolvía a Flora sana y salva no pediría nada más. “Solo devuélvemela”. Ese fue el trato que hice.

Se me cierra la garganta. Yo he hecho las mismas súplicas, las mismas promesas.

Los nudillos de Helen se vuelven blancos mientras retuerce las manos en su regazo y sé cuánto le está costando esto.

—Prometí que aceptaría el regalo de mi hija y dejaría pasar todo lo demás —agrega—. Prometí que no buscaría venganza ni castigo. No importaría quién se la hubiera llevado, si la recuperaba sana y salva, los perdonaría. Y entonces ocurrió un milagro. —Su voz se llena de un asombro inesperado—. Flora volvió.

Las dos sabemos que tiene razón: *es* un milagro. La policía habrá mantenido una fachada de optimismo mientras buscaba a Flora, pero Helen debió de haber buscado la verdad en Google, como hice yo, y debió de haber descubierto que después de los tres primeros días, solo uno de cada veinte niños desaparecidos es encontrado con vida. Los asesinos y los pedófilos suelen matar a sus víctimas mucho antes que eso. Y, de los niños que se recuperan, casi todos son fugitivos o han sido secuestrados por familiares en disputas por la custodia. Después de diez días, las posibilidades de que un niño secuestrado por un desconocido vuelva sano y salvo son en verdad escasas.

¿Después de dos años?

—Fuiste mi milagro —resume Helen—. Fuiste mi pesadilla y luego, fuiste mi milagro.

Mi hija ha estado desaparecida durante setecientos setenta días. En todo ese tiempo, nadie la ha visto de manera verificable ni se ha encontrado ningún rastro. Ahora sé que no vi a Lottie en el metro después de todo, la pequeña llama de esperanza que he atesorado durante las últimas cinco semanas se ha quedado sin oxígeno que la alimente. Hemos vuelto al punto de partida.

En mi corazón, sé que mi hija debe de estar muerta. Pero si Lottie sigue viva —*si*— ruego para que se la haya llevado una mujer como yo. Una mujer ilusionada y rota que crea que mi hija es suya y la mantenga a salvo. Rezo para que Lottie me haya olvidado y piense en esta mujer como su mamá. Rezo para que sea amada, esté calentita y sea feliz.

Helen se pone de pie.

—Espero que encuentres a tu hija —concluye—. Ruego a Dios que vuelva a ti, como Flora lo hizo conmigo. Y si lo hace, tienes que seguir la cadena, Alexa, como lo estoy haciendo yo. Tienes que dejar de lado el odio y la ira. Tienes que *perdonar*. Ese es el trato que has hecho con el universo.

Y como haría cualquier cosa, aceptaría cualquier cosa con tal de tener a Lottie en casa, digo que sí.

Dos años y cuarenta y un días desaparecida

Capítulo 68

Alex

No es el funeral que mi madre se merece. Le robé los dos últimos años de su vida cuando perdí a su nieta y ahora le estoy robando la despedida digna y pública que debería haber tenido.

Es imposible celebrar el servicio en la iglesia parroquial de mis padres, como quería mamá, debido al frenesí mediático que me rodea después de mi detención hace seis días. Así que nos vemos obligados a despedirnos de ella en una pequeña capilla privada situada en los terrenos de un monasterio benedictino cercano, cuyos muros altos y praderas ondulantes mantienen a raya a la prensa. Tenemos que limitar la ceremonia a unos pocos familiares y amigos cercanos, que es todo lo que la pequeña iglesia puede albergar.

Por segunda vez en tres años, contemplo el rostro frío e inmóvil de un ser querido muerto, enmarcado por raso y roble. Si hay un dios, no es el mío.

Papá se vuelve hacia mí, como siempre, en busca de apoyo. Lo tomo del brazo y lo acompaño de regreso al banco en la parte delantera de la capilla; le paso el brazo por el hombro cuando solloza, hundido y desconsolado, mientras el padre Jonathan nos insta a celebrar la vida de mi madre; mi voz es clara cuando leo la lectura que eligió la tía Julie: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si así no fuera, os lo hubiera dicho”.

Pero no puedo llorar. No puedo sentir. Mi corazón es como una piedra. La titilante brasa de esperanza que ardía por Lottie y me sostenía se ha vuelto ceniza gris en mi alma.

Cuando termina el breve servicio, salimos a la fría tarde de noviembre. Los portadores del féretro cargan el ataúd de mamá en el coche fúnebre para el corto viaje al cementerio, a unos pocos kilómetros de distancia. Solo son las dos y media, pero el sol pálido ya está bajo en el cielo gris.

Me sorprende encontrar a Jack esperándome en el camino de grava detrás de la capilla, de pie debajo de un viejo cedro para protegerse de la llovizna. Lleva un abrigo de lana negro, abrigado y elegante, pero tiene una barba incipiente y el aspecto de un hombre que lleva varios días sin dormir.

Mi corazón congelado se anima al verlo, a pesar de su espantoso desaliño.

Hay algo reconfortante en su aspecto tosco y deslucido, y tengo que resistir la tentación de colocarle el cuello torcido y enderezarle la corbata.

—Fue un servicio muy bonito —comenta—. Tu madre habría estado muy orgullosa de ti.

—No me di cuenta de que estabas aquí.

—Me quedé atrás. No quería molestar.

—Has sido muy amable al venir.

Bajo las formalidades, hay un intercambio más profundo. Jack espira, su aliento es una bocanada blanca en el aire frío. Me roza la piel, cálido, como un beso. Sonríe y siento que el calor se extiende hasta mis huesos.

Harriet me llama desde el otro lado del aparcamiento.

—Deberíamos ir saliendo —me avisa—. Papá y la tía Julie están esperando en el coche.

—Un minuto —contesto.

—Ve con tu familia —me apura Jack—. Solo quería que supieras que la fiscalía no va a avanzar con tu caso. Todavía no es oficial; tenemos que esperar a que disminuya el interés público. Pero si aceptas ver a un consejero durante unos meses, no presentarán cargos.

Por un momento, me cuesta hablar. Jack debe de haber pedido una docena de favores para lograrlo.

—Gracias —digo.

—No me lo agradezcas. La madre de Flora ha presionado mucho en tu favor. —Vacila—. Siento no haber estado allí cuando me necesitaste, Alex. Si hubiera leído tus mensajes cuando viste a Flora por primera vez…

—No habría cambiado nada.

—Sabes que eso no es cierto.

—No importa, Jack. Nada de esto es culpa tuya.

—Estaba buscando a Amira —suelta con brusquedad—. Mi esposa.

Recuerdo quién es ella.

—Me llevó unos días localizarla —añade—. Hacía más de seis años que no la veía. Y no quería que la prensa se enterara, así que me desconecté durante un tiempo.

—No tienes que explicar…

—Le pedí el divorcio, Alex. Ahora tiene la ciudadanía. Ya no me

necesita.

Su aliento se mezcla con el mío en el aire frío.

—No tienes que rescatarme, Jack.

—Tal vez sea yo quien necesita ser rescatado. —Me quita una hoja caída del hombro—. Te veré cuando vuelvas a Londres —concluye.

Es una promesa. Un frágil hilo hacia el futuro.

Harriet se estira para mirar cuando subo al coche y el cortejo empieza a moverse.

—¿Quién es ese? —pregunta en dirección a Jack, que se aleja.

—Nadie que conozcas —replico.

Mi hermana intercambia una mirada con la tía Julie. Hay un aire de complicidad entre ellas y sé que han estado hablando de mí.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Capítulo 69

Alex

ENTERRAMOS A MAMÁ EN LA tierra fría de un antiguo cementerio, debajo de un enebro. Más tarde, en casa de mis padres, donde se celebra la recepción, me sirvo una buena medida de ginebra en su memoria y disfruto del sabor amargo.

Nadie se queda mucho tiempo. La tía Julie reparte bandejas de sándwiches semisecos y tartaletas mientras papá permanece sentado inerte en su sillón, mirando la nada. Ha perdido tres kilos en igual número de días y su piel se ve fina y flácida sobre los huesos. Es como si se estuviera uniendo a mamá en su descomposición bajo la tierra, derrumbándose sobre sí mismo, con su sangre y sus músculos y huesos convirtiéndose en putrefacción y podredumbre.

Podría decirle: el dolor es el precio que pagamos por el amor.

La tía Julie conversa con Harriet en la cocina, con los ojos puestos en papá mientras susurran juntas. No había notado antes el parecido entre ellas, pero podrían ser madre e hija. Las dos tienen el mismo pelo grueso y oscuro, aunque el de la tía Julie ya se está poniendo canoso y lo lleva recogido en un esmerado moño mientras que el de Harriet le llega hasta la mitad de la espalda. Si Harriet fuera mi prima en lugar de mi hermana, tal vez sería más feliz.

Cuando el último de los presentes se ha ido, ayudo a Harriet a fregar. El bolso de mamá sigue encima del microondas, junto a un montón de facturas sin abrir. Su delantal está colgado en la parte trasera de la puerta de la cocina.

—¿La tía Julie ha dicho cuánto tiempo piensa quedarse? —pregunto.

Harriet me da una bandeja para secar.

—Creo que unos días más.

—¿Y tú?

—Me voy mañana.

—Harry…

—Ya me he quedado tres semanas —explica—. Me han encargado que pinte un mural en una escuela de Brae. No puedo tomarme más tiempo libre.

Mi hermana no necesita decirlo: “Es culpa tuya que hayamos tenido que esperar para celebrar el funeral de mamá”. Su espalda rígida habla por ella.

Terminamos de fregar en silencio. La tía Julie está revisando fotografías en el comedor y papá ha subido a acostarse. El duelo es agotador; de todos sus aspectos inimaginables, la intensidad de los síntomas físicos es lo que te toma por sorpresa. Después de la desaparición de Lottie, me sentía agotada todo el tiempo.

—¿Crees que podrás venir para Navidad? —pregunto mientras guardamos la mejor vajilla de mamá en el aparador—. Sé que a papá le gustaría que estuviéramos las dos aquí.

—Puede ser —responde—. Depende de Mungo. Él también tiene una familia.

Siento una enorme tristeza. Nunca he sentido la distancia entre nosotras tan insuperable como ahora. Sé que Harriet culpa al estrés de los últimos dos años de la muerte prematura de mamá. Me culpa a *mí*. Pero no quiero que la próxima vez que nos veamos sea dentro de unos años, en el funeral de papá. Quiero que volvamos a ser hermanas.

Harriet casi no me habla desde que llegó de las Shetland. Cuando entro en una habitación, se va, como si no pudiera soportar estar cerca de mí. Creo que no me ha mirado a los ojos ni una vez desde que llegó. Podría entenderlo si fuera por lo de Flora Birch, pero lleva meses actuando así conmigo.

De hecho, desde que Lottie desapareció.

Sé que me culpa por haber perdido a Lottie. Pero si alguien tiene derecho a estar molesta, soy yo. Cuando se llevaron a Lottie, Harriet no fue a Florida para ayudar a buscarla. Es mi *hermana*. ¿Cómo pudo no estar allí para apoyarme?

—La tía Julie dijo que se encontró contigo en Heathrow —menciono, recordando de pronto—. El día que Lottie desapareció.

Harriet está de espaldas a mí y no estoy segura de que esté escuchando. Mueve la mesa de café unos pocos centímetros a la izquierda y luego retrocede para contemplarla, como si lograr la posición exacta fuera la cosa más absorbente que ha hecho nunca.

—¿Adónde ibas? —agrego con curiosidad.

—¿Cuándo?

Reprimo un suspiro de irritación.

—Cuando la tía Julie te vio en Heathrow.

—¿Mmmm? Ah, sí, nos encontramos. Pero eso fue hace años, cuando Mungo y yo nos íbamos de luna de miel. Se debe de haber

confundido. —Empuja la mesa de café un centímetro más—. ¿Te parece que está en el centro?

La tía Julie fue muy clara. “Me encontré con ella en Heathrow, el día que desapareció Lottie”. En nuestra familia, el día en que mi hija desapareció es como el 11 de septiembre, la muerte de la princesa Diana, los atentados del 7 de julio en el metro. Todos sabemos lo que estábamos haciendo, dónde estábamos, con quién estábamos.

No es el tipo de cosa con la que uno se confunde.

En los últimos dos años, he revivido las últimas horas que pasé con mi hija mil veces, cien mil veces, y he desacelerado y detenido el tiempo para examinar cada detalle, con la esperanza de que esta continua reconstrucción a cámara lenta me ayude a encontrar la pista que me lleve hasta ella.

Lottie metiendo trozos de papel por debajo de la puerta del baño.

Lottie chapoteando en la piscina.

Lottie y yo de la mano y caminando por la arena suave hacia el océano.

Lottie tratando a Sian con el desprecio que merecía.

Nunca me he detenido a reflexionar sobre mi breve conversación telefónica con Harriet, en vez de eso, me he concentrado en el momento en el que me vuelvo y veo a Lottie hablando con un hombre desconocido que le apoya una mano en el hombro.

Pero ahora lo recuerdo.

Recuerdo el sonido del anuncio de un vuelo en el trasfondo de la llamada. Recuerdo que le pregunté a mi hermana: “¿Estás en el aeropuerto?”.

Y su respuesta: “Es el televisor”.

Capítulo 70

Alex

No es posible.

Harriet nunca haría algo así.

Mi hermana puede no aprobarme a mí o la forma en que estaba criando a Lottie, pero nunca me quitaría a mi bebé. Jamás me haría pasar por esto. Jamás le haría pasar por esto a *mamá*.

La tía Julie entra en la sala de estar, con un álbum en la mano.

—Estas fotos son increíbles —comenta con cariño—. Nuestro *pelo*. Mira a tu madre, con esos pantalones acampanados. No puedo creer que saliéramos así.

—¿Recuerdas cuando te encontraste con Harriet en Heathrow? —inquiero.

—¿Qué, cariño?

—Dijiste que te encontraste con ella en el aeropuerto.

—¿Cuándo dije eso?

—Después de que muriese mamá.

La tía Julie mira a Harriet y luego a mí. Cierra el álbum y lo sostiene contra su pecho.

—Me parece que no, cariño.

—Dijiste que la viste en el aeropuerto el día que Lottie desapareció —repito.

—¿Qué aeropuerto?

—Heathrow —respondo con impaciencia.

—¿Qué habría estado haciendo yo en Inglaterra, cariño?

—No lo sé. Pero dijiste…

—Cuando se llevaron a Lottie, estaba en casa en Nueva Zelanda con tu tío Bern, Alex. Hasta varios días más tarde no volé a Florida para ayudarte a buscarla. Creo que estás confundida, cariño.

Harriet suspira.

—Te lo dije, Alex. Fue cuando Mungo y yo estábamos de luna de

miel.

De pronto, me siento mareada, como si tuviera vértigo. Sé que no lo imaginé. Lo recuerdo: “Me encontré con ella en Heathrow, el día que desapareció Lottie”.

Pero no se puede confiar en mi memoria, ¿verdad? La debacle con Flora Birch lo demostró: mi necesidad de encontrar a mi hija es tan abrumadora que conjuré un espejismo tan real que no pude distinguir la diferencia entre la verdad y la ficción.

Quizá Harriet y mi tía tengan razón. Tal vez estoy recordando fragmentos de una conversación y empalmándolos en mi imaginación. Harriet no tiene ninguna razón concebible para mentirme.

¿O sí?

—Tu madre acababa de morir —señala la tía Julie, y me toca el brazo—. Es natural que estuvieras conmocionada, cariño, y se te cruzaron los cables. Olvídalo. Ahora, ¿qué os parece si preparo una taza de té y vemos juntas algunas de estas fotos de tu madre?

Cosa sorprendente, la voz de Harriet es amable.

—No puedes seguir así, Alex. Necesitas tomarte un descanso. Un lugar donde puedas alejarte de la prensa por un tiempo.

—Estoy en libertad bajo fianza —le recuerdo—. Me han quitado el pasaporte. No puedo ir a ninguna parte.

Esa noche, como tantas otras, no puedo dormir. Me digo que estoy paranoica, pero no puedo evitar la sensación de que Harriet y mi tía me ocultan algo.

Harriet conoce a la tía Julie mucho mejor que yo. Se tomó un año sabático mientras yo estaba en la universidad y pasó seis meses en Nueva Zelanda. Ninguna de las dos tiene hijos; el tío Bern ya tenía tres de su primera esposa cuando conoció a mi tía y no quería tener más. Tal vez las dos…

¿Las dos *qué*? ¿Robaron a su sobrina y sobrina nieta y se la llevaron de contrabando a Nueva Zelanda o a las islas Shetland? ¿La escondieron en un cobertizo en algún lugar?

Siento que me estoy volviendo loca. Necesito un descanso: Harriet tenía razón en eso.

El reloj en mi mesita de noche marca las 4.54. Aparto las sábanas, cojo una chaqueta de lana gruesa y bajo las escaleras a tientas en la oscuridad, con cuidado de no pisar el escalón que cruje, el cuarto contando desde abajo. Salgo al jardín trasero y camino de puntillas por el césped helado con los pies descalzos, casi corriendo por el frío. Mi aliento sale en bocanadas blancas y cuelga con pesadez en el aire frío de la noche.

Me siento en el banco de piedra cubierto de musgo debajo del haya, me abrazo las rodillas contra el pecho y me acerco los pies para mantenerlos calientes. Aquí es donde mamá y yo solíamos sentarnos a

charlar. Ella se acomodaba en la tumbona, allí, y yo descargaba todas mis preocupaciones: los chicos, los exámenes, el trabajo.

Lottie.

Cierro los ojos y trato de escuchar su voz, y solo oigo un silencio burlón.

El sol aún no ha salido, pero la densa negrura de la noche está dando paso a la extraña y gris penumbra que precede al amanecer. Desde que Lottie desapareció, siento que he estado aprisionada en este momento de no-ser, atrapada entre dos mundos. Para los que sufren, el tiempo no es una experiencia lineal. Mi purgatorio es interminable y a la vez flamante.

Los ojos me arden con lágrimas repentinas. No puedo seguir yendo de una teoría conspirativa loca a otra como he estado haciendo desde que creí ver a Lottie en el metro. Mis pies necesitan tocar fondo.

De alguna manera, tengo que encontrar la forma de salir del abismo. Durante dos años, me he aferrado a la esperanza de rencontrarme con mi hija. Es hora de que descubra cómo soltarla.

Primero, necesito sanar la brecha con Harriet. Sea lo que sea que haya pasado entre nosotras en el pasado, somos hermanas. A mamá se le rompería el corazón si viera lo ancha que se ha vuelto la grieta entre nosotras. Tal vez debería ir un tiempo con ella a las Shetland y tratar de conocerla de verdad. Puede que nos sorprendamos y nos llevemos bien.

Con una inesperada sensación de propósito, me pongo de pie y me dirijo a la casa. La cocina sigue a oscuras cuando entro. Antes de hacer las paces con Harriet, tengo que hacer las paces conmigo misma. Puedo aclarar mis dudas con una sola llamada telefónica. Desenchufo el móvil del cargador que está sobre la encimera de la cocina y me encierro en el estudio de papá en la parte delantera de la casa, donde nadie me podrá oír.

Mungo contesta a la segunda llamada. Soy consciente de que aún no son las seis, pero él trabaja en distintos turnos en las plataformas y no tengo ni idea de cuándo sería un buen momento.

—Mungo, soy Alex —digo—. Siento llamar tan temprano. ¿Tienes un momento para hablar?

—Dos minutos —responde.

Mi cuñado siempre ha sido un hombre de pocas palabras, pero, aun así, me sorprende la aspereza de su tono.

—Es sobre Lottie —preciso—. El día que desapareció. Tú estabas en tu casa esa semana, ¿no? ¿En las islas, en Brae?

—Sí.

—Sé que esto puede sonar ridículo, pero ¿Harriet estaba contigo?

Me quedo esperando a que conteste: “Sí, por supuesto, ¿dónde más podría estar?”.

El silencio que se extiende entre nosotros es espeso y denso, como la niebla que llega desde el mar del Norte.

—¿Qué es esto, Alex? —pregunta Mungo.

—Solo estoy tratando de aclarar las cosas en mi cabeza —respondo.

—Deberías hablar con tu hermana.

Se me seca la boca.

—Te lo estoy preguntando a ti, Mungo.

El tictac del reloj en el estudio de papá suena muy fuerte. Puedo oír las cañerías del radiador en las paredes mientras la casa respira.

—No tengo ni idea de dónde estaba Harriet —revela por fin—. No tengo ni idea de dónde *está*. Me dejó. Un día llegué a casa de la plataforma y ya no estaba.

El suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Cuándo? —tartamudeo—. ¿Cuándo te dejó?

—Ese verano. Antes de que se llevaran a tu hija.

Ese verano.

Hace dos *años* y medio.

¿Por qué no me contó Harriet que había dejado a Mungo? ¿Por qué no se lo contó a *ninguno* de nosotros? Mamá les compró a ella y a Mungo una tarjeta de aniversario solo unas semanas antes de morir. ¿Por qué mantenerlo en secreto?

—Mira —agrega Mungo—. Lo siento. Me enteré de lo de tu madre. Era una buena mujer.

—Gracias.

—Han sido unos años de mierda —comenta.

—Sí —concedo—. Una mierda.

—Como sea. Los muchachos me están esperando así que…

—Solo una pregunta más, Mungo. Cuando Lottie desapareció, ¿Harriet estaba todavía en Brae?

—No. Se marchó de la isla después de que nos separamos. No ha regresado desde entonces. No sé dónde está viviendo ahora. Lo siento, Alex, pero tengo que irme.

Dejo el teléfono y miro fijamente la fotografía de Harriet y mía sobre el escritorio de papá. Fue tomada hace siete años, en mi boda con Luca. Mi hermana y yo estamos agarradas de la cintura, con las cabezas inclinadas la una hacia la otra, casi tocándonos.

Ambas esbozamos anchas sonrisas.

Harriet me mintió.

No estaba en las islas Shetland, en su casa, en Brae.

¿Dónde estaba entonces?

Capítulo 71

Quinn

QUINN ARROJA EL TELÉFONO SOBRE el sofá con una exclamación de disgusto. El más básico de los errores, justo al comienzo de la investigación policial. De puta madre.

Esos supuestos detectives deberían ser colgados.

No era Penny Williams.

¿La última vez que se vio oficialmente a Lottie Martini hablando con, entre comillas, la madre de la novia, en la playa al final de la ceremonia? *No estaba hablando con Penny*.

Quinn supo que había algo raro cuando leyó la transcripción de la entrevista a la mujer. La señora Williams recordaba al pie de la letra su conversación banal con el estilista la mañana de la boda y cada palabra del debate con su hija sobre el esmalte de uñas verde azulado. ¿Pero había olvidado la totalidad de su encuentro con una niña que ha sido el epicentro de una búsqueda mundial durante los últimos dos años?

No. Quinn no se lo creía. Así que volvió a leer las entrevistas a los cuatro invitados que dijeron haber visto a la niña hablando con la señora Williams.

Todos habían descrito a una mujer mayor, de cabello oscuro, con un vestido azul pálido, a la que habían tomado por la madre de la novia. Pero cuando Quinn los localizó y habló con ellos, descubrió que, de hecho, ninguno de ellos *conocía* a Penny Williams.

Todos habían hecho una suposición basada en la edad de la mujer y el color de su ropa. Y la policía de Florida nunca había cuestionado esa suposición y no le había mostrado a ninguno de los testigos una foto de la señora Williams para asegurarse de que estaban hablando de la mujer correcta. Todas las líneas de investigación se han basado desde el principio en la misma información errónea. Y a pesar de los millones de libras gastados por la policía metropolitana, nadie había

pensado en revisar lo ocurrido y *verificarlo*.

Así que Quinn envió por correo electrónico a los cuatro testigos una foto de Penny Williams con la ropa con la que había asistido a la boda. Acaba de hablar por teléfono con el último de ellos.

Y ahora lo sabe con seguridad.

Penny Williams no recuerda su conversación con Lottie porque *ella no era la mujer con la que había estado hablando la niña.*

La mujer de cabello oscuro que vieron charlando con Lottie tenía más o menos la misma edad que Penny Williams y su vestido era de un color similar. Pero ahora que los testigos han visto una foto de la madre de la novia se dan cuenta de que la mujer que vieron estaba mucho más bronceada y era más delgada. Se sienten muy mal porque *supusieron*…

Quinn se prepara un poco más de su legendario café panameño y vuelve a su ordenador. Tiene la sensación de que se le está acabando el tiempo. No para rescatar a Lottie, sino para salvar a Alex.

Está claro que la mujer está al borde de un ataque de nervios. Y Quinn se lo *debe*. Si hubiera respondido el teléfono cuando Alex la llamó en lugar de irse de farra durante seis días, podría haberla detenido. Como mínimo, la habría convencido de que obtuviera una muestra de ADN de la niña que estaba tan segura de que era su hija y esperara los resultados antes de tomarse la justicia por su mano. Le guste o no, Quinn se siente responsable de lo ocurrido. Las dos están juntas en esto.

Quinn se está jugando el pellejo.

Se pasa la tarde revisando todas las fotos y vídeos que los invitados a la boda y los turistas enviaron al departamento de policía de Florida cuando se hizo el primer llamamiento público para solicitar ayuda. No los ha conseguido de la forma más legal, sino que ha aprovechado una fuente dentro de la investigación policial, pero en su opinión, el fin justifica los medios.

No tiene ni idea de si la misteriosa mujer que se vio hablando con Lottie ha sido capturada en alguna imagen, pero no lo sabrá hasta que haya revisado cada una de ellas para comprobarlo. La mujer no es una de las invitadas a la boda; Quinn ya lo ha averiguado. Pero la playa estaba abierta al público durante la ceremonia y hay un gran número de turistas y otros huéspedes del hotel que aparecen en el fondo de las fotos, disfrutando del espectáculo desde la orilla del agua. Tal vez tenga suerte.

Tal vez no.

A las tres de la madrugada, lleva dieciséis horas en la tarea. Le duelen la cabeza y la espalda.

Ha revisado miles de fotos y no ha encontrado nada. Se dirige a la cocina y muele más granos de café, preguntándose si habrá llegado al

final del camino. Mañana llamará al equipo de investigación de la metropolitana y les informará de lo que ha averiguado, pero sin una foto de la mujer no está segura de que sirva de algo.

El rastro es de hace más de dos años y, de todos modos, es probable que sea otra pista falsa. Lo más seguro es que la mujer no tenga nada que ver con la investigación. Solo una dulce y anciana abuela que se detuvo a comentarle a una dama de honor lo bonita que estaba y siguió adelante.

Quinn regresa al ordenador con el café y sigue mirando las imágenes.

Dos años y cuarenta y dos días desaparecida

Capítulo 72

Alex

—Te estoy diciendo la verdad —exclama Harriet.

Mi hermana está sentada frente a mí en la tumbona de mamá, frente al viejo banco de piedra. La silla está llena de hojas mojadas y el banco está frío, pero a ninguna de las dos nos importa. Esta no es una conversación que podamos tener en la casa, donde papá podría escucharnos.

—¿Por qué debería creerte? —pregunto.

—Porque es verdad. No sé qué más decir. —Extiende las manos—. Te lo he contado todo. ¿Por qué iba a mentir?

—¿Por qué mentiste *antes*? —exijo saber—. No decirnos que habías dejado a Mungo es una cosa. Creo que es una idiotez, pero puede pasar. Tal vez no querías preocupar a mamá. ¿Pero todo lo demás? —Mi voz se eleva—. Es pura mierda, Harriet.

—Sssh —susurra Harriet—. Podría salir papá.

Mi ira se desvanece de pronto. Me pongo de pie y me arrebujo más con el suéter mientras contemplo el pequeño bosque de árboles que hay detrás de la casa de mis padres. Harriet y yo solíamos jugar durante horas en el bosque, construíamos guaridas y casas en los árboles y nos columpiábamos en la rueda que papá había colgado de un viejo roble mientras nos llenábamos la boca de moras en otoño hasta que nos dolía la tripa.

Por aquel entonces, era mi mejor amiga.

—Cada mañana cuando me despierto —digo— hay un momento, una fracción de segundo, en la que pienso que todo ha sido un sueño terrible. Una parte de mí quiere quedarse en ese momento para siempre y cada vez me resulta más difícil abandonar la fantasía y volver al mundo real. —Me doy la vuelta para mirarla—. Acabo de llevarme a una niña que creí que era Lottie. La *secuestré*. ¡Estoy al límite, Harry! Y me hiciste creer que había imaginado toda una

conversación. Me hiciste pensar que me estaba volviendo loca.

Harriet parece incómoda.

—No fue mi intención llegar tan lejos.

—Me *manipulaste* psicológicamente. ¿Cómo pudiste hacerlo, Harriet?

Una extraña expresión atraviesa su cara.

—¿*Yo* te manipulé a *ti*? ¡Tú te pasaste la vida manipulándome psicológicamente a mí!

—¿Qué significa…?

—Significa que crecí pensando que era estúpida y aburrida, ¡cuando lo único malo que tenía era que yo no era *tú*! No finjas que no lo sabías —añade Harriet con vehemencia—. Te encantaba ser el centro del mundo de mamá y papá. Absorbías toda la atención y no les quedaba nada para mí. Tuve que mudarme a las malditas Shetland para salir de tu sombra. Los últimos dos años de la vida de mamá han sido todo sobre ti: tú y tu drama, tú y tu tragedia. Era de lo *único* que hablábamos. Mamá nunca llamaba para preguntar cómo estaba *yo*.

—¡Por el amor de Dios, Harriet! ¡Mi hija fue *secuestrada*!

—¿Crees que me *gusta* ser esta persona? —grita, y se pone de pie de un salto—. ¡La mayor parte del tiempo no soporto mirarme en el espejo!

Estoy desconcertada. Sé que siempre se ha sentido excluida, pero no tenía ni idea de que estuviera tan celosa. Tan *enfadada*.

—No les conté a mamá y a papá que había dejado a Mungo porque no quería que se sintieran más decepcionados de lo que ya están —continúa—. “La pobre Harry, no puede tener hijos, tiene un trabajo que no sirve para nada y un matrimonio roto”. ¡No hay ninguna explicación siniestra de por qué no se lo conté a nadie, Alex! Solo quería tener la oportunidad de lamerme las heridas un poco antes de tener que enfrentarme a todo el mundo, eso es todo. Estaba esperando el momento adecuado para decírtelo, pero entonces Lottie desapareció y el momento adecuado nunca llegó. No se trataba de *ti* —agrega con amargura—. No siempre se trata de ti.

—Pero ¿por qué mentir acerca de dónde estabas ese día? —insisto—. ¿Por qué fingir que estabas en tu casa con Mungo? ¿Dónde *estabas*?

—¡No tengo que contártelo todo!

—¡Sí cuando se trata de mi hija!

—¿Qué clase de monstruo crees que soy? —clama Harriet—. ¿En serio crees que tengo *algo* que ver con lo que le pasó a Lottie? ¡Quiero a esa niña más que a nadie!

—¡Quizá ese sea el problema!

Nos miramos cara a cara, las dos respiramos con jadeos cortos y bruscos que persisten como humo en el aire fresco.

Cuando Harriet vuelve a hablar, su tono es conciliador.

—Alex, sé que estás sufriendo, pero esto es una locura. Aunque quisiera, no sabría cómo empezar a hacer algo así. Vamos. Tú no eres así…

—¿La tía Julie te ayudó? ¿Fue así como lo hiciste?

—Estás enferma, Alex. Necesitas ayuda.

—¡No te vayas! —grito, y la sujeto del brazo cuando se vuelve hacia la casa—. No me has respondido. ¿Dónde estabas cuando Lottie desapareció? ¿Le pediste a la tía Julie que mintiera por ti? ¿Ella también está involucrada?

—¿Sabes por qué estás tan desesperada por recuperarla? —grita Harriet soltándose—. ¡No es porque la quieras tanto, Alex! ¡Es porque no la querías lo *suficiente!* ¡Te sientes culpable porque nunca la deseaste de verdad! ¡*De eso* se trata todo esto!

Me tambaleo, como si me hubieran dado un puñetazo.

"Es porque no la querías lo suficiente".

Siete palabras que me condenan al infierno.

Tiene razón.

Solo una hermana sabe exactamente cómo perforar tus defensas y golpearte en las entrañas. *Yo soy* la razón por la que se llevaron a Lottie. Yo soy la razón por la que mi pequeña se está pudriendo en la tierra en algún lugar o atrapada en una muerte en vida en un sótano. Desde el momento en el que nació, se la entregué a Luca, a la guardería, a cualquiera que se quedase con ella durante cinco minutos.

Me merecía perderla, porque no la deseaba lo suficiente.

—No hablaba en serio —se retracta Harriet con expresión afligida—. Retiro lo dicho. No lo dije en serio.

—Sí, lo hiciste.

—Por favor, Alex. No quise decir eso. Sé que amas a Lottie, no tengo ninguna duda.

Me vuelvo hacia la casa con el estómago revuelto. Las palabras no pueden ser desmentidas. Harriet no puede retractarse, porque son ciertas. La culpa ha conformado la base de cada instante de vigilia desde el día en el que me robaron a mi hija: Harriet acaba de expresarlo con palabras. Me llama desde el otro lado del césped.

—Tenía una aventura —revela.

Me detengo.

—El día que desapareció Lottie. Dejé a Mungo porque había conocido a alguien —continúa—. Estaba volando a Chipre a estar con él.

Me quedo totalmente sorprendida. Es ridículo, por supuesto: Harriet es tan humana como cualquiera. Y, sin embargo, nunca lo vi venir. Puede que sea una artista, pero siempre ha sido una persona de

cumplir las normas, siempre tan correcta y convencional.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto—. ¿Por qué lo mantuviste en secreto?

—Porque estaba casado —admite, y el rubor se extiende por sus mejillas—. Y después de lo de Luca… Sé cómo te sientes con respecto a ese tipo de cosas. Ya se acabó —se apresura a precisar—. Volvió con su mujer después de cuatro meses. Me lo merezco, lo sé. Volví a las Shetland hace unos meses, pero no se lo he dicho a Mungo. No quería empeorar las cosas para él.

—Ay, Harry.

—Nunca debí haber mentido. Lo siento mucho, Alex. No me llevé a Lottie, lo juro…

—Sé que no lo hiciste. Lamento haber…

Me atrae hacia ella y me rodea con sus brazos, el primer abrazo entre nosotras que recuerdo desde que éramos niñas en South Weald House. Después de un momento, yo también la envuelvo en mis brazos y la estrecho.

Solo mucho más tarde, en el viaje de vuelta a Londres, se me ocurre preguntarme por qué mi tía también mintió al decir que estuvo en el aeropuerto.

Dos años y cuarenta y tres días desaparecida

Capítulo 73

Quinn

QUINN ENCUENTRA A LA MUJER misteriosa.

Por supuesto que lo hace: es Quinn Wilde.

Le lleva cuarenta y dos horas y tanto café panameño como para no volver a dormir nunca más, pero ahí está: la mujer de pelo oscuro con el vestido lila, justo en el borde de una foto tomada por uno de los invitados a la boda.

Por la hora impresa, es evidente que fue tomada al final de la ceremonia; los novios están de frente a sus invitados, listos para desandar juntos el pasillo de arena como marido y mujer. Quienquiera que la tomase debía de estar sentado en la parte posterior de las filas de sillas, ya que gran parte del primer plano está formado por una imagen borrosa de las nucas de las personas.

Pero la mujer de lila está enfocada con nitidez.

Se encuentra de pie en la orilla con otros turistas que se han detenido para contemplar la ceremonia. Quinn casi la pasa por alto, puesto que el dedo gordo del fotógrafo oscurece la mayor parte del inconfundible vestido lila. Pero ahí está, observando la fiesta de la boda que se está celebrando debajo de la pérgola.

A Lottie.

Quinn recorta a todos los demás de la foto y la pasa por un software de realce, que amplía y enfoca la imagen de la mujer hasta que sus rasgos son reconocibles.

Tiene más de sesenta años. Su piel tiene ese bronceado caramelo intenso de alguien que ha pasado mucho tiempo al sol durante muchos años, no solo unas pocas semanas en las vacaciones de verano, lo que sugiere que es nativa de Florida o que vive en algún lugar cálido, como Australia. Su pelo oscuro es muy canoso y lo lleva recogido en un moño de bailarina en la nuca. No hay nada destacable en ella; si Quinn no la hubiera estado buscando, habría sido una cara

más, perdida entre la multitud.

Puede entender por qué los cuatro testigos confundieron a la mujer con Penny Williams. Se parecen bastante y llevan vestidos similares. Si esta mujer es la secuestradora, está claro que tuvo la suerte de su lado.

Los sentidos arácnidos de Quinn se agudizan. La mujer podría ser una simple lugareña que estaba dando un paseo al atardecer por la playa y se detuvo para disfrutar del romántico espectáculo. Felicitó a Lottie por su vestido, tal vez, o le advirtió que no se acercara demasiado al agua.

Pero durante las semanas siguientes, el secuestro de Lottie estuvo en todos los canales de noticias y en todos los periódicos. Había pósters de ella en los supermercados y bares a lo largo de toda St Pete Beach; hasta el presidente hizo un llamamiento público para que volviera sana y salva. A no ser que esta mujer viviera debajo de una piedra, debía saber que se estaba llevando a cabo una búsqueda internacional de la pequeña dama de honor con quien ella se había detenido a charlar.

Entonces, ¿por qué no se presentó?

Quinn copia la imagen mejorada en un mensaje de texto para Alex y luego duda. No quiere lanzar a la pobre mujer a otro frenesí conspirativo, sobre todo porque no tiene ninguna prueba de que la mujer de lila tenga relación con el caso. Sabe que la posibilidad de que Alex la reconozca es remota, en el mejor de los casos.

Pero si esta mujer es quien se llevó a Lottie, entonces es evidente que la niña se sintió lo bastante cómoda para ir con ella sin montar un escándalo. Lo que significa que Alex la *conocía.*

Tal vez trabajaba en el salón de manicura. O repartía las toallas de la piscina.

Vale la pena intentarlo.

Quinn le da a “Enviar”.

Capítulo 74

Alex

La reconozco al instante.

Por supuesto que la reconozco. Es de la *familia*.

Lottie habría ido con ella sin protestar. Habría creído cualquier historia que le contara.

Tengo ganas de vomitar. Es probable que Lottie estuviera camino al aeropuerto de Tampa antes de que yo siquiera supiera que había desaparecido. Para el amanecer, ya habría estado en el otro lado del mundo.

Nunca tuvimos ninguna esperanza de encontrarla.

Con un aullido de furia que sale de lo más profundo de mi alma, barro todo lo que está sobre mi escritorio, ciega de rabia. Arrojo los libros de mis estantes, arranco los cuadros de la pared, lanzo todo lo que tengo a mano mientras dos años de miedo, dolor y culpa reprimidos me atraviesan como lava fundida.

He pasado setecientos setenta y cuatro días en un círculo infernal que ni siquiera Dante podría haber imaginado. Me he atormentado con imágenes de lo que mi hija podría estar sufriendo a manos de hombres enfermos y malvados y he imaginado sus últimos momentos, el terror que debió de sentir mi niña, en un círculo nauseabundo e ineludible en mi cabeza durante más de dos años. He escuchado su voz en medio de la noche, llamando a su mamá. He conocido la insoportable tortura de rezar para que mi hija esté muerta y no sufra.

Y la mujer que me hizo esto, que me hizo pasar por esta pesadilla indescriptible, es alguien a quien una vez consideré de la familia.

Mi ataque de locura furiosa acaba por ceder y me apoyo en mi escritorio vacío jadeando. Ahora que la niebla roja se ha disipado, solo queda un odio frío e irreductible. Por fin sé dónde está mi hija. Tan pronto como supe *quién*, *dónde* era obvio. Voy a encontrar a Lottie y voy a destrozar la vida de esta mujer.

Una de las dos no escapará ilesa de esto. Lo que significa que necesito a alguien que se asegure de que mi niña llegue a casa a salvo, sin importar lo que me pase a mí.

Alguien que no tenga miedo de romper las reglas.

Encuentro mi móvil entre los escombros en el suelo y busco el número de Quinn Wilde.

Dos años
y cuarenta y cuatro días
desaparecida

Capítulo 75

Alex

PASO LA TARJETA DE EMBARQUE por el lector y entrego mi pasaporte. El corazón me late con fuerza cuando la mujer de seguridad lo pasa por el escáner. Utilicé la misma identificación falsa para reservar el hotel y alquilar el coche cuando secuestré a Flora Birch y cruzo los dedos para que a algún detective brillante no se le haya ocurrido emitir una alerta a los puntos fronterizos sobre mi alias, además de mi nombre real.

Pero el guardia de seguridad casi ni le dedica una segunda mirada a *Alicia Emma Douglas* mientras me dirige hacia el escáner corporal.

Es Quinn la que hace saltar la alarma, con sus varillas metálicas en la columna vertebral y sus placas y tornillos. Tardan veinte minutos en encontrar una agente para cachearla y mi agitación aumenta con cada segundo.

—Tienes que calmarte —me advierte cuando por fin la liberan y nos encaminamos a la puerta de embarque—. Tómate un puto Valium si estás nerviosa. Vas a llamar la atención.

—¿Y si alguien me reconoce?

—¿Con ese atuendo?

Me he metido el pelo debajo de un gorro gris de punto y llevo puestos pantalones militares y una camisa de cuadros demasiado grande, un estilo muy diferente de mi habitual traje a medida y mis zapatos abotinados. Pero no voy a engañar al software de reconocimiento facial ni a un lector avispado del *Mail*.

No he dormido en más de treinta horas, pero estoy tan acelerada que me cuesta quedarme quieta. Mi cuerpo vibra de adrenalina mientras nos sentamos en nuestros asientos en el avión. *Lottie está viva*. Lo sé en mi alma, en la médula de mis huesos. Está viva y está a solo un viaje en avión de distancia.

—Recuerda lo que prometiste —le indico a Quinn—. Lottie es lo

único que importa. Si algo sale mal, no me esperes. Coge a Lottie y vete.

Quinn asiente con brusquedad.

Me recuesto en el asiento y cierro los ojos, tratando de calmar mis nervios de punta. Tomé la decisión correcta cuando le pedí a Quinn que me acompañara. Jack intentaría rescatarme si yo estuviera en peligro. Necesito a alguien que pueda marcharse.

La mujer debe de pensar que ahora está a salvo; que se ha salido con la suya. Después de todo, en más de dos años, nunca me he acercado siquiera a adivinar la verdad, aunque la tenía frente a mis narices. En su propia forma retorcida y distorsionada, sé que ama a Lottie. Cree que la está manteniendo a salvo. Pero no tengo idea de lo que hará cuando se vea acorralada.

Lo que la hace muy peligrosa.

Quinn y yo no hablamos mucho durante el trayecto desde el aeropuerto. El aire acondicionado de nuestro coche alquilado no funciona, así que bajo las ventanillas, hace un calor sorprendente para esta época del año.

No estoy acostumbrada a conducir un vehículo manual y fuerzo el coche cada vez que debo cambiar la marcha al tomar las curvas cerradas de montaña.

—Joder —exclama Quinn, después de la tercera o cuarta vez—. ¿Quieres que conduzca yo?

—Muy graciosa —murmuro mientras forcejeo por poner la tercera.

El paisaje es árido y estéril, una larga extensión ondulada de campos abrasados por el sol y salpicados de casas y granjas abandonadas. Pequeños grupos de eucaliptos dan paso de pronto a praderas cubiertas de maleza. Pueblos aislados en la cima de las montañas asoman sobre las carreteras modernas que los han dejado atrás. Es una tierra hermosa e intransigente; un panorama interminable de picos silenciosos y quemados por el sol, pueblos de piedra gris y valles olvidados.

—Ahí —preciso de golpe.

Señalo con el dedo. Quinn tarda un momento en localizar la villa, situada en la cima de un pequeño peñasco. Sus antiguos muros de piedra se integran a la perfección en el paisaje reseco.

—Joder. No bromeabas.

No hay forma de acercarse a la propiedad sin ser visto. La villa es, de hecho, una pequeña fortaleza, encaramada en su solitario monte con una vista perfecta en todas las direcciones. Fue construida para defenderse de los saqueadores medievales y no tengo tiempo para sitiarla. Quiero recuperar a mi hija.

Así que voy a marchar hasta la puerta principal y preguntar por ella. La carretera se bifurca unos metros delante de nosotras. Giro a la

derecha y tomo un camino estrecho y sin asfaltar que sube en espiral hacia la residencia; llevo el coche en primera y nos sacudimos al pasar por encima de piedras y surcos profundos y quemados por el sol. La huella se acaba al llegar a un muro de piedra bajo que rodea la casa, a dos tercios del camino a la montaña. Tendremos que hacer el resto a pie.

Quinn se esfuerza por mantener el equilibrio en el terreno irregular, pero yo estoy demasiado ansiosa para esperarla. Ya casi estoy corriendo por la empinada pendiente, las piedras se deslizan por la ladera detrás de mí.

Me detengo al llegar a la entrada, un portón de hierro que da a un patio grande y apacible. Unos arcos con columnas conducen a habitaciones frescas y abiertas en tres lados del patio y una pequeña fuente rodeada de bancos de piedra bulle con serenidad en el centro.

La villa parece desierta, pero sé que alguien ha debido de oír que nos acercábamos. Cuando Quinn llega por fin a la cima de la colina, jadeando por el esfuerzo, abro un pequeño panel de madera en la pared a la derecha de la puerta y busco la campana que hay dentro.

Esperamos bajo el sol que nos azota mientras la campana resuena a lo lejos dentro de la villa. Las últimas reverberaciones se desvanecen y dejan tras de sí un silencio solo roto por el sonido del agua que salpica en la fuente y el sonido de las cigarras.

Estoy a punto de volver a tirar de la campana cuando una puerta se cierra de golpe en el interior de la casa. Se oyen pasos que se acercan a nosotras.

Los nervios me revuelven el estómago. El pecho se me cierra y me cuesta respirar.

Una mujer se acerca al portón de hierro.

La mujer de la fotografía: la mujer que me robó a mi hija.

Capítulo 76

Alex

La madre de Luca se lleva la mano a los ojos para tapar el sol. Nosotras estamos a contraluz, con nuestros rostros en la sombra, de modo que tarda un momento en reconocerme.

Su reacción es en todo sentido lo último que esperaba.

—*La mia bellissima figlia!* —exclama—. *Vieni qui! Vieni qui!* —Nos hace señas para que pasemos, con el rostro bañado en sonrisas mientras abre el portón de hierro.

—*Roberto!* —grita por encima del hombro—. *Vieni qui presto, sono Alexa!*

—¿Qué cojones es esto? —masculla Quinn.

Elena Martini me apoya las palmas de las manos a ambos lados de la cara y me aprieta las mejillas, luego se lleva las manos al corazón con alegría y sacude la cabeza con asombro.

—*Mio cara! Questo è un miracolo! Roberto!* —vuelve a gritar.

Parece mucho más vieja de lo que yo recordaba. Han pasado poco más de tres años desde que la vi por última vez en el funeral de Luca, pero su pelo está casi todo blanco y su piel curtida tiene un matiz amarillento poco saludable. La mirada vacía en sus ojos me hace preguntarme cómo de avanzada está su demencia. Siempre ha sido una mujer menuda, pero ahora parece frágil y endeble, como si un soplo de viento pudiera arrastrarla por el patio. Roberto no aparece. Elena nos hace pasar por un arco hacia una fresca sala de estar en el otro extremo del patio. Un tramo de escalones de piedra en un rincón de la habitación lleva a un segundo patio más bajo, cubierto de buganvillas con sus flores púrpuras que conforman un vívido toque de color contra la piedra dorada. Una ventana situada en lo alto de una de las paredes permite contemplar una amplia vista del valle más abajo.

Recuerdo que cuando Luca me trajo a conocer a sus padres, me

hicieron pasar a esta misma sala. Entonces, como ahora, me sorprendió su fuerte influencia árabe: la alfombra kilim en tonos apagados de azul y rojo, la mesita de café marroquí de plata grabada, la pipa de agua de vidrio soplado junto a la chimenea. Sicilia es tan árabe como italiana, herencia de la conquista de la isla por los sarracenos en el siglo ix y de los más de doscientos años de dominio musulmán posterior.

Cuando vine aquí por primera vez, había estado en Italia en varias ocasiones con mis padres, e incluso había pasado un verano trabajando de camarera en la costa de Amalfi. Pero la Italia turística que había conocido no había sido *esta* Italia. Sentada en aquella habitación morisca hace siete años, me había asaltado una verdad de cuya importancia me di cuenta solo después de casarnos: Luca y yo podíamos ser europeos cosmopolitas en apariencia, pero proveníamos de culturas y orígenes muy diferentes.

Elena nos hace señas para que nos acerquemos a un semicírculo de sofás de lino blanco salpicados de cojines bordados con espejitos.

—*Caffé? Aqua? Té alla menta? Solo un momento, per favor*.

Vuelve al patio y la oímos llamar a una criada que no alcanzamos a ver. Mi sensación de disociación va en aumento. Me siento como si me hubiera deslizado a un universo paralelo, en el que mi hija no ha desaparecido y mi suegra y yo tenemos la costumbre de pasar la tarde bebiendo té de menta.

—Mi italiano es bastante básico —murmura Quinn—, pero creo que tu suegra acaba de mandar a matar al becerro en honor a la hija pródiga.

—Te lo dije, está loca —respondo, y me acerco a la ventana—. Nos ha visto subir la colina. Roberto debe de estar escondido con Lottie mientras ella trata de deshacerse de nosotras.

Solo hay un camino para bajar la montaña: el mismo camino por el que subimos. Es imposible acercarse a la villa sin ser visto, pero del mismo modo es imposible salir sin ser descubierto. Si Roberto, o cualquier otra persona, trata de llevarse a Lottie mientras Elena me distrae, los veré desde aquí.

—Estás *segura* de que es ella la de la foto, ¿verdad? —urge Quinn.

—¡Claro que estoy segura!

Parece escéptica. No la culpo: a pesar de la seguridad de mi afirmación, de golpe no estoy nada segura.

¿Podría una anciana senil secuestrar a una niña y llevarla de manera desapercibida miles de kilómetros a través de las fronteras internacionales? Quinn tuvo que realzar esa fotografía borrosa con un software de alta tecnología para que el rostro de la mujer fuera reconocible. Tal vez el proceso hizo que un parecido pasajero pareciera mucho más fuerte de lo que era. Tal vez yo *quise* ver la cara

de Elena porque eso significaría que mi hija seguía viva. ¿Realmente me habría recibido con los brazos abiertos si Lottie estuviera escondida en algún lugar de la villa?

Me equivoqué con Flora Birch. ¿También me estoy equivocando con esto? Mi exsuegra regresa y se sienta, y le da unas palmaditas al sofá para que me una a ella. Finjo no darme cuenta y sigo vigilando por la ventana.

—*Quindi, chi è questo?* —pregunta, indicando a Quinn.

—Es una amiga —contesto.

—Alexa, *cara*, ¿por qué estás aquí? ¿Tienes noticias *della mia bella ragazza*?

¿Su bella niña?

Siento un arranque de ira. Después del funeral de Luca, Elena cortó todo contacto conmigo, como si yo nunca hubiera existido. No me llamó ni una sola vez para ver cómo estaba ni pidió ver a su nieta. Lo dejé pasar debido a su demencia; cuando Lottie desapareció, fue Roberto y no Elena quien me envió una breve carta de condolencia, ofreció enviar dinero y prometió rezar por Lottie.

No soy su hija *bellissima* y nunca lo he sido. Esta escena de la anciana dulce es puro teatro.

Busco la fotografía en mi móvil y la pongo delante de ella. Elena escudriña la pantalla.

—*Chi è questo?* —inquiere.

—Sabes quién es —replico.

Desvía la mirada del teléfono hacia mí y luego la regresa a la pantalla, con aire desconcertado.

—Eres tú —suelto con impaciencia.

Se echa a reír.

—*Sono io?* —exclama—. ¡No!

—Eres tú, en la playa de Florida —prosigo con un esfuerzo por controlar mi temperamento—. El día que Lottie desapareció.

—*No, non sono io. Questa donna è molto più grassa…* ¡más gorda que yo! —Agita el dedo como si me estuviese regañando, sin dejar de reír —. No soy una mujer tan gorda, Alexa. No soy tan vieja.

Estamos hablando del secuestro de mi hija… de su propia nieta. Por muy loca que esté, no entiendo cómo puede encontrar nada divertido en esta conversación.

—Si no eres tú, Elena, ¿sabes quién es? —pregunta Quinn. La anciana se encoge de hombros con impotencia.

—*Non sono io* —repite.

Parece de verdad perpleja por nuestras preguntas. ¿Será todo esto parte de su demencia? ¿Se acordará siquiera de lo que ha hecho?

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —digo con frustración.

—¿Podemos echar un vistazo a la villa? —pide Quinn y hace un

gesto para hacerse entender.

Elena sonríe.

—*È bello, sì?*

—Muy bonito —concede Quinn—. Por favor, me encantaría que nos la enseñara.

Quiero destrozar la villa piedra por piedra, no arrastrarme detrás de esta anciana demente admirando tapices.

—Confía en mí —susurra Quinn mientras ofrece su brazo a la anciana.

Es efusiva en sus elogios mientras Elena nos hace un recorrido y la anciana se entusiasma de manera visible mientras nos lo enseña todo. Nos muestra con orgullo pasillos ocultos y habitaciones escondidas que nunca habríamos encontrado sin ella. No hay rastro de Roberto ni de la criada.

Y tampoco hay señales de que una niña viva aquí.

No hay juguetes, no hay dibujos garabateados, no hay cama sin hacer, no hay libros para niños, no hay zapatos pequeños tirados cerca de la puerta.

Lottie no está aquí.

Recorremos la villa de arriba abajo. Mi hija no está aquí y está claro que nunca ha estado. Me equivoqué con la fotografía. No era Elena en la playa, después de todo. Esta es otra pista falsa, un callejón sin salida más nacido de la ilusión y el mismo anhelo dismórfico que me hizo ver a Lottie en la cara de otra niña.

Elena no es una secuestradora loca. Solo es una anciana solitaria y medio senil que ha perdido a su hijo y a su nieta. Me recibió de buen grado en su casa cuando me presenté sin avisar en su puerta y espero que nunca sepa por qué estuve aquí realmente.

De improviso estoy tan desesperada por escapar de la villa como lo estaba por llegar a ella.

—Necesito salir de aquí —le confieso a Quinn mientras volvemos al patio.

—Solo porque Lottie no esté aquí ahora, Alex, no significa…

—Me equivoqué, Quinn. No es ella.

—¿Estás segura?

—Mírala —señalo mientras Elena se hunde en un banco de piedra junto a la fuente. Tiene la boca un poco abierta y la mirada apagada. No podría robar un lápiz de labios, mucho menos secuestrar a una niña.

—Tú decides —afirma Quinn.

Ya no puedo seguir haciendo esto. Siempre dije que nunca dejaría de buscar a Lottie, pero no puedo seguir dejándome llevar por estos tsunamis que alternan entre la esperanza y la desesperación. Me estoy abalanzando sobre sombras, sospechando de todo, sin confiar en

nadie. En los últimos dos días, he acusado a mi hermana y a mi exsuegra, con pocas pruebas en ambos casos. Esto tiene que terminar.

—¿Podría usar el baño? —pregunta Quinn a Elena.

La mujer señala una puerta cerca al portón de hierro.

—*Questo è il più vicino*.

Cuando Quinn intenta abrir la puerta, esta se atasca. Es evidente que hay algo atrapado debajo y Quinn intenta retirarlo con su mano sana.

Me acerco a ayudarla y me detengo. Se me hiela la sangre.

La razón por la que la puerta no se puede abrir es porque, encajados debajo de ella por dedos pequeños, hay una docena de pequeños trozos de papel.

Capítulo 77

Alex

LOTTIE, AQUÍ.

Mi hija, aquí, en esta villa, empujando pequeños trozos de papel debajo de la puerta del baño.

Ha estado aquí todo el tiempo.

Al segundo siguiente, tengo a Elena por los hombros.

—¿Dónde está? —grito, y sacudo a la mujer con tanta fuerza que su cabeza se mueve de un lado a otro—. ¿Qué has hecho con ella? *¿Dónde está*?

Quinn intenta apartarme, pero mi rabia es tan visceral, tan primitiva, tan llena de todo el miedo, el dolor y la pena de los últimos dos años que soy inaccesible. La furia que me consume nos hundirá a todos.

—¡Joder! La vas a matar —exclama Quinn—. ¡Por el amor de Dios, Alex! ¡No puede hablar así! Suéltala.

Por fin, la voz de Quinn penetra la niebla roja. Con un aullido salvaje, empujo a la anciana lejos de mí. Quinn la atrapa antes de que caiga.

—¿Qué coño pasa, Alex?

—Lottie estuvo *aquí* —asevero. El disgusto espesa mi voz como un moco—. La hija de puta nos ha estado mintiendo desde el principio. Esos pedazos de papel debajo de la puerta. Es algo que hacía Lottie cuando sentía ansiedad. Ella ha estado *aquí*.

Quinn retira su brazo reconfortante de los hombros de Elena. Esta vez no necesita preguntarme si estoy segura.

—No está aquí ahora —precisa Quinn—. Hemos recorrido este lugar de arriba abajo.

—Quizá no la tengan aquí. Tal vez Roberto la ha llevado a otro lugar. ¡Quizá la tengan en un puto calabozo!

Elena empieza a sollozar y se mece hacia atrás y hacia adelante en

el banco, con las manos cubriéndose la cara. La observo con algo parecido al odio. No me importa lo vieja que sea, lo senil y lo sola que esté. Me robó a mi hija. No se me ocurre ningún castigo adecuado para tamaña crueldad.

Me acuclillo frente a ella, le tomo las manos y se las retiro del rostro con brusquedad.

—*Dov'è Lottie?* —exijo saber—. ¿Dónde la has llevado? ¿Dónde está?

—*Non capisco, non capisco…*

—Sí que me entiendes —digo con severidad—. ¿Dónde está, Elena?

—*Non lo so* —gime la mujer.

Le enseño el teléfono y la obligo a mirar la fotografía.

—¡Esa eres *tú*! ¡Estabas *allí* el día que Lottie desapareció! ¿Dónde está?

—*Non lo so. Non lo so!*

"No lo sé. No lo sé".

—Maldita sea —mascullo, y me balanceo sobre los talones.

—Mierda, está aterrorizada, Alex.

—Hace bien —gruño.

Reprimo las ganas de poner las manos alrededor de la garganta de la mujer y arrancarle la verdad. Lottie amaba a su *nonna*; antes de que Luca muriera, solía llevarla a visitar a sus padres enfermos en Génova, pues sabía lo mucho que los alegraba. Lottie habría ido con su abuela de buena gana. ¿Cómo pudo Elena hacerme esto? ¿Acaso se despertó un día y decidió que porque había perdido a su hijo se llevaría la mía? ¿O simplemente está loca?

Sin compasión, sujeto a Elena de la muñeca y la pongo en pie. Es muy liviana, no debe de pesar más que un niño.

—No me importa si tenemos que hacer pedazos este lugar —le advierto—. Si Lottie está aquí, la encontraremos. ¿Entiendes, Elena? *Capisci?*

—Espera —dice Quinn de golpe.

Resuenan pasos desde el interior de la villa. Roberto: la pisada es demasiado pesada para ser la criada. No hace ningún intento por acercarse en silencio; o no sabe que estamos aquí o no le importa.

Quinn se aleja de la vista, detrás de un arco, con el móvil en la mano.

—¡Roberto! —grita Elena.

Se libera de mí con una fuerza sorprendente y se dirige hacia él. Él abre un brazo, la rodea en un abrazo casual y luego deja caer un beso en lo alto de la cabeza blanca. Sus ojos negros no se apartan de los míos ni un segundo.

Tengo la boca tan seca que la lengua se me pega al paladar. Siento un ardor intenso detrás de los ojos y un zumbido en los oídos. Intento

hablar, pero los músculos de mis mejillas están entumecidos por la conmoción.

—Hola, Alex —dice Luca.

Capítulo 78

Alex

TODO PARECE DETENERSE Y DAR vueltas. No sé si el sonido en mi cabeza es el viento que azota el patio o la sangre que corre hacia mis oídos. Se me hace un vacío en el estómago, como si estuviera cayendo en un abismo. Se me revuelven las tripas, se me contraen los pulmones y de pronto me cuesta respirar.

No es posible.

Luca está muerto. Yo estuve ahí cuando lo enterraron.

Vi cómo lo bajaban a la tierra.

Observo cómo mi difunto esposo se pasea por el patio y sienta a su madre con cuidado en el banco de piedra junto a la fuente. Un olor penetrante y dulce se cuela en mis fosas nasales: el aroma amaderado y especiado del incienso, que se arremolina alrededor del patio. Oigo el tintineo de la cadena cuando el sacerdote levanta el incensario dorado, el sonido sordo de los sollozos ahogados, los pies que se arrastran sobre las baldosas, el crujido de los bancos antiguos cuando los asistentes toman asiento.

Mi cerebro se esfuerza por procesar imágenes contradictorias y superpone unas a otras como un doble negativo fotográfico:

Luca en el ataúd, hermoso, pálido y quieto.

Luca frente a mí, bronceado, enérgico y vivo.

—Estoy impresionado —me dice—. Al final nos has encontrado. Me preguntaba si lo harías. Mamá estaba segura de que te rendirías, pero le dije, no conoces a Alex. —Sonríe con cariño a Elena—. Últimamente no recuerda gran cosa. No ha sido la misma desde que papá murió el año pasado. No sabe qué día es la mayor parte del tiempo. Cree que soy mi padre y me da pena corregirla.

La conmoción es la forma en la que la mente te protege, un mecanismo de desconexión diseñado para ganar tiempo para reparar tus defensas destrozadas. El mundo exterior desaparece de la vista; el

sonido y la vista quedan en suspenso para que el cerebro elimine las distracciones mientras reconcilia tu experiencia vivida con lo imposible. Solo cuando tu mente se recupera, el mundo real vuelve a rugir, vívido e imparable.

Mi primer pensamiento:

—¿Dónde está? —pregunto.

—Lottie está a salvo —responde Luca—. Lo que sea que estés pensando en hacer ahora, Alex, no lo hagas. Si quieres volver a verla, claro.

Aprieto las manos contra los muslos y clavo las uñas en mis palmas para no abalanzarme sobre él y arrancarle esos ojos seductores y romperle cada uno de sus hermosos huesos.

"Fingió su propia muerte".

No puedo imaginar lo confundida que debe de estar Lottie. Luca no es solo el narcisista que siempre sospeché que era; es un psicópata. Su propia existencia es una prueba viviente: no hay nada que este hombre no sea capaz de hacer.

Pero incluso mientras trato de entenderlo, soy consciente de que estoy sobre una capa de hielo peligrosa y muy delgada.

Ahora he visto a Luca. Ha quedado expuesto.

No puede dejarme ir.

Quinn sigue escondida en las sombras de la galería y caigo en la cuenta de que Luca no la ha visto. Por un brevísimo momento, nuestras miradas se cruzan y ella asiente.

"Lottie es lo único que importa. Si algo sale mal, no me esperes. Coge a Lottie y vete".

—¡Te enterré, Luca! —grito para tratar de asegurarme de que su atención permanezca conmigo—. Estabas muerto. *¡Te vi!*

—Viste lo que debías ver.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible?

Luca se frota una cicatriz pálida en la frente.

—*Estuve* en el derrumbe del puente de Génova. Eso no fue una mentira. Permanecí en coma durante más de seis semanas. En ese estado, tu cuerpo se apaga y tu respiración se ralentiza mucho, mucho. La circulación también se vuelve más lenta: estás pálido como un muerto y es difícil que te encuentren el pulso. Al mirarme, tú también habrías pensarías que *estaba* muerto. A menos que me tocaras y te dieras cuenta de que todavía estaba tibio, nunca hubieras sabido que estaba vivo.

—Montaste tu propio funeral —señalo con incredulidad.

—En realidad, lo hizo mi madre —aclara Luca.

Me vuelvo hacia Elena, sentada en silencio en el banco de piedra con la boca entreabierta y la mirada perdida en la distancia. De golpe recuerdo su extremada precaución para que nadie se acercara

demasiado al ataúd. Las flores se amontonaban alrededor del catafalco, lo que impedía acercarse: yo estaba al menos a dos metros de Luca, quizá más. Y las únicas personas en el funeral eran la familia siciliana de Luca, que habrían cerrado filas en torno a Elena. Pero, aun así, la mujer debió de tener nervios de acero para llevar eso a cabo.

Al observarla ahora, es difícil imaginarla capaz de algo así. Pero la demencia no es lineal, por supuesto. A Elena le acababan de diagnosticar la enfermedad cuando Luca fue a visitarla hace casi tres años y medio, y según él, seguía siendo muy coherente y funcional: a menos que pasaras tiempo cerca de ella, nunca habrías adivinado que estaba empezando a perder la cabeza. Su comportamiento en el funeral me pareció más que racional, en particular en el contexto del dolor de una madre. No mostró ninguna señal de la anciana senil y chiflada que es ahora.

Entonces me doy cuenta de que el padre de Luca también debió de haber sido cómplice de la mentira.

Elena no podría haber logrado un engaño a esta escala sin su cooperación. Ella siempre fue la dominante en la relación: él habría hecho cualquier cosa que ella le pidiera.

Luca frunce el ceño.

—Todavía tengo dolores de cabeza. A veces me cuesta concentrarme.

Hay una sombra en sus ojos, una oscuridad, una confusión, como si él mismo no pudiera recordar cómo llegó aquí.

—*Mamma* pensó que lo hacía para bien —explica—. Un regalo de Dios, lo llamaba. *Un dono di Dio*.

—Luca, lo que dices no tiene ningún sentido.

Se pasa la mano por la cara. Noto que ha perdido peso, más de lo que es saludable; debajo del bronceado, su hermoso rostro está demacrado Se podrían cortar diamantes en sus pómulos.

—Después de que nos divorciásemos, Alex, me metí en problemas. Había una mujer. —Suspira—. Lo sé. Siempre una mujer, ¿verdad? Era genovesa; la conocí cuando visité a mis padres. Resulta que estaba casada.

Sus ojos recorren el patio con nerviosismo.

—Su esposo es un mal tipo, Alex —continúa—. Y yo estaba hasta el cuello. *Muy* hasta el cuello. Este sujeto tiene contactos en todas partes. No podía acudir a la policía porque la mitad de ellos trabajaban para él. No sabía qué hacer. Tenía miedo de volver a casa, a Londres, por temor a que eso lo condujera a ti y a Lottie, miedo de volver con mis padres. Y luego, el puente en Génova se derrumbó y al día siguiente encontraron mi coche, no quedaba nada de él. Todo el mundo pensó que estaba muerto.

No tengo ni idea de cuánto de esto es cierto y cuánto es simple

paranoia. Pero es evidente que Luca lo cree.

—No llevaba ningún documento de identidad encima y me ingresaron en el hospital como Mario Rossi, ¿cómo decís vosotros? ¿John Doe? ¿O eso es solo en Estados Unidos? —Se encoge de hombros—. Cuando mi padre me encontró por fin, después de tres días, hizo que me trasladaran a un hospital de aquí, de Sicilia, con el apellido de mi madre. Luca Bonfiglio.

—¿Por qué no me lo contaste a *mí*? —lo increpo—. ¿Cómo pudiste *dejarnos* creer que habías muerto?

—No fue una elección mía —se defiende Luca—. Te lo juro, Alex. Estuve en coma durante semanas y después tuve que aprender a hacer todo de nuevo. A caminar, a comer. Pasaron meses antes de que supiera lo que mis padres habían…

—¡Pero sí lo fue mantener la farsa!

Su expresión se ensombrece. Es Luca, pero no es Luca, me doy cuenta. Ha cambiado. El accidente ha dejado cicatrices invisibles más profundas que la que tiene encima del ojo. Parece frágil, volátil, como si no supiera en qué dirección se va a romper.

—Estábamos divorciados, Alex —me recuerda con frialdad—. ¿Por qué debería importarte si estoy vivo o muerto?

—¡Claro que me importa! ¿Y qué hay de Lottie?

—Volví por ella —dice Luca.

—¡La *robaste*! ¡Ni siquiera me hiciste saber que estaba viva!

—Tú no la querías. *Yo* era quien la cuidaba. Es mejor que esté conmigo. No soy el único que piensa así. —Hay algo en su sonrisa que me hace reflexionar. Un rencor que nunca había visto antes.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—¿Cómo crees que mi madre sabía que debía estar en la playa a esa hora, ese día? —aventura—. Averígualo, Alex.

Alguien le habló sobre la boda.

Alguien cercano a mí, alguien en quien yo confiaba.

—¿Quién? —pregunto.

Se ríe.

—Pregúntale a tu novio —dice.

Capítulo 79

Alex

Es como si me hubieran dado un puñetazo en la garganta. De pronto me cuesta respirar.

Marc me tendió una trampa.

Él es la razón por la que Elena Martini estaba en la playa ese día.

Él ha sabido dónde estaba Lottie todo el tiempo.

Marc nunca fue mi novio, por supuesto, pero así es como Luca siempre lo llamaba: "Te llama tu novio por teléfono. ¿Vas a cenar con tu novio?"

—¿Marc sabe que estás vivo?

—No, no lo sabe. Fue una coincidencia con suerte. Me había resignado a no volver a ver a Lottie, pero entonces él se puso en contacto con mi madre unos meses después de mi "muerte" y lo arreglaron entre ellos. Marc pensó que estaba enviando a Lottie con su abuela.

De alguna manera, la traición de Marc es la peor de todas. Luca es el padre de Lottie; por muy delirante que sea, al menos tiene algún derecho sobre ella. No fue él quien desempeñó el papel de amigo devoto ni hizo campañas para recaudar fondos para encontrar a una niña cuyo paradero ya conocía. No fue él quien me cogió de la mano y me consoló cuando le abrí mi corazón, sabiendo que podía aliviar mi dolor y mi angustia en un instante.

—¿*Por qué*? —exclamo.

—¿Por qué crees?

De pronto recuerdo la última vez que vi a Marc: "Después de todo lo que he hecho por ti".

No se refería a lo que había hecho para ayudarme.

Se refería a lo que había hecho para *conquistarme.*

Tengo ganas de vomitar. ¿Acaso pensó que con Lottie fuera del medio yo tendría tiempo para él? O tal vez más siniestro: pensó que si

me hacía sufrir, llegado un extremo, me volcaría hacia él.

Y por un tiempo al menos, tuvo razón.

Marc fue quien irrumpió a la fuerza en mi casa, ahora lo entiendo. Quería ver lo cerca que estábamos. Cómo de cerca de la verdad.

Debió de haber robado esa foto de mi hermana y de mí comiendo helados en el césped de South Weald House para distraerme…, a menos que tuviera una razón más perversa por la que quería una foto mía de niña. Se me revuelve el estómago cuando recuerdo que dejé que la acostara a Lottie.

—Estoy cansado. Necesito sentarme —dice Luca con brusquedad.

Cruza el patio hacia la sombra de la galería, sus movimientos son los de un hombre mucho mayor. Arrastra el pie izquierdo ligeramente, y cuando se sienta, lo hace con cuidado y coloca un cojín en la parte baja de su espalda.

Siento una inesperada punzada de pérdida. Puede que Luca no haya muerto hace tres años en Génova, pero el hombre joven, apuesto y vibrante que yo conocí se esfumó aquel día. No reconozco a este desconocido delgado y atormentado que ha ocupado su lugar.

—¿Dónde está? —exijo saber—. ¿Está aquí?

—Está con su familia.

—¡Soy su *madre*!

Sus hermosos ojos arden con una ira repentina.

—¡No tienes derecho a llamarte así! ¡Te estabas follando a un desconocido cuando deberías haber estado cuidándola! Si mi madre no la hubiera rescatado, ¡quién sabe lo que podría haber pasado!

Quiero estrellar su cabeza contra el muro de piedra a sus espaldas. Durante dos años me he torturado con visiones de *lo que podría haber ocurrido*: mi hija encadenada en un sótano, circulando entre hombres depravados, pudriéndose en una tumba precaria.

Luca podría haberme ahorrado esa agonía con un solo texto. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para tragarme la rabia. Pero lo único que importa ahora es darle a Quinn el tiempo suficiente para alejar a mi hija de este hombre y de su madre demente.

Me inclino frente a él.

—Luca, sé que no he sido la madre perfecta —empiezo con tono conciliador—. Pero he amado con toda mi alma a nuestra hija desde el momento en el que nació. —Se me quiebra la voz—. Cuando me la quitaron, fue como si me hubieran arrancado el corazón mientras aún latía. Puede que no haya tenido instinto maternal, ni siquiera que haya sido una buena madre. Pero *soy* su madre, Luca. Y ella me necesita.

Por un momento, creo haber llegado a él.

—Nunca estuviste ahí —me dice—. ¿Cuántas veces bañaste a Lottie? ¿La alimentaste o la cambiaste? Lo único que te importaba era

el *trabajo*.

—¡Mi trabajo nunca me importó más que Lottie! ¿Tienes alguna idea de lo que han sido para mí estos dos últimos años, Luca? ¿Puedes siquiera imaginarlo?

—Escucho las noticias —contesta con voz lacónica.

—¡Entonces sabes que he volado por todo el mundo buscándola! ¡Cada vez que alguien creía verla, yo me subía a otro avión! Marruecos, Argelia, Tailandia… ¡Me has roto el corazón mil veces! —Ya no puedo controlar la ira—. ¿Cómo pudiste hacerme eso, Luca? ¿Cómo pudiste hacerme pasar por eso? Destruiste mi vida.

—¡Yo también la echaba de menos! —exclama él—. Pensé que no volvería a verla, y entonces Marc llamó a mi madre y le ofreció una solución. ¿Qué se suponía que debía hacer?

La futilidad de todo esto me agota: nuestros desaciertos, nuestros errores. Todo el daño que hemos causado a la niña en el centro de nuestro conflicto.

—Esto tiene que terminar, Luca —concluyo con cansancio—. *Los dos* tenemos que parar. Debemos hacer lo mejor para Lottie ahora. Necesita una vida normal.

—*Tiene* una vida normal.

—¿Tiene amigos? ¿Va a la escuela?

—¡Por supuesto! No la tengo en una jaula, Alex. Va a la escuela del pueblo. Usa el apellido de mi madre. Ahora es Carlotta Bonfiglio. Carli. —Su voz se llena de orgullo—. Es la más alta de la clase. También la más inteligente. Es feliz, Alex. Tiene todo lo que necesita.

—¡Excepto a su madre!

—Tiene a su *nonna* —resalta Luca.

Me vuelvo hacia el banco de piedra donde estaba sentada Elena, pero la anciana ha entrado en la casa.

—Tu madre no está bien—señalo—. No debería cuidar de una niña.

—Alex, sé que la has echado de menos, pero Lottie ya tiene su vida aquí. Está a salvo y es feliz. Si quieres lo mejor para ella, déjala donde está.

—¿Viviendo una *mentira*?

—Viviendo una vida normal —refuta Luca—. No conoce otra cosa, Alex. No recuerda la vida en Londres contigo. Este es su hogar ahora. Y sabes lo que pasará si la llevas de vuelta. Los medios no la dejarán en paz. Pasará el resto de su vida en una pecera. ¿Es eso lo que de verdad quieres para ella?

Por primera vez, siento una punzada de duda. Luca tiene razón: Lottie Martini es propiedad pública. Nunca la dejarán en paz. Pero Carli Bonfiglio es una niña ordinaria, aunque con una historia extraordinaria.

—No puedo dejarla —asevero—. No puedo perderla de nuevo,

Luca.

—Entonces quédate con nosotros.

—¿*Quedarme*?

—¿Para qué quieres volver? —Luca señala la hermosa villa a su alrededor, la fuente, la vasta extensión rocosa que nos rodea—. Piénsalo. Podrías quedarte aquí y ser la señora Bonfiglio, una esposa y madre normal. Podrías escapar de tu prisión mediática y vivir aquí, con nosotros.

Por un breve momento, me siento tentada.

Una esposa y madre normal.

—Podríamos volver a ser una familia —agrega—. ¿No es eso lo que quieres?

—Hace mucho tiempo que no somos una familia, Luca.

Me apoya las manos en los hombros, así que no tengo hacia dónde mirar sino a él.

—Nunca quise dejarte —admite—. No quería el divorcio; ni entonces ni ahora. No sabes cuántas veces he querido llamarte. Podemos retrasar el reloj, Alex. Podemos volver ser como antes, antes de que tu trabajo se interpusiera. ¿Recuerdas lo bien que lo pasábamos juntos?

Mi cuerpo lo recuerda.

Luca aprovecha su ventaja. Su pulgar traza la línea de mi mandíbula y siento una puntada eléctrica en los pezones.

—Quédate conmigo —susurra—. Podemos devolverle a Lottie su familia. Estarás libre del circo mediático. Seremos tú y yo de nuevo, *cara*. Solo nosotros tres. Incluso mejor que antes.

Capítulo 80

Alex

HACE QUE PAREZCA TAN FÁCIL. Y tiene razón: puedo quedarme aquí. Nadie sabe dónde estoy, aparte de Quinn, y puedo confiar en ella. Volé hasta aquí con un pasaporte falso. Luca y yo podríamos vivir aquí tranquilos, inadvertidos, una familia normal de nuevo.

O podría esperar hasta que Quinn regrese con la caballería y llevar a Lottie de vuelta a Inglaterra. Tratar de reconstruir nuestra vida y continuar haciendo malabares entre el trabajo y criar a mi hija. Tal vez un día incluso forjar un futuro con un hombre en el que pueda confiar, un hombre como Jack. ¿Pero a qué costo para Lottie? Luca hizo algo muy retorcido cuando me la arrebató, pero destrozar la vida de Lottie por segunda vez no lo arreglará eso. Y todo se desarrollará bajo la feroz mirada de la prensa.

La edad de Lottie no la salvará de la tormenta mediática.

Quedarse aquí es una fantasía encantadora. Pero no es más que eso: una fantasía. No puedo confiar en Luca. Ni siquiera estoy segura de que este hombre *sea* Luca, no de verdad. Una lesión en la cabeza que te deja en coma durante seis semanas podría causar un daño cerebral permanente. A juzgar por la cicatriz, el golpe fue en la parte frontal de la cabeza, que alberga la parte del cerebro que controla la personalidad y el control de los impulsos. No puedo creer que el hombre que yo conocí haya secuestrado a nuestra hija.

Pero aunque por algún milagro Luca y yo consiguiéramos reavivar nuestra relación, no puedo quedarme en casa haciendo pastas caseras durante el resto de mi vida y no estoy capacitada para dedicarme al derecho italiano. ¿Qué haría una vez que se pasara la novedad de ser una *mamma* que se queda en casa? ¿Tener más bebés? ¿Quedarme a cuidar a la madre loca de Luca mientras él persigue cualquier cosa que lleve faldas?

Oigo el ruido de un coche a lo lejos. Hay un crujido de marchas y

me doy cuenta de que Quinn debe de haber cogido nuestro coche. Necesito distraer a Luca.

Aprieto mi cuerpo un poco más cerca del suyo.

—¿Qué le diríamos a Lottie? —pregunto, como si estuviera cediendo.

—La verdad —contesta él—. Ella cree que vino a vivir conmigo porque su *mamma* tenía que ir a trabajar y ayudar a la gente. Y ahora has regresado.

—Pero dijiste que no se acordaba de mí.

—Dije que no recuerda su vida en Londres. Por supuesto que se acuerda de *ti*. No soy un monstruo, Alex. —Sus labios rozan mi cuello —. Hablo de ti todo el tiempo. Te necesitamos. Los dos te necesitamos.

—Tengo que pensarlo, Luca. Tienes que darme un poco de tiempo…

Pero no tengo tiempo.

Algo me golpea con fuerza en la parte baja de la espalda. Me tambaleo contra Luca, sorprendida. Me caería si él no estuviera allí para sujetarme.

—No pasa nada —digo—. Estoy bien.

Intento recuperar el equilibrio, pero mis piernas no funcionan bien. Siento una extraña opresión en el pecho, como si no pudiera aspirar suficiente aire.

—Necesito sentarme —añado mareada.

Puntos negros bailan ante mis ojos. Luca se bambolea bajo mi peso muerto, incapaz de sostenerme, y los dos caemos al suelo. Me apoyo contra la pared del patio. El dolor de mi espalda empeora.

Todo empieza a tomar un cariz irreal, como en un sueño. Luca me abraza y le grita a su madre en italiano.

—*Mamma, cosa hai fatto?* —Elena se ríe.

Tiene un cuchillo en la mano.

Luca dice algo sobre pedir ayuda. “Volveré en un minuto, Alex, quédate conmigo”. Me deslizo por el muro hasta que mi mejilla izquierda se apoya sobre las baldosas. Puedo oler la buganvilla en la maceta a un par de metros de distancia.

Creo que siempre supe que esto acabaría así. Pero está bien. Lottie estará a salvo. Quinn la llevará con Harriet y mi hermana la cuidará. Luca y yo hemos fracasado de manera estrepitosa como padres de Lottie, pero Harriet lo hará mejor.

Está hablando por teléfono ahora, pidiendo una ambulancia, pero sé que llegará demasiado tarde. Todo a mi alrededor se acerca y se aleja. El suelo se mece con suavidad debajo de mí, como si me acunaran en una bañera tibia.

La oscuridad me va rodeando. Mi visión se estrecha, como una cámara antigua, las sombras se cuelan desde el exterior. Y entonces,

de improviso, Lottie está de pie frente a mí. Su cabello es ahora más largo y más claro de lo que recordaba; su piel está bronceada y sus piernas morenas son largas y delgadas. Los kilos infantiles han desaparecido. Es Lottie, pero no es Lottie.

En mi sueño, le digo que corra. "¡Corre!"

"No mires atrás". Cuando parpadeo, se ha ido. Luca me sostiene en sus brazos mientras intenta detener la hemorragia. Creo que le digo que no llore, pero no estoy segura de si las palabras están solo en mi cabeza. Ya no lo odio. Ni siquiera estoy enfadada.

"Tienes que seguir la cadena, Alexa, como lo estoy haciendo yo. Tienes que perdonar. Ese es el trato que has hecho con el universo". No me arrepiento. Sabía que venir aquí era un riesgo, pero hice mi elección hace mucho tiempo.

Elegí a Lottie.

EL SUFRIMIENTO DE LOS ABUELOS EXCLUIDOS
CRÓNICA de Emma Donovan

El amor entre un nieto y sus abuelos es a menudo el vínculo más dulce y precioso que un niño puede conocer, libre de las discusiones y tensiones de la vida familiar cotidiana.
Pero también puede ser una fuente oculta de agonía.
Mientras celebramos con justicia el milagroso regreso sana y salva de Lottie Martini de 6 años, secuestrada en una boda en Florida hace más de dos años por su abuela italiana, de quien estaba distanciada, deberíamos dedicar un momento a considerar el dolor de una mujer que se sintió motivada a tomar unas medidas tan extremas.
Por supuesto, nadie justifica ni por un momento las acciones de Elena Martini, de 77 años. Es imposible imaginar el sufrimiento que padeció la madre de Lottie, Alexa de 31 años, al no saber si su querida hija única estaba viva o muerta.
Pero si esta trágica historia nos enseña algo, es que no se puede subestimar la importancia del vínculo entre los abuelos y los nietos.
Todos los niños deberían tener derecho a acceder a su familia más ampliada, en particular a sus abuelos, a menos que exista una buena razón para mantenerlos separados en beneficio de los niños.
En toda Gran Bretaña, miles de abuelos y abuelas se ven privados del acceso a sus nietos, lo que genera una fuente oculta de sufrimiento.
Muchos de ellos constituyen el daño colateral del divorcio, sobre todo si son los abuelos paternos. Para muchas personas mayores solitarias, en especial si han atravesado un duelo, los nietos son un verdadero salvavidas.
Cuando pierden el contacto con esos niños, sienten que lo han perdido todo.

Excluidos
Incluso en las familias más felices, la delicada relación suegra-nuera puede ser compleja y a veces competitiva.
Cuando hay una pelea, la mujer más joven siempre ganará, armada con el arma suprema: la exclusión.
La triste realidad es que, en caso de ruptura familiar, los abuelos no tienen derechos legales. Incluso si pueden permitirse contratar a un abogado para presentar su causa ante un tribunal de familia, el proceso es largo y costoso.
No es de extrañar que muchos se desesperen tanto como para plantearse acabar con su vida. Algunos describen el distanciamiento de sus nietos como un “duelo en vida”.
El hijo de Elena Martini, Luca, se convirtió en el principal encargado de cuidar a Lottie tras divorciarse de su madre en febrero de 2018.
Llevaba a su hija a visitar a sus abuelos a Italia al menos una vez al mes, hasta su trágica muerte en el derrumbe del puente de Génova en agosto de ese año.
En el proceso de luchar con su propio dolor, Alexa Martini cortó entonces todo contacto con los padres de Luca, lo que llevó a la señora Martini a

tomar cartas en el asunto.
Para los Martini, es demasiado tarde para pedir una tregua, pero para muchas otras familias, sin duda todavía queda algo de esperanza para poder declarar la paz.
Al fin y al cabo, en estos crueles conflictos familiares, las víctimas, como en tantas guerras, son los niños.

Seis meses después

Capítulo 81

Quinn

QUINN ODIA LOS SERVICIOS CONMEMORATIVOS. Tampoco le gustan mucho los funerales ni los hospitales, pero al menos en un puto funeral te puedes sentir infeliz. Nadie espera que, entre comillas, "celebres una vida bien vivida" o, peor aún, "puedas pasar página".

Evita los periodistas y fotógrafos que se agrupan cerca de la escalinata de la iglesia.

Hoy no está aquí en calidad de profesional. Está aquí como amiga de Alex.

La hermana de Alex, Harriet, le entrega un programa del servicio cuando entra en la nave.

—Gracias por venir —dice de forma automática.

Quinn mira la fotografía sonriente en el programa.

No se parece en nada a Alex.

—¿Cómo está Lottie? —pregunta.

—Sé que la gente dice que los niños son resilientes, pero es increíble lo rápido que se ha recuperado —responde Harriet—. Y parece que le gustan las Shetland… Oh, señora Harris. Gracias por venir.

El servicio es emotivo, pero sin sentimentalismos y, gracias a Dios, breve. Un conmovedor panegírico por parte del padre de Alex, algunas lecturas edificantes, el habitual poema de Henry Scott Holland, *La muerte no es nada*, y luego *Jerusalén*. Quinn es atea, pero aunque parezca raro, la fe de los reunidos en la iglesia abarrotada es emocionante y, por un momento, desea poder compartirla. Y luego recuerda lo que pasó en Sicilia y se alegra de no creer en Dios.

Después, todos se dirigen a un pub cercano. Quinn no había planeado ir —está sobria de nuevo y su nueva moneda de seis meses le quema en el bolsillo—, pero oye decir a Harriet que Lottie va a estar allí y Quinn quiere ver a la niña por sí misma. Necesita saber que

la pequeña está creciendo bien, a pesar de todo lo que ha pasado. Necesita saber que hizo lo correcto.

“Lottie es lo único que importa. Si algo sale mal, no me esperes. Coge a Lottie y vete”.

¿Qué clase de maldito psicópata finge su propia muerte, por el amor de Dios? Los sentidos arácnidos de Quinn le habían estado diciendo que había más en esta historia de lo que parecía, pero jamás habría imaginado un esposo zombi que regresaba de entre los muertos.

No había querido dejar a Alex sola en ese patio con él, pero le había prometido que cuidaría de Lottie y no iba a defraudarla. “Coge a Lottie y vete”.

Fue pura suerte que hubiera visto a Lottie huyendo de la villa. La niña debió de haber estado escondida en algún lugar: debajo de una cama, tal vez, o detrás de una de las enormes macetas de buganvillas en el patio. Quinn la había visto desde el coche, una figura diminuta que bajaba por la pendiente rocosa hacia el camino.

La pobre niña se había aterrorizado cuando Quinn por fin la alcanzó; estaba convencida de que estaba a punto de ser asesinada. Quinn sabe que su parche en el ojo puede asustar a la gente; la niña creyó que Quinn era una especie de maníaca homicida que había matado a su madre. Nunca la habría logrado introducir en el coche si la niña no hubiera estado tan agotada. La pobrecita ni siquiera llevaba zapatos. Los cortes en sus pies descalzos formaban jirones ensangrentados.

Si Quinn se hubiera dirigido en ese preciso momento al aeropuerto, las cosas habrían acabado de forma muy diferente. Debería haber llevado a la niña a casa, como le había dicho Alex. Por eso le había pedido ayuda a ella y no a Jack Murtaugh.

Pero Quinn había roto su promesa.

Había regresado.

Lottie había estado semiinconsciente en la parte trasera del coche. Quinn había hecho una almohada con su chaqueta y había colocado la cabeza de la niña sobre ella, luego había cerrado las puertas y abierto un poco las ventanas para que entrara algo de aire fresco.

Luego, volvió a entrar en la villa por el mismo camino que había tomado al salir. Oyó gritos de nuevo, pero esta vez en un italiano frenético: Luca y su madre. No había oído la voz de Alex.

Y entonces se dio cuenta de por qué.

Incluso desde el otro lado del patio, había advertido la mancha roja que se extendía por la espalda de Alex.

Luca no se había percatado de que Quinn se acercaba porque estaba forcejeando con su lunática madre, que de alguna manera había subido a las almenas. Algo destellaba en su mano mientras

despotricaba contra su hijo y Quinn tardó unos instantes en darse cuenta de que era el sol reflejándose en la hoja de un cuchillo.

Mientras observaba, la anciana loca había retrocedido a lo largo del muro ancho y bajo y Luca había subido tras ella.

—*Stai attento, Mamma!*

¡Ten cuidado!

La villa era una fortaleza en la cima de la montaña diseñada para mantener a salvo a sus propietarios de las hordas sarracenas invasoras. Encaramada en lo alto de un peñasco, tres lados de la villa ofrecían vistas imponentes de la campiña. El cuarto se elevaba sobre un escarpado acantilado que caía cientos de metros hasta las rocas debajo.

Luca había visto de pronto a Quinn.

—¡Se va a caer! —había gritado—. ¡Ayúdame!

Se había lanzado hacia su madre y le había quitado de un golpe el cuchillo de la mano. El chuchillo se había estrellado contra las baldosas y patinado por el patio para detenerse a los pies de Quinn.

Rojo con la sangre de Alex.

Luca había conseguido rodear a Elena con un brazo, pero la mujer se resistía, con los labios salpicados de saliva.

Luca había extendido su mano libre hacia Quinn.

—¡Por favor! ¡Ayúdame a bajarla!

Así que Quinn había corrido hacia ellos.

Y los había empujado.

Capítulo 82

Alex

ESTOY EN EL JARDÍN DEL pub con Lottie disfrutando del primer día cálido del verano cuando Quinn aparece buscándonos. La invité al servicio conmemorativo de mamá hace semanas, pero no creí que fuera a venir.

Le hago señas para que se acerque. No la he visto desde que salí del hospital hace casi seis meses y me sorprende cuánto más saludable parece. Es evidente que dejar la bebida y volver al trabajo sobre el terreno para que le disparen y bombardeen le ha venido bien. Todavía tiene ese chocante parche en el ojo, por supuesto, pero ya no parece una heroinómana en busca de su próxima dosis.

—Acabas de alegrarle el día a Lottie —la saludo, y le hago sitio en el banco de madera.

—Ella acaba de alegrármelo a mí —responde Quinn.

Lottie se sube a las rodillas de Quinn y aparta de manera inconsciente el brazo paralizado de la reportera para poder acomodarse. Cualquiera que las viera se sorprendería del afecto inusual de mi hija, ya que no se han visto en seis meses, pero en Sicilia establecieron un vínculo insólito: la curtida corresponsal de guerra sin hijos y mi hija difícil, torpe y valiente como nadie.

O quizás no sea tan insólito, después de todo.

—Cuéntame —empiezo—. ¿Cómo estuvo Nagorno Karabaj?

—Muy animado. El alto el fuego se ha roto de nuevo, así que es probable que regrese en uno o dos días. ¿Cómo están las Shetland?

—Aburridísimas. Gracias a Dios.

—¿Cuándo volverás a Londres? —pregunta Quinn.

Miro a través del jardín del pub donde Jack está ensimismado en conversación con mi padre. Los dos hicieron buenas migas desde que se vieron la primera vez, mientras yo convalecía en la casa de Harriet. Mi hermana ha sido mi más firme apoyo en los últimos meses. No

podría haberme arreglado sin ella. La voy a echar mucho de menos cuando nos vayamos.

—Al final del verano —contesto—. Lottie regresará a la escuela en Londres en septiembre. Parece estar preparada.

—Estoy segura de que él estará contento de que estéis más cerca —comenta Quinn con tono seco.

Mi relación con Jack permanece en secreto por ahora, pero sé que nuestro secreto está a salvo con Quinn. Nunca habría pensado que diría eso, dado el modo en el que empezamos, pero puedo confiarle mi vida a esta mujer, en un sentido literal.

Después de todo, ella fue quien me la salvó.

No sé con exactitud qué pasó ese día en la villa de Elena Martini. No tengo recuerdos de nada después de que la anciana me apuñalase. Estuve a punto de morir: según mi historia clínica, mi corazón se detuvo dos veces en el helicóptero que me trasladó al hospital de la capital siciliana, Palermo. Así que supongo que nunca sabré cómo llegaron Luca y su madre al fondo del acantilado. Aunque me lo imagino.

La policía siciliana lo describió como un trágico accidente. Al parecer, el señor Bonfiglio —un primo lejano de la anciana, un supuesto primo, ya que nadie está muy seguro de la relación— estaba intentando salvar a su anciana pariente, que sufría de demencia, y los dos cayeron al vacío. No había nadie más en la casa en ese momento.

Cuando recuperé la conciencia, seis días después, estaba en una habitación privada del Hospital St George de Londres, víctima de un aparente atraco cerca de mi casa. Jack debió de haber pedido unos cuantos favores para conseguirlo.

Debatimos largo y tendido si contarle al mundo que Lottie había sido encontrada. Después de que Quinn hubo sacado a mi hija de Sicilia, la llevó con Harriet a las Shetland y, cuando me dieron de alta diez días después, tomé un avión para reunirme con ellas. Tal vez podría haber usado el alias que Luca le había dado a nuestra hija para hacerla pasar por un familiar de mi difunto esposo, pero ya estaba harta de mentiras y engaños. No quería pasar el resto de mi vida mirando por encima del hombro, esperando que la verdad saliera a la luz. Quería que Lottie supiera quién era.

Un simple comunicado de prensa no iba a funcionar. La noticia había generado demasiado interés durante demasiado tiempo para que eso fuera suficiente. Así que por fin le di a Quinn su exclusiva y me senté para una entrevista de televisión de noventa minutos.

Nos ceñimos a la verdad tanto como pudimos. Quinn contó la conmovedora historia de una abuela desconsolada, impulsada por la muerte de su querido hijo a cometer un acto imperdonable. Una mujer que, cuando se le diagnosticó alzhéimer, devolvió a Lottie a su madre

y luego se quitó la vida en su casa de la montaña en Sicilia unos días después. No hubo ninguna mención del desafortunado *signor* Bonfiglio.

Quinn sabía cómo vender la noticia. La INN promocionó la entrevista en sus canales nacionales e internacionales y la complementó con una serie de primicias: las primeras fotos de Lottie jugando en el jardín; el acceso a la villa donde había sido retenida; entrevistas con mi padre y con Harriet. La INN exprimió la noticia y, aunque otras cadenas y periódicos la cubrieron, habían perdido la iniciativa y lo sabían. En el periodismo, no existe el segundo lugar. Además, la noticia se había vuelto de pronto mucho menos interesante: en lugar del peligroso secuestro por un desconocido que alimentaba la peor pesadilla de toda madre, el secuestro de Lottie Martini había resultado ser nada más que una intrincada batalla por la custodia de una menor. Algunos comentaristas escribieron artículos de opinión sobre los derechos de los abuelos y luego el ciclo de noticias siguió su curso.

Lottie espía a un cachorro que está jugando con una familia en una mesa a unos metros de distancia y se escabulle con brusquedad del regazo de Quinn.

—*Posso andare a giocare con il cucciolo?* —me pregunta, y cruza las manos en fingida oración.

—En inglés, Lottie.

Me mira con enfado.

—¿Puedo ir a jugar con el cachorro, mamá? —Asiento con la cabeza y sale corriendo.

—Debe de ser difícil soltarla —interpone Quinn.

—Era más difícil cuando estaba demasiado asustada para separarse de mí —replico.

Cuando Quinn llegó a Brae con Lottie, mi pobre niña estaba tan aterrorizada y confundida que no hablaba. Solo cuando por fin me reuní con ella creyó de verdad que yo no estaba muerta y durante meses se negó a perderme de vista.

A mí me pasó lo mismo. Por las noches, yacía sobre las sábanas de su cama junto a ella y la observaba dormir. No podía dejar de mirarla, el milagro que era. Acariciaba su pelo platino, sin todavía poder asimilarlo. La había recuperado. Era mi niña.

Nos está llevando tiempo volver a encontrarnos. Lottie ha cambiado en muchos aspectos y no sé cuánto de eso es parte del proceso natural del crecimiento y cuánto tiene que ver con todo lo que le ha pasado. Y, sin embargo, a pesar de su larga ausencia, se parece mucho a sí misma, a la niña testaruda que se negaba a que nadie la ayudara a atarse los cordones de los zapatos, que se arrancó los pañales a los dos años y exigió usar el baño. No diría que Lottie ha salido de esto ilesa, no, pero sí intacta en su esencia más íntima.

Y se acuerda de mí. Cuando me lleno de rabia contra Luca, me lo recuerdo. Luca no intentó borrarme. Le dijo a Lottie que me había ido, pero mantuvo mi memoria viva. ¿Acaso sabía, en el fondo, que algún día los encontraría? ¿Fue esa su manera de reparar el terrible mal que me hizo?

Lo he perdonado. A menudo me acuerdo de Helen Birch y de la extraordinaria compasión que tuvo conmigo. “Tienes que dejar de lado el odio y la ira. Ese es el trato que has hecho con el universo”. No lloro la muerte de Luca, porque para mí murió hace años, pero sí lloro la pérdida del hombre que solía ser; el hombre con el que me casé. Ese es el padre que quiero que Lottie recuerde. Lo mantendré vivo en la memoria de ella, como él lo hizo conmigo.

Para Marc, no hay tal absolución. Ahora está en la cárcel, atrapado en la red de pedofilia de Paul Harding. Jack se encargó de eso. Marc puede ser inocente de los cargos que lo llevaron a la cárcel, pero no me siento culpable. Se merece estar allí.

Lottie vuelve corriendo hacia mí, toma un trago de su limonada y derrama un poco sobre la mesa al bajar el vaso con un golpe antes de salir corriendo de nuevo. Es una niña de seis años como cualquiera, jugando feliz y despreocupada bajo el sol de junio.

Hace dos meses, la primera vez que me dejó salir de la casa de Harriet en Brae sin ella, supe que los peores momentos habían pasado. Hasta entonces, siempre había insistido en acompañarme a todas partes, aunque solo fuera a comprar un litro de leche.

Yo había terminado de hacer la lista de la compra y entré en el estudio de arte de mi hermana; Lottie estaba acostada boca abajo y coloreaba un dibujo de tres búhos bebés sentados en una rama.

—¿Vienes, cariño? —le pregunté.

—¿Puedo quedarme aquí con la tía Harriet? —había respondido Lottie sin levantar la vista—. Quiero terminar mi dibujo.

El pincel de Harriet se había quedado congelado en el aire.

—¿Estás segura? —insistí—. ¿No te importa si salgo sin ti?

—Estoy segura —me dijo, y tomó un lápiz de otro color. Observó los búhos bebés, una ilustración de su libro de cuentos favorito, y luego volvió a mirarme y sonrió.

—Las mamás siempre vuelven —dijo.

Agradecimientos

Tengo la excepcional suerte de contar con un equipo inspirado y comprometido en Avon y HarperCollins que ha trabajado sin descanso para impulsar mis libros en los tiempos más difíciles. No podría desear mejores editores y doy las gracias a todos los que han trabajado entre bastidores para que esta novela sea un éxito.

Un agradecimiento especial a mi editora, Rachel Faulkner-Willcocks, que ha sido una admiradora de mis escritos desde el primer momento y ha hecho que este libro sea mucho mejor en todos los sentidos. Es un placer trabajar contigo.

Gracias también a Rebecca Ritchie por su visión reflexiva y su apoyo apasionado, y por escuchar mis terrores de medianoche con una paciencia infinita.

Y gracias a mi maravillosa correctora de estilo, Rhian McKay, por recoger todos los hilos sueltos que dejé colgando. No sé cómo haces lo que haces, ¡pero me has ahorrado mucha vergüenza!

Mi agradecimiento también a Juliette Wills y Two Magpies Media por diseñar y crear www.tessstimson.com, un sitio web fantástico y sencillo.

Gracias a mi maravillosa madrastra, Barbi, por leer el manuscrito a la velocidad del rayo y por sus opiniones y comentarios alentadores.

También les doy las gracias a mis queridas amigas Linnie y Bamby (¡quien prestó su nombre con amabilidad a uno de mis personajes!). Han sido un salvavidas de cordura durante este año turbulento.

Gracias siempre a los lectores de NetGalley y a los blogueros y amantes de los libros que se toman el tiempo de reseñar mis novelas. Lo aprecio más de lo que puedo expresar.

Y en todo el mundo, gracias a todos los lectores y oyentes, a todos los compradores y vendedores y prestadores y dadores de libros que aseguran que nuestras historias encuentren un hogar.

Por último, aunque nunca por ello menos importante, gracias a mi marido Erik, a mis hijos Henry y Matt, y a mi hija Lily, quienes soportaron el confinamiento con su madre loca con

gracia y buen humor. Gracias a todos por hacer que la vida de un escritor nunca sea aburrida.

TESS STIMSON es autora de once novelas, entre ellas, *The Adultery Club*, que estuvo en la lista de los diez libros más vendidos, y de dos libros de no ficción que han sido traducidos a varios idiomas. Su primera novela publicada en español, *La Ex/ La Mujer*, editada en Motus, ha obtenido un éxito de ventas sin precedentes. Periodista y exreportera, Stimson se trasladó a vivir a Estados Unidos en 2002, al ser nombrada profesora de la asignatura de Escritura Creativa de la Universidad de Florida del Sur. En la actualidad, vive y trabaja en Vermont con su marido Erik. La visitan habitualmente sus tres hijos ya adultos y convive con dos gatos, tres peces, un jerbo y un gran número de murciélagos en la buhardilla (según su último recuento).

Su sitio web es: tessstimson.com

Título original: *Stolen*
Edición original: Avon Books

© 2020 Tess J Stimson

© 2022 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2022 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-18711-33-6